FUERA DE CONTRATO



ANA CABO

FUERA DE CONTRATO

ANA CABO

Fuera de contrato
Primera edición, abril de 2026
De la obra: Ana Cabo
Correción: @correcionessandrag
Cubierta: @primm_rosse.design
Maquetación: @miauquetaciones
Ana Cabo, 2026
Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley.

Para ti, que estás luchando por tus sueños.

«Estamos aquí para quedarnos, estamos aquí para ayudar a las que vendrán porque
todavía queda mucho camino por hacer».
Alexia Putellas, futbolista española.

NOTA DE LA AUTORA

Antes de que te sumerjas en esta historia, quiero hacer una pequeña aclaración. Como amante del fútbol y fanática de las buenas historias, me he tomado algunas libertades creativas para dar forma a los personajes y situaciones que encontrarás en estas páginas.

Todo lo que aquí se cuenta es pura ficción, y cualquier parecido con la realidad es casualidad, lo prometo.

Soy una gran *fan* del fútbol, y desde siempre me ha encantado seguir este deporte, pero también he notado las diferencias que existen entre el fútbol masculino y femenino.

Esa desigualdad me ha inspirado a crear esta novela, con la idea de reflejar esas luchas que todavía enfrentan las mujeres en el mundo del fútbol.

En esta historia, he intentado capturar toda la emoción, la camaradería, y también los desafíos que viven mis personajes, especialmente en un deporte donde las mujeres todavía están peleando por el lugar que merecen.

Espero que disfrutes de esta aventura tanto como yo disfruté escribiéndola. Y quién sabe, quizás también te haga pensar un poco sobre cómo podemos seguir apoyando al fútbol femenino y la igualdad en el deporte.

Prólogo

El VAR: Cuando revisas las jugadas claves de tu vida y descubres que nada era tan simple como parecía.

Nunca pensé que aceptar ese contrato sería una de las decisiones más complicadas de mi carrera. He hecho colaboraciones, anuncios, campañas en equipo… Siempre con una mezcla de emoción y rutina que acompaña a este trabajo. Pero aquello…

Firmar con él cambió las reglas.

Podría culpar al contexto, a la presión de los medios o a las expectativas de quienes veían en nosotros un símbolo de algo más grande que un simple acuerdo. Lo cierto es que, incluso ahora, cuando miro hacia atrás, no distingo si fue una locura o una genialidad. Quizás ambas.

Lo que ocurrió después cambió más cosas de las que jamás imaginé. No solo para mí, sino para los dos. A pesar de que el mundo no se cansa de opinar, al final, los únicos que sabemos toda la historia somos nosotros.

Capítulo 1

El pase de la muerte: Cuando el favoritismo y las comparaciones amenazan con dejarte en desventaja.

Amber

Nos apretujamos alrededor de la televisión, observando cada movimiento en el campo de juego. Mis compañeras de equipo y yo solemos reunirnos para las finales de las competiciones, por lo que, ver si los Galácticos ganan la Liga o no, no iba a ser la excepción.

—¿Has visto ese pase? ¡Increíble!—exclama Sam con la voz llena de admiración.

Aprieto los dientes y esfuerzo una sonrisa.

—Sí, son buenos.

No he dicho nada que las demás no supieran. Al fin y al cabo, se juegan ganar el título de la Liga, por lo que es evidente que son buenos. No dudo de sus habilidades; aun así, me cuesta tragarme sus partidos, lo admito. No por nada, sino porque la rabia me corroe por dentro al comparar las atenciones y los recursos que reciben frente a lo que nos otorgan al fútbol femenino.

El sonido de una bolsa de papas vacía me saca de mis pensamientos. Sam echa un vistazo dentro de la bolsa con decepción.

—¿No hay más? ¿En serio?—Mira al resto—. ¿Quién cojones se las ha comido todas?

Los ojos azules de Sam, nuestra defensa, se pasean por cada una de nosotras buscando a la culpable. No tiene ni siquiera que levantarse, puesto que, como no cabíamos en el sofá de dos plazas que tengo, hemos formado un círculo imperfecto alrededor de la televisión. Es el inconveniente de tener un apartamento modesto, aunque reconfortante.

—Voy a bajar a la tienda—anuncio, levantándome—. ¿Queréis algo más?

—¿Galletas?—pide Alison, nuestra portera.

Es increíble cómo alguien, con el cabello corto y un aire tan desenfadado, puede transformarse en la portera más imbatible de la Liga. Sus reflejos y su lectura de juego son inalcanzables; sin

embargo, en este instante parece más centrada en sus galletas.

—Chocolate—exige Mia, mi compañera centrocampista.

—Más papas—reitera Sam.

Tomo nota mental de todas las peticiones y me dirijo a la puerta. A pesar de la antigüedad del edificio, hay un cierto encanto en sus paredes de ladrillo y su diseño clásico.

Salgo al aire fresco de la calle y camino hacia la tienda de la esquina, un pequeño comercio familiar que es nuestra salvación en momentos como este.

—¡Amber!—me saluda Luis, el dueño de la tienda, con una sonrisa —. ¿Lo estáis viendo?—Señala el partido en la pantalla de su televisión. Asiento con la cabeza—. Harrington acaba de marcar un golazo.

Frunzo el ceño, extrañada porque cuando he bajado el marcador todavía iba cero a cero. Al elevar la vista, me doy cuenta de que, en este período de tiempo, el delantero de los Galácticos ha marcado el primer gol. La pantalla muestra al portero mientras atrapa el balón con sus manos. No puedo evitar sonreír al verlo.

—Dicen que le van a dar el premio al mejor jugador joven de la Liga.

—¿No me digas?—Me desvío hacia el pasillo para coger primero las papas—. ¿Sabes con quién no pasó eso? Con Alisha—respondo sin que pueda contestar.

Alisha destacó hace dos años en la competencia nacional. Y, aunque me duele decirlo, porque no era de mi equipo, se merecía ese premio.

—Y eso que llevaba dos goles más que ese delantero—afirmo con desdén, refiriéndome a Harrington—. ¿Has cambiado el chocolate de sitio?—pregunto tras mirar en los estantes sin encontrarlo.

—Sí, ahora está en el pasillo dos—responde—. Deberían de cambiar las cosas—añade con relación a la diferencia que existe entre jugadores y jugadoras.

—Sí, deberían.

Cojo lo último que me han pedido y me dirijo hacia la caja. La tienda siempre tiene un aire acogedor, con estantes llenos de productos variados y el sonido de la radio de fondo.

Al llegar al apartamento, empujo la puerta con el pie y entro, cargada de bolsas. Me sorprendo al ver que somos una más: Alex, extremo izquierdo de la Estrella Negra. Además de ser una excelente jugadora, se ve obligada a tener otro trabajo —porque, como era de esperar, profesionalizarse en el fútbol femenino sigue siendo una utopía para muchas— en la empresa familiar de su padre, lo que la obliga a dividir su tiempo entre el fútbol y sus responsabilidades familiares. Y por eso, justo por eso… siempre llega tarde.

—¡Suministros entregados!—anuncio, dejándolos sobre la mesa.

—Te has perdido el golazo—indica Sam, sin apartar la vista de la pantalla.

—Sí, algo me han dicho—respondo, intentando no sonar demasiado desinteresada.

Mis compañeras vitorean mientras se abalanzan sobre las bolsas. Me uno a ellas, tomando una cerveza y volviendo a la silla justo a tiempo para ver otro impresionante pase en el partido.

—¡A ver cuándo das un pase así, Mia!—bromea Sam, con una sonrisa.

Mi compañera de campo levanta las manos en señal de rendición.

—No te puedo dar ese pase si no sabes leer las jugadas.

—¿Perdona?—Carcajea.

—Como oiga una queja de mí, os vais fuera de mi casa—añado, en el mismo tono de guasa que inunda el comedor.

La risa estalla de nuevo entre nosotras y llena la sala de buen humor. La camaradería es lo que nos mantiene unidas, y estos momentos de broma y diversión son tan importantes como cualquier entrenamiento.

Nos acomodamos para ver el resto del partido, mientras los comentarios y las bromas fluyen con facilidad. Los Galácticos van a ganar, lo sé por la manera en la que están jugando. Tendría que pasar algo muy improbable para que los otros empezaran a dominar, o tener un golpe de suerte descomunal. Es frustrante ver cómo se llevan toda la atención mediática, las entrevistas y los titulares.

El año pasado nosotras ganamos la Liga, aunque la repercusión fue prácticamente inexistente. Ni en las redes sociales ni en la televisión. Me acuerdo de cómo, después de nuestro triunfo, revisaba las

noticias esperando ver algo sobre nosotras, pero todo lo que encontré fueron unas pocas menciones y artículos insignificantes. La injusticia de la situación me llena de una rabia silenciosa cada vez que lo pienso.

Observo a mis compañeras y no puedo evitar sentir una mezcla de orgullo y frustración. Nosotras también trabajamos duro, también merecemos ser reconocidas, pero parece que el mundo del fútbol aún no está listo para darnos el lugar que merecemos. Mientras tanto, seguimos adelante, luchamos por nuestro espacio, porque sabemos que, tarde o temprano, nuestras victorias hablarán por sí solas.

Capítulo 2

FUERA DE JUEGO: AVANZAS DEMASIADO RÁPIDO Y TE QUEDAS SOLO, CON LA ESPERANZA DE QUE ALGUIEN TE ALCANCE.

Henry

Abro la nevera en busca de algo que me devuelva a la vida. Encuentro una botella de agua y me bebo la mitad de un solo trago. Ganamos la Liga y la celebración fue tan salvaje como esperábamos. Este dolor de cabeza me recuerda de manera constante la fiesta de anoche.

—Buenos días, campeón —dice una voz detrás de mí.

Me giro y veo a Mark, uno de mis compañeros de equipo, apoyado en el marco de la puerta. Su sonrisa burlona no hace nada para aliviar mi dolor de cabeza.

—Buenos días, no tan buenos —respondo, a la vez que me masajeo las sienes.

—Cualquiera diría que eres de los jóvenes del equipo —se burla—. ¿Has dormido algo?

—Un par de horas, tal vez —respondo y me encojo de hombros—. La fiesta fue épica.

Mark es el tipo de jugador que siempre sabe cómo levantar el ánimo del equipo, tanto dentro como fuera del campo. Me fijo en su cabello oscuro y desordenado, que casa genial con su barba de unos pocos días que le da un toque descuidado. Todo él contrasta con su trabajo en el campo, ya que es uno de los mejores defensores que he conocido.

Me sirvo una taza de café, me dejo caer en una silla y observo la cocina a mi alrededor.

—Quizás se nos fue un poco de las manos. —Sonríe—. Agradezco que no fuese en ninguna casa. No sé si esta isla hubiera aguantado el peso de tantas personas. —Da un par de golpes.

La isla central está hecha del mismo cuarzo que las encimeras y, pese a que no recuerdo su precio, no tengo intención de comprobar cuántas personas soporta.

—Ni de coña hubieran subido aquí.

—Lo que podíamos hacer es subir las persianas de una vez, y dejar

que esta lámpara —mira hacia arriba—, descanse.

Lo positivo de lo que acaba de decir es que ni siquiera me tengo que levantar para ello, porque tengo gran parte de la casa domotizada. Así que pido que las persianas se empiecen a elevar.

—¿Quieres café? —le ofrezco mientras me levanto para dejar la taza en el fregadero.

—No, gracias. Creo que necesito algo más fuerte que el café —bromea. Se sienta frente a mí y me comparte anécdotas de la noche anterior que yo ni recuerdo.

Mientras escucho sus historias, mi mente divaga. Pienso en el partido de ayer. La manera en que jugamos, en que dominamos el momento del encuentro. La victoria nos pertenecía desde el pitido inical; lo percibí en cada entrada, en cada gol. No había manera de que el otro equipo pudiera recuperarse a menos que tuvieran un golpe de suerte increíble.

—Disfruta de la victoria, mientras puedas, colega —afirma, y me toca el pelo con una sonrisa.

Mi cabello, negro como la noche, se queda inmóvil. Uno de los motivos es porque lo llevo bastante corto. De hecho, suelo cortármelo enseguida porque lo tengo rizado.

—Sí, supongo que tienes razón —digo, entre risas—. Por cierto, ¿en qué momento te invité a mi casa?

—No sabía que necesitara una invitación tuya. —Se hace el ofendido.

—¿Y qué pasa si me hubiera traído a alguna chica? —Levanto la ceja.

—Conforme estabas ayer, ya te digo yo que no —se burla—. Por cierto, David está duchándose.

—¿En serio?

Ni siquiera sé de qué chico me habla, porque, siendo Mark, me puedo esperar cualquier cosa.

—Es broma, colega. Relájate, que eres campeón de liga.

Nos reímos juntos y el ambiente se calma.

Es bastante normal que Mark esté en mi casa. Nos llevamos tan bien que ambos tenemos llave de la casa del otro. Nuestra amistad va más allá del fútbol.

Solo llevo una temporada en los Galácticos y, desde el principio, Mark me acogió superbién. No sé si es porque estamos cerca de edad o qué, pero es con el que mejor me llevo en el equipo. Desde el primer día, fue el tipo de compañero que te hace sentir como en casa; el que te cubre las espaldas dentro y fuera del campo.

No es fácil ser el chico nuevo en un equipo tan grande, pero Mark hizo que la transición fuera casi imperceptible.

El móvil no deja de sonar sobre la encimera.

Me estiro un poco para verlo y, tras desbloquearlo con el reconocimiento facial, veo que tengo más de diez llamadas de Toni, mi representante.

Ruedo los ojos y suspiro. Antes de hablar con él, necesito recuperarme de esta resaca.

Mark parece que lo nota, porque chista la lengua y me da la solución a casi todos mis problemas.

—Date una ducha, anda.

Me levanto con esfuerzo y me dirijo al cuarto de baño. Las paredes están revestidas de mármol blanco con vetas grises y el suelo de baldosas negras contrasta de manera elegante. Un gran espejo ocupa casi toda una pared, con luces led integradas que proporcionan una iluminación suave y agradable.

La ducha es una obra maestra en sí misma: una cabina de cristal con múltiples cabezales que permiten ajustar la presión y la temperatura del agua al gusto. Dentro de la cabina, hay un estante de mármol perfecto para dejar productos de baño. Al lado, una bañera de hidromasaje invita a relajarse, aunque hoy solo necesito algo rápido para despejarme.

Me meto en la ducha y dejo que el agua caliente me ayude a aliviar el dolor de cabeza y el malestar general. Mientras el vapor llena el baño, empiezo a sentirme un poco más humano. La resaca cede y la mente se me aclara poco a poco.

Después de un rato, salgo de la ducha y me envuelvo en una toalla. Me siento mucho mejor, aunque todavía queda un largo día por delante. Me miro en el espejo y observo mi reflejo. Mi piel negra brilla por el agua y el vapor. Mi cabello corto aún gotea, pero ya vuelve a su forma habitual. Mis ojos, de un marrón profundo y aún

velados por el cansancio, recuperan poco a poco su chispa habitual.

Capítulo 3

Contraataque: Aprovechar el momento de caos para tomar la delantera.

Amber

Cada vez que miro por el retrovisor, veo una interminable fila de coches detrás, y hacia delante la situación no es mejor. Las luces rojas de los frenos de otros coches parecen burlarse de mí con su resplandor constante. El claxon de un coche impaciente suena a lo lejos, lo que aumenta mi irritación.

La Liga ha terminado y, aunque oficialmente estamos de vacaciones, parece que no logro escapar de los atascos ni siquiera en mi tiempo libre. Avanzo a paso de tortuga.

Mientras estoy atrapada en este mar de vehículos, mi teléfono suena con una llamada entrante. Miro la pantalla y veo que es John, mi representante.

—No tiene pinta de mejorar el día —digo en voz alta, activando el manos libres—. Hola, John. ¿Qué pasa?

—Buenos días, Amber. Tengo noticias emocionantes —responde con su tono habitual de entusiasmo.

La última vez que su tono sonó así fue para anunciarme una entrevista en directo en una cadena de televisión deportiva. Pensé que sería una excelente oportunidad para hablar de nuestro equipo y de la Liga femenina, sin embargo, acabó convirtiéndose en una pesadilla. El entrevistador apenas me dejó hablar, se enfocó más en preguntas triviales y superficiales que en el fútbol en sí. Me sentí frustrada e invisibilizada, y, desde entonces, cualquier «noticia emocionante» de John me pone en guardia.

—¿Qué clase de noticias? —pregunto, intentando mantener mi tono neutral mientras recuerdo aquel incómodo día.

—Football for All va a lanzar un nuevo proyecto llamado Football Together y quieren contar contigo.

—¿Football for All? —inquiero para asegurarme de haber escuchado bien.

Football for All es una de las asociaciones deportivas más prestigiosas, reconocida mundialmente por sus iniciativas innovadoras y su compromiso con la igualdad en el deporte. Han

liderado proyectos que han cambiado la forma en que se percibe y se juega el fútbol. La idea de trabajar con ellos me llena de entusiasmo y orgullo.

—Sí, esa misma —confirma John—. Es una iniciativa para promover la igualdad de género en el fútbol. La idea es que jugadores y jugadoras de renombre se unan para realizar eventos conjuntos —explica.

Me quedo en silencio por un momento, mientras proceso la información. Suena increíble.

De repente, se escuchan pitidos de coche a mi alrededor.

—¿Estás en un atasco?

—No, es la bocina de un barco —respondo con sarcasmo.

Pongo primera y avanzo unos metros, ya que parece que el tráfico se mueve un poco.

—Quieren aprovechar las vacaciones para desarrollar su proyecto. Hemos revisado tu calendario y podemos ajustarlo para que no interfiera con tus compromisos. Además, es una gran oportunidad para ti, tanto a nivel personal como profesional.

Las palabras «aprovechar las vacaciones» resuenan en mi cabeza con una mezcla de ironía y resignación. Este año, las vacaciones son lo último que tengo planeado. Nada de viajes, ni escapadas, ni planes de desconexión. Todo el mundo parece estar contando los días para irse a algún lado, para hacer esa pausa que todos necesitamos al menos una vez al año, no obstante, mi verano se perfila de una forma muy distinta.

—¿Cuándo empiezan? —pregunto y giro hacia la derecha.

—Empezaríais dentro de un par de semanas. Al parecer, están cerrando contratos ya. Por lo que he podido saber, lo primero es una sesión de fotos para presentar dicho proyecto y luego un evento de inauguración con personas relevantes de la asociación y del fútbol.

La idea de participar en un proyecto tan importante me llena de orgullo, aunque al mismo tiempo me empuja a cuestionar sus verdaderas intenciones. Football for All es una asociación que siempre he admirado, pero quiero asegurarme de que este proyecto realmente se enfoque en la igualdad y no sea solo una fachada.

—Prométeme que no es un gesto simbólico —digo con firmeza—.

Quiero que esto sirva para cambiar algo. Aunque sean pequeñas cosas. No quiero una limpieza de cara o fotos bonitas.

Aunque mis palabras salen firmes, por dentro siento una pequeña sacudida, como si estuviera caminando sobre un terreno que aún no termino de entender. Orgullo, nervios, expectativa… Todo se mezcla en una tormenta que no consigo controlar. Quiero creer que este proyecto puede marcar la diferencia, pero una parte de mí no deja de preguntarse si realmente será así o si, al final, solo será otro intento vacío de aparentar un cambio que nunca llega.

Los nervios persisten, como siempre, si bien por primera vez no son los protagonistas. Quiero creer en este proyecto, en que puede marcar la diferencia. Sonrío casi sin darme cuenta, dejando que la alegría se mezcle con la expectativa.

—Por lo que he visto, están comprometidos con la causa. Quieren que las voces de jugadores y jugadoras, como tú, sean el motor de este proyecto —responde con un tono que me tranquiliza un poco.

—Está bien, cuenta conmigo —expreso, con una oleada de emoción.

—Te envío toda la documentación para que la revises con calma. Si tienes cualquier duda, antes de firmar, me preguntas —indica.

John es mi representante desde hace casi cinco años. Nos conocimos cuando estaba en mi último curso de la academia juvenil. Empezaba a destacar en el equipo y había rumores de que algunos clubes importantes estaban interesados en mí. Fue entonces cuando John se acercó. Era diferente de los demás agentes que había conocido; no era solo su profesionalismo, sino su genuino interés por mi desarrollo personal y profesional lo que me llamó la atención.

Recuerdo nuestra primera reunión en una pequeña cafetería cerca del campo de entrenamiento. Yo estaba nerviosa, pero John me hizo sentir cómoda al instante. Me habló de su experiencia en la industria, de cómo había representado a varios jugadores y jugadoras, que ahora tenían carreras exitosas. Pero lo que realmente me convenció fue su visión a largo plazo para mi carrera. No se trataba solo de contratos y dinero, sino de construir una marca personal y utilizar mi plataforma para hacer una diferencia.

Desde entonces, John ha sido un pilar fundamental en mi vida

profesional. Fue él quien negoció mi primer gran contrato y quien ha estado a mi lado en cada paso importante de mi carrera.

—Perfecto. Cuando llegue a casa la reviso.

—Genial, Amber. Y diles que, por más que piten, no avanzaréis más rápido —bromea.

Me río.

—Hablamos pronto —me despido.

El tráfico, por fin, parece moverse un poco más.

Consigo avanzar hasta el semáforo y veo cómo cambia a verde justo a tiempo para permitirme pasar. Suspiro de alivio y prosigo con mi camino. Mientras me dirijo a casa, empiezo a planear cómo voy a abordar este nuevo proyecto y cómo puedo asegurarme de que realmente haga una diferencia.

Football Together es una oportunidad para cambiar las cosas y estoy decidida a aprovecharla al máximo.

Capítulo 4

Gol de vestuario: Justo cuando creías que todo estaba decidido, algo cambia el juego.

Henry

—Espero que tengan esa pasta que tanto te gusta —me dice Mark, a la vez que me da una palmada en la espalda.

—Más vale que sí. Después de la temporada que hemos tenido, me merezco ese plato —respondo riendo.

No hemos avanzado mucho cuando un grupo de adolescentes nos reconoce y se nos acerca a toda prisa, con los teléfonos listos para inmortalizar el momento.

—¡Harrington! ¡Mark! —gritan—. ¿Podemos hacernos una foto? —pregunta uno de ellos.

Es habitual que me llamen Harrington, ya que es el nombre que llevo en la camiseta durante los partidos.

—Claro, sin problema —acepto sonriendo, mientras nos detenemos para las fotos.

Tan pronto como terminamos, seguimos disfrutando de la noche, apenas avanzamos unos metros antes de que otro grupo de personas nos detenga. Esta vez son un par de turistas que parecen emocionados de habernos reconocido.

Nos paramos, nos tomamos otra foto y seguimos.

Finalmente, llegamos al restaurante y entramos, agradecidos por la relativa privacidad del lugar. Nos acomodamos en sillas de cuero suave, cerca de la ventana, para poder ver las luces de la ciudad y disfrutar de la tranquilidad.

Las mesas están cubiertas con manteles blancos impecables y adornadas con centros de mesa elegantes, que consisten en arreglos florales frescos y velas aromáticas.

Uno de los camareros, con su traje impecable, nos entrega los menús que están encuadernados en cuero.

—Esperamos a Jack, ¿no? —pregunto y dejo la carta encima de la mesa.

—Parece que lo has invocado. —Señala hacia la puerta.

Jack, el central de nuestro equipo, acaba de entrar al restaurante. Siempre es el último en llegar, fiel a su estilo de ser impuntual, pero

con una gran sonrisa. Me giro y lo veo caminando de manera relajada y despreocupada.

—No sabéis cuánto necesitaba una noche así —dice nada más acercarse.

Jack está vestido con una camisa azul marino que resalta el tono de sus ojos azules, y que siempre parecen brillar con una chispa de diversión. Lleva unos pantalones de vestir negros y unos zapatos de cuero que completan su estilo casual pero elegante.

—Claro, porque hace mucho que no cenas, ¿no? —bromea Mark.

—O no sales a cenar, venga ya —añado yo, con una sonrisa—. Eso cuéntaselo a la prensa, pero no a tus compañeros de equipo.

Él se ríe y se sienta con nosotros.

—Vale, vale… Lo admito. No es la primera vez que salgo a cenar esta semana. Pero esta noche es especial porque estoy con vosotros. —Nos guiña un ojo.

La cena se desarrolla en un ambiente relajado y lleno de camaradería. Pedimos una variedad de platos: pasta para mí, un filete para Mark y un risotto para Jack. La conversación fluye con facilidad. Hablamos de la temporada pasada, de nuestras expectativas para las vacaciones y de los rumores sobre la próxima temporada.

En un momento, Jack se levanta y se dirige al baño. Mientras tanto, Mark y yo seguimos conversando, disfrutamos de la comida y la compañía. Es todo tan fluido que, cuando veo a Jack acercarse, dudo del tiempo que ha pasado. Sin embargo, lo que me llama la atención son las tres chicas que parece que lo siguen.

Cuando vemos que nuestro compañero se gira para decirles algo, y ellas se ríen, ya sabemos cómo va a continuar la historia.

—Dime que no —me dice.

—Es Jack.

Conforme se acercan, Mark y yo intercambiamos miradas.

Jack no tarda en pedirle al camarero que añada más sillas a nuestra mesa.

—Hola, chicos —comenta una de ellas.

Jack las invita a sentarse. En cuanto se acomodan, me fijo en la que tiene el pelo castaño y ondulado. El vestido rojo que luce resalta

bajo las luces del restaurante. Como se ha sentado a mi lado, giro mi cuerpo hacia el sentido contrario para susurrarle a mi compañero:

—¿No habíamos quedado en que sería una cena de amigos?

—Relájate, Henry. Un poco de compañía extra nunca viene mal.

—Siempre pensando en el equipo, ¿verdad? —Le miro con una sonrisa vacilona.

Jack se ríe.

—Exactamente, siempre pensando en el equipo.

Mientras tanto, Mark se las apaña para acaparar la atención de las tres, lanzando preguntas con ese tono casual suyo que siempre logra que la gente se relaje. Las chicas parecen responderle con interés, incluso la del vestido rojo, que sonríe de manera casi involuntaria, como si intentara no dejarse llevar demasiado por el encanto natural de mi amigo.

Nunca me he preocupado demasiado por ligar. Desde que estoy en los Galácticos, y mi cara es conocida, no necesito esforzarme demasiado. Es una ventaja que viene con la fama y el éxito en el campo. Me lo tengo creído, lo sé. Pero cada vez que salgo, las miradas y los acercamientos son inevitables, uno empieza a acostumbrarse. No es que me disguste la atención; sencillamente, es algo que he terminado por dar por sentado.

Mi teléfono vibra en el bolsillo y lo saco discretamente. Es un mensaje de Jack.

Jack:

¿Vamos de fiesta o a casa? Por si no estás convencido de…

Levanto la vista y veo a Jack mirándome con una ceja levantada y una media sonrisa. Sabe que a veces prefiero una noche tranquila sin complicaciones adicionales. Reflexiono por un momento, mirando a las chicas que parecen estar disfrutando de la conversación con Mark.

Justo cuando mis dedos están deslizándose por el teclado para contestar a mi amigo, la chica de rojo se gira hacia mí y me pregunta:

—¿Qué tal sienta ser el campeón de la Liga? Debe ser increíble, ¿no?

Sonrío, captando su pregunta.

—Todo el trabajo duro vale la pena cuando consigues algo así —respondo, manteniendo el contacto visual.

—Supongo que será agotador, a la par que emocionante —añade, inclinándose de manera ligera hacia mí—. Me imagino que hay muchas celebraciones.

—Sí, hay muchas.

Ella sonríe.

No sé en qué momento hemos empezado a ligar, pero cuando me refiero a que no me hace falta hacer mucho, es justo esto. Mi teléfono vibra de nuevo y lo saco discretamente. Es otro mensaje de Jack.

Jack:

Vale, veo que prefieres irte a casa.

Levanto la cara y veo a Jack riéndose, disfrutando de la situación. Me río también y le hago un gesto para que se relaje.

—¿Planes para esta noche? —les pregunto de manera directa a las tres chicas.

—¿Alguna sugerencia? —responde la del vestido rojo, con una sonrisa.

—Bueno, puedo pensar en algunas cosas interesantes que podríamos hacer —digo, en el mismo tono.

De repente, Mark interviene, rompiendo la tensión del momento.

—De hecho, os voy a acompañar a su casa porque la llave de la mía está ahí.

—¿Te has vuelto a dejar tu llave en mi casa?

Mark se encoge de hombros, sonriendo.

—Ya sabes cómo soy.

Las chicas se ríen.

Durante la conversación que se desarrolla a posteriori, deduzco que la chica del vestido rojo se llama Laura, ya que lo han mencionado de forma casual.

—Entonces, ¿a dónde vamos esta noche, campeón? —pregunta, inclinándose hacia mí con un brillo en los ojos.

—Creo que tengo el lugar perfecto en mente —respondo con

confianza. La noche apenas comienza.

Capítulo 5

Bajo los focos: Cuando toda la atención está sobre ti, y cada movimiento cuenta.

Amber

A mi llegada, el equipo de producción ya está en plena acción, ajustando luces y preparando los fondos para la sesión. La recepción del estudio es moderna y minimalista, con paredes blancas adornadas con fotos de alta moda y una alfombra de terciopelo en tonos grises que amortigua el sonido de los pasos.

Un asistente me saluda con una sonrisa profesional y me dirige hacia el área de maquillaje. El pasillo que lleva hasta allí está decorado con elegantes cuadros en blanco y negro, y luces led empotradas en el techo que aportan un brillo suave y uniforme.

El área de maquillaje es un espacio brillante y organizado. Me recibe una maquilladora con un delantal negro impecable, que me invita a sentarme en una de las sillas cómodas, frente a un gran espejo iluminado por bombillas de luz cálida.

Mientras la maquilladora comienza a preparar mi piel con una base suave y contorno sutil, aprovecho para observar el entorno. El estudio tiene un diseño elegante, con pisos de madera clara que contrastan con las paredes de color gris. La calma del estudio choca con la expectativa que hay en el aire, mientras el equipo de producción se mueve con eficiencia, ajustando cada detalle para asegurar que todo esté perfecto.

—¿Cómo te sientes para la sesión? —me pregunta la maquilladora con una sonrisa amistosa mientras aplica el último toque.

—Lista para empezar —respondo, intentando no mostrar mi nerviosismo.

Una vez que la maquilladora se marcha, me dirijo hacia el área de la sesión de fotos.

A medida que me acerco al set, me detengo en seco al ver a Harrington en el centro, posando para la cámara. Tiene que ser una broma.

Decido acercarme a una chica del equipo de producción para confirmar mis sospechas.

—Perdona, ¿hay más futbolistas aquí hoy? —indago, tratando de

mantener la calma.

Ella me sonríe, pero sus ojos revelan una pizca de sorpresa ante mi reacción.

—Solo vosotros. —Me señala a mí y luego a Henry.

Mi incredulidad crece. ¿En serio he vuelto a aceptar un contrato para un proyecto que ni siquiera cumple con las expectativas? La rabia me hierve por dentro; no puedo creer que me haya metido en esto de nuevo. La idea de tener que trabajar con Henry, un jugador que no esperaba ver aquí, solo agrava mi frustración.

De repente, alguien me llama para que me acerque al área de fotos.

Me resisto a una última mirada de desdén hacia el set y me dirijo hacia el grupo, tratando de recomponerme antes de enfrentar esta situación.

El técnico de la sesión, un hombre con una presencia imponente y un tono autoritario, se dirige a nosotros con una serie de instrucciones precisas.

—Bien, vamos a empezar. Lo que buscamos aquí son imágenes que resalten la conexión entre los futbolistas y el concepto del proyecto. Queremos transmitir fuerza, carisma y autenticidad. Así que, por favor, dadme lo mejor de cada uno.

Mi mirada se dirige hacia Henry. Lleva un conjunto deportivo de alta gama, con un diseño elegante y moderno que acentúa su figura atlética. La camiseta entallada y los pantalones deportivos ajustados contrastan con el fondo neutro del estudio. A primera vista parece cómodo en el entorno, aunque percibo que su expresión es algo distante, como si estuviera esperando que la sesión termine pronto.

De repente, Henry nota mi mirada. Se vuelve hacia mí y, con una expresión de leve curiosidad, me lanza un gesto interrogante, como preguntando: «¿Qué pasa?».

Es probable que en este momento Henry me vea como otra futbolista más, una compañera de profesión que está aquí para cumplir con su parte del trato. Tal vez, incluso piense que me emociona trabajar con él, como si fuera un honor compartir el set con una estrella en ascenso. La idea de que él se imagine que podría estar emocionada, por su presencia, me resulta irónica y frustrante.

He usado mis redes sociales para abogar por la igualdad en el fútbol, he hablado abiertamente en ruedas de prensa sobre la necesidad de mayor inclusión y he tratado de marcar una diferencia desde mi posición. En cuanto a Henry, el silencio es absoluto. Ni una declaración, ni un *post* en redes sociales. Nada que indique que le importa usar su voz para algo más que promocionarse a sí mismo. Podría aprovechar su influencia; no obstante, parece que el compromiso no entra en sus planes.

Nos posicionan frente a la cámara. El técnico de la sesión nos dirige, intentando captar la conexión que se supone que debemos mostrar.

—Acercaos un poco más —nos dice el fotógrafo—. No os preocupéis por el logo de FFA. Probablemente, irá encima de vosotros; o sea, que no lo taparéis. Así parecéis… No sé, algo raro.

Harrington y yo intercambiamos miradas incómodas mientras tratamos de seguir las indicaciones. Nos movemos más cerca el uno del otro.

—¿Os conocíais? —Ajusta la cámara—. Vale, acabo de hacer una pregunta tontísima. Sois los dos futbolistas. O sea, ¿cómo no os vais a conocer? —Se ríe.

—Conozco en general —respondo con una ligera sonrisa, mientras me llevo el pelo largo y rubio hacia atrás, dejándolo caer en ondas sobre mis hombros— a los futbolistas.

Henry levanta una ceja.

—¿Estás englobando a todos en el mismo saco?

—Quizás es porque… sé cosas —dejo caer, con una sonrisa enigmática.

Me resulta casi divertido saber más sobre él y sus compañeros de lo que probablemente imagina. Mi hermano ha compartido suficientes historias para que pueda hacerme una idea bastante clara de quién es Henry Harrington fuera del campo de juego.

Nos damos cuenta de que nos hemos acercado mucho, casi sin querer. Los *flashes* continúan inmortalizando el momento. La incomodidad inicial se mezcla con una tensión inesperada mientras seguimos posando para las fotos.

—Genial, genial. Quedaos así —expresa el fotógrafo.

Trato de conservar la pose y la expresión, mientras Henry y yo mantenemos el contacto visual.

—Así que sabes cosas, ¿eh? —murmura Henry, apenas audible para el fotógrafo.

—Más de lo que te imaginas —respondo en el mismo tono, sin apartar la mirada—. Digamos que tengo buenas fuentes.

Henry arruga la frente, claramente intrigado por mi comentario. Antes de que pueda decir algo más, el fotógrafo nos interrumpe.

—¡Perfecto! Con esto creo que tendremos suficiente.

Harrington se aparta y comienza a marcharse hacia el otro lado del set.

Justo cuando se aleja, algo cae de su bolsillo. Sin pensarlo, grito:

—¡Henry!

Él se detiene de repente y se vuelve, con una expresión rara en su rostro.

—¿Henry? —pregunta, como si el nombre le resultara extraño en mi boca.

La he cagado. Mierda. Se me ha escapado sin pensar. He visto esa hoja caer al suelo mientras sacaba el teléfono de su bolsillo y a mi cerebro no le ha dado tiempo a procesar antes de gritar su nombre.

—Solo me llaman Henry dentro del vestuario —dice, con una mezcla de curiosidad y desconfianza en su tono.

Trago saliva y me esfuerzo por sonreír, intentando restarle importancia al asunto.

—¿Acaso no es tu nombre?

Henry frunce el ceño, como si sopesara una respuesta que finalmente decide callar. Se encoge de hombros y se da la vuelta, alejándose en silencio.

Capítulo 6

El regate: Esquivar los problemas con gracia, pero sabiendo que no puedes evitarlos para siempre.

Henry

La sesión de fotos se me ha hecho corta, lo cual es una agradable sorpresa. No ha sido como cuando grabé aquel anuncio para esas deportivas, que pareció durar una eternidad con tomas repetitivas y constantes ajustes de luces. Esta vez, todo fluyó de manera rápida.

Salgo del set, sintiéndome bastante satisfecho, y me dirijo hacia el estacionamiento. Al llegar al aparcamiento, veo a Amber. Está de pie junto a la puerta de un coche, mirando su teléfono. Ha cambiado su atuendo de la sesión de fotos por unos vaqueros cortos ajustados y una camiseta ceñida al cuerpo que resalta con sus ojos azules. Se ve distinta, más relajada, aunque conserva ese magnetismo intacto.

Me subo a mi moto, poniéndome el casco y ajustando las correas. Pese a ello, un impulso me obliga a frenar.

Claro que sé quién es Amber. Es una de las mejores centrocampistas del fútbol femenino, con una habilidad para leer el juego y distribuir el balón que envidiaría cualquier jugador. Es cierto que en los pocos eventos en los que hemos coincidido, no hemos intercambiado más de dos palabras.

Arranco y me acerco hasta donde se encuentra.

Apago el motor y me quito el casco.

Sin bajarme de la moto, la observo. Desde aquí cerca y con el sol, su cabello parece todavía más rubio.

Al escuchar la moto, ella levanta la vista, un poco sorprendida.

Miro hacia su coche, un modelo normal, nada extravagante.

—¿Por qué me has llamado Henry? —pregunto directamente.

Ella me observa por un momento, como si estuviera sopesando su respuesta. Sus ojos azules se encuentran con los míos, y puedo ver una mezcla de sorpresa y algo más, tal vez nerviosismo.

—Nadie me llama así fuera del equipo —insisto, aguardando su reacción.

—Existe Google, ¿sabes?

—¿Me has buscado? —replico, con una sonrisa medio burlona.

—No te creas tan importante —contesta, cruzándose de brazos.

—Vamos, admite que algo de curiosidad tenías.

Ella rueda los ojos y suelta un suspiro, dando un paso más hacia mí. Su cuerpo está tan cerca del mío, que sus dedos rozan la moto de manera inconsciente.

—Mira, ¿sabes qué? No, no te he buscado en Google. Porque la verdad es que no sabía ni quién era la otra persona para este proyecto, hasta que te vi.

—Sigues sin responder a mi pregunta, entonces.

—Tengo prisa —dice, mirando su teléfono y luego de vuelta a mí—. Algunos de nosotros tenemos cosas que hacer.

Amber se separa de manera brusca y me da la espalda para abrir la puerta del vehículo.

—Bien, no te quito más tiempo —indico, poniéndome el casco—. Nos vemos en la inauguración, Amber.

Ella se sube al coche y da un portazo, sin siquiera mirarme de nuevo.

⚽

Abro la puerta de la casa y me recibe una ola de música a todo volumen.

Grito mientras mis pies cruzan la puerta:

—¡He llegado! —Más que nada por precaución. No es la primera vez que entro y veo algo que preferiría no haber visto. Con Mark, nunca se sabe lo que podría estar sucediendo.

Paso por el salón, donde la música retumba en las paredes, y me dirijo hacia el jardín.

Al salir, me quito la camiseta, sintiendo el sol en la piel, y veo a Mark en la piscina, flotando de manera perezosa.

La piscina es enorme, rodeada de una terraza de piedra clara y cómodas tumbonas. El agua brilla bajo el sol, invitándome a zambullirme.

—¿Disfrutando del día? —le digo, mientras me acerco a la orilla de la piscina.

Me quito los pantalones sin pensarlo dos veces, quedándome en calzoncillos. Me tiene sin cuidado; al fin y al cabo, solo estamos Mark

y yo. Hemos hecho cosas peores delante del otro, y viceversa. Además, los calzoncillos se secarán después.

Me lanzo al agua con un grito ahogado, rompiendo la superficie en una explosión de burbujas y salpicaduras. El agua está refrescante, y es justo lo que necesito después del largo día.

Emerjo a la superficie y nado hasta donde está Mark, que me observa con una sonrisa divertida.

—Siempre, hermano. ¿Qué tal la sesión de fotos? —pregunta, apoyado en el bordillo de la piscina.

Me recuesto en el borde y respiro hondo.

—¿Te acuerdas de la llamada de mi representante? Pues bien, hoy he tenido la sesión de fotos para ese proyecto y adivina quién era la jugadora.

Mark frunce el ceño, tratando de adivinar.

—Hum, ¿Samantha? ¿La capitana del equipo nacional?

Sacudo la cabeza, divertido.

—*Nope*.

—¿Jessica, la del Estrella Negra?

—Tampoco.

—Tío, es que si no me das más pistas… —dice, frustrado.

—Amber.

—¿Amber? —pregunta, sorprendido—. ¿Y qué tal la sesión?

Me echo a reír, recordando el momento. Me reservo el decirle lo bien que le sentaba la ropa deportiva y lo atractiva que estaba. Si bien ya conocía su atractivo por los eventos, la cercanía de hoy ha ratificado mis sospechas.

—Interesante, por decir algo. Me ha llamado Henry, ¿sabes? No Harrington.

Mark levanta una ceja y luego se ríe, apoyando la cabeza en el borde de la piscina. Parece que está disfrutando demasiado de la situación.

—Vale, creo que es hora de decirte que tienes a su puto hermano en el vestuario —indica entre risas.

Frunzo el ceño, confundido, mientras Mark sigue riendo.

—¿Qué? ¿Quieres parar de reírte, tío? —Se endereza y se limpia las lágrimas de los ojos, todavía con una sonrisa en el rostro—. ¿Es una

broma?

—No, no… En serio. Su hermano es nuestro portero, Asher Smith.

—No tienen el mismo apellido —señalo, intentando procesar la información.

Mark asiente, aún sonriendo.

—Son hermanastros.

Me quedo en silencio por un momento, tratando de asimilar todo.

—Eso explica…

—Ahora todo tiene sentido, ¿eh? —dice Mark, divertido.

Asiento, procesando la revelación.

Me recuesto en el bordillo de la piscina, dejando que el agua fría calme mis pensamientos. Mientras miro el cielo, me empiezo a reír y sacudo la cabeza, todavía incrédulo. La situación es tan surrealista que no puedo evitar carcajearme.

Capítulo 7

La alfombra roja: Una exhibición de confianza, aunque las dudas te persigan.

Amber

Bajo del coche, ajustando la falda de mi vestido, mientras mis tacones tocan el pavimento. La prensa y los fotógrafos están alineados a ambos lados de la pasarela, esperando capturar cada momento. Es raro tener a alguien conduciendo a mi servicio; y creo que nunca me acostumbraría.

El conductor, un hombre mayor con una sonrisa amable, se inclina hacia mí, mientras salgo del coche.

—Que tenga una buena noche, señorita Amber.

Le agradezco con una inclinación de cabeza y empiezo a caminar por la alfombra roja. Los *flashes* de las cámaras me deslumbran momentáneamente, pero mantengo mi compostura, sonriendo y saludando a los periodistas que me llaman por mi nombre.

El lugar del evento es impresionante, un edificio moderno con grandes ventanales que reflejan las luces de la ciudad. La entrada está decorada con banderas y pancartas de Football Together, destacando el nombre del proyecto. La alfombra roja me lleva a través de un vestíbulo amplio y luminoso, adornado con fotografías icónicas de fútbol femenino y masculino, destacando momentos históricos y jugadores emblemáticos.

Al entrar, el ambiente es elegante pero acogedor. Las paredes están decoradas con murales que representan la unión y la igualdad en el deporte. Hay mesas altas distribuidas por la sala, cubiertas con manteles blancos impecables y centros de mesa con arreglos florales discretos pero elegantes. En un lado, una barra ofrece bebidas y canapés, mientras que, en el centro de la sala, una gran pantalla muestra vídeos y presentaciones relacionadas con el proyecto.

Me detengo por un momento, absorbiendo la atmósfera y apreciando el esfuerzo que se ha puesto en este evento. Siento una mezcla de emoción y nerviosismo, consciente de la importancia de lo que venimos a representar.

Busco entre la multitud a mis compañeras y enseguida veo a Alison y Alex, riendo y conversando con otros invitados. Me acerco a ellas

con una sonrisa.

—¡Amber! —exclama Alison, dándome un abrazo—. Estás espectacular.

—Gracias, tú también —respondo, devolviéndole el abrazo—. Esto es increíble, ¿verdad?

—Absolutamente —dice Alex, asintiendo—. Han hecho un trabajo impresionante con la decoración y la organización.

El resto de las jugadoras están dispersas por la sala, conversando. Veo a varias jugadoras de otros equipos también, disfrutando del evento. Me reconforta saber que, cuando se trata de estos actos, las barreras de género se difuminan; compartimos un objetivo común.

De repente, alguien de Football for All se acerca a mí. Es una mujer elegante, con una sonrisa formal.

—Amber —dice mi nombre y me giro—, por ser la imagen de la campaña, queremos que te sientes junto a Henry en la mesa principal, junto a los líderes del proyecto.

Le sonrío y asiento, agradeciendo la indicación.

Camino hacia la mesa principal, sintiendo las miradas de los asistentes sobre mí.

Al llegar, me acomodo en una de las sillas.

Justo cuando estoy acomodándome, Henry llega y toma asiento a mi lado. Trato de ignorar su presencia, aunque su voz me obliga a girar la cabeza de forma instintiva.

—Parece que nos tocó ser las estrellas de la noche —comenta Henry, con una sonrisa medio burlona.

—Espero que no te abrumen los flashes, campeón —le respondo en el mismo tono.

—No te preocupes por mí, sé manejar la atención —replica, acomodándose en su asiento.

—Eso ya lo sé —respondo, arqueando una ceja—. Parece que disfrutas del protagonismo.

—Y a ti no te gusta, ¿verdad? —me desafía, inclinándose un poco hacia mí.

—Digamos que prefiero ganármelo en el campo, y no delante de las cámaras —contesto, manteniendo mi mirada fija en la de él.

Henry se ríe de manera suave. Lleva un traje azul marino

impecable que resalta su porte atlético. La camisa blanca contrasta perfectamente con su piel, y la corbata color burdeos añade un toque elegante.

—Bueno, aquí estamos, ambos en el mismo barco.

—Sí, y esperemos que no se hunda —respondo con una sonrisa sarcástica.

El representante de Football for All se levanta y toma el micrófono.

—Damas y caballeros, gracias por acompañarnos esta noche. Estamos aquí para inaugurar nuestro nuevo proyecto: Football Together, que busca promover la igualdad de género en el fútbol. Este proyecto no sería posible sin la dedicación y el esfuerzo de todos los involucrados. —La audiencia estalla en aplausos mientras el representante continúa—. Ahora, vamos a mostrarles algunas fotografías de la sesión que hicimos con nuestras dos estrellas, Amber y Harrington. Estas imágenes capturan la esencia de lo que queremos lograr con este proyecto: unidad, igualdad y pasión por el deporte.

Las luces se atenúan y una pantalla gigante en el centro de la sala comienza a mostrar las fotografías.

Me sorprendo al ver las imágenes proyectadas. En muchas de ellas, estoy muy cerca de Henry. La cámara refleja su atractivo, con esos ojos negros intensos y su postura corporal segura y elegante. Parece relajado, incluso natural. No puedo negar que la cámara ha capturado su mejor lado.

También noto cómo yo destaco en las fotos, con mi cabello rubio brillante y mis ojos claros. La combinación de ambos, tan diferentes, pero complementarios, parece resaltar la esencia de lo que este proyecto quiere transmitir:

Mientras las luces están apagadas, observo de reojo a Henry y lo veo sonriendo hacia la pantalla. Hay algo en su sonrisa que parece genuino, una rareza en medio de todo este espectáculo.

Las luces se encienden de nuevo y todos aplauden.

El representante de Football for All se acerca a nosotros e indica que nos levantemos. Nos ponemos de pie, y la gente sigue aplaudiendo.

—Muchas gracias por la cálida acogida —dice el representante,

dirigiéndose a la audiencia—. Ahora, disfruten de la comida y bebida que hemos preparado para ustedes. Los camareros pasarán con bandejas de aperitivos para que todos puedan disfrutar de esta maravillosa noche.

Antes de que Henry y yo nos separemos, para unirnos a diferentes grupos, él se inclina hacia mí y susurra:

—Así que tu hermano es Asher. —Me quedo un momento, sorprendida—. Ya hablaremos más tarde de eso —añade con una sonrisa enigmática.

No es que oculte que soy hermana de Asher, pero sí es cierto que muchos lo desconocen porque no llevamos el mismo apellido.

Henry me mira con una mezcla de sorpresa y diversión antes de alejarse, sin darme la oportunidad de decir nada más.

Los camareros empiezan a circular con bandejas, ofreciendo una variedad de aperitivos cuidadosamente preparados. Aprovecho la ocasión para buscar a Asher, ya que todavía no he tenido la oportunidad de saludarlo. Todo ha ido demasiado rápido.

Miro alrededor y finalmente lo veo cerca de una de las mesas altas, conversando con algunos de sus compañeros de equipo. Asher es alto y robusto, con el cabello castaño oscuro y ojos verdes. Su presencia es inconfundible en cualquier grupo.

—¡Asher! —Me acerco a él, sonriendo.

—¡Amber! —responde, devolviendo la sonrisa y abriendo los brazos para darme un abrazo—. ¿Cómo estás, hermanita?

—Bien, bien. Todo ha sido un poco caótico —comento, soltándome del abrazo—. Desde que he bajado del coche, no he tenido tiempo para casi nada.

—Lo sé, ha sido una locura. Pero me alegra verte aquí. —Se separa un poco de la mesa—. Por cierto, bonitas fotos.

—Sí, después de todo han salido bien —afirmo, sonriendo.

—¿Por qué no me dijiste que ibas a estar en el proyecto? —Presiona sus labios y los mueve hacia la izquierda—. ¿Ahora tenemos secretos?

Me río y niego con la cabeza.

—¿Tú me cuentas todos los proyectos en los que estás? —Niega, riéndose—. Pues eso. Total, es un proyecto más.

Capítulo 8

Gol fantasma: Un impacto que todos sienten, pero pocos pueden ver con claridad.

Henry

La localizo al otro lado de la sala, hablando con mi compañero de equipo. Sin dudarlo, me dirijo hacia ellos. Mientras me acerco, los veo reírse juntos.

Cuando llego, me dirijo directamente a Asher con una sonrisa burlona.

—¿Sabes que me quería ocultar que erais familia? —digo, señalando a Amber con la cabeza.

Asher empieza a reírse.

—¿En serio? —responde, mirando a Amber—. O sea, no le hemos hecho novatadas y vas y se la haces tú.

Amber pone los ojos en blanco, claramente acostumbrada a este tipo de bromas.

—No es que intentara ocultarlo, solo que… Bueno, no surgió en la conversación —indica, cruzándose de brazos y lanzándome una mirada desafiante.

—Claro, claro —señalo, riendo.

Asher se carcajea con nosotros y luego pregunta:

—¿Y Mark y Jack? ¿Dónde están esos dos?

—Donde esté el jamón, ahí estarán —respondo, sin dudarlo.

—¿Jamón? Allá voy. —Se ríe aún más fuerte y nos hace un gesto para despedirse.

Nos deja solos.

Amber y yo nos miramos durante un momento, mientras que el bullicio de la fiesta se vuelve un eco lejano.

—La próxima vez será mejor que seas sincera, ¿sabes? —digo, con una sonrisa burlona—. Mira, podrías probar ahora.

Ella duda por un instante y sus ojos recorren mi cuerpo antes de responder:

—El traje no te queda bien.

Río, sacudiendo la cabeza.

—He dicho que digas una verdad, Amber. Es fácil. Ese vestido rojo te queda espectacular.

—Gracias, aunque los halagos fáciles no surten efecto conmigo.

—Creo que alguien tiene un problema para diferenciar un cumplido barato de una observación honesta.

—Guarda tus observaciones para alguien a quien le importen.

—Claro, lo tendré en cuenta —indico, aún sonriendo—. Pero, ya que estamos siendo honestos, podríamos intentar llevarnos bien. No quiero que esto sea más incómodo de lo necesario.

Amber me mira un momento antes de responder:

—¿Llevarnos bien? Eso depende de ti, Henry. Demuéstrame que puedes hacerlo.

—Desafío aceptado —digo, dándole un guiño.

Me alejo de ella, dirigiéndome hacia donde están Jack, Mark y Asher. Los veo riéndose y disfrutando de los aperitivos mientras conversan de manera animada. Cuando llego, Jack levanta la vista y me saluda con una sonrisa.

—¡Llegó el modelo! —exclama, elevando una copa que lleva en su mano.

—Futbolista —le corrijo con una sonrisa.

—Esas fotos no decían lo mismo, colega.

—Con esas fotos yo no dudaría en darte un buen beso —bromea Mark a mi lado.

—¿Solo un beso? —pregunto.

Nos unimos todos en una carcajada, disfrutando de la camaradería. La broma aligera el ambiente, y me siento más relajado entre mis compañeros.

—Oye, Henry —me susurra Asher—, no quiero verte haciendo movimientos en falso con mi hermana. —Me guiña un ojo.

Le sonrío, asintiendo.

—Tranquilo, solo intentamos llevarnos bien. Y ya que la mencionas, ¿qué mierdas mías le has contado? Porque creo que su imagen de mí es…

—Solo le he contado las cosas buenas —me interrumpe—, y alguna que otra historia sobre tus ligues.

—¿Mis ligues? —repito, arqueando una ceja—. ¿Qué has estado diciendo?

—Ya sabes, las historias que todos contamos en el vestuario. Que

siempre tienes a alguien diferente en cada fiesta, que te persiguen las chicas y esas cosas. Nada fuera de lo común.

—Genial —respondo, con una sonrisa irónica—. Justo lo que necesitaba para mejorar nuestra relación profesional.

De repente, Jack pregunta en voz alta:

—¿Crees que esa camarera querrá hacer planes luego?

—¡Jack! —intervengo, con un tono de enfado.

—¿Estás bien? —pregunta Mark, levantando una ceja.

—Está trabajando, colega. No la agobies —indico, sin ocultar mi irritación.

—Solo era una pregunta.

—Pues hazla cuando no esté trabajando —le digo, manteniendo el tono firme—. Además, es un evento de inauguración, y no una fiesta.

Jack se limita a encogerse de hombros; yo, en cambio, noto cómo la irritación me quema por dentro. Necesito un respiro. Sin pensarlo dos veces, me dirijo a los baños, buscando un momento de soledad para recuperar el equilibrio.

Al llegar, me apoyo en el lavabo de mármol y dejo correr el agua fría. Me demoro en el lavado, disfrutando del frescor del agua sobre la piel. Miro mi reflejo en el espejo, observando la tensión en mis ojos y la rigidez de mi mandíbula.

Mark entra y se apoya en el marco de la puerta, mirándome con preocupación.

Suspiro, sin apartar la mirada de mi reflejo.

—¿Qué imagen tienen los demás de mí?

Mark se queda en silencio un momento antes de responder.

—¿Cómo? —dice, con tono más serio—. ¿Qué más da lo que piensen de ti, Henry? Tienes veintiún años, estás en uno de los mejores equipos de fútbol, la gente corea tu puto apellido y tienes colas para que les firmes. Dime que no se te está subiendo a la cabeza porque te bajo la fama de una hostia.

El problema no es lo que piensen los demás; al final, cada persona tiene una imagen, y muchas veces no podemos hacer nada para cambiarla. Habrá gente que, incluso sin conocerme, le caeré mal. Pero sí que siento esa presión de hacer todo lo mejor que puedo

para continuar creciendo, para que las marcas confíen en mí, para que los *fans* vean que no soy solo un chico con talento, sino alguien que trabaja duro y se preocupa por su carrera y su impacto.

—¿Qué hacías tú a los veintiún años?

—Vale, ahora me estoy sintiendo ofendido porque me estás haciendo sentir mayor —responde con una sonrisa—. Hace tres años trataba de ganarme un lugar en el equipo, entrenando como un loco y evitando meterme en problemas.

—Bueno, al menos no tenías que preocuparte por las redes sociales y los *paparazzi* 24/7 —replico, intentando aliviar la tensión con un poco de humor.

Nos reímos juntos y la tensión en el ambiente se disuelve.

Mark se apoya contra el lavabo, cruzando los brazos.

—Henry, eres un buen tipo. No dejes que las tonterías o tus rayadas mentales te afecten. Y si necesitas hablar, estoy aquí.

Le sonrío, agradecido.

—Lo sé, Mark. Gracias.

Salimos del baño juntos, dejando atrás las preocupaciones y la tensión. La música y el bullicio de la fiesta nos envuelven de nuevo, recordándome que, a pesar de las presiones y las expectativas, tengo un equipo y amigos en quienes puedo confiar.

Capítulo 9

El amague: Engañar para ganar, aunque te cueste lo personal.

Amber

—¿Quieres cogerle el puñetero teléfono?

—¿Cómo voy a hacerlo si estás llamándome? —le respondo a mi hermano, Asher, mientras intento sostener el móvil entre el hombro y la oreja, maniobrando para abrir la puerta de mi apartamento.

—Pues devuelve la llamada, Amber. John ha intentado localizarte cinco veces —suelta Asher, con la exasperación traspasando la línea.

Tanto Asher como yo tenemos el mismo representante.

—Lo sé, lo sé. Es solo que he estado ocupada —miento, mientras dejo caer mi bolsa de deporte en el suelo.

—¿Has visto las redes sociales? —pregunta Asher, y su voz de repente se vuelve más seria.

—No, ¿qué pasa? —digo, sintiendo una punzada de preocupación.

—Mira, llama a John porque seguramente quiera hablar de eso —responde Asher, y su tono sugiere que es algo importante.

—De acuerdo.

Respiro hondo y busco el número de John en mi teléfono. Presiono el botón de llamada y me preparo para lo que venga.

El teléfono suena solo una vez antes de que este conteste, con su voz llena de la energía habitual.

—¡Amber! Por fin. ¿Podemos hablar ahora?

—Sí, John. Lo siento, he estado ocupada —respondo, sintiendo una punzada de culpa por haberlo evitado.

—Está bien, solo necesito que prestes atención. ¿Has visto lo que está circulando por las redes sociales?

—No, no he tenido tiempo. ¿De qué se trata? —pregunto, con mi ansiedad aumentando.

—Las fotos del proyecto han salido y las redes sociales se han vuelto locas. Las imágenes de ti y Henry han causado un gran impacto.

—Eso es positivo, ¿no? —digo, sintiéndome un poco aliviada.

—Bueno… —John duda un segundo antes de continuar—. La gente ha empezado a decir que estáis juntos. Os están *shippeando*.

—¿Qué? —La pregunta me sale sola y elevo la voz, sorprendida.

Me invade una mezcla de incredulidad y frustración. Detesto esta manía social de las suposiciones absurdas.

—O sea, ¿una chica y un chico, y ya tienen que ser pareja? ¡Joder! —resoplo mientras soy incapaz de controlar mi cabreo—. Habrá que salir y desmentirlo, John.

—De eso quería hablar —dice, con su tono más serio—. Necesitamos aprovechar esta situación. Queremos que finjáis una relación.

Me quedo en silencio, paralizada. ¿Acabo de escuchar bien? Esto no puede estar pasándome. No voy a fingir nada. No voy a fingir una relación con Henry Harrington, ni con nadie. La incredulidad y la negativa se apoderan de mí, mientras intento procesar lo que John acaba de decir.

—¿Amber? —John interrumpe mi aturdimiento—. Tendréis que firmar ambos un contrato con unas cláusulas. Lo he hablado con Football for All y durante la duración del proyecto, quieren que seáis pareja.

—¿Qué? —repito, ahora con más claridad y firmeza en mi voz—. John, no puedo fingir una relación. Esto es ridículo.

—Amber, escúchame —dice con tono suave pero insistente—. Sé que parece una locura, pero esta es una oportunidad enorme para ti, para Henry y para el proyecto. Las redes sociales están explotando con esto. Si manejamos bien la situación, podremos impulsar la igualdad de género en el fútbol de una manera que nunca antes habíamos logrado.

—Pero ¿fingir una relación? —protesto, tratando de mantener la calma—. ¿No podemos simplemente hacer nuestro trabajo sin tener que mentir a todo el mundo?

—Sé que es mucho pedir —admite John—, pero Football for All cree que esta estrategia atraerá aún más atención y apoyo para el proyecto. Y no es solo por las fotos. La gente realmente cree que hay química entre vosotros dos.

—¿Todo este caos por un par de fotos de una sesión? —replico, buscando una grieta lógica en su argumento.

—No es solo la sesión, Amber —indica con un tono más serio—.

Alguien os pilló hablando. Él estaba en su moto y tú estabas ahí, enfrente. Parece que incluso os estéis despidiendo. No sé, Amber, estáis cerca. La gente…, ya sabes cómo es, siempre buscando historias.

Lo cierto es que en ese momento ni siquiera pensé que alguien nos estaría observando, y mucho menos sacando conclusiones de una simple conversación.

—Esto es una locura, John. ¿De verdad crees que fingir una relación ayudará al proyecto? —pregunto, todavía incrédula.

—Sí, lo creo. Y no soy el único. Football for All también está convencido. La atención mediática puede ser muy poderosa si la usamos bien. Por favor, Amber, solo considéralo. Firmaréis un contrato con todas las cláusulas necesarias para proteger vuestra privacidad y asegurar que todo se maneje de manera profesional.

—¿Henry lo sabe?

—Tengo que llamar ahora a su representante para ver cuál ha sido su respuesta, pero sí, hemos hablado de buena mañana.

No puedo evitar sentirme inquieta sobre cómo Henry reaccionará a todo esto. La idea de fingir una relación con alguien que apenas conozco, y que parece tener una personalidad tan diferente a la mía, es abrumadora.

—¿Tengo alguna opción de rechazar?

John suspira al otro lado de la línea.

—Amber, sé que esto es mucho pedir. Pero también sé lo importante que es este proyecto para ti. Rechazarlo no arruinará tu carrera, pero podría limitar las oportunidades que Football for All quiere ofrecerte en el futuro. Además, piensa en el impacto positivo que podemos tener.

Respiro hondo, sintiendo el peso de la decisión. No es solo una cuestión de carrera, sino que es una cuestión de principios y de cómo quiero que se me vea.

—Está bien, John —acepto finalmente—. Envíame el contrato y lo revisaré. Pero te advierto, esto tiene que ser manejado con mucho cuidado. No quiero que esto se convierta en un circo mediático.

—Lo será, te lo prometo. Gracias, Amber. Hablamos pronto.

Cuelgo el teléfono y me dejo caer en el sofá, mirando al techo.

La idea de fingir una relación con Henry Harrington sigue pareciéndome absurda, pero, si esto puede realmente ayudar al proyecto y a la causa, quizás valga la pena intentarlo.

La curiosidad empieza a picarme. Me incorporo y agarro el móvil, abriendo las redes sociales para ver de qué hablaba John.

Mis ojos no dan crédito a lo que ven.

—Increíble —murmuro para mí misma, mientras sigo navegando.

Las fotos y los comentarios sobre nosotros son abrumadores. La gente realmente ha perdido la cabeza con esto.

Capítulo 10

Ola mediática: Cuando la atención pública se convierte en una fuerza imparable, llevándolo a donde no esperabas.

Henry

Abro las redes sociales para ver la gravedad de lo que me ha contado mi representante esta mañana. En cuestión de segundos, mi pantalla se llena de fotos y comentarios sobre nosotros. Las imágenes de la sesión de fotos son las más populares, con cientos de opiniones hablando de la «química» que hay entre Amber y yo.

Leo algunos comentarios en voz baja:

@yolibn

¡¡¡¡Parecen hechos el uno para el otro!!!!

@bernapw

Somos MUY tontos, ¿cómo no lo hemos visto antes?

@estefv

Definitivamente, hay algo entre ellos, míralos.

Continúo deslizando y veo que incluso nos han dado un mote para el *shippeo*: #HarrBer. No puedo evitar una mueca de incredulidad al ver la etiqueta.

—¿En serio? —murmuro, mientras sigo explorando las publicaciones.

Todo esto por unas fotos. ¿La gente realmente cree que estamos juntos solo porque posamos bien?

Entonces, veo la foto en la que estoy montado en la moto y Amber está casi apoyada en ella. Parece que incluso nos estamos riendo. La instantánea captura un momento que podría interpretarse de muchas maneras.

Leo otro comentario:

@galactico1

¿Pero habéis visto cómo la mira?

Suelto un suspiro, incapaz de creer lo que estoy leyendo. La gente ve lo que quiere ver, supongo. Pero esto ya está llegando a un nivel surrealista.

Dejo el móvil a un lado, tratando de procesar toda esta información. Me doy cuenta de que no me había enterado antes

porque tengo mi nombre silenciado en las redes sociales. Normalmente, no quiero lidiar con el ruido constante de los comentarios y menciones. Ahora, sin embargo, soy consciente de que me he mantenido al margen de un auténtico tsunami.

Tony, mi representante, me ha explicado que Football for All quiere que aprovechemos esta situación. Quieren que Amber y yo finjamos una relación durante el tiempo que dure el proyecto, y a mí todo esto me sigue pareciendo una auténtica locura.

Pese a lo descabellado de la propuesta, no he sido capaz de decir que no. O sea, ¿tenía opción? Porque yo creo que ellos ya han decidido por nosotros.

El sonido de mi teléfono interrumpe mis pensamientos. Es Asher. Contesto la llamada y su voz suena casi de inmediato.

—Menos mal que no ibas a hacer un movimiento en falso, ¿eh? —dice con tono sarcástico.

—¿Qué culpa tengo yo de lo que la gente piense? —respondo, sintiendo la necesidad de defenderme.

—Es más que evidente que mi hermana te pone —replica Asher, sin rodeos.

—Eso no te lo voy a negar —admito, porque la verdad es la verdad.

—¡Joder, pero no me lo digas! —exclama, probablemente llevándose la mano a la frente.

Decido ser honesto sobre la situación.

—Football for All quiere que finjamos una relación durante el proyecto. Ya sabes, para atraer más atención y apoyo.

—Estás de broma, ¿no? Porque no tiene gracia —responde, incrédulo.

—Ojalá. —Suspiro.

—¡Me cago en todo! ¡Joder!

—Creo que el que tendría que cagarse en todo sería yo —indico, intentando mantener un tono ligero.

—Prométeme que es solo una relación falsa, Henry. No quiero ver sufrir a Amber —dice Asher, con un tono de seriedad.

—Lo prometo. Es solo una relación falsa —respondo con firmeza.

—Más te vale.

Cuelgo el teléfono, sabiendo que tengo que manejar esta situación

con mucho cuidado. La presión es real y no solo por el proyecto, sino también por la confianza de Asher.

No puedo fallarle ahora. No después de todo lo que él ha hecho por mí.

⚽

Cierro las cortinas de la sala con fuerza, tratando de bloquear el jaleo que proviene del exterior. Los periodistas están acampados frente a mi casa con sus cámaras y micrófonos.

La luz del día apenas se filtra a través de las cortinas gruesas y pesadas, sumiendo la sala en una penumbra que se siente un poco más segura. No puedo creer que esto esté pasando. Cada rincón de mi casa parece sofocante, como si las paredes se cerraran sobre mí.

Camino hacia la cocina, asegurándome de que todas las cortinas estén bien cerradas.

El timbre de la puerta suena, haciéndome saltar.

Me dirijo a la entrada y miro por el videoportero. Es Mark. Respiro hondo y abro la puerta, dejándolo entrar con rapidez, antes de cerrar con llave de nuevo.

—¿Cómo estás aguantando?

—No lo sé, tío. Esto es una locura —respondo, pasándome una mano por el pelo—. No puedo ni salir de mi propia casa sin que me acosen.

Mark observa la sala, notando las cortinas cerradas y el ambiente tenso.

—¿Has comido algo? —pregunta mientras se dirige a la cocina.

—No tengo apetito —murmuro, siguiéndolo.

Mark abre la nevera y saca una botella de agua, lanzándomela. La atrapo al vuelo y le doy un trago largo, agradecido.

—Esto es una mierda, Henry —indica, sentándose en un taburete.

—Entre que me nominaron al jugador más joven, que ganamos la Liga, y ahora esto, van a estar hablando de mí durante meses —señalo, frotándome las sienes—. ¡Es que ni ganando la Liga acamparon en mi maldita puerta!

—Se han vuelto locos con el *shippeo* —responde, sacudiendo la cabeza—. ¿Has hablado con ella?

—Todavía no. Está siendo todo tan caótico que Tony ha llamado al equipo de seguridad para que rodeen mi casa.

Mark asiente, observando la tensión en mi rostro.

—¿Crees que su casa estará igual?

—No lo sé —respondo, sintiendo una punzada de preocupación—. Te juro que no sé cómo unas fotos pueden causar tanto revuelo.

—Si a veces las cosas se van de madre por un simple tuit, imagínate unas fotos. —Pone los ojos en blanco—. Y ya que vamos a vivir en la oscuridad, vemos una peli, ¿no?

El comentario me hace sonreír por primera vez en todo el día.

—Buena idea —acepto, mientras nos dirigimos a la sala de cine.

La sala está equipada con un proyector de última generación, butacas cómodas y una selección de películas que podrían rivalizar con cualquier cine.

Nos dejamos caer en las butacas y Mark selecciona una película.

—¿Y cómo vas a hacer lo de la relación falsa? —me pregunta mientras se acomoda.

—No tengo ni idea —respondo, suspirando—. Es un desastre. Ni siquiera sé cómo fingir algo así sin que todo el mundo se dé cuenta de que es falso.

Mark sonríe, intentando aliviar la tensión.

—Hazlo simple, Henry. Sé tú mismo, pero un poco más encantador de lo habitual —aconseja, dándome una palmada en la espalda—. Ahora, olvida esto por un rato y disfruta de la película.

Me acomodo en la butaca, tratando de centrarme en la pantalla, pero mi mente sigue divagando, pensando en Amber; en cómo vamos a manejar esto y en lo complicada que se ha vuelto mi vida. Necesito un plan, una estrategia. Pero, por ahora, dejo que la película me transporte a otro lugar, aunque sea por un rato.

Capítulo 11

El penalti: Una oportunidad única para cambiarlo todo, pero la presión es inmensa.

Amber

Llego a la oficina de John temprano por la mañana.

El edificio es moderno y elegante, con paredes de vidrio que dejan entrar la luz natural.

Me recibe la recepcionista con una sonrisa amable y me indica que siga por el pasillo hasta la sala de reuniones. Me siento un poco nerviosa, consciente de la magnitud de lo que estoy a punto de hacer.

Al entrar en la sala, veo una mesa de conferencias grande y varios documentos apilados en el centro. John está allí, revisando algunos papeles, y me saluda con un gesto amable.

—Buenos días, Amber —dice, indicándome una silla frente a él—. Aquí tienes el contrato que discutimos. Tómate tu tiempo para leerlo antes de firmar.

Me siento y tomo el contrato, sintiendo el peso de las expectativas, mientras empiezo a leer. Las cláusulas detallan todo lo relacionado con la relación fingida: la duración del acuerdo, las apariciones públicas, las publicaciones en redes sociales e incluso cómo debemos manejar nuestras interacciones personales para que parezcan naturales.

Una cláusula específica capta mi atención:

«Las partes involucradas deberán mantener la apariencia de una relación romántica en todos los eventos públicos y privados organizados por Football for All. Cualquier violación de esta cláusula dará como resultado la terminación del contrato y posibles acciones legales».

Suspiro, consciente de la seriedad del compromiso.

Continúo leyendo hasta llegar a la última página, donde están las líneas para nuestras firmas.

—¿Henry ha firmado ya? —pregunto, sin levantar la vista del documento.

—Sí, lo ha hecho esta mañana —responde John—. Esta tarde nos reuniremos con ambos representantes: Henry, el equipo de Football for All y tú, para acordar los planes y detalles específicos.

Asiento, tomando el bolígrafo que John me ofrece y firmando mi nombre en la línea correspondiente.

—Perfecto —indica, tomando el contrato firmado—. Nos veremos esta tarde para la reunión. —Me preparo para levantarme cuando John me detiene con una pregunta—: Amber, ¿tú también tienes prensa en casa? —Me mira con preocupación.

—Sí, he visto a algunos periodistas merodeando, aunque todavía puedo moverme con cierta libertad.

—Al menos no es tan malo como lo de Henry —dice, frunciendo el ceño.

—¿Qué le pasa?

—Bueno, me ha contado que la situación en su casa es bastante complicada. Los periodistas están prácticamente acampando en su puerta. No puede ni salir sin ser acosado por las cámaras y los micrófonos. Ha tenido que llamar a seguridad para que lo ayuden a mantener algo de privacidad. —Suspira—. Pero por eso estamos aquí, para asegurarnos de que todo esto se maneje de la mejor manera posible y que ambos estéis protegidos durante todo el proceso.

Al escuchar eso, siento un nudo en el estómago. La presión sobre Henry debe ser enorme, y el hecho de que no pueda moverse con libertad me hace sentir culpable, aunque sé que no es mi culpa. Soy incapaz de imaginarme cómo reaccionaría yo en su situación.

⚽

La mañana se me ha pasado volando. No he podido evitar sentirme nerviosa por la reunión de hoy. Cada vez que intentaba concentrarme en otra cosa, mi mente volvía a Henry y a la presión mediática que debe estar soportando.

Entro en la sala de conferencias y veo a Henry ya sentado, junto a su representante y la persona de Football for All.

John me hace una señal para que tome asiento a su lado.

Cuando me giro hacia Henry, me fijo en la ropa oscura que lleva, y en las gafas de sol que tapan sus ojos.

—Bienvenidos, y gracias a todos por estar aquí —empieza el representante de Football for All—. Hoy discutiremos los detalles y

planificaremos cómo llevar adelante esta relación pública. Queremos que esto sea beneficioso para todos.

Siento cómo la tensión en la sala se intensifica.

Henry y yo intercambiamos una mirada rápida antes de centrarnos en el representante.

—Primero vamos a detallar los eventos y situaciones en las que será necesario mostrar afecto. También las publicaciones en redes sociales y cómo interactuaréis en público —continúa el representante de Football for All, mirando a todos en la sala—. En cuanto a las muestras de afecto, hablamos de caricias, abrazos y, sí, besos en público —prosigue—. No tiene que ser algo exagerado, pero sí lo suficiente para que parezca creíble.

Henry se quita las gafas de sol, dejando ver sus ojos oscuros y serios. Su mandíbula se tensa, y puedo comprobar que está tan incómodo como yo con la idea. No puedo evitar morderme el labio, nerviosa, mientras trato de asimilar la magnitud de lo que nos están pidiendo.

—¿Besos? —protesto, tratando de mantener la compostura—. No habíamos hablado de eso.

—Sí, besos —repite el representante, con tono firme—. ¿Qué clase de relación sería si no hicierais eso? Además, recordad que habéis firmado un contrato.

John interviene, tratando de calmar la situación:

—Entiendo que esto puede ser incómodo al principio, pero es esencial para que la relación parezca real. No exigimos un comportamiento inapropiado; basta con proyectar una complicidad que resulte creíble para el público.

—También vamos a necesitar que ambos publiquéis fotos y comentarios en vuestras redes sociales —agrega el representante de Henry—. Fotos de citas, salidas juntos, e incluso pequeños vídeos, si es posible.

—Por las redes sociales no hay problema —responde Harrington con tono seguro, lo que me toma desprevenida.

—Y hablando de eso, cuando salgáis de aquí, iréis a casa de Henry. Vamos a aprovechar que tienes ahí toda la prensa para que os vean entrar juntos. Así que, después de esta reunión, iréis directamente

allí —añade el representante de Football for All, con expresión seria —. Será mejor que, por seguridad, vayáis en el coche de Amber.

Henry sonríe de manera irónica, mientras yo trato de mantener la compostura.

—Estoy de acuerdo con él, Henry. No te recomiendo sacar tu moto —añade el representante de Harrington—. O si no, saca tu Aston Martin de una puñetera vez.

La idea de ir a casa de Henry con toda la prensa observándonos me hace sentir como si estuviéramos entrando en una jaula de leones.

—No me malinterpretéis, entiendo que esto puede parecer demasiado —dice el representante de Football for All—, pero la clave aquí es la credibilidad. Si la prensa y los *fans* os ven juntos en situaciones cotidianas, será mucho más fácil que crean en vuestra relación.

Me tomo un momento para procesar lo que está diciendo. La situación es más complicada de lo que había imaginado. Fingir una relación ya es suficientemente difícil, pero hacerlo bajo la mirada constante de la prensa es otra historia.

Me giro hacia Henry, buscando algún indicio de cómo se siente al respecto. Sus ojos se encuentran con los míos y, por un segundo, veo un destello de vulnerabilidad antes de que su expresión se vuelva neutral de nuevo.

—Entendido —dice Henry, finalmente, con tono firme.

El representante de este asiente y añade:

—Entonces, cuando salgáis de aquí, tenéis que comportaros como una pareja desde el primer momento. Y, Amber, recuerda que es importante que estéis juntos en público tanto como sea posible. La prensa va a estar observando cada movimiento que hagáis.

—Esperad —intervengo—. Solo quiero asegurarme de que estamos todos en la misma página. ¿Qué pasa si alguien sospecha que esto no es real?

—No os preocupéis por eso —responde el representante de Football for All con confianza—. Tenemos a un equipo de relaciones públicas listo para manejar cualquier situación. Solo seguid el plan y todo saldrá bien.

Nos levantamos de nuestras sillas. La tensión es palpable en el aire. Henry me ofrece una sonrisa tentativa mientras salimos de la sala de conferencias.

—Supongo que deberíamos empezar a actuar como pareja desde ahora mismo, ¿no? —dice con un toque de humor en su voz.

—Sí, supongo que sí —indico, tratando de igualar su tono ligero.

Capítulo 12

El tiro libre: Una chance para demostrar tu habilidad, si sabes cómo manejarla.

Henry

Es extraño estar aquí, en este coche que no es el mío, y con alguien que apenas conozco, más allá de algunas interacciones forzadas.

—No sabes la cantidad de gente que hay en mi casa —comento, ajustando el cinturón de seguridad—. Al menos ya hay seguridad.

Amber asiente y enciende el motor.

—Pon tu casa en el GPS. No sé dónde vives —dice, pasándome su teléfono.

Tecleo la dirección y se lo devuelvo, sintiendo un nudo en el estómago al pensar en lo que nos espera.

El viaje transcurre en un silencio incómodo, interrumpido solo por las indicaciones del GPS.

Intento distraerme, mirando por la ventana, pero mis pensamientos siguen volviendo a la locura que nos espera al llegar. La presión mediática es real, y no estoy seguro de cómo vamos a manejar esto.

Finalmente, giramos en la esquina de mi calle y veo a lo lejos la multitud de periodistas y cámaras que se han apostado frente a mi casa. Suspiro profundamente, tratando de prepararme.

Amber reduce la velocidad y se detiene frente a la entrada, donde varios guardias de seguridad ya están esperando. Los *flashes* de las cámaras comienzan a iluminar el coche, incluso antes de que salgamos.

—Bien, aquí vamos —dice Amber, apagando el motor y desabrochando su cinturón de seguridad—. ¿Listo?

—Listo como nunca —respondo, aunque no estoy seguro de creerlo.

Abro la puerta y me bajo, inmediatamente abrumado por el ruido y los gritos de los periodistas. Los guardias de seguridad se colocan a nuestro alrededor, tratando de mantener a la multitud a raya, mientras avanzamos hacia la entrada de la casa.

—¡Henry! ¡Amber! ¡Mirad aquí! —gritan algunos, intentando llamar nuestra atención.

Amber se acerca y me toma de la mano, en un gesto que debería

destilar naturalidad, aunque en este instante resulte dolorosamente fingido. Aprecio su esfuerzo y trato de corresponder, sonriendo de manera leve a las cámaras mientras avanzamos.

Cuando alcanzamos la puerta, nos apresuramos a entrar.

Cierro la puerta tras nosotros, bloqueando el ruido y los flashes. Me recuesto contra la puerta, soltando un suspiro de alivio.

—Vaya espectáculo —señala Amber.

Asiento, sabiendo que tiene razón. Nos quedamos ahí parados por un momento, ambos respirando de manera profunda y tratando de procesar la situación. Luego, decido romper el silencio.

—Déjame enseñarte la casa —le digo, haciendo un gesto para que me siga.

Amber asiente y empezamos a caminar por el espacioso vestíbulo. Ella se detiene a admirar los detalles, desde las amplias ventanas hasta los muebles de alta gama. La llevo de manera rápida por las diferentes zonas de la casa.

—Esto es increíble —murmura Amber, mirando a su alrededor con ojos abiertos de par en par. Se detiene frente a una obra de arte contemporánea que cuelga en la pared, examinándola detenidamente—. ¿Cuánto vale todo esto? —pregunta, con su voz llena de curiosidad.

Me encojo de hombros y le lanzo una sonrisa casual. Lo cierto es que no sé si me está preguntando por el cuadro o por la casa.

—Pues no sé, creo que fueron unos… —Dudo por un momento, tratando de recordar la cifra exacta—. Bueno, bastante.

Amber se ríe de manera suave, negando con la cabeza.

—No me sorprende que tengas una casa así. Con todo lo que ganas en los Galácticos, esto debe ser un capricho asequible.

Me sorprende verla de esta manera, impresionada por la vivienda. Tendría que estar acostumbrada a este tipo de cosas. Es futbolista y, además, su hermano es Asher. ¿Acaso no ha ido nunca a su casa?

Amber, como si leyera mis pensamientos, añade:

—No estoy acostumbrada a tanto… dinero. Aunque lo haya visto de cerca por Asher, siempre me impresiona cuánto dinero mueve el fútbol —dice mientras sus dedos recorren con suavidad el borde de una mesa de mármol—. Y luego se llenan la boca diciendo que no

hay presupuesto para nosotras. Joder, pues que os recorten a vosotros, ¿no?

La verdad en sus palabras me golpea. Ella tiene razón y sé que la desigualdad salarial en el fútbol es un tema delicado. Cuando vives en tu burbuja, es difícil darte cuenta de que no en todos los deportes, o incluso en el mismo, puede existir un abismo de diferencia.

—Ahora mismo me estás dando mucha rabia. Te lo juro, ¿eh…? —suelta de repente—. Joder, por eso intento no ir a casa de Asher.

Me río y le pregunto:

—¿Te damos rabia por esto? —La miro con una sonrisa divertida.

Amber se encoge de hombros, también sonriendo, pero con un deje de seriedad en sus ojos.

—Es complicado. No es solo la envidia. Es la frustración de saber que estamos haciendo el mismo trabajo, entrenando igual de duro, y, aun así, la diferencia es abismal.

Amber se sienta en el sofá de cuero negro, cruzando las piernas. El movimiento hace que el borde de su top verde cubra su abdomen, que hace un momento mostraba al caminar.

—Creo que, aparte del contrato que hemos firmado, tenemos que hablar de lo que vamos a hacer o algunas normas entre nosotros —comenta, mientras me siento a su lado.

—Estoy de acuerdo —respondo, sabiendo que tiene razón—. ¿Por dónde empezamos?

—Por las relaciones —dice ella directamente—. Si alguno de nosotros empieza a salir con alguien, tenemos que mantenerlo en secreto. Nada de fotos en redes sociales ni salir en público con esa persona. Y si la otra persona no es famosa, mejor ir a su casa.

—De acuerdo —indico, asintiendo—. Lo último que necesitamos es más complicaciones.

—Y las quedadas para las redes sociales pueden ser de cinco minutos. Hacemos la foto y nos vamos. No hace falta estar juntos más tiempo del necesario —añade.

—Y si hay algún evento importante al que tengamos que ir juntos, ¿qué? —cuestiono.

—Nos aseguramos de estar bien coordinados y actuar como una

pareja normal. Nada exagerado. Solo lo suficiente para que parezca real —explica Amber.

Afirmo con la cabeza, dejando que sus palabras se asienten. Soy consciente de que la farsa no me resultará difícil. No con una mujer tan atractiva delante. Es fácil imaginarse en una relación con alguien como ella, aunque sea solo una fachada.

—¿Y si nos preguntan cómo nos conocimos o cómo surgió esto? —añado, tratando de pensar en todos los posibles escenarios.

Amber se queda pensativa por un momento, mientras sus dedos juegan con el borde de su top verde.

—Podemos decir que empezamos a hablar en un evento benéfico y que lo hemos mantenido en privado durante un tiempo. Algo sencillo y creíble —sugiere.

—Me parece bien. Suena convincente —acepto.

Nos quedamos en silencio por unos segundos, antes de que me atreva a abordar un tema más delicado.

—Y en cuanto a los besos… —digo, mirando directamente a sus ojos—. ¿Alguna clave para saber si cuento con tu permiso? Lo último que quiero es invadir tu espacio.

Noto cómo Amber desvía la mirada; sus ojos azules recorren la habitación antes de posarse de nuevo en mí. Su mandíbula se tensa y afloja mientras considera la situación, y puedo ver la ligera sombra de una duda en su rostro.

—Podría tocarme el cabello —dice mientras desvía la mirada y juguetea con un mechón de su cabello rubio, enroscándolo entre sus dedos.

—Ahora solo nos queda asegurarnos de que todo esto se vea lo más natural posible —indico, sintiéndome un poco más confiado en nuestra estrategia.

Amber asiente y, por un momento, el ambiente entre nosotros se suaviza.

Nos quedamos en silencio, contemplando las implicaciones de lo que estamos a punto de hacer. No será fácil, pero al menos estamos de acuerdo en las reglas del juego.

Capítulo 13

El desmarque: Cuando te mueves fuera de la línea para encontrar un espacio en el caos.

Amber

La situación se siente surrealista mientras estoy sentada en el sofá. Respiro hondo y miro a Henry, quien parece estar tan nervioso como yo, aunque lo oculta bastante bien.

—Bueno, y ahora, ¿qué hacemos? —pregunto, tratando de romper el hielo.

Henry se inclina hacia delante, apoyando los codos en las rodillas, y me mira con seriedad.

—Tendríamos que hacer que esto parezca lo más auténtico posible —responde, con un tono decidido.

Miro alrededor y una idea empieza a formarse en mi mente.

—Entonces, ¿qué tal si nos hacemos unas fotos casuales aquí? —sugiero, sacando mi teléfono—. Algo sencillo para empezar. Nada demasiado elaborado.

Henry asiente y se levanta, dirigiéndose hacia una mesa cercana donde hay un par de botellas de agua y algunos aperitivos. Me ofrece una botella, que acepto.

—Buena idea. ¿Dónde quieres hacerlo? —pregunta, echándose agua en el vaso.

—Quizás en el sofá. Algo que parezca una tarde relajada en casa.

—¿Cómo quieres que nos pongamos? —Se sienta a mi lado.

—Algo natural —digo, mientras intento encontrar la pose adecuada —. Tal vez con tu brazo alrededor de mis hombros, como si estuviéramos viendo una película.

Henry asiente y pasa su brazo alrededor de mis hombros, acercándose más. Siento su calor y su cercanía, lo que dispara mis pulsaciones; no obstante, trato de mantenerme profesional. Le devuelvo la mirada y sonrío para la cámara.

—Listo —indico, revisando las imágenes—. Creo que estas servirán para empezar. Dime tu número y te las paso.

Me da el número y se las envío de manera rápida.

Ambos subimos las imágenes a nuestras redes sociales, acompañadas de un comentario casual, acerca de pasar tiempo

juntos. Me siento un poco expuesta, pero sé que es parte del plan.

—¿Y ahora? —pregunto, sintiendo que el ambiente se vuelve un poco más relajado.

—Ahora, solo esperamos a ver cómo reacciona la gente —responde Henry—. Pero, mientras tanto, podríamos intentar conocernos un poco mejor. Si vamos a fingir esta relación, será más creíble si realmente sabemos cosas el uno del otro.

—Creo que no necesito saber nada más de tu vida —espeto.

La tensión en la habitación se intensifica después de mi respuesta cortante.

Henry se queda en silencio por un momento, y yo siento una punzada de arrepentimiento por haber sido tan brusca. Sin embargo, para mi sorpresa, Harrington sonríe.

—Ya que sabes tanto de mí, estaré encantado de escuchar todo lo que te ha contado Asher.

—¿Prefieres el informe completo de golpe o te lo dosifico para que no entres en pánico?

—Asustarme, ¿yo? Venga, Amber, dame tu mejor tiro.

—¿Qué hay de las historias sobre tu gusto por las aventuras de una noche? —le pregunto, sin apartar la mirada.

—Exageradas —responde con una sonrisa—. Aunque no voy a mentir, he tenido algunas. Pero estoy seguro de que Asher ha pintado un cuadro más dramático.

—Exageradas, ¿eh? —Sonrío con falsedad—. ¿Cuántas citas has tenido este mes?

—Solo unas cuantas.

—¿Más de cinco?

—Depende de cómo cuentes las citas.

Henry se recuesta en el sofá, cruzando un brazo detrás de su cabeza, y con la otra mano juega con el borde de su camiseta. Sus ojos no se apartan de los míos y una sonrisa pícara se dibuja en sus labios.

—Y ahora que has sacado este tema —dice, inclinándose un poco hacia delante—, si el proyecto va a durar estos meses de verano, no sé si podré aguantarme, ya sabes, sin follar.

—No pienso quedar como una cornuda delante de la gente, ni

tampoco que se eche a perder este proyecto. Has firmado un contrato, Harrington. —Alzo el dedo—. Folla con quien quieras, pero en su casa. No aquí.

—¿Eso harás tú? Vamos, todos tenemos nuestras necesidades.

Cruzo los brazos, mirándolo directamente a los ojos.

—Sí, eso haré. No quiero poner en peligro esto, ni que las cosas se compliquen mucho más. A diferencia de otros, puedo mantener mis relaciones sexuales en la privacidad.

Henry frunce el ceño, molesto por mi comentario. Su mandíbula se tensa por un momento, antes de soltar una risa irónica.

—Golpe muy bajo, Amber.

—Asher me contó sobre aquella vez que te encontró con tres chicas en el vestuario después de un partido. —Mantengo mi mirada firme —. ¿Quieres continuar con lo que sé de ti?

—¿Qué puedo decir? Algunos tenemos más energía después de un partido.

—Solo espero que puedas canalizar toda esa energía en mantener las apariencias.

De repente, vuelvo a estar nerviosa. No sé qué hacer. Me levanto del sofá y empiezo a caminar por la sala, sin un destino claro. Solo necesito moverme para aliviar la tensión que siento. Mi mente está dando vueltas, pensando en todo lo que está en juego y en cómo vamos a mantener esta farsa.

Henry me observa en silencio por unos momentos, y luego se levanta también, acercándose a mí.

—Lo de las tres chicas no fue así. Estaba de broma —dice, con tono más serio.

Me detengo y lo miro, tratando de evaluar si está siendo sincero o solo intenta calmarme.

—Tu vida privada no me importa en absoluto.

Mientras esas palabras salen de mi boca, no me doy cuenta de la ironía. Pero, en realidad, a partir de ahora, la vida privada de Henry se entrelaza con la mía. Cada movimiento, cada interacción, cada mentira que construimos juntos forma parte de una narrativa compartida. La línea entre lo que es suyo y lo que es mío se desdibuja.

Mis pensamientos se aceleran, y me doy cuenta de que, aunque su vida privada no debería importarme, ahora lo hace porque, cualquier error, cualquier indiscreción, afectará directamente a mi vida.

Capítulo 14

La ruleta: Un giro inesperado que puede cambiar la dirección del juego.

Henry

—Todo estará bien —me digo a mí mismo, tratando de calmarme.

Me ajusto la corbata frente al espejo, sintiéndome extrañamente nervioso. No suelo ponerme nervioso por eventos sociales, pero esta vez es diferente. Estoy a punto de fingir una relación frente a un montón de personas y la prensa.

La puerta se abre y Mark asoma la cabeza, vestido con un traje impecable.

—¿Listo para tu gran debut como novio falso? —pregunta con una sonrisa burlona.

—Siempre supe que mi carrera en el fútbol solo era el trampolín hacia mi verdadera vocación: el teatro —respondo, soltando una carcajada.

Mark se ríe y niega con la cabeza, ajustándose la corbata.

—Ya no hay moto, ¿no?

Mi querida moto, una Ducati negra brillante, está aparcada en el garaje, atrapada en un exilio forzado. Es más que una máquina para mí; representa libertad, velocidad y una pequeña dosis de anonimato. Pero ahora, con todo este revuelo, sacar la moto es invitar al caos.

—No me lo recuerdes —indico, rodando los ojos—. Va a coger polvo en el garaje.

Mark se cruza de brazos y me da una mirada de complicidad.

—El que tú no vas a tener.

Ambos soltamos una carcajada.

Me acerco a la ventana y aparto de manera ligera la cortina para mirar afuera. La prensa sigue ahí, con sus cámaras y micrófonos listos. Desde que Amber y yo publicamos esa foto juntos en nuestras redes sociales, todo ha explotado.

La imagen nos muestra relajados en el sofá; ella recostada ligeramente sobre mi hombro y yo con una sonrisa despreocupada.

La reacción en redes sociales fue inmediata y abrumadora. Entre los comentarios más repetidos, están los que elogian nuestra

«química» y los que aseguran que siempre supieron que había algo entre nosotros. Algunos incluso mencionan cómo nuestras carreras han coincidido en el tiempo, alimentando más las teorías.

—Joder, creo que mi comentario te ha afectado demasiado. —Noto la mano de Mark en mi hombro—. Veo que vas a llevar mal lo de no follar.

—No es eso —respondo, alejándome de la ventana y dirigiéndome hacia la puerta—. Estaba pensando en otras cosas.

Salimos de la habitación y nos dirigimos a la sala principal. Siento una oleada de nervios y adrenalina mientras me preparo para enfrentar la noche. Amber y yo debemos mostrar al mundo que somos una pareja perfecta, al menos por un tiempo.

Mark se despide con un gesto y se dirige hacia la puerta de casa.

—Nos vemos luego —dice con una sonrisa, antes de cerrar la puerta tras de sí.

Camino hacia el garaje y abro la puerta, revelando mi coche estacionado en el interior. La mirada recae momentáneamente en mi moto cubierta, con una sensación de añoranza. Suspiro y me dirijo a mi automóvil.

Me subo al coche y enciendo el motor. Coloco la ubicación que me ha compartido Amber por WhatsApp. Conforme salgo del garaje, siento cómo la adrenalina empieza a aumentar.

El viaje es corto, apenas unos veinte minutos, debido al tráfico ligero que hay a esta hora.

Cuando llego a la dirección indicada, estaciono el coche frente a la casa de Amber y respiro hondo. Miro a mi alrededor, asegurándome de que no haya demasiada atención indeseada, antes de tomar mi teléfono y enviarle un mensaje rápido.

Henry:

Estoy fuera.

Apago el motor y me quedo en el coche, esperando su respuesta.

Pasan un par de minutos, y justo cuando estoy a punto de enviar otro mensaje, la puerta del coche se abre. Levanto la vista y la veo a ella.

Amber está deslumbrante. Lleva un vestido negro ajustado que cae

hasta el suelo, con un escote en V elegante. El vestido tiene detalles brillantes que captan la luz, haciéndola destacar aún más. Su cabello rubio está peinado en ondas suaves que caen sobre sus hombros.

—Veo que por aquí las cosas están calmadas —digo, refiriéndome a la prensa.

—Supongo que yo no soy tan mediática como tú.

—Ventajas de ser un Galáctico —suelto con ironía.

Conduzco con Amber sentada a mi lado. El silencio entre nosotros es tenso, pero no incómodo. Ambos estamos concentrados en lo que nos espera.

A medida que nos acercamos al lugar del evento, veo algunas cámaras y reporteros esperando, aunque no es nada comparado con la multitud de mi casa.

Al estacionar, respiro hondo y me vuelvo hacia Amber.

—Listos para el *show* —digo, tratando de inyectar algo de ánimo en la situación.

Salimos del vehículo y caminamos juntos hacia la entrada. Coloco mi mano en su cintura, tratando de parecer lo más natural posible. Las cámaras se enfocan en nosotros, pero no son tantas como esperaba.

Nos detenemos por un momento y me inclino hacia ella, susurrando en su oído:

—Si estás incómoda, recuerda lo del pelo.

Amber asiente de manera leve y me dedica una pequeña sonrisa, antes de que volvamos a caminar.

La entrada al lugar está decorada con luces suaves y alfombras elegantes.

Nos abrimos paso entre los asistentes, saludando a algunos conocidos. La música de fondo y las conversaciones animadas llenan el ambiente, mientras tratamos de mantener nuestra fachada.

Conforme continuamos por la sala, noto que alguien se acerca a nosotros de manera precipitada. En el momento en que veo que es Asher, de manera instintiva quito mi mano de la cintura de su hermana. Fingir esta relación frente a él, creo que va a ser más difícil de lo que creía.

—¡Amber! —exclama Asher con una sonrisa, dándole un abrazo a

su hermana, antes de volverse hacia mí—. ¿Cómo vais?

Observo a Amber antes de contestar.

—Nos estamos adaptando —respondo, tratando de sonar convincente.

La sensación de que Asher me ignora es palpable. Apenas me mira a los ojos, concentrando toda su atención en Amber. Es justo ahora cuando maldigo no haber negado que su hermana me atraía.

—¿Te acuerdas cuando decías que no querías que hiciera un movimiento en falso? —le pregunto, a pesar de que sigue ignorándome—. Bueno, creo que estamos bastante coordinados.

Asher la mira, con una ceja levantada.

—Eso espero. Porque, si no, ya sabes lo que pienso.

—Vamos, Asher, no seas tan protector —respondo, tratando de aligerar el ambiente—. Prometo comportarme.

Asher finalmente me mira, aunque sigue con una expresión seria.

—Más te vale, Henry.

Nos quedamos en silencio por un momento, sintiendo la tensión en el aire.

—¿Mark está aquí ya? —pregunto, mirando a mi alrededor.

—Sí, está por ahí —responde mi compañero de equipo, señalando con la cabeza hacia el otro lado del salón.

—Genial. Os dejo, porque aquí sobro —indico, sintiendo que es mejor darles espacio.

Capítulo 15

GOLAZO: UN MOMENTO BRILLANTE QUE QUEDA GRABADO EN LA MEMORIA DE TODOS.

Henry

Algo ha pasado. No estoy seguro de qué, pero estoy siguiendo a Amber a través del evento como un loco. La veo dirigirse hacia la salida y me apresuro a seguirla. El aire fresco de la noche me golpea el rostro en cuanto cruzo el umbral.

Amber se detiene en la pared, apoyando su espalda. Su postura es tensa, parece molesta.

Me acerco, tratando de entender qué la ha alterado tanto.

—Amber, ¿estás bien? —le pregunto, manteniendo una distancia entre ambos.

Ella gira la cabeza hacia mí, con una expresión de frustración en su rostro.

—¿Por qué me da la sensación de que apareces siempre en el momento menos oportuno? —Su tono es mordaz, lleno de una mezcla de enojo y desesperación.

—No quiero molestarte. Solo quiero asegurarme de que estés bien —respondo, tratando de reducir la tensión.

Amber aprieta los labios y baja la mirada, como si estuviera debatiéndose de manera interna.

—¿Bien? —Amber se ríe sin humor, sacudiendo la cabeza—. ¿Sabes lo que me acaba de decir Asher? Que tal vez no soy capaz de manejar la presión de esto, que debería retirarme del proyecto por mi propio bien. No confía en mí.

—No le hagas caso. Estoy seguro de que no lo decía en serio.

—Claro, porque tú siempre sabes lo que pasa por la cabeza de todos —replica, cruzando los brazos sobre el pecho—. Estoy casi segura de que compartís casi la misma neurona en tema de ligues.

—No eleves la voz, Amber.

Me acerco a ella y me apoyo en la pared, manteniendo la distancia justa para que no se sienta invadida, pero lo suficientemente cerca para que nadie escuche nuestra conversación y arruine nuestra farsa.

—No compartimos la misma neurona en ligues, te lo aseguro —le

digo con una sonrisa—. Y creo que me la voy a jugar porque aquí no me puedes dar una hostia, pero, cuando estás enfadada, te pones aún más atractiva.

—Creo que algo sí que me conoces, porque sí, te hubieras llevado una hostia —suelta, sin ceder un centímetro.

Nos quedamos muy cerca. Tanto, que puedo sentir su aliento cálido contra mi piel. Mi boca está peligrosamente cerca de su cuello, y el olor de su perfume llena el aire entre nosotros.

—He aprovechado las cámaras para jugar a mi favor —susurro, en un tono apenas audible para ella.

—¿Qué cámaras? —pregunta, frunciendo el ceño.

—Detrás del coche rojo hay un *paparazzi* —indico, sin romper nuestra burbuja—. ¿Sabes lo que sí quedaría bien? Que te besara.

—¿Estás loco? —sisea.

Sonrío, acortando la distancia hasta que mis labios quedan a un suspiro de los suyos.

—Piensa en ello, Amber. Si lo hacemos bien, esto podría calmar a la prensa y hacer que nuestra relación parezca más real. Solo un beso. Además, ¿no dijiste que íbamos a hacer todo lo posible para que esto funcionara?

Ella duda por un momento. Sus ojos buscan los míos, como si tratara de decidir si confiar en mí o no.

—Está bien, pero solo un beso —cede finalmente, aunque su tono sigue siendo desafiante—. Pero si haces algo que no me guste, te juro que la próxima vez sí te llevas esa hostia.

—Trato hecho —murmuro, acercándome aún más.

Me acerco de manera lenta. Mi corazón late un poco más rápido con cada paso que acorto entre nosotros. La veo ceder, aunque su tono sigue siendo desafiante. Es una señal de que está dispuesta a confiar en mí, aunque sea solo un poco.

Cuando estoy lo suficientemente cerca, veo cómo sus pestañas se bajan y sus ojos se cierran. Su respiración se vuelve más lenta, preparándose para el beso que espera.

Me inclino hacia ella, deteniéndome justo antes de que nuestros labios se encuentren. En lugar de besarla, como habíamos acordado, desvío mi trayectoria y dejo que mis labios rocen la comisura de los

suyos. Apenas es un susurro de contacto, pero lo suficiente para que, desde cualquier ángulo, se vea como un beso real.

Desde la perspectiva del fotógrafo, no hay duda: parecerá un beso. Pero, entre nosotros, hay una diferencia clara, un límite que no he cruzado.

Cuando me retiro, veo cómo sus ojos se abren de manera lenta, como si estuviera saliendo de un trance.

—¿Esperabas que te besara? —susurro.

Ella parpadea, como si mi pregunta la hubiera sacado de un pensamiento profundo. Su mirada se endurece, y puedo ver que ha recuperado la compostura de forma rápida.

—No espero nada de ti, Henry, y menos un beso.

Todavía no me acostumbro a oír mi nombre salir de su boca, pero debo admitir que me gusta cómo suena cuando ella lo dice. Hay algo en la forma en que lo pronuncia que me resulta intrigante, casi encantador.

—Mejor volvamos dentro antes de que atraigamos más atención —afirmo, todavía cerca de su rostro.

—Buena idea —murmura, con los labios rozando los míos al hablar.

Antes de que se marche, la agarro del brazo de manera suave.

—Si esto sigue así, voy a pensar que en el fondo te caigo bien.

—No te confundas, es solo parte del acuerdo.

Mi ego se siente dolido por un instante, pero sé que Amber miente. Aunque solo haya rozado sus labios, he estado mirando su mano. La ha tenido quieta todo el rato, sabiendo que podía haber parado segundos antes de empezar.

La veo girarse y caminar hacia la entrada del evento, con la cabeza alta y la postura firme.

Mientras la sigo, no puedo evitar pensar en lo fácil que le resulta proyectar esa imagen de seguridad y control absoluto, como si nada ni nadie pudiera afectarla. Es fascinante y, al mismo tiempo, desconcertante. A veces me pregunto qué pasa realmente por su mente.

Entramos de nuevo al salón y parece que todo sigue igual. Las luces, la música y las conversaciones llenan el ambiente, como si nada hubiera pasado. La gente sigue disfrutando del evento sin

percatarse de lo que acaba de ocurrir entre nosotros.

Mark se aproxima con una copa en la mano y una sonrisa divertida en su rostro.

—Dime que no has utilizado esa excusa para…

Lo corto antes de que pueda terminar la frase.

—Esta vez no era mentira. Nos estaban mirando.

Mark arquea una ceja.

—¿Y cómo ha reaccionado la señorita Prescott?

—Creo que esto va a ser más complicado de lo que pensé —respondo, tomando la copa de la mano de Mark y bebiéndomela de un trago.

—Pues sí que empezamos bien. —Se ríe.

Asiento, mirando a mi alrededor. La sala sigue llena de invitados charlando, riendo y disfrutando del evento. Amber se ha alejado, hablando con algunos de los organizadores del acto. La observo por un momento, notando su postura tensa y la forma en que fuerza una sonrisa.

—Creo que necesito otra copa —digo, girándome hacia el bar.

Capítulo 16

TIEMPO MUERTO: ES ESE MOMENTO EN QUE NECESITAS UNA PAUSA PARA REENCONTRARTE CONTIGO MISMO, AUNQUE EL JUEGO SIGA CORRIENDO EN TU CABEZA.

Amber

Es domingo por la tarde y no me apetece hacer nada. A pesar de estar de vacaciones, el *mood* de domingo sigue presente. ¿Y qué significa eso? Que mi mente no para de darle vueltas a mi pasado; más en específico, a los momentos en los que más vergüenza he sentido o los que me han dolido. Vamos, es parecido al síndrome premenstrual, pero sabiendo que ya me bajó hace semanas.

Cuando empecé a destacar en el fútbol, uno de mis miedos era justo la regla. Sé que puede parecer algo ilógico, puesto que no es algo que se elige, pero sabía que el hecho de estar con la menstruación me afectaba en el rendimiento. Bueno, a mí y a todas. Sin embargo, me di cuenta en el vestuario, del equipo con el que jugaba en ese momento, de que era algo normal y, sobre todo, que se hablaba. Aquello supuso sentirme comprendida a niveles que ni yo sabía que existía.

Por suerte, hoy la regla no me acompaña y el bajón del domingo puede ser más llevadero. Mis dedos se deslizan por el mando de la televisión, cambiando de canales, como si mi vida dependiera de ello.

Al final, desisto.

No encuentro nada que me guste. Quizás estoy muy quisquillosa y todo me parece poco.

Me incorporo, ya que estaba totalmente tirada en el sofá, y cojo el teléfono de la mesita. Resoplo al ver que tengo más de dos mensajes de la misma persona.

Asher:

¿Estás enfadada?

Asher:

No quería decir eso

Asher:

Lo siento, Amber.

El evento de ayer fue raro, o, al menos, esa fue mi percepción.

El gran motivo de ello fue que no estoy acostumbrada a acudir con Henry como su pareja. Me sigue pareciendo algo paradójico. Otro de los motivos fue esa frase de Asher. No obstante, somos hermanos y es normal discutir. Cuando éramos más pequeños, me enfadaba porque no me contaba nada de sus ligues. Ahora, desde hace tiempo, habla demasiado y prefiero que se guarde todos esos detalles.

Pero lo más raro de todo fue el beso falso. Ese intento. Ese engaño que me comí con patatas por parte de Henry. Y, lo peor, es que noté que a una parte de mí no le importaba besarlo. O sea, ¿dónde estaba en ese momento mi mente? ¿Dónde estaba mi cerebro? ¿Se había churruscado?

No tengo ninguna norma escrita sobre no salir con futbolistas, porque nunca me he fijado en ninguno. En mi cabeza siempre ha existido la idea de cómo eran —exceptuando a Asher, por supuesto —, y la idea de ser una WAG no va conmigo. No quiero criticar esa posición, ni a las novias de nadie, pero yo soy una jugadora. No quiero que mi imagen pase de ser de «jugadora» a «novia de».

En parte siento que ya es un poco tarde para eso, porque el contrato está firmado, nuestra farsa es… ¿real? Nunca pensé que utilizaría farsa y real en la misma frase, pero, a vistas de algunas personas, sí, soy una WAG.

La realidad es que Henry no mentía, porque sí que había un paparazzi. Esta mañana ya he podido ver la noticia que ha publicado en su revista digital.

Desconozco si Henry tiene mucha experiencia en esto, pero ha clavado la perspectiva. O sea, si fuese una persona ajena a esto, pensaría que realmente nos hemos besado.

La notificación del teléfono me saca de mis pensamientos.

Asher:

Necesito verte.

Asher:

Necesito un domingo de hermanos.

Resoplo porque no aguanto más sin contestarle.

Amber:

Puedes venir.

Amber:

Prohibido hablar de algo relacionado con lo de ayer.

«No soy la única a la que le afecta que sea domingo», pienso.

De hecho, Asher y yo teníamos la costumbre de ver una película de comedia el último domingo de cada mes. Esa rutina se vio afectada cuando Asher se mudó por su equipo de fútbol. Yo, todavía, estaba lejos de llegar a su nivel.

No obstante, desde que los dos vivimos en la misma ciudad, esa costumbre no se ha retomado. Y, en parte, me entristece, porque esos momentos me hacían sentirme unida a él.

Después de esperar alrededor de veinte minutos, Asher se persona en mi casa. Me fijo en que lleva chándal y una camiseta de deporte. Un *outfit* muy dominguero, sí. Aunque con mi camiseta hiperlarga y mis *shorts* estoy yo como para ponerme exquisita.

—Pasa —le indico.

No hace falta que le diga nada más, porque sé que se siente como en su casa. Apoya la cabeza en uno de los cojines y, al estirarse, veo que sus pies sobresalen.

—¿No has pensado en comprarte un sofá más grande?

—Ahora tendré yo la culpa de que seas tan alto.

—Ven aquí, anda.

Ese movimiento simple de su mano contra el sofá era lo único que necesitaba para saber que volvemos a estar bien. Me acurruco, mirándolo.

—Das mucho calor, lo sabes, ¿no?

—Y tú no paras de quejarte. —Se queda mirando mi pared—. Quizás podría comprarte un…

—No vas a comprarme nada.

—Ni siquiera has escuchado qué era.

—Me da igual. —Resoplo—. ¿Cuál fue la última película que vimos juntos, Asher?

Coloca uno de sus brazos por detrás de la nuca, pensando.

—¿*Free Guy*?

—Puede ser, sí —afirmo—. Hace tanto.

—Sabes que podemos solucionarlo ahora mismo, ¿no? —Se incorpora, y coge el mando—. Eso sí, elijo yo la película.

—¡Ni de coña!

—¿Quién es el mayor? —pregunta de manera retórica—. Es que me parecía estar escuchando quejas. ¿Has escuchado algo tú?

—No es justo, y lo sabes. Porque la v…

Lleva su mano a mi boca para hacerme callar. Con su mano gigante silenciándome a la fuerza, es físicamente imposible articular palabra. Él empieza a reírse y cuando, por fin, consigo tomar distancia, lo hago yo también.

—Parece que el ruido ya se ha calmado —bromea, sonriendo.

—Eres odioso.

—Y tú, una mandona, pero, mira, nos queremos todos.

Nos echamos a reír, y me doy cuenta de cuánto necesitaba esto; cuánto necesitaba un momento así con él. La risa se calma, pero una cálida complicidad queda flotando en el aire, y me doy cuenta de cuánto extrañaba esta conexión sencilla y sincera.

Capítulo 17

El despeje: Sacar el peligro de tu área, pero dejando la incertidumbre en el aire.

Amber

El pitido del árbitro marca el final de la primera mitad y nos dirigimos hacia el banquillo. Estamos jugando un partido amistoso y, aunque hemos mantenido un buen ritmo, el marcador está empatado.

Aprovecho el descanso para hidratarme mientras el entrenador nos da algunas indicaciones.

Han pasado un par de días desde el evento con Henry y, desde entonces, no he vuelto a saber nada de él. Asher, por otro lado, ha estado en contacto constante conmigo. No ha dejado de llamarme, como si quisiera asegurarse de que volvemos a estar bien.

—Vamos, chicas, mantengamos la presión y aprovechemos nuestras oportunidades —dice el entrenador, con voz firme y motivadora.

La segunda mitad del partido es aún más intensa.

Corro de un lado a otro del campo, sintiendo la adrenalina circular por mis venas. Me intento concentrar en cada pase, cada tiro y en cada movimiento.

El equipo rival intensifica su defensa, pero mantenemos nuestra compostura y seguimos creando oportunidades. Finalmente, en los últimos diez minutos, logramos un avance decisivo. Asisto a nuestra delantera con un pase perfecto que da como resultado un gol decisivo.

Nos abrazamos y chocamos las manos, sintiendo la energía y la emoción del momento. El pitido final resuena y nos reunimos en el centro del campo para felicitar a nuestras oponentes por un buen juego.

Después del partido, nos dirigimos a la sala de prensa para las entrevistas.

Me siento en la mesa junto al entrenador, sintiéndome algo nerviosa por las posibles preguntas que podrían surgir.

La rueda de prensa comienza con preguntas sobre el partido y nuestra estrategia. Respondo con confianza, describiendo cómo

trabajamos juntas como equipo y los ajustes que hicimos durante el juego. Luego, un periodista levanta la mano y hace una pregunta sobre la próxima temporada.

—Amber, habéis tenido una temporada increíble hasta ahora. ¿Cuáles son tus expectativas para la próxima?

—Gracias. Bueno, como equipo, siempre estamos buscando mejorar y superar nuestros propios límites. Estamos trabajando en fortalecer nuestras tácticas y en mejorar nuestra cohesión en el campo.

—¿Hay algún aspecto específico en el que el equipo esté enfocado en mejorar? —pregunta otro periodista.

—Sí, definitivamente. Estamos poniendo un énfasis especial en nuestra defensa y en la transición rápida de la defensa al ataque.

—Y en lo personal, Amber, ¿cuáles son tus metas para la próxima temporada? —interviene otro reportero.

—Mis metas personales están alineadas con las del equipo. Quiero seguir desarrollándome como jugadora, contribuir de manera significativa en cada partido y ayudar a llevar a nuestro equipo a nuevas alturas.

Justo cuando parece que la rueda de prensa está enfocándose completamente en el fútbol, otro periodista hace una pregunta que cambia el tono de la conversación.

—Amber, gran partido hoy. Tengo una pregunta: ¿Harrington no ha venido a verte jugar? —pregunta un periodista, con una sonrisa insinuante.

Antes de que pueda responder, nuestro entrenador interviene, con voz firme y profesional.

—Creo que los asuntos personales de nuestras jugadoras no son apropiados para discutir en esta rueda de prensa. Estamos aquí para hablar sobre el partido y el desempeño del equipo. Si tienen más preguntas sobre el juego, estamos encantados de responder.

Asiento, agradecida por la intervención de nuestro entrenador. Aprecio su enfoque en lo que realmente importa en este momento.

La rueda de prensa continúa con preguntas más centradas en el fútbol, lo que me permite relajarme y disfrutar del momento.

Después de la sesión de preguntas y respuestas, nos despedimos

de los periodistas y nos dirigimos al vestuario.

—¿Visteis la cara del entrenador cuando preguntaron por Henry? —dice Alex, riendo—. Pensé que iba a lanzar el micrófono a alguien.

—No me puedo creer que le hayan preguntado eso —afirma Alison —. A todo esto, ¿desde cuándo estás con Henry? Yo, al menos, no tenía ni idea.

—Lo ocultabas muy bien —añade otra compañera, guiñándome un ojo.

Solo Alex y Sam saben la verdad, y han prometido mantener el secreto. Las demás saben lo mismo que cualquier otra persona: lo que dicen los rumores y lo que muestra la prensa. Y aquí estoy, añadiendo más mentiras para mantener la farsa.

—Sí, es algo reciente —miento, recordándome que es necesario para que esto funcione—. No quería que se convirtiera en un tema principal, ya sabéis cómo es la prensa.

Esbozo una sonrisa mecánica, aunque cada mentira me deja un regusto amargo en la garganta.

—¿Reciente? —Alex me lanza una mirada cómplice, sabiendo que es parte del plan.

—Sí, bueno, tampoco quería hacer un gran anuncio. Queríamos mantenerlo entre nosotros durante un tiempo —añado, tratando de sonar convincente.

—No puedo creerlo —indica una compañera—. Siempre pensé que era más un ligón sin remedio.

Ya tardaban en sacar ese tema. Sabía que las historias sobre Henry, sus aventuras y su reputación como un ligón me iban a salpicar tarde o temprano. No es fácil mantener una fachada perfecta cuando todos tienen una opinión formada sobre tu «novio».

Mi teléfono vibra y lo saco de manera discreta. Veo un mensaje de John.

John:

Buen trabajo en la rueda de prensa.

Asegúrate de coordinar bien la próxima salida con Henry.

La prensa estará atenta.

La palabra «coordinar» me hace gracia. Todo esto es tan falso. Aquí

estoy, fingiendo una relación y «coordinando» nuestras salidas como si fueran una coreografía bien ensayada. Es frustrante pensar en lo que se espera de nosotros.

Mientras guardo el teléfono, otra notificación aparece. Esta vez es de Henry.

Henry:

Creo que nos toca mover ficha.

¿Tienes alguna idea?

Suspiro y le respondo de manera lenta.

Amber:

¿Cenamos mañana?

Henry:

Perfecto.

Paso a recogerte sobre las 20:00.

Todavía hay prensa en mi casa.

Las chicas siguen hablando a mi alrededor, pero mi mente está atrapada en los próximos pasos de esta farsa.

Capítulo 18

El cabezazo: Un remate decisivo que puede cambiar el resultado en el último momento.

Henry

—¿Qué te llevó a empezar a jugar al fútbol? —pregunto, rompiendo el hielo mientras observamos el menú.

—Siempre me ha gustado el fútbol. Mi padre jugaba en un equipo local y solía llevarme a sus partidos. Me enamoré del juego desde que era una niña. Cuando Asher y yo nos hicimos hermanos, jugábamos juntos todo el tiempo.

La sinceridad en su voz me sorprende. Amber parece más tranquila, más abierta, como si la conversación le resultara cómoda. No está tan a la defensiva como de costumbre, y eso me relaja un poco.

—Parece que siempre has estado rodeada de fútbol —comento, observando el menú—. ¿Alguna vez pensaste en hacer otra cosa?

Amber sonríe, y hay un destello de algo más relajado en su mirada.

—La verdad, no. Siempre ha sido mi pasión. No me imagino haciendo otra cosa. ¿Y tú? ¿Siempre quisiste ser futbolista? —me pregunta, girándose ligeramente para observar el restaurante.

Las paredes del establecimiento están adornadas con paneles de madera oscura y cuadros de artistas contemporáneos. La música de fondo invita a mantener una conversación agradable.

—No siempre —admito, sonriendo mientras recuerdo—. De niño estaba convencido de que acabaría siendo electricista, hasta que un balón se cruzó en mi camino y supe que quería ser futbolista. La emoción de correr en el campo, de marcar un gol… era algo que no podía ignorar.

Recuerdo los días en los que mi madre me llevaba al parque. Siempre ha estado ahí, apoyándome en todo. A veces, después de trabajar largas horas como asistenta de limpieza, me llevaba al parque y se sentaba en un banco, animándome mientras jugaba con otros niños. Ella hizo muchos sacrificios para que yo pudiera tener esta oportunidad.

—No recuerdo mucho de Cuba —me sincero—. Solo mi habitación de allí, un parque y algunas imágenes borrosas.

Amber me mira con interés.

—¿Cuándo viniste?

—Tenía unos cinco años. Mi madre decidió que era el momento de buscar una vida mejor para nosotros.

—Debe haber sido difícil para ella, y para ti también.

La conversación se interrumpe cuando el camarero se acerca a nuestra mesa con una sonrisa cordial.

—¿Puedo tomar sus pedidos?

Amber y yo intercambiamos una mirada antes de devolver nuestra atención al menú.

Tras unos segundos, decidimos nuestros platos y el camarero anota todo con rapidez, antes de retirarse.

—Gracias —digo, mientras el camarero se marcha.

Hay un momento de silencio incómodo mientras busco algo de qué hablar, sin saber muy bien por dónde empezar. Miro alrededor del restaurante, mientras mis pensamientos están dispersos.

Amber lleva un vestido azul marino que resalta sus ojos claros. El diseño del vestido es sencillo, pero elegante, con tirantes finos y una falda que cae justo por encima de sus rodillas. El color contrasta con su color de pelo.

—¿Qué ha pasado con esos cinco minutos de quedar, hacer la foto e irnos? —pregunto, curioso.

Ella sonríe de manera ligera antes de responder:

—Quedaría raro que en un restaurante enseguida nos fuéramos, ¿no? Debemos hacer esto creíble.

Desconozco el motivo por el cual mi mente viaja hasta la rueda de prensa del otro día. Aunque, en realidad, creo que es esa pregunta la que nos ha obligado a estar ahora mismo uno enfrente del otro. Sin embargo, cada vez que la recuerdo, me hierve la sangre. No sé en qué cabeza cabe preguntar a un profesional sobre su vida amorosa.

—Llevas razón. —Dejo el teléfono boca abajo encima de la mesa—. ¿Qué prefieres, pasar esta noche conmigo o estar lesionada la siguiente temporada?

—No me gusta ninguna opción.

—¿Tanto cuesta decir la verdad? Dudo mucho que quieras estar

lesionada. Además, no soy tan mala compañía.

—Solo digo que hay peores cosas que soportar que una cena contigo, Harrington.

—Ah, ¿sí? —pregunto, alzando una ceja—. Entonces, ¿qué opción te parecería peor?

—Compartir cama contigo —responde, mirándome directamente a los ojos.

Su respuesta me sorprende, aunque intento no mostrarlo. No puedo evitar pensar en cómo sería esa situación, compartiendo cama con Amber. No sería un castigo en absoluto, más bien lo contrario.

—No sabía que me veías como una amenaza, Prescott.

Amber se inclina hacia delante, apoyando los codos en la mesa y estrechando los ojos de manera desafiante.

—¿Una amenaza? Me gusta mantener a raya a los egos inflados.

Me río.

—¿Qué prefieres, futbolistas u otro deporte?

—Alguien con cerebro, gracias.

La luz suave del restaurante se refleja en sus ojos, dándoles un brillo aún más intenso. Amber juega con el borde de su copa de vino, sus dedos se mueven con lentitud, como si estuviera calculando cada palabra antes de decirla.

—Oh, ¿quién ha sido el futbolista que te ha hecho pensar que no tenemos cerebro? Dime, ¿algún ex con problemas de autoestima?

Amber se ríe, y es un sonido ligero y despreocupado que me sorprende.

Justo en ese momento, el camarero aparece con nuestro pedido, interrumpiendo nuestra conversación. Coloca los platos frente a nosotros con una precisión impecable y el aroma delicioso de la comida llena el aire.

—No, solo algunos que creen que su talento en el campo se traduce automáticamente a otras áreas —comenta, mirándome con un brillo en sus ojos.

—Bueno, no se puede ser bueno en todo —replico, tomando un bocado de mi propia comida—. Pero estoy seguro de que hay áreas en las que se aprende mejor conjuntamente.

Amber detiene su tenedor en el aire, mientras una sonrisa lenta y llena de ironía se forma en sus labios. Sus ojos azules destellan con una mezcla de desafío y diversión. No puedo evitar notar cómo su postura se relaja un poco más, como si aceptara el desafío implícito en mis palabras.

—¿Qué prefieres, besarme o perder tu moto en una apuesta?

La pregunta me deja sin palabras por un momento, pero recupero de forma rápida la compostura, esbozando una sonrisa traviesa. La idea de perder mi moto es dolorosa, pero besar a Amber no es en absoluto un sacrificio. Además, su tono desafiante hace que la pregunta sea imposible de ignorar.

—Teniendo en cuenta que tendremos que besarnos en algún momento por el proyecto, es una pregunta un poco trampa, ¿no?

Amber se ríe, y, por un instante, todo parece más relajado, como si hubiésemos encontrado un ritmo en nuestra interacción. Quizás es porque ambos sabemos que todo esto es temporal, y que, más pronto que tarde, esta farsa habrá acabado.

—Puede que tengas razón —admite, tomando un sorbo de su copa de vino—. Pero es divertido ver cómo te las arreglas para esquivar la pregunta.

—No estoy esquivando nada —replico, recostándome en la silla—. La diferencia es que yo te he preguntado por dos cosas que sé que no querías, y tú, bueno, has mencionado una que no me importaría.

—Ya lo entiendo, eres incapaz de tener a una mujer delante y no ligar, ¿verdad? —pregunta sonriendo con ironía.

Me río y sacudo la cabeza, disfrutando del reto que representa Amber. La conversación fluye con una mezcla de sarcasmo y sinceridad que hace que el tiempo pase rápido. A medida que la noche avanza, noto que las barreras entre nosotros se desvanecen poco a poco.

—Deberíamos hacernos una foto. —Cojo mi teléfono—. Ya sabes, para que quede constancia de nuestra «cita».

Amber asiente y se inclina hacia mí, posando con una sonrisa. Tomamos un par de fotos, asegurándonos de capturar el ambiente del restaurante. Luego, revisamos las imágenes y escogemos la mejor para publicar.

—Perfecto —indico mientras subo la foto a Instagram con una leyenda sencilla.

La cena transcurre tranquila, sin sobresaltos. Al pedir la cuenta, dividimos el total sin problemas, demostrando que, aunque finjamos ser pareja, mantenemos cierta independencia.

Nos levantamos de la mesa. Amber alisa su vestido azul marino y yo ajusto mi chaqueta.

Caminamos juntos hacia la salida, con nuestros pasos sincronizados, tratando de mantener la imagen de una pareja relajada y cómoda.

Al acercarnos a la puerta, noto la tensión en su rostro, la forma en que aprieta los labios, y decido inclinarme hacia ella.

—Recuerda, somos una pareja feliz y enamorada —susurro antes de abrir la puerta del restaurante.

Amber asiente ligeramente, y sus labios se curvan en una sonrisa que no alcanza sus ojos.

Capítulo 19

Tiro al palo: Cuando estás tan cerca de marcar, pero el destino decide otra cosa.

Amber

Estoy revisando algunas notificaciones en mi teléfono cuando, de repente, suena una llamada. Miro la pantalla y veo el nombre de mi madre.

—Hola, mamá —digo, tratando de sonar casual, mientras contesto la llamada.

—Hola, pequeña. ¿Cómo estás? —Su voz es cálida y familiar, lo que me hace sentir un poco más tranquila.

—Bien, todo bien.

—Me alegra escucharlo. —Hace una pausa—. He visto lo que dice la prensa.

—¿Me estás queriendo preguntar algo en concreto, mamá?

—¿Desde cuándo estás con Harrington?

—Es complicado.

—¿Tan complicado que no puedes decir una fecha exacta?

—No estamos saliendo como tal, mamá.

Por contrato, sé que no puedo ir por ahí diciendo que es una mentira. Más que nada, porque esto que estamos haciendo entonces no tendría sentido. Pero es mi madre. Ella sabe detectar una mentira incluso por mi voz, así que, se lo cuento. Ella siempre ha estado a mi lado, tanto en los buenos como en los malos momentos, y ha sido mi mayor apoyo desde que era una niña. Mis padres se separaron cuando yo tenía diez años, pero siempre han mantenido una relación cordial por mi bien. De hecho, ambos han acudido a la mayoría de mis partidos.

Ahora, mi padre está con la madre de Asher y, aunque Asher y yo no compartimos la misma sangre, siempre nos hemos considerado hermanos. Nuestras familias se unieron y, a pesar de las circunstancias, logramos construir una relación sólida.

Mi madre siempre ha sido directa. Nunca ha tenido miedo de decir lo que piensa, y siempre ha sido la primera en defenderme cuando alguien intentaba menospreciar mis logros.

Sé que mi madre podría detectar cualquier falsedad en mi voz, así

que le cuento lo del contrato, lo del proyecto, la cena de ayer con Harrington y parte de los eventos que nos esperan en los próximos meses.

—Ya me extrañaba a mí.

—¿Que me fijase en él? Ya, él es un poco…

—No, no —me interrumpe—. Él es guapísimo, pero me parecía raro que te fijaras en un futbolista. Bueno, sé lo mucho que te ha costado llegar hasta ahí, como para que relacionen todo tu éxito con un hombre. —Resopla—. Lo de la rueda de prensa fue una falta de respeto intolerable, ¡qué desfachatez!

—Mamá… —intento frenar sus palabras.

—Como vuelva a escuchar una sola palabra así hacia mi hija…

—Lo mejor es ignorarlos, mamá. —No permito que acabe la frase porque sé que haría cualquier locura por mí—. Además, ¿no recuerdas lo que era ser pareja de un futbolista, o qué? —Suelto una carcajada.

La oigo resoplar al otro lado de la línea.

—Pero en tu caso, tú también eres futbolista, hija. Además, tu padre era local —añade para excusarse.

—Lo sé, mamá. No te preocupes. Sé lo que estoy haciendo.

—Eso espero, porque ya sabes que no dudaré en decirte lo que pienso si veo que algo no va bien.

—Lo sé, mamá. Gracias, de verdad.

—Cuídate, y recuerda que estoy aquí para lo que necesites, ¿vale?

—Vale, mamá. Hablamos pronto.

Terminamos la llamada, pero sigo manteniendo el teléfono entre mis dedos.

Entro en Instagram y voy directamente a la foto que Henry subió anoche. Me fijo en que ya tiene miles de *likes* y cientos de comentarios. Al parecer, los dos fingimos demasiado bien porque la gente se lo está creyendo.

Me detengo un momento, observando la foto. No puedo negar que, aunque todo esto sea una farsa, la cena de anoche no fue tan mala. De hecho, me sentí bastante cómoda con Henry, y fue evidente que él hizo un esfuerzo para que todo saliera bien.

Dejo el teléfono a un lado, apoyándolo en la mesita junto al sofá.

Me levanto y me dirijo a la cocina. Al abrir la puerta del frigorífico, el aire frío me golpea la cara, ofreciéndome un alivio temporal de las tensiones acumuladas.

Agarro una botella de agua y me sirvo un vaso, observando mi mano al hacerlo. El pequeño tatuaje que tengo entre el pulgar y el índice siempre me recuerda por qué empezó todo. Las palabras *Why not* están grabadas en una tipografía fina y delicada, siguiendo la curva de mi piel. Para mí, es más que un simple tatuaje; es un recordatorio de que no debo temer a los desafíos, de que en cada obstáculo hay una oportunidad para crecer.

Decidí hacerme este tatuaje cuando estaba en una encrucijada en mi carrera como futbolista, dudando de si realmente tenía lo necesario para llegar a ser alguien en este deporte.

«¿Por qué no intentarlo?», me pregunté. «¿Por qué no luchar por lo que quiero, aunque parezca difícil?».

Estas dos palabras se convirtieron en mi mantra, en la fuerza que me impulsó a seguir adelante, incluso cuando las cosas parecían imposibles.

Capítulo 20

La marea roja: El flujo imparable de comentarios y juicios que te arrastra antes de que puedas reaccionar.

Amber

El sonido de las notificaciones es constante. Intento ignorarlas, concentrarme en los correos que tengo pendientes, pero mi móvil insiste en reclamar mi atención. #HarrBer es tendencia otra vez. Es como si todo el mundo tuviera algo que opinar sobre mi vida, menos yo.

Tomo el teléfono y deslizo para abrir Instagram. Los comentarios siguen llegando sin parar en las fotos de la sesión.

«Parecen tan naturales juntos».

«Por fin una pareja que me da esperanzas».

Y el clásico: «Ella no es suficiente para él».

Respiro hondo. Intento no dejar que las palabras de desconocidos perforen mi piel, pero algunas se quedan ahí, como astillas. No debería importarme, pero lo hace.

Han pasado dos días desde esa llamada. Dos días en los que las palabras de mi madre han ido de un lado a otro en mi cabeza, como un balón que no deja de rebotar en las paredes de mi mente. «¿Desde cuándo estás con Harrington?». Su tono no era de reproche, ni siquiera de curiosidad. Era algo más profundo, más desconcertante: una mezcla de orgullo y preocupación. Y eso me golpeó más fuerte que cualquier otra cosa.

Mi móvil vibra en la mesa, interrumpiendo mi línea de pensamiento. Lo tomo sin abrir los ojos, esperando cualquier cosa menos lo que veo: un mensaje de Henry.

Henry:

¿Estás bien?

El mensaje me sorprende. Mi primer instinto es ignorarlo. Ya tenemos suficiente interacción programada como para añadir conversaciones espontáneas. Pero algo en la brevedad de sus palabras, en esa falta de la arrogancia que suele envolverlo, me hace dudar.

Escribo y borro varias veces antes de enviar:

Amber:

¿Por qué no lo estaría?

La respuesta llega casi de inmediato.

Henry:

Pareces cansada en las fotos de hoy.

No puedo evitar fruncir el ceño. Por supuesto que parezco cansada. Porque lo estoy. Mi cuerpo está aquí, cumpliendo con entrevistas, sesiones de fotos y entrenamientos, pero mi cabeza está atrapada en las palabras de mi madre, en los comentarios de las redes sociales y en la constante sensación de que estoy perdiendo el control.

Amber:

Dos horas más de sueño y como nueva.

Lo envío antes de pensarlo demasiado, con la esperanza de que acabe ahí. Pero no.

Henry:

Quizás deberías intentar dormir más y preocuparte menos por lo que dicen.

Respiro hondo, sosteniendo el móvil con fuerza. Si fuera tan fácil como apagar un interruptor, ya lo habría hecho.

Amber:

Gracias por el consejo, pero no creo que las notificaciones dejen de sonar pronto.

La burbuja de escritura aparece. Se detiene y reaparece antes de que llegue su respuesta.

Henry:

Siléncialas.

O pásame el marrón a mí; te aseguro que tengo más recursos que un chatbot.

No puedo evitar sonreír, aunque no estoy segura de si lo hace porque realmente quiere ayudar o porque es incapaz de no bromear.

Mi dedo se queda suspendido sobre la pantalla. Por un momento, considero responder algo, pero cambio de opinión. Bloqueo el teléfono y lo dejo boca abajo sobre la mesa, como si eso pudiera apagar también las emociones que me ha provocado.

El apartamento está en silencio, salvo por el débil zumbido del frigorífico en la cocina. Las luces amarillas del techo proyectan sombras largas y perezosas sobre el suelo, dándole al espacio una sensación de calma que contrasta con el ruido constante de mi cabeza. Me echo hacia atrás en el sofá y dejo escapar un largo suspiro.

La parte más frustrante es que no puedo desconectarme. Podría silenciar las notificaciones, como ha sugerido Henry, pero no serviría de nada. No se trata solo de lo que dicen los demás. Se trata de lo que esto está empezando a hacerme sentir.

De repente, me pongo de pie, incapaz de quedarme quieta un segundo más. Camino hacia la cocina y abro la nevera sin saber exactamente qué busco. Mis ojos recorren los estantes llenos de yogures, botellas de agua y un par de sobras de la cena. Nada parece especialmente apetecible, pero cojo una botella de agua y la cierro de nuevo.

Bebo un sorbo y camino hacia la ventana. La vista desde aquí no es nada espectacular: solo otro edificio de apartamentos al otro lado de la calle. Pero las luces parpadeantes y el movimiento ocasional de sombras en las ventanas me distraen, aunque sea por un momento.

Pienso en Henry. En la forma en que intenta ser amable, incluso cuando no tiene por qué hacerlo. No lo entiendo. No comprendo si es una estrategia para mantener las apariencias o si, de alguna manera, realmente le importa cómo estoy. Esa idea me desconcierta más de lo que quiero admitir.

Cuando acepté este contrato, lo hice pensando en los beneficios para el proyecto, para el fútbol femenino. Pero ahora, cada vez que nos piden posar juntos, cada vez que nos hacen preguntas sobre nuestra «relación», es como si el papel que interpreto empezara a mezclarse con la persona que soy. Y eso me aterra.

Dejo la botella en la encimera y vuelvo al sofá, pero no me siento. Camino de un lado a otro del salón, como si el movimiento pudiera ayudarme a ordenar mis pensamientos.

La verdad es que no sé cuánto más puedo soportar esto. No sé si estoy hecha para este tipo de exposición. He trabajado toda mi vida para ser reconocida por mi talento en el campo, no por quién soy o

no soy fuera de él. Ahora, parece que todo el mundo está más interesado en mi vida personal que en mi capacidad para pasar el balón o distribuir el juego.

Miro el móvil de reojo, todavía boca abajo sobre la mesa. Sé que si lo desbloqueo habrá más mensajes, más menciones, más fotos. Y sé que, entre ellos, estará el último mensaje de Henry, esperando una respuesta que no pienso darle.

Tal vez, mañana me sienta más capaz de enfrentar todo esto. Pero ahora, en este momento, solo quiero apagar el mundo y recuperar un poco de mí misma.

Capítulo 21

Gol en propia puerta: Un error que cambia todo el juego, pero que puede ser una oportunidad para redimirte.

Henry

Me recuesto en la tumbona de la piscina. Mark está en el agua, nadando de un lado a otro con una energía que parece incansable. Cierro los ojos, tratando de despejar mi mente, pero el sonido de las notificaciones de mi teléfono interrumpe cualquier intento de desconexión.

Al principio, lo ignoro, pensando que serán las típicas notificaciones de las redes sociales o algún mensaje sin importancia. Pero, cuando la pantalla del teléfono se ilumina por tercera vez en menos de un minuto, mi curiosidad me vence. Tomo el teléfono y veo que las notificaciones no paran de llegar. Decenas de alertas, la mayoría de ellas de Twitter e Instagram.

Frunzo el ceño y deslizo el dedo para desbloquear la pantalla. En cuanto lo hago, un vídeo encabeza mi feed como una bofetada. Es Amber. En el vídeo se ve cómo está hablando con un tipo que no reconozco. Están muy cerca, riendo y, si no supiera que todo esto es una farsa, podría pensar que hay algo más entre ellos. Pero lo que realmente me molesta no es el vídeo en sí, sino la manera en que la gente ya ha decidido lo que está pasando.

Sin querer darle demasiada importancia, bajo la vista a los comentarios que hay debajo.

@soffff

¿Ya le está poniendo los cuernos?

@manu3r

Vaya, Harrington, ¿no puedes mantener a una mujer ni una semana?

@luis_lm

Siempre supe que ella no era de fiar… ¿Con quién está riéndose así?

El vídeo sigue reproduciéndose en bucle mientras leo más comentarios. Siento un nudo en la garganta y una mezcla de rabia e impotencia. A pesar de saber que todo esto es una farsa, que se supone que estamos fingiendo, la situación me molesta más de lo que debería.

Mark sale del agua, sacudiéndose como un perro mientras camina hacia mí. Su expresión relajada cambia cuando nota mi cara.

—¿Qué pasa, tío? —pregunta, frotándose el cabello con una toalla.

Le paso el teléfono, sin decir una palabra. Cuando ve el vídeo y lee los comentarios, su expresión cambia.

—Joder, ¿cuánto tiempo lleva esto en las redes? —me pregunta, devolviéndome el teléfono.

—Desde esta mañana, creo. No he hablado con Amber desde… —finjo que tengo que hacer memoria, y me quedo unos segundos, pensativo—. Solo le mandé un par de mensajes hace unos días.

Mark se deja caer en la tumbona junto a la mía; su rostro está más serio de lo habitual.

—Tienes que hablar con ella, Henry. Esto va a explotar si no lo manejas ahora.

La rabia comienza a arder en mi interior. Puedo sentir cómo se va acumulando en el pecho, extendiéndose por mis venas. Esta situación me lleva al límite, y la idea de quedarme de brazos cruzados, mientras la gente se regodea en sus suposiciones malintencionadas, me consume. Es como si una parte de mí estuviera dividida en dos: una que me dice que lo deje estar, que todo esto es temporal y que no vale la pena gastar energía en responder a la basura que se publica en internet, y otra, la más impulsiva, que quiere salir al frente y apagar el fuego con más fuego.

Antes de que pueda pensarlo demasiado, me encuentro abriendo la aplicación de Twitter. Mi dedo duda sobre el teclado. Sé que lo que estoy a punto de hacer no es lo más inteligente, pero en este momento, la racionalidad está completamente ausente. Elijo un comentario particularmente venenoso, uno que acusa a Amber de ser «una cualquiera» que nunca fue digna de confianza.

«Juzgar desde el sofá siempre es fácil. Demostrando qué clase de persona eres».

Mientras escribo la respuesta, mis dedos golpean el teclado con una fuerza inusitada.

Mark me observa desde la tumbona, y sus cejas se alzan cuando ve que no me detengo ahí.

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? —me pregunta, con un tono lleno de cautela—. No sé yo si es la mejor opción…

—Sé que no es lo correcto, pero es que ¿estás viendo todo lo que dicen de ella?

Deslizo el dedo sobre la pantalla, indicando un nuevo tuit.

«Me parece vergonzoso que…» comienzo, pero las palabras no suenan bien. Suena demasiado severo, demasiado agresivo. Borro todo y vuelvo a empezar. «Quizás deberíais considerar…» escribo, pero de manera inmediata me detengo. No, eso suena como si estuviera pidiendo permiso, como si dudara de mi propia convicción. Borro de nuevo, cada vez más frustrado.

Miro al vacío, buscando las palabras correctas, aquellas que puedan expresar lo que realmente siento.

«Es fácil dejarse llevar por rumores y hablar sin saber. Las mentiras que circulan son solo eso: mentiras. Amber es una persona excepcional, y estoy orgulloso de estar a su lado».

Con un suspiro de alivio y una última revisión, presiono enviar, lanzando mi defensa al mundo.

—Deberías darte un chapuzón porque me da a mí que dentro de segundos ese teléfono va a ser una bomba de relojería —me advierte mi amigo.

—Tendría que haber esperado a hablar con ella, ¿no?

—Puede, pero ahora ya no lo puedes eliminar porque seguro que alguien ha hecho captura.

—Genial —comento, con desgana.

Me dirijo hacia la piscina y me sumerjo de un salto, buscando enfriar los nervios que arden bajo mi piel. El agua fría es un alivio momentáneo, alejándome de la tensión digital que ahora seguramente se apodera de mi teléfono en la superficie.

Al salir, sacudo la cabeza, esparciendo gotas de agua alrededor, mientras recupero el aliento. Al levantar la vista, veo a Mark, que está absorto con mi teléfono en su oído.

—Sí, ahora se pone. —Oigo que dice, alargando su mano.

Me pongo el teléfono en la oreja sin mirar quién es.

—¿Tanto te costaba mantener los dedos quietos?

Parece cabreada. Bueno, no lo parece, lo está.

—Por si todavía no te habías dado cuenta, sé defenderme sola. Además, ¿qué me importa lo que digan esas personas? Pero no, era mejor opción contestar a varios de ellos y luego, escribir un tuit. Claro que sí.

—Yo no quería…

—Van a salir cosas tanto tuyas como mías —esa frase me da a entender de que sí que tiene algo con ese chico—, pero tenemos que comportarnos de manera profesional. Porque adivina, ya tenía a John de buena mañana llamándome.

—Tendría que haberte preguntado antes, lo sé.

—Pero no lo has hecho.

—No. —Paso mi mano por el pelo mojado y veo cómo caen las gotas—. Podemos solucionarlo, podemos salir y…

—Nuestros representantes ya han pensado qué vamos a hacer, así que, ahórrate tus ideas. De hecho, el tuyo te llamará en breve. Ahora mismo está hablando con el mío.

—Perfecto.

—Sí, todo va perfectamente —ironiza.

—Amber, lo siento. En serio… No podía leer esos comentarios y no hacer nada.

—Esos comentarios iban hacia mí —recalca—. La única que tiene derecho a decir qué hacer con eso soy yo. —Después de decirme esa frase, cuelga.

Cuando alzo la vista, veo a Mark resoplando y moviendo su mano de arriba abajo, de manera agitada, recordándome lo que me espera.

Capítulo 22

Tiempo extra: Cuando el tiempo regular no es suficiente, y cada segundo cuenta.

Henry

La veo entrar con una maleta roja. Por su expresión, sé que esto no es fácil para ella; hay una mezcla de frustración y resignación que pesa sobre sus hombros casi tan palpable como la maleta que arrastra detrás de sí.

Este fin de semana, por acuerdo mutuo y a sugerencia de quienes manejan nuestras carreras, vamos a compartir mi casa. En otro momento, me hubiera impuesto, pero siento que acarreo con gran parte de las consecuencias, por lo que acepté lo que me comentó mi representante sin queja alguna. Además, mi casa es lo suficientemente grande como para no cruzarnos.

A medida que cierra la puerta detrás de ella, echo un vistazo a través de la ventana del salón. En la entrada de mi casa, sigue habiendo periodistas, y más tras el vídeo publicado. Supongo que quieren preguntarme qué tal estoy, si lo he visto y otras mil cuestiones absurdas.

—Puedes dejar tus cosas en la habitación de arriba de la derecha —le comento, mientras ella ya sube las escaleras.

—¿Sabes? A mí esta idea también me hace poca gracia —suelta de pronto, apoyando la maleta en el escalón—. Pero era esto o un puñetero fin de semana de vacaciones. Tú y yo. John casi había comprado los billetes.

—¿Y cuál era el destino? —Amber resopla—. Solo era curiosidad.

—Por favor, dime que tu habitación está a la otra punta de la mía —dice, cogiendo su maleta de nuevo y empezando a andar.

Subo las escaleras y me quedo tras ella, dejándole un espacio prudencial.

—Sí, es la última del pasillo —respondo cuando alcanzamos el segundo piso.

Amber abre la puerta de la habitación y entra sin vacilar. Sin lanzarme siquiera una mirada, coloca su maleta roja a un lado en el suelo, con un gesto mecánico, y comienza a inspeccionar su habitación temporal.

Observo desde el umbral cómo su mirada recorre de manera meticulosa la habitación, evaluando cada detalle: la cama amplia con su edredón de tonos neutros, las cortinas que cuelgan de forma elegante a cada lado de la ventana grande y las obras de arte abstractas que decoran las paredes.

—Santorini. Era Santorini.

—¿Prefieres quedarte en mi casa antes que un viaje a Santorini? Esto sí que no me lo esperaba. —Me apoyo en el marco de la puerta.

—Prefiero que sean dos días antes que una semana. Eso es todo.

Su respuesta es pragmática, cortante.

—Sí, supongo que una semana en Santorini suena como un sueño para la mayoría, pero en nuestras circunstancias… —Hago una pausa, buscando las palabras correctas—. Bueno, entiendo que prefieras minimizar el tiempo que tenemos que pasar fingiendo.

—Exacto. Además, ¿quién necesita el drama adicional de viajar juntos, lidiar con más *paparazzi* y más especulaciones? Aquí, al menos, podemos controlar el ambiente.

Amber se dirige hacia su maleta, agachándose para abrirla. Lleva un top blanco corto, ceñido y de tirantes, con una falda larga naranja que se ciñe a sus caderas antes de descender en una cascada de tela hasta los tobillos. La falda se mueve con elegancia con cada paso que da.

Decido alejarme de la habitación y dejarle algo de espacio mientras se instala.

⚽

Lleva horas sin salir de la habitación. He dudado en subir y preguntar si estaba bien, pero, más o menos, me puedo imaginar cuál sería su respuesta. Quizás, «¿a ti te parece que aquí puedo estar bien?», o «estoy mejor que bien».

Cuando estoy a punto de decidir si subo o no, el timbre de la puerta empieza a sonar. Me dirijo hacia esta, miro por la pantalla para comprobar quién es y decido abrir.

—Asher, hola —lo saludo, sabiendo que ha venido porque sabe que su hermana está aquí.

—Ey, ¿cómo va todo por aquí?

—Manejando las cosas.

—¿Y Amber? ¿Dónde está?

—Está… arriba, en su habitación.

Asher asiente, pasando una mano por su cabello de manera pensativa.

—Creo que voy a subir a verla, si no te importa. Solo quiero asegurarme de que esté bien.

—Por supuesto. —Le indico el camino.

Asher me da una palmada en el hombro agradecido, antes de dirigirse hacia las escaleras.

Aunque en mi interior no estoy completamente cómodo con la idea de tener a Asher también en mi casa, reconozco la necesidad de su visita. Es su hermano y un compañero de equipo, y sería insensato de mi parte negarle la entrada. Especialmente, sabiendo cuán protector es con Amber. Además, no puedo ignorar la sensación de que Asher está aquí no solo para ver cómo está su hermana, sino también para vigilarme. Lo noto en la forma en que me mira, evaluando y calculando.

Después de un rato, escucho pasos bajando las escaleras. Levanto la vista, esperando ver a Amber, tal vez más tranquila después de la charla con su hermano. Sin embargo, me sorprende ver a ambos, Asher y Amber, descendiendo juntos.

Asher se acerca con una sonrisa que no esperaba.

—Henry, me quedo a cenar, si no te importa. Y, por cierto, ¿dónde podemos ver la temporada de las chicas? Habíamos pensado ver el partido contra las Titanes del Valle, que Amber estuvo impresionante —anuncia, como si ya fuera un hecho decidido.

Su tono es amigable, pero firme, dejando claro que no está realmente preguntando, sino más bien informando de su decisión.

—Veo que no has cotilleado mucho en tu habitación, porque tienes una televisión que se abre desde el techo. Pero podéis verlo aquí en el comedor.

Mi compañero de equipo asiente y ambos se acomodan.

—Estaré en la piscina —digo, intentando sonar lo más desapegado posible.

Me alejo, sintiendo cómo el sonido de la televisión se enciende a

mis espaldas. Camino hacia la piscina y, mientras me sumerjo en el agua fresca bajo la luz de la luna, no puedo evitar sentirme como si estuviera exiliado en mi propia casa.

«Estas horas van a ser interminables», pienso mientras nado de un lado a otro de la piscina, tratando de distraerme. La presencia de Amber y Asher en la casa, ocupando los espacios comunes con una facilidad que me sorprende, me hace sentir más como un extraño que como el dueño del lugar.

Capítulo 23

CONTRAATAQUE FINAL: APROVECHAR LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD PARA CAMBIAR EL RUMBO DEL JUEGO.

Amber

—¿Qué haces?

Juro que he intentado no preguntar, pero llevo más de tres minutos viendo a Henry apoyado en la cocina, viendo en su *tablet* el vídeo que circuló por las redes sociales.

Conforme escucha mi pregunta, bloquea la pantalla y se gira hacia las escaleras. Luego, se limpia las manos en el pantalón negro deportivo que lleva. Porque sí, al parecer, de buena mañana, este chico no sabe lo que es llevar camiseta.

—Henry —digo su nombre a propósito, a ver si eso le obliga a hablar.

—¿Has descansado?

—Sí, pero no me estás respondiendo.

Echa la cabeza hacia atrás mientras resopla. Me acerco a la mesa de la cocina, quedándome justo al otro lado.

—Sigo sin entender el *hate* de la gente, en serio. Y encima estos comentarios tan…

—Es peor leerlos, ¿nunca te lo han dicho o qué? —Me quedo analizando su rostro, por un segundo. ¿De verdad le preocupan tanto unos comentarios hacia mí? No tiene sentido—. ¿Quieres preguntarme algo, Henry? Porque creo que hay algo que te ronda por la cabeza.

—No soy quién para preguntarte nada.

—Bueno, te estoy dando la oportunidad.

—¿Cuánto lleváis? —pregunta, mirándome a los ojos.

Me descoloca. ¿Cuánto llevo con quién? Si no soy capaz de fingir una relación como para tener otra real. Intento mantener mis rasgos faciales inmóviles, pero me resulta imposible aguantar la risa.

—¿He dicho algo gracioso? —suelta, desconcertado.

—Te crees esos comentarios —indico, riéndome—. ¿Crees que estoy saliendo con ese chico?

—No te he preguntado eso, porque puedes hacer lo que quieras con tu vida, Amber. Solo estoy intentando que nuestra farsa… —Se

lleva la mano a la nuca—. Bueno, tendré que saber con quién está saliendo realmente «mi novia». —Entrecomilla con los dedos.

—No estoy saliendo con nadie. A decir verdad, contigo sí, por contrato.

—Creo que he leído demasiadas veces los comentarios, porque la forma en la que…

—Somos amigos de la infancia, Henry. Llevábamos meses sin vernos, y es normal que ambos estemos contentos. Y ahora, ¿la próxima vez puedes preguntarme a mí directamente?

—Lo mejor será que continúe haciendo ejercicio —comenta, alejándose de la cocina—. Por cierto, tienes zumo de naranja natural en la nevera. Asher me dijo que te gusta.

Después de decir eso, se gira y voy directa a llenarme un vaso.

La verdad es que la visita durante el día de ayer de Asher ha aliviado la tensión en el ambiente. Aunque puede que lo único que necesitara fuera despejar la mente, y él, con la simple idea de ver uno de mis partidos, lo consiguió.

Con mi vaso en mano, subo las escaleras, sintiendo aún la tranquilidad que dejó la presencia de mi hermano.

Una vez estoy arriba, me doy cuenta de que no sé qué hacer conmigo ahora.

Mientras camino por el pasillo, escucho el bajo murmullo de música y el sonido característico de pesas siendo levantadas y bajadas. Sigo el ruido hasta la puerta entreabierta del gimnasio, donde Henry está terminando su rutina.

Me detengo en la entrada y lo observo de manera discreta. Henry está de espaldas a mí, enfocado en sus ejercicios. Continúa sin llevar una camiseta puesta, pero al menos ha puesto una toalla en la máquina. Odio a las personas que, siendo obligatorio, no lo hacen.

De manera involuntaria, me quedo mirando el movimiento de sus brazos mientras levanta las pesas. Los bíceps esculpidos casi a la perfección se pronuncian ante la tensión del ejercicio. Estoy acostumbrada a ver cuerpos así. Al fin y al cabo, la mayoría de los futbolistas llevamos una rutina de entrenamiento y una dieta estricta. Sobre todo, en período de competición.

Mientras mi cabeza está recordando que hace tres días estaba en el

gimnasio compartiendo máquina con una persona que ni conocía, Henry se gira para cambiar de pesa y me descubre en la puerta. Nuestros ojos se encuentran y él parece intentar adivinar qué hago ahí de pie con un vaso de zumo en la mano.

—¿Amber?

—Solo estaba pasando y escuché un ruido, y bueno, nada, me voy por donde he venido.

—¿Me estabas mirando el cuerpo? —pregunta, sonriendo.

—No, no… Claro que no —respondo de manera rápida.

—¿Seguro? —insiste, acercándose un poco—. Porque me parece que tus ojos han analizado cada uno de mis músculos.

Lo sabía. Tenía que haber desviado la vista antes de que se girase; tenía que haber dejado de mirar ese maldito bíceps. Mejor aún, no debería haber entrado aquí.

—Imaginaciones tuyas —digo con una sonrisa—. Estaba más preocupada por el ruido. Pensé que alguien estaba derribando la casa o entrando, yo qué sé, pero ahora que sé que está todo en orden y claramente no hay ninguna emergencia…

—¿Ibas a solucionar la emergencia con un zumo? —pregunta, divirtiéndose por la situación. Su sonrisa se ensancha mientras cruza los brazos sobre su pecho desnudo.

—Bueno, nunca subestimes el poder de la vitamina C. —Juego con el vaso en mi mano.

Henry asiente, sonriendo.

—Voy a dejar que continúes con tus ejercicios mientras yo… —Muevo la mano hacia el pasillo para indicar que me marcho—. Por cierto, ¿puedo bañarme? Es que te va a parecer una tontería, pero… no sé qué hacer.

—Si te apetece bañarte, adelante —indica, dándome la espalda.

Con su aprobación, me alejo del gimnasio y camino por el pasillo hacia mi habitación. Una vez allí, cierro la puerta detrás de mí y me dirijo a la maleta, que todavía no he colocado. En realidad, dudo que saque la ropa porque, para estar un par de días, no creo que sea necesario.

Mientras me cambio, no puedo evitar que mi mente divague hacia la imagen de Henry en el gimnasio. A los músculos de su espalda,

trabajando con cada levantamiento, a la forma en que su piel se estiraba sobre ellos… Sacudo la cabeza, tratando de dispersar los pensamientos.

—Es un cuerpo normal, Amber —me miento a mí misma, intentando convencerme.

Aunque de manera objetiva sé que tiene un físico impresionante, trato de minimizarlo en mi mente para mantener las cosas en perspectiva.

Me pongo el único bikini que he traído. El cual, es uno de mis favoritos por cómo resalta el color de mi piel. Una idea comienza a formarse en mi cabeza. Entiendo que, aunque la situación actual pueda parecer complicada debido a que estoy en casa de Henry, también puede ser una gran oportunidad.

La idea es simple, pero efectiva: sacar una foto en la piscina que, de manera sutil, revele que estoy en la casa de Henry. Esta imagen no solo serviría para calmar rumores y especulaciones sobre nuestra relación, sino que también podría mostrar a mis seguidores y al público en general que todo está bien entre nosotros.

Con mi teléfono en mano, me dirijo hacia la piscina, donde el sol brilla con intensidad en un cielo despejado, creando el escenario perfecto. Con cuidado, selecciono un lugar junto a la piscina que no solo me capture a mí y al vibrante color de mi bikini, sino que también incluya en el fondo elementos reconocibles de la casa de Henry.

—Será mejor que salgamos los dos.

Capítulo 24

CAMBIO DE JUEGO: UN GIRO INESPERADO QUE TRANSFORMA COMPLETAMENTE LA ESTRATEGIA.

Henry

—Será mejor que salgamos los dos.

He intentado concentrarme en mi entrenamiento, en el ritmo constante de las pesas y en mi respiración, pero la imagen de Amber disfrutando del sol, tan cerca y al mismo tiempo tan fuera de alcance, me distraía una y otra vez. Sé que debería mantenerme al margen, concentrado en mis propias actividades para evitar cualquier tensión adicional. Pero, sinceramente, no he podido resistirme a la tentación de estar cerca de ella, aunque solo sea desde la distancia.

—¿Te vas a meter sudado y con pantalón de chándal?

Niego con la cabeza, y le señalo la ducha que está al fondo de la piscina. La abro y me pongo debajo. Después del entrenamiento, el agua se siente aún más fría.

Cuando todo mi cuerpo está empapado de agua, cierro el grifo.

—No te preocupes por el chándal. Tengo un montón iguales —digo mientras me acerco donde está ella—. Será mejor un *reel*, ¿sabes?

Se queda dubitativa, mirándome.

—¿Qué propones?

—Deja la cámara ahí, grabando, y te lo muestro.

—No vamos a besarnos.

—Te prometo que no lo haré.

Amber parece considerarlo un momento más antes de asentir y colocar el teléfono en un trípode improvisado. Asegura que está grabando y luego se vuelve hacia mí, aún con cierta incertidumbre en su mirada.

Una vez que confirma que la cámara está en posición, me giro hacia ella, ofreciéndole mi sonrisa más tranquilizadora. Me acerco y, en un gesto suave, paso mi mano por su nuca. Puedo imaginar los pensamientos que deben estar cruzando por su mente, la sospecha de que romperé mi promesa. Sin embargo, en lugar de cualquier movimiento hacia un beso, mi mano desciende de manera lenta por su cuerpo, deslizándose hacia sus piernas. En lugar de llevar el

momento hacia algo más íntimo o espectacular, tomo su mano suavemente y sonrío con complicidad.

—Vamos a hacer algo divertido —murmuro.

Guiándola unos pasos hacia atrás, hacia el borde de la piscina, mantenemos el contacto visual, creando un momento de anticipación. La cámara captura cada gesto, cada mirada cómplice. Saltamos al agua, entrando con un gran chapoteo, pero con nuestros dedos entrelazados.

El agua nos envuelve en su frescura. Al emerger, veo que está sonriendo y sé que he hecho bien en cambiar de planes, ya que, mi principal idea era que se colocara a horcajadas sobre mi cuerpo.

—Creo que con eso bastará —comento, mientras se dirige hacia el borde de la piscina.

Cuando Amber emerge de la piscina, la luz del sol captura a la perfección los tonos suaves de su bikini amarillo pastel. Me gustaría decir que me he aprendido de memoria la forma que tiene la parte de arriba y, sobre todo, el corte alto de la parte inferior, pero la realidad es que he prestado atención a otras cosas, como su cuerpo.

—¡Es perfecto! —exclama, elevando el pulgar de su mano—. ¿Quieres verlo?

Y justo en ese momento, mientras mi culo toca el bordillo, es cuando me doy cuenta de que mi pene no ha podido ignorar el cuerpo de Amber. Aprovecho que ella todavía sigue mirando la pantalla de su móvil para recolocar mi entrepierna y que el bulto se note menos.

Necesito que mi mente se vaya a otra parte.

—¿Qué prefieres, un día sin móvil o sin poder hablar?

—Sin móvil —dice mientras sus manos están deslizándose, escribiendo la descripción del vídeo antes de subirlo.

—Demuéstralo.

—¿Quieres que esté en tu casa sin teléfono? —Me mira, desconcertada.

—¿Por qué no?

—No creo que sea la mejor idea.

Cuando se tumba y deja el teléfono al otro lado, sé que ha subido el *reel* y que me ha etiquetado.

—Ahí tienes razón. Mis ideas nunca son buenas.

—Me aburriría.

A pesar de que su respuesta suena sincera, me cuesta creerlo. No creo que sea una chica aburrida, para nada. Además, estoy seguro de que encontraría qué hacer con su tiempo libre en esta casa.

—Eso significa que Amber Prescott no tiene ovari…

—Ni se te ocurra acabar la frase —me interrumpe.

Me esfuerzo en aguantar la carcajada, y al final solo sonrío. La situación me hace gracia porque Asher reacciona igual ante este tipo de provocaciones.

Amber se gira hacia mí, quedándose sentada y llevándose las manos a la cara. Suspira y luego eleva la vista. No recordaba la profundidad de sus ojos azules.

—Ninguno de los dos.

—¿Cómo?

—Ni tú ni yo estaremos con los móviles.

—Me parece justo. —Alargo mi brazo para que estreche mi mano.

Ambos nos damos un apretón y luego me levanto para buscar una caja. Cojo la primera que encuentro y, cuando salgo a la terraza, meto mi teléfono delante de ella para que lo vea.

—¿Por qué te estoy haciendo caso? Joder, es que debería de haberte…

—Estás a tiempo de retirarte —le corto.

—¿Retirarme? —Se ríe—. Se nota que no has visto ningún partido mío.

Tras eso, muestra una cara amarga y deja el teléfono. Cierro la caja, y, por supuesto, la guardo en un estante de la cocina que sé que no va a abrir.

Cuando vuelvo a salir, la veo cruzada de brazos y mirando el movimiento del agua.

—Para que lo sepas, sí que he visto tus partidos.

—No voy a cambiar la idea que tengo de ti porque hayas visto dos partidos míos.

Dos partidos, dice. Es evidente que Asher se ha guardado el secreto, porque en lo que llevo de año en los Galácticos, cuando el entrenador quiere analizar y que aprendamos diferentes estrategias,

vemos los partidos del Estrella Negra. Sí, su equipo. He visto a Amber luchar por jugadas que daba por perdidas, animar al equipo como si fuera la capitana y tomar la iniciativa en momentos críticos.

—Recuerdo un partido contra las Estrellas de la Capital, estabas en el centro del campo y recuperaste un balón que parecía imposible. Lanzaste un contraataque que terminó en gol. Eso no se ve todos los días.

Amber me mira con sorpresa. Su rostro refleja una mezcla de incredulidad y curiosidad.

—¿Cómo…? —empieza a decir, claramente confundida, sobre cómo sé tanto detalle.

—Sí, he visto más que solo un par de tus partidos —aclaro, sonriendo de manera ligera.

«Tu juego es impresionante, Amber. No es algo que se olvide fácilmente».

Ella parece procesar la información, con la incredulidad aún visible en su rostro mientras asimila lo que le acabo de decir.

—No tenía ni idea de que te interesabas tanto por el fútbol femenino, o que habías visto esos partidos.

—Tampoco me lo habías preguntado. —Me encojo de hombros—. ¿Me has visto jugar?

Por supuesto que sí. Habrá visto a Asher y, por consiguiente, a mí. Sin embargo, he hecho a propósito la pregunta porque la estoy poniendo a prueba.

—No lo recuerdo.

—No recuerdas, ¿eh? —digo con sarcasmo—. Se te da fatal mentir, Amber. —Me río—. ¿Quieres que probemos como en aquel evento? —Me apoyo en la tumbona para acercarme más a ella—. Dime una verdad, Prescott.

—Vuestros partidos se emiten en televisión pública… Es difícil no verlos.

—Eso no me vale como verdad. Eso es algo evidente. —Suspiro—. ¿Tengo que volver a empezar yo? —Por la manera en la que me mira sé que no va a decir nada—. Como sé que ahora estoy demasiado cerca, después de esa afirmación me voy a levantar y me voy a tirar a la piscina. —Frunce el ceño—. Verte en ese bikini ha borrado

cualquier pensamiento coherente.

Tras decir eso, sin permitirme ni un segundo más para observar su reacción, me levanto con rapidez para lanzarme de cabeza al agua.

Capítulo 25

Tiempo de descuento: Los minutos adicionales que pueden ser decisivos.

Amber

Salto. Me tiro y me arrastro por el sofá para luego empezar a subir las escaleras. Una vez estoy arriba, lo veo brincar de aro en aro. No voy a permitir que llegue antes que yo. Esta vez, ni de coña. Acelero hasta que mi cuerpo está lo suficientemente cerca del suyo. Juro que en mi cabeza el plan era fácil: lanzarme hacia él y aprovechar la colchoneta que hemos situado a la izquierda.

La realidad es que no consigo mover su cuerpo y él se queda mirándome con cara de «¿Qué haces?».

—Prescott —me dice con tono serio—, ¿has intentado tumbarme en la colchoneta?

—No, no. He calculado mal mi movimiento.

—En serio, tienes que practicar lo de mentir.

Aunque suene ridículo, hemos creado una carrera de obstáculos por la casa. A pesar de que en un inicio estaba bastante reacia, tengo que retractarme y admitir que es bastante divertido.

De pronto, en un giro inesperado, Henry me agarra por la cintura y, antes de que pueda procesar lo que sucede, nos lanza a ambos sobre la colchoneta que hemos colocado como parte del recorrido.

El impacto es suave, pero el mundo parece ralentizarse cuando me doy cuenta de que Henry ha quedado encima de mí, con su peso ligeramente presionando contra mi cuerpo.

—Prefiero empatar, a que ganes —susurra.

Su pecho sube y baja en un ritmo que parece sincronizarse con el mío, y la expresión en su rostro, tan concentrada y a la vez relajada, me hace sentir una extraña mezcla de nerviosismo y… algo más que no quiero identificar en este momento.

Puedo sentir su respiración cálida contra mi piel; una sensación que envía escalofríos por mi cuerpo. Su peso sobre mí es firme, pero no opresivo. Su mirada, profunda y penetrante, está fija en la mía, como si intentara descifrar cada uno de mis pensamientos.

—No juegas limpio, Henry.

—Dijo la que ha tratado de tirarme. Por cierto, un intento bastante

cutre.

—¿Para qué hemos puesto si no las colchonetas? —me justifico—. Y ni se te ocurra llamarme débil.

—No he dicho eso —responde, arqueando una ceja.

Por más que intento controlar la situación, hay algo en su proximidad, en la manera en que sus ojos se clavan en los míos, que hace que mantener el control sea un reto mucho mayor de lo que esperaba. Intento desviar mis pensamientos, enfocándome en cualquier cosa que no sea el hecho de que Henry está tan cerca.

Este me observa durante un momento más, como si estuviera decidiendo algo, y luego, se aparta. La tensión que había entre nosotros se disipa cuando su peso desaparece, pero la sensación de su proximidad aún me persigue.

—Voy a la ducha —dice con un tono casual, como si nada hubiera pasado, mientras se levanta y se sacude las manos. Me lanza una última mirada antes de girarse y salir de la habitación, dejándome sola en la colchoneta.

Me quedo allí, tumbada por unos segundos más, tratando de procesar lo que acaba de suceder. El silencio de la casa parece más intenso ahora, casi opresivo. Finalmente, me incorporo, notando cómo el latido de mi corazón se va normalizando.

Paseo por las habitaciones, dejando que mis ojos se deslicen por los detalles que antes no había notado. La casa de Henry es grande, moderna, pero con un toque personal en la decoración. Es como si cada espacio reflejara una parte diferente de su personalidad.

Al abrir una de las puertas, me encuentro con su cine privado. Hay filas de butacas de cuero oscuro, a diferentes niveles, para asegurarse una vista perfecta desde cualquier ángulo. La pantalla ocupa casi toda la pared frontal.

Me siento en una de las butacas, hundiéndome en el confort. Miro la pantalla, y la enciendo. Es imposible tenerla delante y no hacerlo. Con un gesto rápido, el cine cobra vida y la pantalla se ilumina con una luz suave y blanca, esperando que decida qué ver. Empiezo a buscar opciones para mirar.

Tomo el mando y comienzo a navegar. La interfaz es intuitiva, y me muestra una impresionante variedad de géneros y títulos. Sin

embargo, mi cabeza tiene bastante claro qué ver: cualquier película de Disney.

Me detengo un momento, sopesando las opciones, cuando de repente escucho la voz de Henry resonando desde algún lugar cercano.

—¿Amber? —pregunta, con un tono algo dubitativo, como si se estuviera preguntando dónde me he metido.

Ignoro el impulso de responder de inmediato, con mis ojos aún fijos en la pantalla mientras sigo buscando entre los títulos de Disney. Pero, cuando vuelvo a escuchar su voz, un poco más cerca, esta vez, sé que tengo que responderle.

—Aquí, cine —indico en voz alta, levantándome de la butaca y dirigiéndome hacia la puerta. Salgo al pasillo y me encuentro con Henry, que parece un poco desconcertado al verme aquí.

Él me sigue de vuelta al interior de la sala, y cuando sus ojos se fijan en la pantalla, levanta una ceja con una mezcla de sorpresa y diversión.

—¿Disney? —pregunta, sin poder ocultar el asombro en su voz.

—¿Algún problema? —respondo, cruzándome de brazos, para enfrentarlo con un tono desafiante.

—No, no, para nada —se apresura a decir.

De repente, Henry se deja caer en una de las butacas al lado mío, acomodándose. Se reclina hacia atrás, extendiendo las piernas, y pareciendo perfectamente cómodo, como si no tuviera ninguna intención de irse.

—¿Te vas a quedar aquí? —pregunto, medio en broma, medio en serio.

Henry gira la cabeza hacia mí, con una sonrisa tranquila en su rostro.

—¿Hay algo mejor que hacer? —responde con naturalidad, encogiéndose de hombros—. Además, tengo curiosidad por saber qué película vas a elegir.

Sus palabras me pillan desprevenida y, por un momento, no sé si reírme o seguir con mi actitud desafiante. Pero su expresión relajada y la manera en que se ha acomodado en la butaca me hacen pensar que no tiene intención de moverse.

—Bueno, si tanto te interesa… —respondo finalmente, dejando que mi actitud se suavice mientras vuelvo a enfocarme en la pantalla—. Voy a poner *Big Hero*.

—Buena elección —dice Henry, sorprendiéndome con la rapidez de su aprobación.

—¿En serio? —pregunto, levantando una ceja mientras selecciono la película—. No te veía como fan de Disney, y mucho menos de películas animadas.

—No me veías viendo tus partidos, tampoco películas Disney… ¿Qué soy? ¿Un vampiro o qué?

Su comentario me hace reír, y es algo que no esperaba en este momento. Hay algo en su capacidad para tomarse a la ligera cualquier situación que me desarma un poco. Es como si no fuera necesario mantener siempre la guardia alta con él. Es un pensamiento que no quiero analizar demasiado ahora.

—Dale al *play*, anda —indica con tono ligero.

Obedezco, presionando el botón y dejando que la película comience a llenar la pantalla.

Capítulo 26

Saque inicial: El comienzo de algo nuevo, lleno de potencial.

Henry

La película está llegando a uno de esos momentos emocionales, una de esas escenas en las que Disney sabe que toca el corazón del espectador. Sin embargo, lo que me llama la atención ahora no es la película, sino Amber. Cuando la música suave empieza a sonar, la veo secarse los ojos con el dorso de la mano.

—¿Estás llorando? —pregunto, tratando de sonar más curioso que burlón.

—No —responde de inmediato; demasiado rápido para ser convincente.

—Amber, te estoy viendo —insisto, inclinándome un poco hacia ella, intentando captar su mirada.

Ella se vuelve hacia mí. Su rostro muestra una mezcla de molestia y vergüenza, y sus ojos brillan más de lo habitual.

—Joder, ¿no podías mirar hacia otro lado?

No puedo evitar sonreír por su reacción. Hay algo genuino en verla así, algo que la hace parecer más humana, más accesible. Sin embargo, sé que insistir en ello podría hacerla sentir incómoda, así que decido no presionarla más. Solo me acomodo de nuevo en mi butaca, dejando que el momento pase.

—Vale, vale. No he visto nada.

El silencio se instala entre nosotros por un momento, mientras la película sigue su curso. Entonces, Amber rompe el silencio, aún mirando la pantalla.

—¿Cómo puede alguien ser tan leal, incluso después de todo lo que ha pasado? —pregunta en voz baja, refiriéndose claramente a la relación entre Hiro y Baymax.

Su pregunta me toma un poco por sorpresa. No porque no sea válida, sino porque no esperaba que se abriera de esa manera. Hay algo en su tono, una especie de vulnerabilidad que no le había escuchado antes.

—Supongo que es porque la lealtad verdadera no depende de las circunstancias, sino de los lazos que se crean —respondo, sin

apartar la vista de la pantalla.

En lugar de continuar hablando del tema, Amber cambia de manera abrupta.

—¿Todavía hay periodistas?

La pregunta me saca momentáneamente de la película, obligándome a volver al presente.

—Algunos, pero no tantos como antes.

Ella asiente, aunque no parece del todo convencida.

El sonido de la puerta al cerrarse resuena en la noche mientras recojo las bolsas de comida que acabamos de recibir. He aprovechado que venía el repartidor para mirar si todavía tenía gente en la puerta. Por suerte, parece que la mayoría de los periodistas se han cansado de esperar sin obtener nada nuevo. Solo queda un par de ellos.

Suspiro, aliviado por la relativa calma que se ha instalado afuera. Aunque no es la libertad total, al menos puedo sentir que las cosas están empezando a volver a la normalidad, o al menos a algo que se le asemeje.

—¿Comemos aquí dentro o prefieres fuera? —pregunta Amber mientras me sigue hacia la cocina.

—Vamos fuera, a la terraza —respondo sin pensarlo dos veces.

Siempre me ha encantado salir a la terraza en las noches de verano. Hay algo en la combinación de la luz de la luna reflejándose en el agua de la piscina y la brisa cálida que hace que todo parezca un poco más tranquilo, más soportable.

La terraza es mi lugar de escape, un rincón donde puedo respirar profundo y dejar que el silencio de la noche me envuelva.

—Hace una noche perfecta para estar afuera —comento, desatando las bolsas y sacando las hamburguesas.

—Sí, la verdad es que sí —afirma Amber, y su mirada recorre la escena con una expresión de calma que no había visto en ella—. A veces es fácil olvidar que, incluso en medio de todo el caos, hay momentos así.

Nos sumimos en un cómodo silencio mientras empezamos a comer.

El primer bocado de la hamburguesa es pura satisfacción, y no puedo evitar dejar escapar un pequeño suspiro de alivio. Amber me

lanza una mirada divertida, notando mi reacción.

—Me estaba muriendo de hambre. —Sonrío, y veo cómo sus labios dibujan una sonrisa.

La conversación se queda en segundo plano mientras seguimos comiendo, disfrutando de la comida y de la tranquilidad que nos rodea. El sonido del agua, el aire fresco y la luz suave de la piscina crean una atmósfera casi irreal, un respiro necesario en medio de la tormenta que ha sido todo esto.

—¿Te has detenido a pensar cómo hemos terminado en una situación como esta? —pregunta Amber de repente, con tono reflexivo mientras mira la piscina.

—Todo el tiempo —respondo con sinceridad.

La verdad es que no pasa un día sin que me lo pregunte. Cómo hemos llegado hasta aquí, a esta extraña convivencia, compartiendo momentos que nunca habría imaginado. Pero, al mismo tiempo, hay algo en esto, que se siente… correcto, de una manera inesperada.

—¿Está buena?

—Buenísima —indico, con una sonrisa sincera, mientras le doy un mordisco más a la hamburguesa.

Ella se ríe. Es un sonido suave y despreocupado que parece romper la tensión acumulada.

Terminamos nuestras hamburguesas en silencio, pero es un silencio cómodo, lleno de pequeñas sonrisas y miradas cómplices. El tipo de silencio que surge cuando dos personas están completamente a gusto en la compañía del otro.

Después de terminar, nos levantamos y, sin necesidad de decir mucho, nos dirigimos a las tumbonas junto a la piscina. Nos recostamos en ellas, dejando que el frescor de la noche nos envuelva.

Amber rompe el silencio después de un rato.

—Antes… he estado mirando tu casa.

Me giro ligeramente hacia ella, arqueando una ceja con un toque de extrañeza.

—¿Mirando? —pregunto, un poco desconcertado.

—Sí, pero no me había fijado en los detalles. Y me he dado cuenta de algo. —Hace una pausa, como si estuviera eligiendo sus palabras

con cuidado—. No he visto ninguna foto familiar.

Es cierto que mi casa no está llena de fotos familiares, algo que muchas personas encuentran extraño, pero es una elección que hice hace tiempo.

—Mi madre prefiere mantenerse al margen de todo lo relacionado con el fútbol —le explico, notando cómo mis palabras suenan más frías de lo que pretendía—. Al final, si alguien viene y ve una foto de ella… En este mundo, cuanto más te expones, más vulnerable te vuelves. A mi madre no le gusta la idea de que cualquier persona que entre aquí pueda saber quién es.

Amber asiente, como si comprendiera la lógica detrás de mis palabras. Sabe tan bien como yo lo difícil que puede ser mantener algo de privacidad cuando estás de forma constante bajo la lupa pública.

—Ella me apoya en todo, pero prefiere hacerlo desde la distancia. No es que no quiera estar cerca, sino que necesita esa separación para sentirse segura.

Nos quedamos en silencio por un momento, con el sonido suave del agua y la brisa nocturna llenando el espacio entre nosotros. Amber ha visto un lado de mi vida que no comparto con muchos, y lo ha aceptado sin juzgar, algo que, aunque no lo diga en voz alta, aprecio profundamente.

—¿Qué prefieres, un día de anonimato o un día donde puedas decir absolutamente lo que quieras, sin restricciones?

Amber sonríe. Es un gesto pequeño pero genuino, y parece pensativa durante unos segundos.

—Teniendo en cuenta que soy bastante anónima ya…

—No es cierto, Prescott.

—¿Cuántas veces te paran por la calle a ti? Más de dos, seguro. Yo, en ocasiones, en algunos sitios tengo que seguir enseñando mi DNI —afirma, con una sonrisa que no llega a ocultar del todo su frustración.

—Así que prefiero poder decir lo que me dé la gana.

—Igual así aprenderías a mentir —le respondo, con una risa suave —. ¿Quieres probar a decir una simple verdad?

Se queda pensativa por un momento. Su mirada se desvía hacia la

piscina mientras considera sus opciones. Finalmente, se vuelve hacia mí, con una expresión que mezcla sinceridad y algo más, algo que no había visto antes.

—Vale, aquí va una verdad —dice, con su voz un poco más baja. Casi es un susurro—: A veces, cuando estamos así, solos y tranquilos… me doy cuenta de que estar contigo no es tan malo como pensaba.

Sus palabras me toman por sorpresa, pero no lo demuestro.

Me incorporo de manera lenta en mi tumbona, con mis ojos fijos en los suyos, mientras proceso lo que acaba de decir. Hay una honestidad cruda en su confesión, y sé que no fue fácil para ella decirlo.

Sin apartar la vista de su rostro, me acerco a donde está sentada, con mis movimientos cuidadosos pero decididos. Apoyo una mano en el borde de su tumbona, inclinándome ligeramente hacia ella. Puedo sentir la tensión en el aire. Es una mezcla de anticipación y algo más profundo; algo que hemos evitado durante todo este tiempo.

Amber no se mueve, pero sus ojos están fijos en los míos.

—No es tan malo, ¿eh? —murmuro. Mi voz es apenas un susurro, mientras me acerco un poco más, dejando que mi mano se mantenga firme en el borde de su tumbona.

Ella no responde de inmediato, pero el ritmo acelerado de su respiración delata que ya no estamos jugando.

Capítulo 27

Zona de contacto: Cuando la distancia se reduce y el impacto es inevitable.

Henry

El aire se ha vuelto sólido, una barrera invisible que vibra entre nosotros. Mis dedos se tensan en el borde de su tumbona, como si fueran lo único que me mantiene anclado a la realidad.

Casi sin darme cuenta, mi otra mano se mueve hacia su rostro. Mis dedos rozan su mejilla con suavidad, explorando la calidez de su piel. Es un gesto que no puedo controlar, que no quiero controlar. Su piel es suave bajo mis dedos, y el ligero temblor que siento en ella solo intensifica la tensión que ya está a punto de desbordarse.

Ella cierra los ojos, como si mi toque fuera lo único que necesitara para desconectarse del mundo. El simple hecho de verla así hace que mi corazón lata aún más fuerte, como si estuviera golpeando contra las paredes de mi pecho, pidiéndome que siga adelante.

Pero entonces, la realidad me golpea. ¿Qué estoy haciendo? Esto no es lo que debería estar pasando. La razón y la emoción se enfrentan en mi mente y, por un momento, me siento completamente perdido, incapaz de decidir qué hacer.

Con un esfuerzo consciente, retiro mi mano de su rostro, aunque cada fibra de mi ser me pide que no lo haga. El aire que se había cargado de electricidad empieza a disiparse.

—Esto… Yo… Debería irme a mi habitación —balbuceo.

Amber abre los ojos, mirándome con una mezcla de sorpresa y algo que no puedo descifrar del todo. Sus labios se entreabren, como si estuviera a punto de comentar algo, pero las palabras no salen. Es como si ambos estuviéramos atrapados en una burbuja de incertidumbre, sabiendo que cualquier cosa que digamos ahora podría romper el poco control que hemos logrado mantener.

Me levanto de la tumbona, sintiendo el peso de mi propia indecisión, de lo que casi ocurrió y de lo que todavía podría pasar si me quedo aquí. Cada paso que doy hacia la puerta parece un esfuerzo monumental, pero sé que es lo correcto. La distancia entre nosotros se alarga con cada paso y, aunque estoy alejándome físicamente, la tensión sigue atada a mí.

Al fin, llego a mi habitación y cierro la puerta, apoyando la espalda contra ella por un momento. Debería sentirme aliviado, pero, en lugar de eso, una oleada de frustración y confusión me invade.

Camino hacia la cama y me dejo caer en ella, pero la sensación de alivio no llega. Necesito distraerme, necesito algo que me saque de este estado, pero mi mente sigue atrapada en lo que ocurrió en la terraza, en la cercanía, en el toque de su piel bajo mis dedos.

Ahora es cuando necesitaría el puñetero teléfono para hablar con Mark, para que me distraiga con alguna tontería, e incluso para reírnos de algo absurdo. Sin embargo, no tengo esa opción, y la soledad de la habitación parece hacerse más opresiva con cada segundo que pasa.

Me revuelvo en la cama, incapaz de encontrar una posición cómoda. Me paso una mano por el pelo, intentando aliviar algo de presión. Me doy cuenta de que no puedo seguir así, y me levanto, decidido a coger el teléfono. La apuesta ya me da igual. Todo lo que quiero es el maldito teléfono, hablar con Mark y sentir que tengo algún control sobre esta situación que parece estar escapándose de mis manos.

Salgo de la habitación y me dirijo hacia la cocina, mi mente fija en una única idea: recuperar el móvil y olvidarme de todo lo demás.

Sin embargo, al salir veo a Amber, caminando hacia su habitación. Nuestros ojos se encuentran por un segundo, y el tiempo parece detenerse. Pero, antes de que pueda decir algo, ella ya ha cerrado tras de sí.

Mis pies me llevan casi sin pensar hacia su puerta. Una vez que estoy enfrente de su habitación, me detengo. Me quedo ahí, inmóvil, y mi mano se eleva con intención de llamar. Una parte de mí quiere ir a buscar el teléfono, cumplir con lo que había decidido, pero otra parte, la que está más en sintonía con lo que acaba de pasar en la terraza, me dice que tal vez debería hablar con ella.

No sé qué hacer. No sé cuál es la decisión correcta, y el silencio en el pasillo solo parece amplificar mi confusión.

Doy un paso atrás mientras mi mano baja. Tomo una decisión rápida, para deshacerme de la presión que siento que estoy acumulando, y empiezo a andar hacia la cocina. Busco la caja donde

guardé los teléfonos y cojo el mío. El tono de llamada suena en mis oídos, y cada pitido parece marcar el tiempo que necesito para alejarme de la confusión que Amber ha dejado en mi mente.

—¿Qué pasa?

Al escuchar su voz, siento que algo en mí se relaja un poco. Esto es lo que necesitaba. Algo sencillo, algo normal, algo que no implique decisiones complicadas o emociones conflictivas.

—Mark, necesito que me distraigas. No me preguntes por qué, solo… háblame de cualquier cosa.



—Puedes coger el tuyo. El mío lo he cogido esta mañana —miento, mientras le señalo la caja encima de la encimera.

Amber me observa por un momento. Sus ojos buscan algo en mi expresión, pero no dice nada. Se dirige hacia la caja, la abre y coge su teléfono. No dice nada. Ni una palabra sobre lo que casi pasó, ni una mención a la tensión que todavía flota en el aire.

«Genial, vuelta a la casilla de salida», pienso.

La frustración burbujea en mi interior, pero la reprimo, sabiendo que no hay nada que pueda hacer en este momento. Amber siempre ha sido buena en mantener sus barreras, y me doy cuenta de que, al menos por ahora, no voy a romperlas. La oportunidad de hablar, de aclarar las cosas, se ha desvanecido tan rápido como apareció.

Capítulo 28

Prueba de resistencia: El momento en que las piernas flaquean y los pulmones arden, pero seguir adelante no es opcional.

Henry

El gimnasio de Mark no es precisamente un lugar para los débiles. Está montado en lo que antes era su garaje, pero ahora parece más un santuario del *fitness* que un espacio improvisado. Las paredes están pintadas de un gris oscuro, decoradas con pósteres de figuras legendarias del deporte, y los espejos cubren casi todo el lado izquierdo, reflejando cada movimiento, cada gota de sudor. En una esquina hay una pequeña nevera con agua y bebidas isotónicas, junto a un altavoz que siempre tiene música a todo volumen, aunque ahora suena algo más relajado porque ninguno de los dos tiene energía para más estímulos.

El suelo es de goma negra, diseñado para absorber el impacto de las pesas que, a juzgar por el estruendo que acaban de hacer las de Mark, están cumpliendo su función. Hay barras, discos, mancuernas y una cinta de correr que apenas usamos porque para eso ya tenemos el campo de fútbol.

Mark se recuesta contra el respaldo del banco, todavía jadeando, con su camiseta empapada de sudor. Su pelo, normalmente bien peinado, está ahora pegado a su frente. Parece agotado, aunque intenta mantener su actitud de siempre.

—Dime que hemos terminado ya —jadea, con esa mezcla de exasperación y súplica que solo él puede manejar.

—¿Qué pasa? ¿El gran Mark no aguanta una sesión? —bromeo, aunque mis propios brazos están al borde del colapso. Lo último que quiero es que note que yo también estoy al límite.

—No empieces, Henry —indica, moviendo la cabeza con fastidio y lanzándome una mirada que no deja lugar a dudas—. Estoy convencido de que haces esto solo para matarme.

—¿Te vas a quejar todo el día o vamos a seguir?

Me mira un segundo, y sé que está a punto de soltar algo sarcástico, pero al final solo se recuesta contra el respaldo del banco.

—Sabes que te odio, ¿verdad?

—Sí, pero sigues llamándome para entrenar y para estar en tu casa —respondo, encogiéndome de hombros mientras me siento en el banco frente a él.

El silencio se instala entre nosotros por un momento, roto solo por nuestras respiraciones pesadas y el leve zumbido del altavoz. Mark finalmente se inclina hacia delante, agarrando la toalla que tiene en el suelo para secarse el sudor.

—¿Ahora qué? —pregunta, aunque su tono sugiere que preferiría cualquier cosa menos otra serie de ejercicios.

—Podríamos terminar con algo más ligero —le digo, señalando la cuerda para saltar en la esquina del gimnasio.

Resopla, pero no comenta nada. En lugar de eso, me lanza una mirada de esas que dicen que está esperando que suelte lo que realmente tengo en la cabeza.

—Vale, ¿qué pasa? —pregunta. Directo, como siempre—. Llevas todo el entrenamiento con esa cara de que estás pensando demasiado.

—Estoy preocupado por no llegar físicamente bien.

Me lanza una de esas miradas largas, de las que atraviesan cualquier excusa. Luego, como si no pudiera contenerlo, se echa a reír, un sonido profundo y genuino que resuena en el gimnasio.

—¿Estás preocupado por no llegar físicamente bien? —suelta entre risas, con una incredulidad evidente—. Por favor, Henry. Si tú no estás en forma, ¿qué nos queda al resto?

—Te hablo en serio —indico, aunque mi tono no logra sonar tan firme como quería. Paso una mano por la nuca, incómodo—. Este año quiero hacerlo perfecto, sin errores. No solo para mí, sino también para todo el equipo.

Mi amigo se seca el sudor de la frente con una toalla, pero su sonrisa sigue ahí, medio divertida, medio comprensiva.

—¿Es Amber? —pregunta, directo al grano.

—No sé de qué hablas.

Una risa corta y cargada de sarcasmo llena el gimnasio.

—Claro que lo sabes. Me apuesto lo que quieras, a que todavía estás pensando en el casi beso.

Mi mandíbula se tensa, porque claro que estoy pensando en eso. Llevo días pensando en eso.

Quería besarla, no voy a mentirme a mí mismo. Desde el momento en que propuse la idea, mi cabeza ya había decidido que lo iba a hacer, que iba a cruzar esa línea sin mirar atrás. Pero, cuando llegó el momento…, algo en mí se detuvo. Ella dijo que sí, que estaba de acuerdo, pero no quería ponerla en una situación que luego pudiera arrepentirse o sentirse incómoda.

Elegí la mejilla. Fue un acto de respeto disfrazado de cobardía pura. Porque claro que quería besarla, pero no deseaba que fuera bajo esas condiciones. No, cuando hay una nube de *paparazzi* al acecho.

—Habrá otro momento, seguro. Al fin y al cabo, sois novios, ¿no?

Sus palabras me sacan de mis pensamientos, no obstante, antes de responderle, cojo la toalla del banco y se la lanzo directo a la cara.

Es más que evidente que no le he contado ese acercamiento que tuvimos en mi casa. Ni tampoco el motivo por el que le llamé desesperado.

—Eres idiota, ¿lo sabías? —digo, negando con la cabeza mientras se ríe, quitándose la toalla y tirándola al suelo como si no hubiera pasado nada.

—Solo digo la verdad, amigo. No te enfades conmigo porque tú no te atreviste a dar el paso.

—No fue cuestión de no atreverme —respondo, cruzando los brazos —. Fue cuestión de hacer las cosas bien.

—Claro, claro. —Mark rueda los ojos con teatralidad—. Hacer las cosas bien. Seguro que te repetirás eso unas cien veces más esta noche antes de dormir.

—Mejor que estar pensando en cómo sobrevivir a este entrenamiento —le suelto, dándole un empujón ligero en el hombro.

—¿Sabes? —dice, levantándose para coger los discos de la barra—. Creo que deberías relajarte un poco. En serio. No todo tiene que ser tan complicado.

—Te recuerdo que mañana jugamos juntos.

—Créeme que estoy deseando ver *eso*.

El partido de mañana ha sido una iniciativa por parte de Football For All. Han seleccionado a jugadores de los Galácticos y jugadoras

del Estrella Negra, ya que somos la cara visible de su proyecto. Es una buena iniciativa, la verdad, pero la idea de estar en el campo junto a ella, con toda la atención que seguro que estará puesta en nosotros, añade un nivel de presión extra que no necesito.

—Sabes que no todos los partidos son sobre tu vida personal, ¿verdad? —continúa Mark, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Sabes que no todos los comentarios tuyos tienen que ser sobre Amber?

—Va a ser divertido verte correr detrás de ella cuando te deje atrás con el balón.

—Jugamos en el mismo equipo, capullo.

—Eso lo hace aún mejor —dice ajustando la barra. Me levanto para ayudarle con el peso—. Podré verte intentando impresionarla.

Suelto un resoplido, pero una pequeña sonrisa se asoma en mi rostro.

—Bueno, al menos trata de no quedar mal delante de ella.

—No te preocupes, intentaré no hacerte pasar vergüenza.

Aunque no lo digo en voz alta, jugar en el mismo equipo que Amber, compartir el campo con ella como compañeros, se me hace extraño. Es como que el tema me gusta, pero, a la vez, no estoy acostumbrado a ello. Supongo que todavía tengo que procesar la idea.

Capítulo 29

Gol de oro: La jugada que define el resultado, donde todo se decide.

Amber

—¡Prescott, aquí! —grita Henry, con su voz clara sobre el ruido del partido.

Me giro con rapidez, controlando el balón con un toque suave antes de levantar la cabeza. Veo a Henry moviéndose hacia el espacio libre, y, en un instante, tomo la decisión. Le paso el balón con un pase preciso, sintiendo la energía del juego recorrerme mientras la pelota vuela hacia él. El partido está en su punto álgido, y, aunque es solo un amistoso, siempre existe ese nivel de intensidad.

Henry recibe el balón, girando con la agilidad que le caracteriza. Un defensor se le acerca, pero, antes de que pueda cerrarle el espacio, Henry lo esquiva con un toque hábil. Veo cómo se abre paso entre los jugadores contrarios, avanzando hacia la portería. El campo parece abrirse para él y, en ese momento, sé que va a marcar.

Lo veo armar la pierna, el pie conectando con el balón en un tiro perfecto que se dirige directamente al ángulo superior. El portero se estira, pero es inútil. El balón entra con un gol limpio. El grito de celebración estalla alrededor del campo y, aunque debería estar sonriendo, algo dentro de mí se mantiene en guardia, recordando lo que pasó la otra noche.

Henry corre hacia mí, con una sonrisa de triunfo.

Antes de que pueda reaccionar, siento sus manos en mi cintura, levantándome con facilidad. Sus manos me anclan por los muslos, alzándome en un despliegue de fuerza que el público devora como si fuera amor real. Después de pasar el fin de semana con él, me parece todo todavía más extraño, y más teniendo en cuenta lo a gusto que me sentí.

Estamos en un partido amistoso, organizado por Football Together, una iniciativa para promover la igualdad de género en el deporte. Por eso el equipo es mixto, compuesto por jugadores y jugadoras de diferentes clubes, todos reunidos para dar visibilidad a la causa.

El campo está rodeado de espectadores, cámaras de televisión y fotógrafos que no se pierden ni un detalle, por lo que no, no puedo

permitirme parecer confundida ahora. No aquí, delante de todos. Tengo que fingir y actuar con normalidad. Ya hubo dudas con ese vídeo, así que no puedo desencadenar más tipos de rumores.

Fuerzo una sonrisa, asegurándome de que parezca tan genuina como sea posible. Mis manos se apoyan en sus hombros mientras él me sostiene en el aire.

—Buen pase.

—Buen gol —respondo, y mi voz ha sonado extrañamente tranquila.

Las cámaras siguen apuntándonos, capturando cada movimiento, cada expresión. No hay espacio para errores, no hay tiempo para mostrar lo que realmente siento. Tengo que seguir adelante, seguir con el papel que ambos hemos acordado desempeñar.

En cuestión de segundos, nuestros compañeros de equipo se acercan corriendo, uniéndose a la celebración. Risas y gritos de entusiasmo llenan el aire mientras todos se agrupan a nuestro alrededor. Henry me baja con suavidad, permitiéndome volver a sentir la firmeza del suelo bajo mis pies.

—¡Vaya pase, Prescott! —grita Jack, uno de los compañeros de equipo de Henry, con una sonrisa amplia en su rostro.

Le devuelvo la sonrisa y el grupo comienza a dispersarse, volviendo cada uno a sus posiciones.

El partido se desarrolla hasta que el árbitro sopla el silbato.

Hemos cumplido con nuestro papel en el campo, pero ahora, como caras visibles del proyecto, Henry y yo sabemos que nuestro trabajo aún no ha terminado.

A medida que los jugadores y jugadoras se dirigen a los vestuarios, los periodistas, comienzan a acercarse. Henry y yo intercambiamos una breve mirada.

Nos acercamos al grupo de periodistas que ya están preparados para bombardearnos con preguntas. Sonrío para las cámaras, consciente de que cada gesto será analizado, cada palabra será escrutada. Henry se coloca a mi lado, con postura firme y expresión relajada, aunque sé que, por dentro, es tan consciente como yo de la importancia de mantener la calma y la compostura.

—¡Amber, Harrington! ¿Cómo se sienten después de este partido

tan emocionante? —pregunta uno de los periodistas, apuntando el micrófono hacia nosotros.

—Ha sido un partido increíble. Todos han dado lo mejor de sí —respondo con una sonrisa, intentando mantener el tono ligero y positivo—. Este tipo de eventos son esenciales para mostrar que el fútbol es un deporte para todos, independientemente del género.

Henry asiente a mi lado, y sé que está de acuerdo conmigo. Los *flashes* de las cámaras iluminan nuestros rostros, y, mientras respondo a las siguientes preguntas, sigo consciente de la tensión que corre bajo la superficie. Tanto por lo que ha sucedido en el campo como por lo que sigue sin resolverse entre nosotros.

Un periodista levanta la mano y lanza la siguiente pregunta. Su voz atraviesa el bullicio de la multitud:

—¿Cómo creen que este partido influirá en el impacto de Football Together y el mensaje que la empresa quiere enviar sobre la igualdad en el deporte?

Henry me lanza una rápida mirada, una señal para que tome la iniciativa en la respuesta.

—Creo que este partido es un claro ejemplo de lo que Football Together y sus iniciativas buscan lograr —respondo, asegurándome de que mi voz sea firme y clara—. Han hecho un trabajo increíble al reunir a jugadores y jugadoras, y demostrar que el fútbol es un deporte que puede unirnos a todos, sin importar nuestro género. La igualdad no es solo una palabra; es algo que debemos practicar y apoyar activamente, y eventos como este son fundamentales para llevar ese mensaje al público.

Henry asiente con aprobación, añadiendo:

—Sabemos que el deporte tiene el poder de cambiar percepciones, y este proyecto es una prueba de ello. Ver a hombres y mujeres jugar juntos, y ser tratados con el mismo respeto y admiración, es un paso en la dirección correcta, y esperamos que inspire a muchas más personas y organizaciones a seguir el mismo camino.

Los periodistas asienten con interés mientras Henry termina de hablar; sus palabras resuenan con el mensaje claro y directo que hemos venido a transmitir.

Uno de los organizadores del evento interviene, anunciando que el

turno de preguntas ha terminado.

Henry y yo nos hacemos un hueco entre la multitud de periodistas para ir hacia el túnel de vestuarios.

Antes de que nos separemos para dirigirnos a nuestras respectivas áreas, Henry se inclina ligeramente hacia mí y, con una sonrisa casi imperceptible, me dice en voz baja:

—Nos vemos luego, Amber.

Asiento, recordando que ya estaba apalabrado por nuestros agentes. Esta noche cenaremos juntos, porque quieren aprovechar el impacto del partido para generar más interés en el proyecto y en nuestra «relación». Era una estrategia calculada para crear más foco en el día de hoy.

No obstante, la línea entre lo que es real y lo que no se está volviendo cada vez más borrosa.

Capítulo 30

MVP: ESA PERSONA QUE NO SOLO BRILLA EN EL JUEGO, SINO QUE ELEVA A TODOS LOS QUE LA RODEAN.

Henry

La miro mientras lleva el vaso a sus labios, observando cómo sus dedos se curvan con delicadeza alrededor del cristal. El movimiento es casi hipnótico, y mi atención se detiene en el tatuaje de su mano. Amber lleva un vestido negro ajustado que resalta su figura, sencillo, pero elegante, con un escote en V que no es demasiado pronunciado, pero que atrae la mirada de todos en el restaurante. Su cabello está suelto, cayendo en suaves ondas sobre sus hombros, y, aunque parece relajada, puedo ver la tensión en su postura, en la forma en que evita mantener el contacto visual durante demasiado tiempo.

Mientras ella sigue bebiendo, mi teléfono vibra en mi bolsillo. Lo saco y veo un mensaje de Mark.

Mark:

¿Mucho postureo o te estás divirtiendo?

Henry:

Postureo al máximo, como siempre.

Estabas mejor en las gradas.

Durante todo el partido, Mark ha estado en las gradas, observándonos desde la distancia.

Mark:

Deberías haberme avisado de la celebración.

Esa levantada… Casi hace que me caiga del asiento.

Amber deja el vaso sobre la mesa y por fin nuestros ojos se encuentran. Hay algo en su mirada, una mezcla de duda e incomodidad, que refleja lo que yo mismo estoy sintiendo. La tensión entre nosotros es palpable, como si ambos estuviéramos esperando que el otro diga algo para romperla, pero ninguna palabra parece adecuada.

—Entonces… —digo, rompiendo el silencio con una sonrisa que intento que parezca relajada—, ¿qué te ha parecido el partido?

—Supongo que fue un buen espectáculo para el público.

Tomo un respiro, decidiendo que es el momento de abordar ese tema, puesto que no consigo sacarlo de mi mente.

—Oye, mira, lo de la otra noche…

Pero antes de que pueda continuar, una voz tímida interrumpe nuestra conversación. Un hombre se acerca a nuestra mesa, con una expresión de disculpa en su rostro. Lleva de la mano a una niña de unos ocho años, que mira a Amber con ojos grandes y brillantes.

—Siento mucho molestaros —dice el hombre, claramente un poco nervioso—. No queremos interrumpir, pero es que cuando mi hija te ha visto, se ha emocionado tanto… Eres su jugadora favorita.

La expresión de Amber cambia por completo. La tensión se desvanece de inmediato y su rostro se ilumina con una sonrisa cálida y genuina. Es como si una chispa de alegría hubiera encendido algo dentro de ella.

—¡Oh, claro! —responde Amber, con voz suave y amable, mientras se inclina hacia la niña—. ¿Cómo te llamas?

—Sofía —dice la niña, con timidez, pero con una sonrisa que se va ensanchando a medida que Amber le dedica toda su atención.

—Sofía, es un nombre precioso —comenta Amber, y la niña sonríe aún más—. ¿Te gustaría que nos sacáramos una foto juntas?

La niña asiente con entusiasmo y, antes de que el padre pueda sacar su teléfono, me ofrezco para hacer la foto.

—Dejadme hacerlo a mí —digo, levantándome y tomando el teléfono del padre con una sonrisa—. Así salís los tres en la foto.

El padre asiente agradecido, y mientras preparo la cámara, observo a Amber interactuar con Sofía. La dulzura en su rostro, la atención que le presta a la niña… Tomo la foto, capturando la sonrisa radiante de Sofía y la expresión sincera de alegría en el rostro de Amber.

—Gracias —dice el padre con una sonrisa nerviosa mientras recupera su teléfono—. Esto significa mucho para nosotros.

—Gracias a vosotros —indica Amber, con suavidad y cargada de afecto—. Ha sido un placer conocerte, Sofía.

El padre y su hija se despiden y, mientras se alejan, la sonrisa de Amber permanece.

—No me había dado cuenta de cuánto necesitaba algo así —dice en

un susurro, mientras su mirada sigue a la pequeña Sofía y a su padre alejarse.

—Momentos como este nos recuerdan por qué empezamos.

Ella asiente, todavía con una pequeña sonrisa en los labios.

Sin embargo, antes de que pueda responder, un sonido agudo y repentino rompe la tranquilidad del momento. Ambos nos quedamos quietos por un segundo, intentando identificar de dónde viene el sonido.

Nos miramos por un instante, confundidos, hasta que un parpadeo de luces rojas en el techo nos da la respuesta.

—¿Es la alarma de incendios? —murmura Amber, con incredulidad en su voz.

Una lluvia artificial y violenta estalla desde el techo, sentenciando nuestra cena al desastre. El restaurante entero se convierte en un caos en cuestión de segundos. La gente se levanta de sus mesas, nerviosa, mientras intentan cubrirse con servilletas y manteles.

—Esto no puede estar pasando —dice, sacudiendo la cabeza mientras el agua sigue cayendo.

—Parece que alguien se olvidó de bajar la temperatura en la cocina —bromeo, tratando de mantener el buen humor mientras ambos nos levantamos de la mesa.

Nos dirigimos hacia la salida junto con el resto de los comensales, todos igual de mojados y confundidos. El agua sigue cayendo a cántaros y, para cuando logramos salir del restaurante, estamos completamente empapados.

Una vez fuera, me giro hacia Amber, que está tratando de escurrir su cabello con las manos. No puedo evitar mirarla y sonreír al ver su aspecto empapado, tan diferente a como lucía hace solo unos minutos. Sin pensarlo mucho, levanto una mano y le aparto un mechón de cabello de la cara.

—Tienes el pelo chupado —digo con una sonrisa, mientras sus ojos se encuentran con los míos.

Ella suelta una risa, medio incrédula, medio divertida, mientras el agua gotea de su cabello y su vestido, pegando la tela a su piel y resaltando cada curva. Su maquillaje ligero ha empezado a correrse un poco, pero hay algo en la naturalidad de su aspecto ahora,

empapada y desarmada, que la hace ver incluso más atractiva.

—Gracias por la observación —responde con sarcasmo.

Mientras seguimos de pie bajo la luz de la calle, me doy cuenta de que la gente de alrededor nos mira. Algunos con curiosidad, pero otros con sus teléfonos en la mano, probablemente grabando o tomando fotos. En medio del caos, las cámaras de los paparazzi, que siempre aparecen en los momentos menos oportunos, comienzan a centrar su atención en nosotros.

La chispa en los ojos de Amber se desvanece un poco cuando nota las miradas y los destellos de los flashes, y, por un momento, parece dudar. Sé lo que está pensando: la presión de tener que seguir fingiendo, de tener que continuar con esta actuación.

Me acerco a ella, sin apartar la mirada de sus ojos, y bajo un poco la voz.

—Deberíamos de…

—Puedes besarme —me interrumpe.

Sin decir una palabra más, acerco mis manos a su rostro, acariciando con suavidad su mejilla, antes de inclinarme hacia delante. Nuestros labios se encuentran en un beso que comienza como parte del guion, pero que toma una vida propia con rapidez. Hay una urgencia en la forma en que nuestros labios se mueven, una necesidad de conectarse que va más allá de las expectativas de los demás.

Siento cómo sus manos suben a mi nuca, tirando de mí para acercarme más, como si este beso pudiera resolver todo lo que ha estado sin decir entre nosotros.

Cuando nos separamos, nuestras respiraciones están entrecortadas, y la realidad vuelve a golpearnos con la fuerza de los *flashes* y el murmullo de la multitud que nos rodea. Pero lo que acaba de ocurrir entre nosotros es más real que cualquier otra cosa que hayamos hecho hasta ahora.

Capítulo 31

Campo neutral: Un terreno donde no hay favoritos, solo jugadores buscando demostrar su valor.

Amber

Un grupo de niñas corre tras el balón. Sus risas y gritos de emoción resuenan por todo el campo. Desde la línea de banda, las observo con una mezcla de orgullo y nostalgia. Este campus de fútbol femenino ha sido organizado para inspirar a las próximas generaciones, y, mientras las veo jugar con tanta pasión, no puedo evitar recordar mis propios días en el campo, cuando tenía sueños tan grandes como el lugar en el que corría.

Sus movimientos, la forma en que se esfuerzan por dar lo mejor de sí mismas, me recuerdan a mí cuando era una de ellas.

Algunas de las niñas me miran de vez en cuando, y les devuelvo una sonrisa o un gesto de ánimo. Hoy estoy aquí por indicación de Football for All, con el fin de dar visibilidad al fútbol femenino. Dentro de dos días, se reunirán el equipo masculino y femenino, y tanto Henry como yo estaremos allí para participar en un evento conjunto.

Mientras mis pensamientos divagan entre el pasado y lo que está por venir, siento el zumbido familiar de mi teléfono en el bolsillo. Lo saco y veo que tengo varias notificaciones.

Sam:

Se os da bastante bien fingir un beso.

Eso o no estabais fingiendo, claro.

Alex:

¿Cuándo os nominan al Oscar?

Sonrío al leer los mensajes de mis amigas y compañeras de equipo. Desde hace unos días, decidimos crear este grupo con un simple propósito: tener un espacio para hablar con tranquilidad de esta farsa, y así yo podría desahogarme sin tener que mantener la fachada que el resto del mundo ve.

A veces, los mensajes en el grupo son solo bromas, pero otras veces son recordatorios de que no estoy sola en esto, de que tengo

a alguien que me cubre las espaldas. Incluso cuando todo se siente demasiado complicado. Y ahora, más que nunca, estoy agradecida por tener ese pequeño rincón de apoyo.

Escribo una respuesta rápidamente, con una sonrisa en los labios.

Amber:

Espero que ese Oscar venga con unas vacaciones, porque todo esto me está dejando sin energía.

Sam:

Bueno, dice que la energía se recarga con la compañía adecuada…

Y Harrington parece bastante dispuesto a ayudar.

Su respuesta me arranca una risa suave.

Antes de que pueda escribir algo más, noto que alguien se acerca. Levanto la vista y veo a John, mi representante, caminando hacia mí.

—Hola, John —lo saludo, intentando mantener el tono relajado.

—Amber —responde con un ligero asentimiento—, solo quería ponerte al tanto de que el beso de anoche está en todos los sitios. Ha explotado por completo en los medios.

—¿En serio? —suelto, aunque sé perfectamente que no es una sorpresa.

—Sí, y debo decir que fue el escenario y el momento perfecto —continúa, con un tono algo más animado ahora—. Es justo lo que necesitábamos para mantener el foco en el proyecto.

—Sí, lo hicimos a propósito, claro —indico con un toque de sarcasmo en la voz, esbozando una sonrisa que no llega a mis ojos.

Mientras John habla, mi mente divaga, recordando la sensación de la boca de Henry sobre la mía, la calidez de su aliento, la forma en que mis pensamientos se silenciaron en el instante en que nuestros labios se encontraron. No estaba pensando en el proyecto, ni en el público, ni en nada más que en ese momento.

Lo que más me desconcierta es que, por un instante, me permití sentirlo de verdad. Permití que ese beso fuera más que solo una actuación. Y ahora, mientras intento recomponerme, me doy cuenta de que estoy empezando a dudar de lo que es real y lo que no lo es. El límite entre la farsa y la realidad se ha vuelto tan borroso que ya

no estoy segura de dónde empieza una y termina la otra.

Necesito poner distancia entre nosotros. Necesito recordar que todo esto es solo parte de un proyecto. Si sigo dejándome llevar por lo que sentí en ese momento, solo conseguiré complicar más las cosas. Tanto para mí como para él.

—Un segundo, John —le digo, elevando la mano cuando mi teléfono empieza a sonar.

Me alejo un poco y deslizo el dedo por la pantalla para contestar.

—Asher, hola —lo saludo, intentando que mi voz suene más tranquila de lo que realmente estoy.

—¿Tengo que creerme que todo sigue siendo una mentira? —pregunta sin rodeos.

—Nada ha cambiado, Asher. Tenemos un contrato firmado.

—Quiero asegurarme de que no estáis empezando a confundir las cosas. Quiero oírlo de ti.

Sus palabras me hacen sentir expuesta. Es como si todo lo que he intentado mantener en orden estuviera desmoronándose, pero no puedo permitir que esto se salga de control.

—Te lo prometo. Sigue siendo lo mismo de siempre —le digo, apretando los labios para no dejar escapar la inseguridad que empieza a crecer dentro de mí—. Fue solo por el espectáculo. Nada más.

—Confío en ti.

—De todas formas, soy yo quien elige con quién besarse y acostarse, Asher.

Un silencio tenso se apodera de la línea por unos segundos, y puedo casi escuchar cómo Asher procesa lo que acabo de decir.

—¿Os habéis acostado, Amber? —pregunta finalmente, con una mezcla de sorpresa y preocupación.

—¿Qué dices? No —respondo de inmediato—. ¡Por supuesto que no!

Su suspiro al otro lado de la línea es de alivio, pero también de advertencia.

—Bien —afirma, pero su voz se vuelve más seria—. Te recuerdo que Henry es mi compañero de equipo y que, si cruzáis esa línea, no solo podríais complicar vuestra relación personal, sino que el

proyecto también podría verse afectado.

—Lo sé. Créeme, estoy siendo cuidadosa.

—Me alegra oírlo. Solo asegúrate de que todo se mantenga dentro de los límites acordados. No quiero que esto acabe mal para ninguno de vosotros —añade y, aunque su tono de voz es más suave ahora, todavía está cargado de preocupación.

—Lo haré. Te lo prometo.

—Nos vemos pronto, hermanita. Cuídate —dice antes de colgar.

Asher solo intenta protegerme. Lo sé, pero sus palabras han dejado claro que estoy caminando sobre una cuerda floja, y cualquier paso en falso podría hacer que todo se derrumbe.

Guardo el teléfono y levanto la vista hacia John, quien me observa con cierta expectación.

—Todo bien —afirmo con un suspiro, intentando recomponerme.

Capítulo 32

MARCAJE PERSONAL: ESTAR TAN CERCA QUE PUEDES PREDECIR EL SIGUIENTE MOVIMIENTO.

Henry

El sonido de la puerta abriéndose de golpe me saca de mi concentración. Levanto la vista del montón de correos electrónicos que llevaba horas ignorando y, antes de poder reaccionar, Jack, Mark y tres chicas que no reconozco irrumpen en el salón de mi casa, invadiendo mi espacio con una familiaridad irritante.

—¿Qué diablos hacéis aquí? —pregunto, sin poder ocultar mi sorpresa.

—Relájate, campeón —indica Jack con una sonrisa amplia, dejando caer una bolsa llena de cervezas sobre la mesa de centro—. Pensamos que te vendría bien un poco de compañía.

Miro a mi alrededor, observando cómo, en cuestión de segundos, mi casa se ha llenado de gente que no esperaba y, en el caso de las chicas, personas que ni siquiera conozco. La situación pasa de ser tranquila a caótica.

Mark, al notar mi expresión, levanta las manos en un gesto de disculpa.

—Oye, no ha sido idea mía —asegura, señalando a Jack con un gesto de cabeza—. Ya sabes cómo es.

—Lo sé —respondo, suspirando, mientras Jack empieza a rebuscar en la bolsa, sacando latas de cerveza y distribuyéndolas como si estuviera en un bar.

Con su sonrisa despreocupada, hace un gesto hacia las chicas que han ocupado el sofá con una confianza que solo podría venir de alguien como él.

—Ah, cierto, olvidé las presentaciones —dice Jack con entusiasmo —. Harrington, estas son Claire, Sophie y Anne. Chicas, este es Harrington.

Las tres me saludan con sonrisas coquetas y, aunque normalmente podría haberme divertido en una situación así, hoy no es uno de esos días.

—¿Había prensa fuera? —pregunto directamente, cortando cualquier intento de conversación casual.

La pregunta cae como una piedra en el ambiente relajado que Jack intentaba crear.

Mis compañeros se miran entre sí, antes de que Jack se encoja de hombros, sin perder la sonrisa.

—No he visto a nadie. Al menos, no de los que llevan cámaras —responde el que juega de central, como si eso fuera suficiente para calmar mis preocupaciones.

Pero su respuesta no me tranquiliza en absoluto. La última cosa que necesito ahora es que esto se convierta en otro espectáculo para la prensa. Ya tengo suficiente con lo que ocurrió anoche, y cualquier nueva aparición en los medios solo complicaría más las cosas. Siento la tensión en mi mandíbula mientras trato de asimilar la situación, sabiendo que una simple visita de amigos podría convertirse en un circo mediático en cuestión de minutos si alguien decide vender la historia correcta.

Estoy a punto de decir algo más cuando escucho un golpe suave en la puerta. El nudo en el estómago se aprieta y un presentimiento extraño me invade.

—¿Esperabas a alguien? —dice Mark, levantándose para abrir la puerta.

Pero antes de que pueda hacerlo, me adelanto, con una sensación de anticipación que no puedo ignorar. Miro por el videoportero y ahí está. Amber.

El nudo en mi estómago se aprieta aún más al verla en la pantalla y, por un momento, me quedo congelado, procesando la situación. Respiro hondo, intentando mantener la calma, y abro la puerta.

—Amber… —murmuro, sintiendo cómo mi mente se llena de un millón de pensamientos contradictorios.

—¿Interrumpo algo? —pregunta con tranquilidad.

Antes de que pueda responder, escucho a Jack acercarse por detrás.

—Henry, hombre, ¿qué pasa? —exclama, mientras se asoma a la puerta, con una cerveza en la mano y una sonrisa que muestra que está totalmente ajeno a la tensión del momento.

Amber levanta la vista, y sus ojos se encuentran con Jack, seguido de una rápida mirada hacia el interior, donde ve a Mark y a las tres

chicas acomodadas en el sofá.

La sorpresa se dibuja en su rostro y puedo ver cómo intenta procesar lo que observa. Esto no es lo que esperaba encontrar al venir aquí y la incomodidad en el aire es palpable.

—No sabía que tenías… compañía —dice Amber. Su voz cambia ligeramente, mientras sus ojos van de Jack a mí, esperando alguna explicación.

Me cago en todo. Esto es exactamente lo que no necesitaba ahora.

—Sí, bueno… —intento explicarme, pero las palabras no salen como quiero.

Las miradas de Amber y Jack sobre mí solo aumentan mi confusión. Estoy atrapado entre querer justificar lo que está pasando y la necesidad de que esto termine lo antes posible.

—No, no hace falta que me expliques —interviene Amber, con un tono que intenta ser ligero, aunque sé que no es más que una fachada—. No quiero molestar.

La incomodidad en su voz es evidente y sé que detrás de su sonrisa forzada, está imaginando lo peor. Después de todo lo que ha pasado, puedo entender por qué.

Estoy harto de las apariencias. Harto de que todo lo que hago parezca malinterpretado, de que cada situación se convierta en un terreno minado. Puedo imaginar perfectamente lo que Amber piensa de mí ahora, y no puedo soportarlo más.

De repente, la decisión se vuelve clara. Me giro hacia Jack, Mark y las tres chicas que aún están acomodadas en el sofá.

—Se acabó. Fuera de aquí —digo, con mi voz más firme de lo que esperaba.

Jack levanta las manos, incrédulo.

—Estás de broma, ¿no? —pregunta, mirándome como si hubiera perdido la cabeza.

—No, no estoy bromeando —respondo, con más convicción—. Necesito que os vayáis. Ahora.

Mark, que hasta ahora había estado observando en silencio, se levanta y le da una palmada a Jack en el hombro.

—Vamos, tío. Henry tiene razón. Ya hemos ocupado suficiente su espacio por hoy —dice de forma calmada pero firme.

Jack mira a Mark y luego a mí, claramente desconcertado por el cambio de tono en la habitación. Finalmente, deja escapar un suspiro y asiente, aunque no sin mostrar su desacuerdo.

—Vale, vale… Lo pillo —dice Jack—. Nos vemos luego, Henry.

Las tres chicas se levantan, claramente incómodas por la situación, y sin decir mucho, se dirigen hacia la puerta, seguidas por Mark y Jack.

En cuestión de minutos, la sala se queda vacía. El ruido y el caos son reemplazados por un silencio incómodo.

Amber sigue en el umbral, mirándome con una mezcla de sorpresa y algo que no puedo identificar del todo.

—Ya está. Se han ido —indico, sin saber realmente qué más añadir. Las palabras se sienten vacías, pero no sé qué más hacer en este momento—. ¿Quieres pasar?

Asiente y da un paso hacia dentro, cruzando la entrada con una expresión que aún refleja cierta incomodidad.

El ambiente entre nosotros sigue cargado de tensión, pero al menos ahora estamos solos.

Mientras camina por la sala, sus ojos recorren el lugar como si buscara algo específico. Al final, se vuelve hacia mí.

—En realidad, he venido para ver si me había dejado el cargador del teléfono. Lo traje el finde y no lo encuentro en casa…

—Sí, claro. Si no lo encuentras, tengo más de cinco cargadores que, bueno, por colaboraciones de…

—Me lo imagino —me interrumpe, con una leve sonrisa que no llega a sus ojos—. Debería ir… Sí, iré a la habitación en la que me quedé.

Amber se gira y se dirige hacia las escaleras sin mirarme. Su espalda está recta y sus pasos son firmes. No puedo evitar sentir un nudo en el estómago mientras la veo alejarse, preguntándome si hay algo más que debería decir o hacer para aliviar la tensión que ha quedado entre nosotros.

Pasados unos minutos, escucho sus pasos descendiendo por las escaleras. Amber aparece de nuevo en el comedor y esta vez con el cargador en la mano.

—Lo encontré —anuncia, levantándolo ligeramente, para

mostrármelo.

—No hay problema —respondo con una sonrisa forzada—. Como te dije, si necesitas otro, tengo unos cuantos más.

Ella asiente, guardando el cargador en su bolso.

Por un momento, el silencio se instala otra vez entre nosotros.

—Bueno, será mejor que me vaya.

—Claro, nos vemos pronto.

La acompaño hasta la puerta y, mientras la veo salir, siento que algo dentro de mí se retuerce. No puedo apartar la vista mientras se dirige hacia su coche. La observo arrancar el motor, las luces delanteras iluminan la entrada de la casa, mientras se prepara para irse.

Permanezco ahí, en la puerta, inmóvil, hasta que el vehículo desaparece de mi vista. Solo entonces cierro la puerta y me quedo un momento en la entrada, intentando procesar lo que acaba de pasar. El silencio en la casa es ensordecedor, y me doy cuenta de que, sin pensarlo, ya tengo el mando de mi automóvil en la mano.

No sé en qué momento decidí seguirla, o si lo he decidido siquiera, pero aquí estoy, con el mando del coche entre los dedos, como si una parte de mí ya hubiera tomado la decisión antes de que mi mente pudiera alcanzarla.

Capítulo 33

Fuera de banda: Cuando la acción se desvía del campo principal y todo parece salirse del plan.

Amber

Las risas de Sam y Alex llenan la cocina mientras terminamos de preparar la cena. El aroma de las verduras asadas y el pollo al horno invade el ambiente y, por un momento, todo parece sencillo y tranquilo. Es como si el caos de los últimos días no existiera. Nos hemos reunido para una cena casual, para desconectar y disfrutar de un rato juntas, sin preocupaciones.

Sam se inclina sobre la encimera, cortando el pan con precisión, mientras Alex organiza los platos en la mesa, colocando todo con un cuidado que siempre me ha parecido exagerado, pero que hoy agradezco.

—Esto huele increíble —comenta Sam, inhalando con profundidad —. Si cocinas así todos los días, Amber, me mudo aquí mañana mismo.

—Bueno, siempre hay una habitación libre, pero tendrás que ganártela.

Alex, desde el comedor, lanza una risa sarcástica mientras ajusta uno de los cubiertos.

—¿Ganar? ¿Con qué? —pregunta Sam, arqueando una ceja, claramente interesada.

—Con tus habilidades de limpieza, por supuesto —respondo, divertida—. Porque aquí, la que cocina no limpia.

Sam suelta una carcajada y mira a Alex, quien está terminando de alinear los platos en la mesa.

—Oye, Alex, creo que a ti también te toca un turno en la cocina, ¿no? —dice Sam con un tono pícaro.

—¿A mí? —Alex se gira desde el comedor y la mira con una expresión de fingida sorpresa—. ¿No he hecho ya bastante? Mira estas líneas perfectamente alineadas —bromea, señalando los cubiertos que ha colocado con precisión quirúrgica.

—Sí, sí —le respondo con un gesto teatral—. Siempre tan perfeccionista. Pero te aseguro que lo que realmente importa es lo

que se cocina y no cómo se colocan los platos.

Justo cuando estamos a punto de sentarnos a la mesa, el timbre de la puerta suena.

Alex se adelanta para abrirla.

Escucho un murmullo de voces en la entrada y, al cabo de unos segundos, Alex vuelve al comedor.

—Amber, creo que será mejor que vayas tú.

Un ligero nerviosismo se instala en mi pecho mientras me acerco a la puerta.

Al llegar, la sorpresa me golpea de lleno: Henry está aquí. De pie en el umbral, con bolsas en las manos y una expresión en su rostro que me deja sin palabras.

Va vestido de manera casual, con una camiseta gris que resalta sus hombros anchos y unos vaqueros oscuros que caen con la misma facilidad con la que él parece enfrentarse a cualquier situación.

Hace nada estaba en su casa por el tema del cargador y ahora está aquí, frente a mi puerta. Mi mente se queda en blanco por un segundo. No entiendo qué está haciendo aquí.

—¿Ocurre algo? —pregunto, desconcertada.

—No, no —responde, pasando la única mano libre por su nuca—. Es solo que… Después de lo de antes, pensé en ir a comprar algo para cenar y, no sé, cenar juntos. No sabía que tenías compañía.

—¿Y eso es la cena?

—Sí. —Eleva las bolsas—. Sushi.

Antes de que pueda decir algo más, Sam interviene desde el comedor con un tono entusiasta:

—¿Sushi? ¡Dios mío, tienes que dejarle entrar, Amber!

Una sonrisa se dibuja en mis labios ante la espontaneidad de mi amiga.

Me giro hacia Henry, soltando un suspiro, pero con un brillo de diversión en los ojos.

—Pasa —le invito, haciendo un gesto para que entre.

Henry asiente, visiblemente aliviado, y cruza el umbral de la puerta. Mientras se acomoda, no puedo evitar añadir:

—Aquí no tenemos que fingir. Ellas saben lo del contrato.

Henry asiente de nuevo, pero esta vez con una sonrisa más

relajada, mientras mira a Sam y Alex, quienes ya están sonriendo.



—Deberíamos escaparnos a una playa desierta, hacer una hoguera y cantar canciones cursis bajo las estrellas.

La mesa se queda en silencio durante un segundo, y luego estalla en carcajadas.

—¿Qué? —protesta Sam, riéndose también—. ¡Lo digo en serio! Imagina lo épico que sería.

—Claro, y después podemos construir una balsa y zarpar hacia lo desconocido —añade Alex, siguiéndole el juego mientras sirve lo que queda de vino en su copa.

—Sam, creo que deberías no beber más —le digo, intentando sonar lo más seria posible.

—¿Quién, yo? —responde, haciéndose la ofendida, pero su sonrisa delata que está a punto de soltar una broma—. Amber, querida, te olvidas de que soy una profesional en esto.

La risa que sigue es contagiosa, y pronto todos nos reímos.

Durante la temporada, no tocamos una gota de alcohol; las restricciones son estrictas y todos nos ceñimos a ellas. Pero ahora, en vacaciones, todo se siente un poco más permisivo, un poco más libre.

Estamos todavía en la mesa, aunque la comida hace tiempo que se ha terminado. Ninguno de nosotros parece tener prisa por levantarse; es como si todos estuviéramos intentando prolongar este momento un poco más, disfrutando de la compañía y de la tranquilidad que solo se encuentra en noches como esta.

—Es que al final hacéis buena pareja y todo. —La defensora de mi equipo nos señala con la copa de vino a Henry y a mí.

Él y yo nos miramos al mismo tiempo, sorprendidos por el comentario. Hay un segundo de silencio antes de que me atreva a responder.

—¿Nosotros? —pregunto, negando con la cabeza.

—Creo que estamos haciendo un buen trabajo —dice él, sonriendo con aire despreocupado.

Sam se ríe y sacude la cabeza, disfrutando de la situación.

Asiento, más para mí misma que para nadie más, mientras tomo un sorbo de mi copa de vino. Es curioso cómo una cena que empezó siendo una excusa para desconectar ha acabado reuniéndonos aquí, con Henry incluido, como si esto fuera lo más natural del mundo. Pero claro, no hay nada natural en nuestra relación. Es un guion construido de manera cuidadosa, y nosotros somos los actores que intentan parecer genuinos. Por suerte, Sam y Alex no necesitan actuar.

—¿Y cómo va eso de «hacer un buen trabajo»? —pregunta Alex, inclinándose ligeramente hacia Henry.

—Bueno, no nos hemos matado todavía —responde este.

Por un instante, dejo caer la guardia y me permito disfrutar de la ironía de sus palabras, de la ligereza que suelta el ambiente, como si todo fuera normal entre nosotros.

Pero no lo es.

Y, cuando la actuación termine, todo lo que quedará será el silencio incómodo entre dos extraños que compartieron demasiado sin conocerse en realidad.

Capítulo 34

La línea del gol: El límite donde todo puede cambiar.

Henry

Estoy firmando camisetas sin parar. Cada vez que un niño se acerca con la suya en la mano, me agacho con una sonrisa y estampo mi firma en la tela. He perdido la cuenta de cuántas llevo y de cuántas fotos me he hecho en la última hora. Es parte del trabajo y, aunque puede llegar a ser agotador, ver las caras de los niños llenos de entusiasmo lo hace más llevadero. Pero, entre cada firma y sonrisa, mi atención sigue desviándose hacia el otro lado del campo.

Amber está rodeada de un grupo de niñas que no la pierden de vista, mirándola como si fuera su heroína. Habla con ellas, gesticulando y riendo, completamente entregada al momento. Hay algo en la forma en que se mueve, en cómo conecta con ellas, que no puedo ignorar, aunque debería. Cada vez que alzo la vista de una camiseta, mis ojos inevitablemente terminan en su dirección.

Un niño me llama la atención para otra firma, y vuelvo a lo que estaba haciendo, pero parte de mi mente sigue anclada en Amber, observando de reojo cómo interactúa con las niñas. Mientras me preparo para la siguiente foto, Tony me da un suave codazo, recordándome lo que viene a continuación.

—Recuerda que después de esto, Amber y tú tenéis que hacer el saque de honor para el partido —me dice, manteniendo su tono bajo pero firme.

Asiento, aunque mi mente sigue aún parcialmente distraída. El saque de honor es una parte importante del evento, ya que es una oportunidad más para mostrar la unidad y la igualdad que promovemos con este proyecto.

Al fin, termino de firmar la última camiseta y sonrío para una foto más. Luego, me dirijo a los niños y niñas que se han quedado esperando cerca, levantando la voz para que todos me escuchen.

—Si alguien se ha quedado sin firma, no os preocupéis. Os firmo después del partido, ¿vale? —digo, ganándome algunas sonrisas y asentimientos de agradecimiento.

Con eso, me dirijo hacia el centro del campo, listo para el saque de

honor junto a Amber.

Esta, al parecer, ya está esperando.

Nos encontramos en el círculo central y cuando nuestras miradas se cruzan, compartimos una breve sonrisa. El bullicio alrededor nuestro se calma momentáneamente mientras nos preparamos para el saque.

—¿Listos? —pregunta el árbitro, sosteniendo el balón en sus manos.

—Listos —respondo, y Amber asiente a su lado.

El balón cae al suelo y ambos lo tocamos al mismo tiempo, lanzándolo hacia delante con suavidad para dar inicio al partido. Los niños y niñas corren de inmediato tras la pelota.

Nos retiramos hacia las gradas, donde Tony y algunos otros organizadores ya nos esperan. Tenemos asientos reservados en primera fila, y es imposible ignorar las miradas que sentimos sobre nosotros. Las cámaras no han dejado de seguirnos, y soy consciente de que cada movimiento que hacemos está siendo observado y analizado.

Nos sentamos uno al lado del otro. Las butacas son cómodas, pero la tensión sigue presente. En medio del bullicio del partido, me inclino un poco hacia Amber, manteniendo un tono casual.

Mientras el alboroto del partido nos rodea, saco el teléfono del bolsillo y le envío un mensaje rápido a Mark.

Henry:

Ya ha empezado el partido.

Mark:

¡Pasadlo genial!

Yo estoy en el mejor sitio del mundo: lejos de las cámaras.

No me envidies demasiado.

Sonrío ante la respuesta de Mark y guardo el móvil, volviendo mi atención al campo.

—Están dándolo todo —comento, refiriéndome al partido.

—Sí, tienen una energía envidiable —responde, con una pequeña sonrisa—. Me recuerda a mis primeros días jugando, cuando todo era por pura diversión.

La conversación fluye de manera natural y, por un momento, parece que la tensión se disipa un poco, aunque no del todo. Mientras hablamos de las jugadas y de cómo algunos de los niños ya muestran un gran talento, no puedo evitar notar que seguimos siendo el centro de atención, con las cámaras apuntando hacia nosotros de vez en cuando.

Después de un rato, me inclino un poco más hacia Amber, manteniendo el tono casual. Me cubro la boca con la mano, asegurándome de que las cámaras no puedan captar lo que voy a decir.

—Sabes… —murmuro—. Si queremos hacer esto más convincente, podría apoyar mi mano en tu pierna.

Amber asiente.

Acerco mi mano de manera lenta y la coloco sobre su pierna, manteniendo un contacto que, a simple vista, parece natural. Pero, mientras lo hago, mi mente empieza a divagar, recordando la forma en que sus labios se sentían contra los míos durante ese beso que no debería haber sido más que una actuación. La suavidad de su piel, el calor de su cuerpo junto al mío… Es como si esos recuerdos se estuvieran reproduciendo en mi cabeza, una y otra vez, sin que pudiera detenerlos.

«Piensa en el partido, Henry. El portero. La pelota. Esa falta».

Me obligo a concentrarme en el juego que se desarrolla frente a nosotros y en los gritos de los niños. En cualquier cosa que pueda distraerme de los pensamientos que se apoderan de mí.

—¿Qué te parece si hacemos una foto? —pregunta, con una sonrisa ligera—. Así etiquetamos a Football for All en redes y mostramos lo bien que va el evento.

Su propuesta me saca de mis pensamientos.

—Buena idea —respondo, asintiendo, mientras retiro mi mano de su pierna y saco el teléfono del bolsillo—. Vamos a darle un poco de visibilidad al proyecto.

Amber se acerca un poco más y ambos sonreímos mientras preparo la cámara. Pero, mientras ajusto el ángulo, una idea me cruza por la mente.

—¿Qué te parece si me das un beso en la mejilla para la foto? —

propongo con una sonrisa que intenta ser despreocupada—. Así podemos poner una del partido y otra más personal. Seguro que eso llama la atención en redes.

Amber me mira por un segundo, evaluando la propuesta, antes de asentir con una sonrisa suave. Se inclina hacia mí y, justo antes de que tome la foto, siento el ligero roce de sus labios en mi mejilla.

Presiono el botón, capturando el momento y, al ver la imagen en la pantalla, no puedo evitar pensar en lo natural que parece. Es como si fuera algo más que una simple pose.

Ella coge mi móvil para subir las fotos y, mientras lo hace, no puedo evitar observarla un poco más de lo necesario.

—¿Llevas más tatuajes en las manos? —pregunto, casi sin darme cuenta.

—No, solo este. —Intenta elevar la mano, moviendo todo el teléfono—. Tengo dos. El otro está…

—En la parte del costado, ¿no? —digo, antes de que termine su frase—. Te lo vi cuando te bañaste en mi casa.

Me lanza una mirada rápida y, por un momento, parece sorprendida de que lo haya notado.

—Sí, exacto —indica con un tono más bajo. Es como si también lo recordara.

En el instante en el que el ambiente entre nosotros empieza a relajarse, escucho el sonido del teléfono de Amber vibrando en su bolso. Ella lo saca y me muestra el nombre que aparece en la pantalla. Es Asher.

No me parece extraño que la llame, ya que, por cómo es Asher, intuyo que se ha activado las notificaciones, tanto de mi cuenta como de la de su hermana, para cada publicación. Así que estoy seguro de que sabe que estamos juntos.

Amber se levanta y se distancia un par de metros de mí. Al rato, mi agente se me acerca.

—Henry —me dice en voz baja, captando mi atención—, después del partido, tenemos que hablar sobre los eventos que quedan en la agenda.

Asiento, aunque mi mente sigue dividida entre la conversación que Amber está teniendo y las palabras de Tony.

La llamada de Asher solo añade más peso a la situación y, aunque intento enfocarme en lo que Tony está diciendo, no puedo evitar que mi atención siga volviendo a Amber, ahora a unos metros de distancia, con su teléfono pegado a la oreja.

Capítulo 35

El descanso: Pausa necesaria para retomar la ilusión.

Amber

El bullicio del vestuario es una mezcla de risas, voces emocionadas y el sonido de los *flashes* de las cámaras. Los niños y niñas, todavía llenos de energía a pesar del partido, se agrupan a nuestro alrededor, esperando su turno para una foto o un autógrafo. La emoción en sus ojos es contagiosa, y me encuentro sonriendo más de lo que había previsto.

En un momento, uno de los fotógrafos sugiere que nos tomemos una foto con un grupo de niños, justo en medio del vestuario. Henry se inclina hacia mí, bromeando sobre lo caótico que se ha vuelto el día y, sin pensarlo demasiado, paso un brazo por su espalda para la foto.

Justo cuando las cámaras dejan de parpadear, uno de los niños se acerca de manera tímida, sosteniendo una pequeña camiseta en la que ya se ven varias firmas. Sus ojos brillan con una mezcla de timidez y emoción, y me mira como si estuviera a punto de pedir un favor que no se atreve a formular en voz alta.

—¿Podéis firmarla los dos?

Henry y yo compartimos una mirada rápida antes de asentir.

Ambos nos agachamos para firmar juntos la camiseta.

Mientras lo hacemos, siento una mezcla de emociones que no esperaba. Algo ha cambiado, algo que no puedo ignorar.

—Gracias —dice el niño con una sonrisa tan amplia que me duele de lo dulce que es.

—De nada, campeón —responde Henry.

El niño se aleja, sosteniendo su camiseta como si fuera un trofeo.

Al ver que se une a sus amigos, algo en mi pecho se aprieta. Hay una magia inexplicable en cómo los niños ven el mundo, tan puro y lleno de posibilidades. Es un contraste abrumador con mi propia vida, donde cada paso parece calculado. Me pregunto en qué momento perdí esa pureza, esa capacidad de soñar sin límites. Quizás fue cuando entendí que el mundo no siempre premia el esfuerzo, que a veces no importa cuánto trabajes, porque siempre

habrá quien dude de ti, quien minimice tus logros.

Henry se endereza junto a mí, observando al grupo con una ligera sonrisa en el rostro.

—¿Siempre te emocionas tanto con estas cosas?

—¿Y tú no? —respondo, arqueando una ceja—. No me digas que no disfrutas de esto.

Él se encoge de hombros, desviando la mirada hacia los niños.

—No es que no lo disfrute —admite—, pero a veces me pregunto si todo esto es suficiente para ellos. Nos ven como héroes, y no sé si cumplimos con ese estándar.

—Creo que no se trata de ser perfectos. Es más sobre mostrarles que pueden ser como nosotros, porque todo es posible si trabajan por ello.

—Tal vez tengas razón —afirma con una pequeña sonrisa que apenas roza sus labios.

Nos llaman para la foto final con todo el grupo.

Me muevo automáticamente hacia el centro, dejando que el organizador nos acomode como piezas en un tablero.

El ruido de los niños sube de volumen mientras el fotógrafo da instrucciones para la imagen. Una niña pequeña, que no parece tener más de cinco años, se cuela entre nosotros. Se aferra a la pierna de Henry con una sonrisa tímida, pero deslumbrante. Él la mira sorprendido, al principio, pero luego le devuelve el gesto, levantándola con cuidado para que pueda estar en la foto. No sé por qué, pero ver eso hace que algo en mi interior se suavice.

El clic de la cámara nos devuelve al presente y, con un aplauso final, el evento comienza a darse por finalizado. Los niños empiezan a dispersarse.

—Creo que hemos terminado aquí —anuncia uno de los organizadores, acercándose con una sonrisa—. Muchas gracias por vuestra paciencia y tiempo. Ha sido increíble teneros.

Asiento con una sonrisa educada, agradeciendo sus palabras, aunque mi mente ya está lejos, procesando la intensidad del día.

Henry murmura algo que no alcanzo a escuchar del todo.

Mientras ambos se alejan, aprovecho para dejar que el peso de las horas pasadas se asiente en mis hombros.

Los niños, ahora con menos energía, van saliendo del vestuario en grupos pequeños. Algunos todavía abrazan sus balones firmados, y otros enseñan orgullosos las fotos en las pantallas de los móviles de sus padres. Hay algo profundamente conmovedor en esta escena; una sencillez que me hace añorar momentos menos complicados.

Miro a Henry, que aún permanece de pie cerca de la puerta, con las manos en los bolsillos y una expresión tranquila en el rostro. No parece tener prisa por irse. Sus ojos se pierden de manera breve en el grupo de niños que se despiden con efusividad y, por un segundo, me pregunto si está pensando lo mismo que yo: en lo pequeños que éramos cuando el fútbol era solo un sueño, una pasión sencilla, y no una responsabilidad envuelta en expectativas.

El representante de Harrington se acerca para comunicarme que ya tenemos preparado el taxi que nos llevará al hotel. Luego, se desplaza hasta donde está él, y nuestras miradas se encuentran.

Henry asiente mientras sus pasos se acercan a mí.

Ambos salimos del vestuario con su representante, dejando atrás el bullicio.

Tal y como nos había dicho, el taxi nos espera.

Cuando había escuchado la palabra taxi, me había imaginado el típico coche amarillo o blanco. Vamos, lo que se entiende por ese servicio. En cambio, veo un coche negro, con ventanas tipo lámina de espejo, que impide que seamos vistos desde fuera.

Una vez dentro, el vehículo se pone en marcha con un ligero chirrido de las ruedas sobre el asfalto, y, durante los primeros minutos, el único sonido es el suave zumbido del motor.

—¿Alguna vez te cansas de esto? —pregunto, rompiendo el silencio.

—¿De qué exactamente?

—De ser observado. De estar siempre bajo el escrutinio de todos, como si no pudieras permitirte un solo error.

Él se queda pensativo un momento, mirando por la ventana.

—A veces —admite finalmente—. Pero luego pienso en lo que tenía antes de todo esto y… Bueno, sería un imbécil si me quejara demasiado.

Asiento, comprendiendo perfectamente lo que quiere decir. No es

fácil ser agradecido cuando el peso de todo parece caer sobre ti, pero a veces recordar de dónde vienes es suficiente para seguir adelante.

Capítulo 36

Tarjeta amarilla: Una advertencia. Una señal de que estás al borde de perder el control.

Henry

El evento de esta noche tiene un aire más relajado que las típicas galas a las que suelo asistir. Es una mezcla de celebración y recaudación de fondos, con diversas actividades deportivas, subastas silenciosas y, por supuesto, la oportunidad de socializar con otras personalidades del mundo del deporte. Se supone que Amber y yo deberíamos estar aquí juntos como futbolistas y representando a Football For All.

Mientras paseo por el área principal, con decoraciones deportivas y un ambiente más festivo, empiezo a notar que la ausencia de Amber es cada vez más evidente. Lo cual me extraña, ya que el último mensaje que intercambiamos fue un «Nos vemos», por su parte.

Me acerco a la mesa donde Tony conversa con algunos patrocinadores, pero antes de que pueda preguntarle nada, él me hace una señal.

—Henry, Amber no ha llegado —me dice en voz baja. Sus palabras confirman mis peores sospechas—. Parece que no va a venir.

Siento una punzada de preocupación, pero trato de mantener la calma mientras miro alrededor, como si Amber pudiera aparecer en cualquier momento. Solo ha pasado un par de días desde que nos vimos en el campus infantil.

Mi mirada recorre el salón buscando a Asher. Mis ojos escanean a cada una de las personas, buscándolo. Finalmente, lo encuentro al otro lado de la sala, charlando con un par de compañeros de equipo. Sin perder tiempo, me dirijo hacia él.

A medida que me acerco, Asher levanta la vista y nota mi presencia. La sonrisa que tenía en su rostro se desvanece de manera ligera cuando ve mi expresión.

—¿Dónde está Amber?

—¿Y lo tengo que saber porque…? —responde, con un tono de sarcasmo que no esperaba.

—Eres su hermano —replico, intentando mantener la calma, aunque la frustración empieza a filtrarse en mis palabras.

—Eso no implica que estemos veinticuatro horas hablando —dice, con un aire de indiferencia que solo aumenta mi preocupación.

La conversación se queda en el aire por un momento y, aunque intento no mostrarlo, mi mente ya está pensando en todas las razones por las que Amber no está aquí.

Saco el móvil del bolsillo y busco su nombre en la agenda. La llamada suena un par de veces, pero no hay respuesta. Frunzo el ceño y lo intento de nuevo, pero el resultado es el mismo: nada.

—¿Cuándo ha sido la última vez que te ha contestado o hablado?

—Antes de ayer —responde, cruzándose de brazos.

Antes de que pueda responder, veo a Mark aparecer en nuestra dirección. Su expresión cambia al notar la tensión en el aire.

—¿Por qué tenéis cara de perro? —pregunta, mirándonos a ambos.

Asher suelta un suspiro y señala en mi dirección.

—Pregúntale al delantero —señala con un tono sarcástico—. Parece que tiene algún tipo de locura con mi hermana.

Mark dirige su atención hacia mí, esperando una explicación. Suspiro, intentando mantener la calma mientras guardo el teléfono en el bolsillo.

—Es solo que… —empiezo, buscando las palabras adecuadas—. Me parece raro, ¿vale? Amber siempre viene a todo. Tenemos un contrato firmado y me envió un mensaje diciendo que nos veíamos aquí.

—Voy a hablar con nuestro representante —aclara su hermano mientras se aleja un poco.

—¿Estás bien? —pregunta Mark, aprovechando que nos hemos quedado solos—. Quiero decir, sé que es raro que Amber no esté aquí, pero igual se retrasa o algo. No pasa nada.

Frunzo el ceño, todavía preocupado, y no puedo evitar pensar en cómo de inusual es esta situación.

—Pero… Bueno, no pasa nada si te preocupa un poco más de lo normal. A lo mejor… te importa más de lo que crees —lo comenta con un tono ligero, como si lo dejara caer sin darle demasiada importancia.

Lo miro, negando con la cabeza, firme en mi postura.

—No es eso, Mark. Es solo que algo no cuadra —insisto, todavía

aferrado a la idea de que mi preocupación es puramente profesional.

—Como digas —indica, sin dejar de observarme con esa mirada que me hace sentir que no me cree del todo.

Antes de que pueda decir algo más, Asher vuelve a aparecer en mi campo de visión. Se acerca con el ceño fruncido, moviendo la cabeza en señal de desaprobación.

—John no sabe nada —informa y su voz está cargada de frustración—. También la ha llamado y no le ha cogido el teléfono.

Mi preocupación se intensifica al escuchar eso.

La idea de que Amber esté incomunicada, que ni siquiera su representante sepa dónde está, hace que todas mis alarmas internas se disparen.

Miro a Asher, esperando que tenga alguna idea de qué hacer, pero su expresión refleja la misma incertidumbre que siento yo.

—Voy a ir a su casa —anuncio de repente, decidido a no quedarme de brazos cruzados.

Asher me mira como si hubiera perdido la cabeza.

—¿De qué hablas? —exclama—. Ya te había dicho yo que tenía una fase de locura o algo —afirma hacia Mark.

—Con sinceridad, prefiero que vaya a buscarla a que se quede aquí dando vueltas como un león enjaulado.

Las palabras de Mark parecen cerrar la discusión, y, aunque noto el suspiro resignado de Asher, no intenta detenerme. Mi decisión está tomada, y cada segundo que paso aquí sin saber qué ha pasado con Amber solo aumenta mi nerviosismo.

Empiezo a caminar hacia la salida del evento, sintiendo las miradas de ambos en mi espalda, pero no me detengo.

Mi mente empieza a correr con diferentes posibilidades. Algunas son racionales, pero otras… menos. Amber es responsable, siempre lo ha sido, y su ausencia en un evento así, sin avisar a nadie, no tiene sentido. No me gusta sentirme así de impotente, pero, hasta que llegue a su casa, esa es la única sensación que puedo describir.

Capítulo 37

El banquillo: El lugar donde esperas tu turno, observando el juego con la esperanza de entrar y hacer la diferencia.

Henry

Salgo del coche y me acerco a la puerta. Golpeo con firmeza, esperando escuchar sus pasos apresurados desde el otro lado, pero lo único que recibo es un silencio que se siente demasiado denso. Frunzo el ceño y golpeo de nuevo, más fuerte esta vez, casi exigiendo una respuesta.

—Amber, soy yo. ¿Estás ahí? —Mi voz suena más alta de lo que pretendía, casi desesperada.

Nada. Ni un sonido. Mi mente empieza a correr, llenándose de posibilidades que no me gustan ni un poco. Doy un paso atrás, mi mirada recorre la casa, buscando cualquier señal de movimiento, algo que me indique que todo está bien. Pero el silencio sigue siendo la única respuesta.

Justo cuando estoy a punto de darme por vencido y considerar otras opciones, me parece escuchar un murmullo. Es un sonido débil que proviene del interior. Mis sentidos se agudizan, y la preocupación da paso a una nueva ola de adrenalina.

—¿Están robando? ¿Qué coño está pasando? —mascullo, con los nervios a flor de piel.

Me acerco de nuevo a la puerta, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho.

Entonces, antes de que pueda decidir qué hacer, la puerta se abre de manera lenta.

Parpadeo, sorprendido, y lo primero que veo es a Amber, apoyada en el marco, con una camiseta larga que apenas le llega a las rodillas y el pelo recogido en un moño desordenado.

Lo que más me preocupa es la palidez de su rostro y la forma en que sus ojos apenas logran enfocarme.

—¿Henry? —Su voz suena débil, como si estuviera luchando por mantenerse consciente.

—¿Estás bien? —pregunto, aunque la respuesta es evidente.

Ella niega con la cabeza. Es un gesto pequeño que parece requerir

más energía de la que debería.

—No, creo que he cogido un virus o algo… —murmura con voz rasposa y cansada—. No sé, supongo que alguna niña me lo pegaría… —Se lleva una mano a la frente, cerrando los ojos—. Voy a por un trapo mojado —indica, girándose con pasos tambaleantes hacia el interior de la casa.

Sin dudarlo, paso el umbral y cierro la puerta tras de mí.

La urgencia de ayudarla supera cualquier otra preocupación.

La sigo mientras se dirige hacia la cocina. La veo abrir el grifo y mojar un trapo en el fregadero. Parece que incluso le cuesta mantenerse en pie.

—Déjame a mí, anda —le digo, acercándome para tomar el trapo de sus manos.

—¿Qué tal el evento? —Su voz es apenas un susurro.

—Bien, bien… No te preocupes por eso —respondo con rapidez, intentando restarle importancia al acto, sabiendo que su salud es lo único que importa ahora.

Ella parpadea, como si tratara de ordenar sus pensamientos, y luego frunce el ceño con ligereza.

—Pero… ¿Qué hora es? —pregunta, con la voz aún más débil—. ¿Es tan tarde que ya ha acabado?

—No ha acabado, pero está todo bien —le aclaro.

Ella asiente, pero su cuerpo cede al cansancio.

La sostengo por el brazo, guiándola hacia el sofá de la sala. Sus pasos son lentos y vacilantes, y me aseguro de estar cerca por si necesita apoyo.

—Vamos, recuéstate aquí —le indico mientras la ayudo a tumbarse en el sofá.

Amber se deja caer con un suspiro de alivio, visiblemente agotada.

Miro alrededor y tomo una silla cercana, colocándola al final del sofá. Con cuidado, levanto sus pies y los apoyo sobre la silla, pero me doy cuenta de que necesita algo más cómodo, así que busco un cojín y lo pongo bajo sus piernas, elevándolas.

—No deberías estar aquí… Tú deberías de… —empieza a decir, con la voz aún débil y entrecortada.

Me siento a su lado y sacudo la cabeza, sonriendo.

—Prescott, ni mala puedes dejar de dar indicaciones.

Ella intenta sonreír, pero el esfuerzo parece demasiado. La veo cerrar los ojos. El silencio se instala entre nosotros, solo roto por el sonido suave de su respiración.

De repente, sin abrir los ojos, susurra con la voz entrecortada por el cansancio y la fiebre.

—No eres mal tío, ¿sabes?

La miro, sorprendido por el comentario, pero sé que el cansancio y la fiebre la afectan, haciéndola decir lo que realmente piensa sin las habituales barreras.

No comento nada y dejo que siga hablando, si quiere, mientras su respiración se va haciendo cada vez más pausada.

—En serio… —continúa con la voz cada vez más suave—. Estás muy guapo con ese traje y…

Sus palabras se desvanecen un poco y pienso que se ha quedado dormida, pero entonces su voz vuelve, más baja, más íntima.

—Ese beso… —balbucea entre sueños—. No estuvo nada mal… De hecho, fue bastante bueno…

—¿Eso es que quieres repetir? —pregunto en tono suave, medio en broma, medio en serio, aunque no estoy seguro de si me escucha o si habla en sueños.

Ella no responde y, por un momento, pienso que finalmente se ha quedado dormida, pero una ligera sonrisa se asoma en sus labios, como si, incluso en su estado febril, pudiera captar la ironía de la situación.

No sé si lo dice en serio o si es solo el delirio de la fiebre, pero me quedo en silencio, observándola, mientras su respiración se vuelve más tranquila y profunda.

Una vez que estoy seguro de que se ha quedado dormida, me levanto con cuidado para no despertarla y saco mi teléfono. Abro la conversación con Asher y empiezo a escribir un mensaje rápido, tratando de no sonar demasiado alarmante.

Henry:

Amber está enferma, pero todo bajo control.

Ya se ha dormido.

Después de enviar el mensaje, guardo el teléfono en mi bolsillo y me vuelvo hacia Amber. La observo por un momento, asegurándome de que sigue descansando. La veo tan vulnerable en el sofá, que no puedo evitar sentir la necesidad de quedarme cerca por si necesita algo.

Me quito los zapatos, sintiendo el frío del suelo bajo mis pies, mientras trato de hacer el menor ruido posible. Luego, deslizo la chaqueta de mis hombros y la dejo sobre el respaldo de una silla cercana. El calor de la casa y la tensión del día me hacen desabrochar la camisa, dejando que el aire fresco acaricie mi piel.

Finalmente, me tumbo en el sofá, a su lado, dejando que mi cuerpo se relaje. El sonido de su respiración suave es lo último que escucho antes de que el sueño también me venza.

Capítulo 38

El saque en corto: Cuando lo importante no es la distancia, sino la precisión. No siempre se necesita un gran movimiento para avanzar

Amber

Me despierto de forma lenta, con la cabeza pesada y el cuerpo adolorido, como si hubiera corrido una maratón.

Al principio, no estoy segura de dónde me encuentro; mi mente está envuelta en una neblina que dificulta separar lo real de lo que podría haber sido solo un sueño. Lo primero que noto es el calor, una calidez que no proviene solo de la manta que me cubre, sino de algo más cercano, algo firme y constante.

Abro los ojos con esfuerzo y lo primero que veo es una tela oscura, suave al tacto, justo frente a mi rostro. Me doy cuenta de que estoy apoyada en el pecho de alguien. El corazón me golpea las costillas mientras mi cerebro, aún en huelga, trata de encajar las piezas de la noche anterior.

Parpadeo, tratando de aclarar mis pensamientos. Recuerdo fragmentos de la noche anterior, o al menos creo que lo son. Henry, aquí, en mi casa… Su mano en mi frente, su voz calmándome… Pero todo está confuso.

Levanto la vista y lo veo, aún dormido. Su brazo descansa alrededor de mí, como si me hubiera estado protegiendo durante la noche.

Recuerdo haber dicho cosas, palabras que ahora me parecen extrañas, como si no pudiera estar segura de si las había pronunciado de verdad o si solo habían sido un producto de mi fiebre.

La cercanía de Henry, el calor de su cuerpo contra el mío es reconfortante, pero también me hace sentir una mezcla de emociones que no sé cómo manejar. ¿Por qué está aquí, cuidándome? ¿Y por qué me siento tan segura con él, cuando debería estar más confundida que nunca?

Mientras sigo procesando la situación, noto un ligero cambio en la respiración de Henry. Me separo con lentitud de su pecho, tratando de no hacer demasiado ruido.

—¿Estás despierto? —murmuro.

Henry abre los ojos con lentitud y deja escapar un suspiro pesado.

—Me duele cada músculo del cuello —responde con una media sonrisa—. ¿Por qué tienes un sofá tan incómodo?

Henry se estira con un largo suspiro y, en ese movimiento, ambos nos separamos, rompiendo el contacto que habíamos mantenido durante la noche. Se levanta de manera lenta del sofá y, mientras lo hace, comienza a abrocharse la camisa que había dejado parcialmente desabrochada.

No puedo evitar que mis ojos se deslicen por su torso mientras lo hace. El contraste entre su piel y la tela blanca de la camisa, que se ajusta sobre su cuerpo, crea una imagen que me resulta difícil ignorar.

Sin embargo, me obligo a apartar la mirada, concentrándome en cualquier otra cosa mientras él termina de vestirse.

—¿Te encuentras mejor ya? —me pregunta, con una nota de genuina preocupación en su voz, mientras ajusta los últimos botones de su camisa.

—Sí, sí —logro articular.

—¿Sabes, Prescott? —pregunta, mientras se dirige hacia la cocina —, eres bastante terca, incluso cuando estás enferma.

Sus palabras sobre mi terquedad me hacen sonreír, pero también me hacen pensar. ¿De verdad he sido tan difícil incluso estando enferma? Intento recordar la noche anterior, pero la mayoría de las partes están borrosas. Apenas puedo distinguir entre lo que realmente ocurrió y lo que tal vez imaginé con mi fiebre.

—La verdad es que no recuerdo casi nada de lo que dije —admito, mientras me esfuerzo por reconstruir las piezas en mi mente—. ¿Hablamos mucho rato?

Henry se gira desde la cocina, con una sonrisa que parece tranquilizadora.

—No, no hablamos mucho rato. Además, todo lo que decías parecía tener sentido.

Aunque su respuesta parece consoladora, no termina de convencerme. Algo en su tono o en la forma en que lo dice me hace sospechar que no me cuenta todo.

—Voy a coger un plátano para desayunar. ¿Quieres algo? —pregunta con naturalidad, como si el hecho de estar en mi cocina fuera lo más normal del mundo.

—Me haré tostadas.

Henry asiente mientras termina de pelar el plátano y le da un mordisco.

—Voy a irme, entonces —dice, masticando—. Quiero ducharme y ponerme ropa limpia. Si necesitas algo, avísame por teléfono, ¿vale?

Lo observo mientras se dirige hacia la puerta y, aunque parece relajado, hay algo en su tono que suena casi… protector.

—Gracias, Henry —indico, viendo cómo me lanza una última sonrisa antes de salir.

El sonido de la puerta cerrándose resuena en el silencio que queda, y, tan pronto como se va, me dirijo a mi teléfono. Lo enciendo y veo varias llamadas perdidas: de mi agente, de Asher, y también de Henry.

Sin pensarlo demasiado, abro el grupo de chat que tengo con Alex y Sam, y comienzo a escribir un mensaje rápido.

Amber:

Chicas, ayer estuve fatal.

Estuve tan mal, que he pasado la noche con Henry.

Casi de inmediato, veo los tres puntos que indican que Sam está escribiendo una respuesta.

Sam:

¿Con Henry? ¿¿Haciendo qué??

La pregunta me hace reír, pero también envía a mi mente a un lugar al que no debería ir. Me imagino a Henry quitándose la camiseta, y yo de pie en ropa interior, sintiendo el calor de su cuerpo, acercándose al mío.

Un escalofrío recorre mi cuerpo y, de golpe, me obligo a sacudir esos pensamientos de mi cabeza.

No puedo volver a pensar así. Todo esto es una mentira, un acuerdo que ambos decidimos aceptar para mantener las apariencias. Nada de esto es real, me repito una y otra vez, como si, al hacerlo, pudiera borrar las imágenes de mi cabeza.

Amber:

¿Dormir? Además, cada uno en su habitación.

Miento, porque sé que si les digo que ambos estuvimos en el mismo sofá y que mi cara estaba en su pecho, van a sacar conclusiones precipitadas.

Sam:

Creo que me he perdido un capítulo.

¿Por qué dormisteis en la misma casa?

Amber:

Estaba enferma y vino a verme.

Intento mantener la explicación lo más simple posible, esperando que no indaguen más, aunque sé que eso es pedir demasiado. El hecho de que Henry haya venido a verme, cuando estaba enferma, ya es suficiente para que Sam y Alex empiecen a hacer teorías, pero no quiero darles más material del necesario.

Sam:

El delantero de los Galácticos ha pasado la noche contigo y no ha hecho nada…

No me lo creo.

Alex:

Imposible.

Sus respuestas aparecen en la pantalla y no puedo evitar rodar los ojos. Sabía que reaccionarían así, pero tampoco puedo culparlas; la situación es demasiado extraña.

Amber:

Podéis preguntarle a él mismo.

Se os está llenando la cabeza de pajaritos, chicas.

Os recuerdo que estamos fingiendo.

Escribo esas palabras no solo para ellas, sino también para mí misma. Necesito recordarme constantemente que todo esto es una farsa. Lo que ha pasado, y lo que siento cuando estoy cerca de Henry, no debería significar nada.

Capítulo 39

El marcaje férreo: Estar siempre cerca, impidiendo cualquier avance.

Henry

El humo de la barbacoa se alza en el aire, mezclándose con las risas y el bullicio de mis compañeros de equipo.

Mark está al mando de la parrilla, con una sonrisa satisfecha, mientras gira hamburguesas y costillas. A su lado, Jack está haciendo algún tipo de apuesta ridícula sobre quién podrá comer más carne en menos tiempo.

El ambiente está relajado, más de lo que ha estado en semanas. Todos parecen haberse quitado un peso de encima, al menos por hoy.

—¿Estás seguro de que no vas a quemar la carne? —pregunta Jack, mirando al defensa del equipo.

—Por favor, si de algo sé, es de hacer una buena barbacoa —responde Mark, con la misma confianza de siempre, agitando las pinzas en el aire como si fueran una extensión de su mano.

—Ahora mismo parece Eduardo Manostijeras —bromeo.

—No te emociones demasiado con esas pinzas o nos quedamos sin cena —añade Rafa, que suele sustituir a Asher.

Mark suelta una carcajada, sin dejar de mover las hamburguesas.

—Si alguien se queda sin comer, es porque no tenéis paciencia. La perfección toma tiempo, chavales —responde, girando las costillas con una habilidad que parece innata en él.

La verdad es que la escena parece sacada de uno de esos anuncios de verano: risas, comida a la parrilla y todos disfrutando de una tarde sin la presión de los entrenamientos o los partidos. Sin embargo, el tema de conversación pronto se deriva a ligues. Me mantengo callado porque tengo poco que decir y el motivo principal es el contrato que firmé.

—Es todo más fácil, ¿o no?

—Buah, deberías haber visto…

Mis oídos paran de escuchar. Me interesa poco con quién se hayan acostado, su última relación sexual o lo que estén a punto de soltar por esa boca. Mi capacidad auditiva vuelve a conectar cuando

escucho un nombre.

—Es que Amber…

—¿Qué? —pregunto de repente.

—Nada, solo estamos hablando de chicas inaccesibles —comenta un compañero.

—Mi hermana está vetada para todos vosotros, chavales —dice Asher, guiñando un ojo.

—Parece que Henry se ha saltado esa norma —bromea Jack.

Si las miradas matasen, ahora mismo estaría mutilado, porque conforme Jack ha hecho esa broma, Asher se ha girado hacia mí de manera intimidante.

—Yo… Lo que creo… —intento hilar una frase en mi cabeza—… es que Amber puede elegir con quién estar. Es libre, ¿no?

—Ah, ¿sí? —cuestiona su hermano—. Entonces, si en algún momento cortáis —trago saliva—, ¿no tendrías problema con que saliera, no sé… con algún compañero?

No sé qué narices contestar a eso, porque no sería un problema. Sería un problemón. No me imagino a Amber estando con alguno de mis compañeros de equipo. No me imagino que hablen de ella en estas típicas reuniones como un objeto. No me imagino…

—No vamos a cortar. —Intento esquivar la respuesta que quiere escuchar Asher, porque sería darle la razón.

—Bueno, bueno… Eso es porque todavía no ha probado esto de aquí —comenta Jack, elevándose un poco la camiseta por abajo.

Asher resopla y yo ruedo los ojos.

—Quizás debería de…

Antes de que esa voz masculina continúe, digo:

—Vosotros lo habéis querido. —Miro a su hermano—. Tenéis prohibido estar con Amber, aunque cortemos. —Escucho algunas risas—. Estoy hablando en serio —hago hincapié en la última palabra y las sonrisas se desvanecen.

—¿Ahora me entiendes? —me susurra Asher.

No asiento, ni digo nada. Simplemente, me quedo mirando la cara de mi amigo Mark, porque hasta él mismo se ha asombrado de escuchar esas palabras de mi boca. Si Amber se entera de esto, sé que soy hombre muerto.

—¿Mañana irá a la gala? —pregunta Robert, lateral del equipo.

—Eso, ¿no estás nervioso, tío? —interpela Ramírez.

Para empezar, es un tema que ni siquiera hemos hablado. Desde que fui a su casa, han pasado un par de días y, en ese tiempo, no hemos intercambiado ninguna palabra.

—Si digo que no estoy nervioso, ¿vas a creerme?

—Por supuesto que no —responde Ramírez, riéndose.

A lo largo de la temporada suelen nominar a diferentes futbolistas, dividiéndolos en categorías. En mi caso, estoy nominado como mejor jugador joven de la temporada. Mañana voy a cumplir uno de esos sueños que siempre se te pasan por la cabeza, de esos que crees imposibles. Por aquel entonces, imaginaba ir a la gala del brazo de mi madre. Por desgracia, sé que eso no va a ocurrir. Ya tengo asumido que esta no quiere ser el centro de los focos y que desea pasar lo más desapercibida posible, por lo que esa opción queda descartada.

—Nuestro pollito nominado y con papeletas de llevarse el trofeo —después de decirlo, Jack se acerca a mí y golpea mi hombro.

—¿Cuándo tenga cuarenta años, seguirás llamándome pollito?

—Siempre vas a ser más pequeño que yo, Harrington —señala y, antes de que me dé cuenta, me atrapa la cabeza con rapidez y me la lleva bajo su axila como si fuera una especie de llave.

Libero uno de mis brazos y consigo atrapar su mano, girándola de manera brusca.

—Comportaros mañana, por favor —comenta Asher con un tono entre exasperado y divertido, mientras nos observa pelear como si fuéramos un par de niños grandes.

Mientras trato de zafarme, no puedo evitar que un pensamiento se cuele en mi mente. Mañana será un gran día, pero no sé si estoy listo para vivirlo. No es solo por la gala o la posibilidad de ganar el premio, sino por lo que significa. Toda la atención, las miradas, las expectativas… Por más que intente no darle vueltas, sé que este tipo de momentos no se olvidan, para bien o para mal.

Capítulo 40

TIEMPO AÑADIDO: ES EL TIEMPO EXTRA DONDE CADA SEGUNDO CUENTA.

Amber

Cuando admiras a alguien, y más si esa persona es famosa, tiendes a pensar que su vida y la tuya no se parecen en nada. No obstante, si te paras a meditarlo: todos hacemos lo mismo, independientemente del dinero que cada persona tenga y su rango social. Todos nos duchamos, compramos, nos cepillamos los dientes… Me gusta pensar que esa otra persona estaría una tarde entera en el sofá, como yo, ahora mismo.

—Son tan adorables, tía.

—Creo que si pudiese vivir en una serie, sería esta.

Desde que se emitió *Heartstopper*, es tradición ver los nuevos episodios con Alex y Sam.

—¡Y mira los pájaros! —comenta Sam, muriéndose de amor—. La química que tienen… ¿Esto es normal, chicas?

—Esa química es porque son actores, tía. En la vida real, no pasa eso.

Tras decir eso, noto la presión de sus miradas en mí.

—¿Qué? —Miro primero a Alex y luego a Sam.

—Vale, para la serie ahora mismo —comenta Sam mientras hace gestos con la mano indicándole que le dé a la pausa.

—No puedes haber dicho eso en serio.

—¿Por? Es cierto. Eso igual dura unos segundos, minutos o, como mucho, semanas. Esa química se va.

—Tú llevas semanas fingiendo —afirma Alex.

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Que la química no se ha ido.

Suspiro y me paso una mano por el pelo, intentando encontrar una salida.

Henry y yo no tenemos química. No de verdad.

—Entre él y yo no había nada. —Observo la televisión, para no cruzarme con sus miradas—. Ahora lo veo atractivo, sí. Pero ya está. Somos como unos actores, ¿me entendéis?

—Sí, sí… Claro —ironiza Sam, mientras me da un codazo.

—¿Mañana irás?

—¡Por Dios! —Suspiro, porque parece que no exista nada más que no sea Henry —. ¿Dónde? ¿A la gala?

—No, a su casa. —Mi amiga vuelve a ser irónica.

—Tengo más de cinco mensajes de John sin leer y, por ahora, no le voy a contestar.

—¿Por? Es capaz de presentarse en tu casa, ¿eh?

—Deberías ir. —Por el tono de voz de Alex, parece una advertencia, más que un consejo.

—No se me ha perdido nada ahí.

—Quizás se te ha olvidado, pero es tu novio falso, ¿te acuerdas? —Sam refunfuña—. Vas a quedar como una mala novia delante de todas las personas y después de ese vídeo…

—La gente ya ha olvidado el vídeo —digo, queriendo pensar que pasó al olvido.

—Vino cuando estuviste mala, te defendió delante de personas que ni siquiera conocía en redes sociales, y este día, que es importante para él, no vas a ir.

—Sam, ¿se te ha olvidado que es todo una mentira? —Me giro hacia ella.

—Un 4-2-0, Sam —suelta Alex.

¿Un qué? No tengo ni idea de qué está hablando.

Miro a ambos lados con confusión, tratando de entender si se refieren a un sistema de juego o es un término que me he perdido en medio de esta conversación. Es entonces cuando veo que Alex agarra su teléfono y se lo pasa a Sam.

—¿En serio? —Resoplo, sabiendo que he perdido.

—¿Qué prefieres? ¿Contesto a John o le envío un mensaje a Henry?

—¿Ninguna de las dos? Además, sé que, responda lo que responda, vais a hacer lo que os dé la gana.

—Cierto —indica Sam, mientras la veo navegar por mi teléfono.

Suspiro, sabiendo que he perdido la batalla antes siquiera de que comenzara. Mi amiga no iba a dejar que me escapara con facilidad, y Alex siempre es cómplice de sus planes. Así que esta encerrona no me sorprende para nada.

—Ya está —dice, pasándome el teléfono con esa sonrisita de

satisfacción.

La miro con recelo y luego bajo la vista a la pantalla, temiendo lo peor.

El chat con Henry está abierto y ahí, en letras claras, está lo que Sam ha escrito.

Amber:

> Mañana, sobre las 18:00, estaré en tu casa para la gala.
>
> Me cambiaré allí.
>
> Mucha suerte.
>
> Besos.

«¿Besos? ¿Desde cuándo yo mando ese tipo de mensajes a Henry?».

—¿Besos, tía? —pregunto incrédula, mirándola.

Sam se encoge de hombros, divertida.

—Podría haber sido mucho peor —dice con una sonrisa maliciosa—. No te quejes, te he hecho un favor.

—Venga ya, Amber —añade Alex—. Es lo mínimo que puedes hacer después de ignorar a Henry durante días. Además, los «besos» son inocentes…, en comparación a lo que podríamos haber puesto.

—Sé sincera contigo misma, tía, ¿hace cuánto que no sientes esa atracción por alguien?

Mis relaciones anteriores… Bueno, ¿qué decir? Entre los entrenamientos, las competiciones y la presión de mantener una imagen pública como futbolista, nunca había habido demasiado espacio para nada más. Tuve un par de intentos, y no como cree Henry, porque no existe ningún exfutbolista. Siempre me he alejado de ese mundo, porque supongo que, al ser el mismo que el mío, sé lo que hay.

Los que no están en este mundillo lo idealizan, pero la verdad es que la mayoría de las relaciones que he visto a mi alrededor han fracasado. Demasiado enfoque en la carrera y poco en la persona. Así que, me alejé de eso y busqué fuera, con gente normal, o al menos eso intenté. Lo irónico es que, aunque me alejaba de los futbolistas, tampoco me iba mucho mejor.

Con Daniel, por ejemplo, al principio pensé que la cosa iba bien. Él trabajaba como preparador físico en un gimnasio local, fuera de los focos. Era alguien que no tenía relación con mi entorno profesional.

Pero, con el tiempo, las diferencias empezaron a pesar.

Mientras yo vivía con la presión constante de las competiciones y las expectativas de un equipo que luchaba por hacerse un hueco en un deporte dominado por hombres, Daniel no lo entendía. No era el *glamour* o la fama lo que nos separaba, sino la incomprensión de lo que significaba estar siempre un paso por detrás, siempre teniendo que justificarme, y no solo por ser futbolista, sino por ser mujer en este mundo.

Después de Daniel, intenté de nuevo con Jorge. Era diseñador gráfico y me gustaba que estuviera completamente fuera de mi mundo. Pero, aunque fuera diferente, la realidad era la misma. Mis ausencias, las diferencias en nuestras rutinas y, sobre todo, el hecho de que el fútbol para él no era algo importante. Eso hacía que nuestras conversaciones se sintieran vacías.

—Siempre he estado demasiado ocupada como para realmente involucrarme con alguien —murmuro, intentando justificarme.

—Sé sincera, y te recuerdo que no estás enfrente de tus compañeras de equipo, que también. —Sam se ríe—. Si fuera otro contexto u otra circunstancia, ¿habrías tenido algo con Henry? ¿Te habrías fijado físicamente en él?

Aunque me muera de ganas por responder que no, sé que estaría mintiendo. Y, con esa negativa, tengo claro que tampoco engañaría a mis amigas.

—El problema es que es futbolista, ¿no? —pregunta Alex.

—¡Tía! Déjala que conteste.

—La verdad… —comienzo, sintiendo que tengo que ser honesta, aunque temo lo que mis palabras podrán desencadenar—, no es solo que sea futbolista. Atraerme alguien que vive en el mismo mundo que yo es complicado.

—Pero también es un chico normal, ¿no? —indica Sam, intentando hacerme ver las cosas desde otro ángulo—. Al final, no solo es un futbolista. También es una persona con sus propias inseguridades y problemas.

—¿Podemos continuar viendo *Heartstopper*, por favor? —Ambas asienten—. Gracias.

Capítulo 41

Finta: Un movimiento engañoso, diseñado para desorientar al rival y abrirse paso.

Henry

Me miro en el espejo, ajustando la corbata con un gesto de desdén. El traje azul marino resalta mis rasgos y crea un contraste llamativo con mi piel, que brilla bajo la luz de la habitación. Cada vez que me visto así, sé que atraigo miradas, y esta noche no será diferente. Me echo un rápido vistazo; la tela de alta calidad se adapta a mi figura como un guante y el ligero brillo del tejido refleja el esfuerzo que he puesto en mi imagen.

Al mirar mi reloj, un modelo de acero inoxidable, con una esfera negra y detalles dorados, me doy cuenta de que llevo más de hora y media arreglándome. Justo cuando estoy a punto de salir de la habitación, el timbre suena.

Con un último vistazo a mi reflejo, me dirijo hacia la puerta, sintiendo el pulso acelerado en mis venas. Bajo las escaleras. Cada paso resuena en el silencio de la casa. Me acerco a la puerta y miro por la cámara.

Ahí está ella.

Con un ligero toque de nerviosismo, abro la puerta y la dejo entrar, sintiendo que la atmósfera se vuelve electrizante.

—Me he maquillado ya, porque si no, no me daba tiempo.

Cuando nuestros ojos se encuentran, lo primero que me fijo es el delineado sutil que acentúa su mirada, lo largas que tiene las pestañas y esas sombras doradas que dan profundidad a sus ojos.

—¿Dónde puedo…? —pregunta, elevando una bolsa de prenda con su percha incluida.

—Te recuerdo que tienes una habitación. —Sonrío, sin realmente saber el motivo.

—¿Un finde aquí y ya tengo parte de esta casa? Si es así, voy a venir más a menudo, pero lo próximo que espero es la piscina. —Con esa broma, se marcha hacia la escalera.

La forma en que se mueve me hace sentir un cosquilleo de anticipación.

A mitad de camino, se detiene y se gira, apoyándose en el

pasamanos con una sonrisa cómplice.

—Por cierto, el traje te queda muy bien —indica, y su mirada recorre mi figura con aprobación.

—Amber Prescott, ¿está diciendo una verdad?

Ella presiona sus labios, como si le estuviera costando aceptar que estoy atractivo y que este traje me queda genial. Los labios, pintados de un tono *nude*, con matices rosados, contrastan con su cabello rubio, que cae alrededor de su rostro. Luego, con una sonrisa traviesa, continúa subiendo las escaleras, dejando que mi mirada la siga mientras se aleja.

Una vez que desaparece de mi vista, decido matar como sea el tiempo.

Me paseo por la casa, sin rumbo alguno, hasta que me detengo frente al espejo que tengo en el vestíbulo. Me hago varias fotos hasta quedarme con algunas que me gusten. En ese momento, entre las notificaciones que tengo en el teléfono sin abrir, aparece el nombre de mi madre.

Mamá:

Espero que disfrutes mucho de esta noche.

Yo estaré viéndote desde el sofá.

Te desearía lo mejor, pero sé que no te hace falta.

Estoy muy orgullosa de ti, cariño. Te quiero.

Una oleada de calidez me envuelve al leer sus palabras. La conexión que tengo con mi madre es difícil de explicar porque, por temas familiares, siempre hemos estado unidos. Además de que nunca se me va a olvidar todo lo que ha hecho por mí, y porque me ha dado la mejor vida que ha podido.

Sonrío, pensando en cómo se sentirá al verme esta noche y en lo mucho que me gustaría que estuviera aquí, en persona.

En ese momento, escucho el sonido de unos tacones resonando en la escalera.

Me giro y, al instante, mi aliento se corta. Amber aparece bajando y el vestido que lleva puesto me deja sin palabras. Es un vestido largo, de un color verde esmeralda, que realza su figura de manera

espectacular.

El brillo de su piel contrasta con el color del vestido y su cabello rubio está perfectamente peinado. La imagen es hipnotizante. Cada movimiento que hace parece cautivar el aire a su alrededor.

Cuanto más la observo, más ganas tengo de quitarle el vestido y explorar cada centímetro de su piel. Sin embargo, una voz en mi cabeza me recuerda que todo esto es una farsa y que estamos jugando un papel.

Pero eso no quita que esté preciosa.

—Vaya —murmuro, incapaz de contenerme ante su belleza.

—¿Vaya?

Su tono juega entre la sorpresa y la diversión, y me doy cuenta de que está disfrutando de la reacción que provoca en mí.

—Estás… impresionante. Aunque hay un pequeño problema.

—Sorpréndeme.

—Las cámaras van a ir hacia ti, en vez de a mí, ya sabes. Yo soy el nominado —bromeo para intentar reducir las ganas que tengo de besarla, aunque sea fingido.

Amber se ríe y el sonido me envuelve, aliviando un poco la carga de deseo que me aprieta el pecho.

—Si recibo el premio…

—¿Tocará besarnos? Lo sé —afirma, acercándose a donde estoy.

Me quedo hipnotizado por la confianza en su mirada y porque cada vez siento que está más cerca. ¿Me lo estoy imaginando? ¿Me estoy acercando yo sin darme cuenta? La idea de imaginarme ese beso, me hace desearlo con más intensidad.

—Vas a ganarlo, Henry.

—¿Tú eres la misma que no me aguantaba o es que tienes una hermana gemela amable?

En respuesta, me da un golpe suave con su bolso. Un gesto juguetón que me hace sonreír.

—¡Encima que estoy intentando calmarte!

—No estoy nervioso por el premio. Es otra cosa.

—¿El qué? —pregunta. Su tono inquisitivo hace que me sienta aún más expuesto.

«Eres tú, Amber».

La verdad se asoma en mi mente, pero, antes de que pueda dejarla escapar, una parte de mí, duda.

—Déjalo. —Carraspeo—. Me imagino que querrás ir en coche, ¿no?

La pregunta flota en el aire y, aunque el cambio de tema es evidente, hay un momento de silencio en el que nuestros ojos se mantienen conectados.

—Sí, claro. El coche —responde, mirándome con curiosidad, como si supiera que hay algo más tras mis palabras.

Amber se mueve un poco, ajustando el bolso en su hombro y ese pequeño gesto provoca un estremecimiento en mí.

—Supongo que deberíamos ir saliendo. —Le indico la salida con un gesto de la mano.

—Ya sé por dónde es.

—¿Qué, quieres conducir también? —le comento en tono burlón.

—No, porque llevo tacones —replica, con una sonrisa traviesa en su rostro.

Me echo a reír, imaginándola frente al volante de mi automóvil. Esa imagen no debería hacerme gracia, más que nada, porque nadie toca mis vehículos. Ni el coche ni la moto. Sin embargo, creo que a ella se los dejaría.

—Si algún día vas en deportivas y quieres, bueno, ya sabes…

—Te tomo la palabra.

Capítulo 42

JUEGO LIMPIO: CUANDO TODO PARECE JUSTO, PERO LAS EMOCIONES ENCUENTRAN FORMAS DE DESAFIAR LAS REGLAS.

Amber

Para sorpresa de nadie, estoy al lado de Asher. Pondría la mano en el fuego a que ha movido cielo y tierra para que ambos estuviéramos juntos. Tampoco es que me moleste, pero, cuando saca este lado tan protector, siento que la rabia se acumula dentro de mí. Y en parte, aunque no debería, me siento mal.

—Vas preciosa, hermanita. —Se inclina y me besa en la cabeza.

Asher lleva un traje gris claro que le sienta como un guante; realza su figura atlética. La tela, de calidad impecable, brilla sutilmente bajo las luces, y la corbata, de un tono más oscuro, acentúa la seriedad de su mirada.

—Tú no te quedas corto. —Ambos sonreímos.

—Creo que lo va a ganar —comenta con una sonrisa confiada, mirándome con esos ojos que siempre han sido mi refugio.

—Yo también.

Los nominados están en las primeras filas y el ambiente está cargado de expectación. Las cámaras parpadean, capturando cada gesto, cada sonrisa. Mientras observo a mi alrededor, me doy cuenta de que, aunque mi hermano esté a mi lado, no puedo escapar de la presión que se cierne sobre mí. Esa atención constante y la necesidad de sonreír ante las cámaras hacen que el aire se sienta denso.

En el fondo, me gustaría poder disfrutar del momento, pero la incertidumbre de los resultados y esta farsa pesa sobre mí.

Asher me da un suave empujón, como si sintiera mi inquietud, y su presencia me recuerda que no estoy sola en esto. Él cree en mí, pero, en este momento, la presión es abrumadora. Mis pensamientos se dispersan y, por un instante, me pierdo en la multitud. Algunos rostros me son familiares, otros son desconocidos, pero todos parecen estar disfrutando del espectáculo.

Cuando la música se detiene, todo el mundo se calla.

El presentador aparece en el centro del escenario con una sonrisa

perfecta. Demasiado ensayada, pero adecuada para el momento. La gala ha comenzado de manera oficial.

El presentador comienza a hablar, su voz resuena por el gran auditorio y, poco a poco, menciona los primeros premios. Los nombres de los nominados aparecen en la gran pantalla y, una a una, las categorías avanzan: mejor entrenador, equipo revelación, mejor jugador del año…

Los aplausos llenan la sala cada vez que uno de los ganadores sube al escenario.

El momento que hemos esperado llega.

El Jugador más joven de la Liga.

Lo sé, porque noto cómo el aire de la sala cambia y cómo la atención se centra en una sola dirección.

A pesar de que esto sea una farsa, no puedo evitar sentir una corriente de nervios recorriéndome. Me muevo en el asiento, intentando ver algún movimiento de cabeza por parte de Henry.

El presentador hace una pausa dramática antes de abrir el sobre. El sonido del papel se rompe y parece amplificarse en la sala.

Mi respiración se suspende por un segundo, mientras el nombre del ganador está a punto de ser anunciado.

Las luces se enfocan sobre los nominados de nuevo y todos esperan expectantes. Este es su momento.

—Y el ganador al Jugador más joven de la Liga es… ¡Harrington! —anuncia el presentador y la sala estalla en aplausos.

El nudo de nervios en mi estómago se disuelve en una oleada de emoción.

Me levanto de manera automática de mi asiento, como si mi cuerpo reaccionara antes que mi mente. Sin darme cuenta, me encuentro abrazada a mi hermano, ambos sonrientes.

Después de separar nuestros cuerpos, me llevo las manos a la boca, incrédula.

Henry ha ganado.

La emoción me desborda y, por un momento, olvido todo lo demás: la farsa, las cámaras… Incluso mi propio papel en todo esto. Solo puedo pensar, por muy extraño que suene, en lo orgullosa que me siento en ese instante.

Cuando Henry sube al escenario, lo veo bajo la luz de los focos y no puedo evitar pensar lo guapísimo que está. Es su noche, y verlo allí, recibiendo el premio, me provoca una oleada de orgullo y una sensación inesperada que me revuelve por dentro.

Los aplausos continúan mientras Henry toma el micrófono, pero, en ese momento, todo lo que puedo hacer es mirarlo, deslumbrada por cómo parece brillar en el escenario.

Los aplausos, poco a poco, empiezan a menguar, mientras Henry coge el micrófono, preparándose para hablar.

La gente se empieza a callar y el silencio se apodera del auditorio, mientras todos esperan sus palabras.

Henry se aclara la garganta y sonríe.

—Bueno… —empieza, dejando que su mirada recorra la sala—. No me he preparado nada, para ser sincero, porque no estaba seguro de que esto fuera a pasar. Así que seré breve.

Algunas risas suaves se escuchan entre el público, pero Henry mantiene su atención en el micrófono.

—Quiero dedicar este premio, en primer lugar, a mi madre. Ella siempre ha estado ahí, apoyándome desde el principio. Incluso cuando nadie más lo hacía. Mamá, esto es para ti. —Su voz se quiebra un poco al mencionarla—. A mi equipo, porque sin ellos no estaría aquí. Son mi segunda familia y esto es tanto suyo como mío. —Henry respira hondo—. Y, por supuesto, a Amber. Que, aunque hoy esté aquí como mi pareja, es incluso mejor futbolista que yo. Estoy seguro de que el mundo sabrá apreciar, como yo lo he hecho, todo lo que representa: dedicación, esfuerzo y pasión por este deporte.

Cuando escucho esas palabras salir de la boca de Henry, es como si el aire a mi alrededor se detuviera por completo.

«Todo lo que representa: dedicación, esfuerzo y pasión por este deporte».

Las palabras resuenan en mi cabeza y, aunque sé que forman parte de esta farsa, no puedo evitar sentir que algo en ellas es real.

Me llevo una mano al pecho, tratando de disimular el nudo que se forma en mi garganta, y es entonces cuando noto la mirada de Asher. Su expresión es difícil de descifrar, pero puedo sentir que

observa cada reacción, como si intentara entender lo que ocurre entre Henry y yo.

Desvío la mirada, intentando mantener la compostura, pero la sensación no desaparece. Es como si algo más se estuviera formando entre las palabras que Henry ha dicho y lo que realmente siento. Y, mientras las cámaras siguen captando cada gesto, me pregunto si estoy preparada para lo que esto significa.

Capítulo 43

Árbitro: La figura que impone orden, incluso cuando nadie lo quiere.

Henry

—¿Viste la cara de Jenkins cuando anunciaron al ganador? —pregunta Mark, riendo, recordando el momento en que dijeron mi nombre.

Asiento con una sonrisa, pero mi mente está en otro sitio.

De vez en cuando, lanzo una mirada en dirección a Amber. Está al otro lado de la sala, rodeada de otras futbolistas, riendo y gesticulando. No importa cuántas veces la vea, siempre consigue captar mi atención.

Mark continúa hablando de los discursos y de los momentos más destacados de la noche, pero mis pensamientos vuelven una y otra vez hacia Amber. Aún no sé cómo lo hace, pero logra distraerme con solo una mirada.

Desde que la gala se ha dado por finalizada, hemos ido todos a un reservado, dentro del propio auditorio. Es una sala privada que habíamos reservado solo para nosotros. Un espacio exclusivo para los jugadores y jugadoras, donde podemos relajarnos sin la presión de las cámaras.

Hay un catering dispuesto al fondo, con bandejas de comida, de las que algunos van picoteando.

Justo cuando estoy a punto de responder a mi compañero de equipo, siento una mano firme en mi codo. Me giro y veo a Asher con expresión seria.

—Tienes que venir —me dice en voz baja, sin más explicaciones.

—Ahora nos vemos —comenta Mark, guiñándome un ojo.

Asher y yo salimos del reservado y andamos por diferentes pasillos hasta una sala. Lo primero que me llama la atención es que hay un chico de seguridad en la puerta.

—Creo que sería mejor que te encargaras tú —dice, y el tono en su voz confirma lo que temo.

Mi corazón se acelera y una sensación de incomodidad empieza a formarse en mi estómago. Sé de qué puede tratarse, aunque, con todas mis fuerzas, espero que no sea eso.

Antes de que pueda procesar lo que sucede, escucho el sonido inconfundible de unos tacones acercándose por el pasillo. Me giro y la veo. Amber.

—Llévate a tu hermana de aquí —le digo a Asher. Mi voz es baja pero firme.

No puedo dejar que Amber entre en esto. Ahora no.

Asher asiente, pero no dice nada.

Antes de entrar en la sala, me giro un momento y los observo.

Amber parece estar confundida y, aunque Asher intenta guiarla hacia el otro lado, puedo ver cómo se resiste. No entiende nada, claro. La incomodidad en su rostro es evidente y puedo imaginar las preguntas que deben estar acumulándose en su cabeza. Está molesta porque, en el fondo, no puedes obligar a alguien a simplemente apartarse.

Sin dar más oportunidades a la situación, abro la puerta y la cierro detrás de mí.

—¿Te parece normal que traten así a tu padre? ¡Voy a denunciaros! —grita.

Me giro con lentitud y ahí está él, mi padre, perfectamente vestido, como siempre. Lleva un traje oscuro, impecable, hecho a medida, que contrasta con el desorden que suele traer a mi vida. Es un hombre que sabe cómo presentarse. Alguien que entiende la importancia de la apariencia, pero eso nunca ha sido suficiente para ocultar lo que hay detrás de esa fachada.

—No vas a denunciar a nadie —le digo con firmeza, sin titubear, mirándole directamente a los ojos.

Su boca se tuerce en una mueca de desprecio, pero en el fondo sé que estas amenazas vacías no van a ninguna parte. No tiene poder aquí y lo sabe tanto como yo.

—¿Por qué has venido?

—¿No puedo venir a felicitar a mi hijo? —Se acerca a mí y apoya las manos en mis hombros—. ¡Eres el mejor jugador, Henry!

—Con un mensaje me hubiera bastado. Además, sabes que tienen la orden de que si te ven…

—¿Por eso estoy aquí? ¿Has ordenado encerrar a tu propio padre? —Presiona los dedos en mi piel.

—No estás en la cárcel. No exageres.

Reduzco la importancia a la situación, porque sí, desde hace años aviso al personal de seguridad que mi padre no tiene entrada a ningún evento o recinto en el que me encuentre.

De manera disimulada, quito sus manos y me muevo por la sala.

—¿Sabes lo que va a significar ese premio, hijo? —Le miro con desdén—. ¡Vas a tener los patrocinadores que quieras! Es un punto de inflexión en tu carrera.

—No quiero más patrocinadores, ni dinero, ni nada. Quiero jugar al fútbol.

—Siempre has sido tan…

—Ojalá hubiéramos venido sin ti, papá.

—Sé que no lo estás diciendo en serio, y que esto es por la mierda que te ha metido tu madre en la cabeza —espeta. Sus ojos están llenos de rabia.

—Sabes que lo mejor es que no nos vean juntos. ¡Joder! —Elevo mi voz—. ¡Todo fue por tu culpa!

Se queda callado. Tan callado que, después de mi grito, la sala se vuelve fría e incómoda.

—No me obligues a decirles a los de seguridad que…

—No lo haré, hijo.

¿Por qué tengo la sensación de que ahora intenta darme pena? Le tendría que odiar. Ni siquiera tendría que dirigirle la palabra. Sin embargo, lo veo así e incluso me parece vulnerable. ¿Por qué es capaz de que sienta mil emociones a la vez?

—Gracias por felicitarme por el premio —digo, con una voz más calmada.

—Dale recuerdos a mamá —indica con la voz más suave, como si se aferrara a esa conexión familiar.

En ese momento, me envuelve en un abrazo. Su colonia, un aroma a madera y especias, me transporta a momentos alegres de mi infancia. Recuerdo aquellos sábados por la mañana, en los que preparar el desayuno juntos se volvió un ritual. Era nuestro momento de reír, de soñar y de empezar el día con buen pie. O cuando nos dio por decorar la casa con flores para el día de Año Nuevo.

Me pregunto si aún queda algo de ese padre que conocía.

Abro la puerta y le indico al de seguridad que todo está bien.

—Podéis acompañarle a la salida.

El personal de seguridad no necesita más palabras para seguir las indicaciones, entrando en la habitación.

Cuando mi padre nota que lo tocan por el codo, se zarandea.

Resoplo, porque no deseo ningún espectáculo más.

En cambio, enseguida me doy cuenta de que lo único que pretende es despedirse de mí. Sus manos están encima de mis hombros, me desea suerte y me pellizca la mejilla.

—No necesito que me cojáis. No voy a intentar nada. —Escucho que dice, al salir por la puerta.

Me siento un mal hijo, una persona horrible, pero sé que tiene que existir esta distancia entre ambos y que tengo que priorizarme.

Capítulo 44

Corte defensivo: Un movimiento que parece simple, pero que es crucial para evitar que todo se desmorone.

Amber

Llevo dos horas con los brazos cruzados y mirando el teléfono por puro aburrimiento. Lo más normal es que mi postura corporal esté ahuyentando a la gente, o que piensen que soy una persona asocial. Y no les culpo, porque yo también pensaría así. La realidad es que no estoy de humor. No llevo bien que alguien me dé indicaciones, y menos si es mi hermano. ¿Quién se cree que es para prohibirme a mí algo?

Durante este tiempo, he pensado en qué no querían que viera, y mi mente ha barajado muchas opciones. Muchas. Sin embargo, hay una que no para de rondarme la cabeza y es que hay alguna chica, o chicas, dentro de esa habitación. Eso explicaría por qué Henry ha pedido que me fuera y por qué mi hermano me intenta proteger.

No he sido capaz de calcular cuánto tiempo ha estado él ahí dentro. Así que, no tengo ni idea de lo que ha hecho. Y a mi hermano lo he perdido de vista, después de que me llevara casi a rastras hasta donde estaba la gente.

Mis ojos siguen deslizándose por la pantalla del teléfono, motivada por los estímulos visuales. Estoy tan absorta, que no me percato de que delante de mí tengo la sombra de un hombre.

—¿Amber?

—¿Hum? —verbalizo con pocas ganas de conversar, al darme cuenta de quién es.

—¿Podemos hablar?

—No me tienes que dar explicaciones de nada.

No he levantado la vista ni un segundo, porque sé que, el hacer contacto visual con Henry, podría debilitarme.

—Bueno, te recuerdo que estamos fingiendo ser una pareja.

—¿Y qué pasa?

—Queda un poco raro que estés… —Duda—. ¿Tan rancia conmigo?

—Puedes decir que me duele la cabeza.

De pronto, su mano me sujeta la mandíbula, provocando que

nuestras miradas se encuentren. Debería estar perdida ante su mirada oscura, pero hay algo en su iris que se ha vuelto familiar.

—¿Qué prefieres, helado en tarrina o en cono?

La pregunta me descoloca. Tal vez no sea la pregunta en sí, sino que me la haga ahora, en este preciso contexto.

—¿Importa? —cuestiono, restándole importancia a mi respuesta.

—Todo lo que dices me importa.

«Joder, qué bien finge cuando hay gente alrededor».

—Tarrina. Suelo pedirme tarrina.

—Perfecto —dice, antes de cogerme de la muñeca y andar.

Mientras nos alejamos del reservado, me quedo mirando el sitio y a las personas. Creo que nadie se percata de que nos vamos.

—¿Me puedes llevar a casa, Henry?

—Claro. —Se gira—. Pero antes, déjame llevarte a un sitio.

No replico y, en ese instante, mi mente se pregunta dónde está la Amber quisquillosa, que cuestiona todo.

Salimos del sitio sin ningún problema, y no me extraña, porque ir con Henry es como tener ese pase VIP para todo.

Cuando estamos cerca del coche, nuestras manos se separan y lo abre. Él se acomoda en su interior, pero yo me quedo con la puerta abierta, pensativa.

—Deberías entrar otra vez —le digo, con sinceridad, apoyando mi mano en la parte superior del vehículo y agachando la espalda para mirarlo—. Has sido uno de los ganadores. Es tu noche, Henry.

—Y por eso mismo te estoy pidiendo que subas a mi coche, Amber.

—Harrington. —Parece que hemos empezado algún tipo de juego con nuestros nombres y apellidos.

—Prescott.

Resoplo y apoyo la cabeza en el lateral de la puerta, viendo la entrada del establecimiento en el que hace apenas unos minutos estábamos dentro.

Henry sale por la otra puerta y apoya sus dos brazos encima del coche, mirándome.

—Es mi noche, ¿no? —pregunta sin esperar respuesta—. Pues estoy eligiendo ya.

Después de decir eso, se acomoda de nuevo en el asiento del

conductor. Esta vez, le hago caso y entro dentro del automóvil.

⚽

—¿Estás seguro de que es aquí?

Mi pregunta no es tan descabellada, teniendo en cuenta que estamos frente a un local con las luces apagadas y con todo, aparentemente, cerrado. Sin embargo, por el letrero sé que es una heladería.

—Sí, ahora viene.

—¿Ahora viene? ¿Quién?

—Es lo que tiene avisarle con tan poca antelación.

Henry eleva su brazo para señalar y es cuando veo al inicio de la calle que hay una persona viniendo hacia nosotros con andares rápidos.

—¡¿Acabas de llamar al dueño para que abra la heladería?! —exclamo.

El dueño no solo tiene suficiente con abrir por la mañana y por la tarde, fines de semana, y puedo intuir que, al ser una heladería, abrirá festivos, que ahora también lo hace en mitad de la noche por petición de Henry. Me parece alucinante que no sea consciente de todo lo que sus privilegios pueden acarrear.

—No es…

—Te crees superior, ¿no? —Resoplo, moviendo los pies, pero sin irme muy lejos—. Dile que se vaya a su casa, por favor. No necesitamos ahora un helado, Henry.

—No es el dueño —consigue decir, al final.

—¿Me estás tomando el pelo?

La persona cada vez está más cerca. Sin embargo, parece haber frenado sus pasos.

—Es un familiar del dueño, Amber. Me debe muchísimos favores y se los cobro así.

—¿Así? —pregunto, porque quiero que salga de su boca.

—Mi asistente acordó con él los días en que puedo venir, mientras la temporada no está en marcha, y así poder venir aquí y tener privacidad.

—¿Tu asistente?

—Se encarga de todos los temas ajenos al fútbol. Él es quien elige hotel, lugar, sitio de eventos…

—Sé lo que es un asistente, Henry.

—Pensé que…

—¡Harrington! —El chico que parece tener treinta y tantos se acerca a él, y le da un apretón de manos—. Menos mal que estaba aquí al lado, ¿sabes? —Se gira para mirarme—. ¿Entramos?

No estoy a favor de esta situación. No me parece coherente utilizar la superioridad social para deseos individuales. Deseos que, probablemente, no sean urgentes.

—Será mejor que me vaya. —Oigo cómo Henry resopla y mi cuerpo da un par de pasos.

—Amber, ¿en serio?

—Deberías disculparte tú por hacer que este chico venga a estas horas…

—No quiero interrumpir esta… conversación, pero él no me obliga a nada. —Ambos se miran—. Bueno, es cierto que le debemos mucho a Henry —el hecho de que utilice su nombre hace que me detenga —, pero ya es como uno más de nuestra familia. Quiero decir… Muchas veces viene y ni siquiera come helado. Por no hablar de las veces que me ha conseguido entradas, firmado…

—No creo que necesite tantos detalles. —Henry sonríe.

—Para mí es como si un amigo me estuviera pidiendo un favor. Así que, ¿por qué no iba a acceder?

Visto desde esa perspectiva… es diferente.

—Está bien. Entramos —acepto, mirándole.

Henry esboza una sonrisa y me coge de la mano, ya que, a pesar de lo que haya dicho esta persona, está claro que no sabe que fingimos y, después de que mi tono fuese hostil, hay que reconstruir las apariencias.

—Vas a flipar con el helado de chocolate.

—Ahora dentro le cuentas cómo conseguiste que esta heladería fuera de las más virales. —Le da a un botón del manojo de llaves que lleva y la verja empieza a subir.

Capítulo 45

La prórroga emocional: Cuando el tiempo reglamentario no es suficiente.

Henry

Una vez dentro, Milton, que así es como se llama, enciende las luces y vuelve a cerrar la verja. La sala interior no es muy grande, ya que lo que más utiliza la gente es el jardín que tiene en la parte de atrás.

—¿Quieres mirar los helados? —le pregunto, viendo cómo mira la vitrina—. Yo, mientras tanto, voy allí. —Señalo recto, donde se encuentra la zona exterior.

Suelo quedarme en las mesas de fuera, porque siento que tengo la libertad que necesito, a pesar de que sé que el local está cerrado. Puede sonar como una tontería, pero puedo estar tranquilo, sin pensar en si alguien me reconocerá o viviré cualquier situación similar.

En la mayoría de las ocasiones, Milton se sienta conmigo y conversamos un poco sobre la vida. Sé, por ejemplo, que su padre es mayor y que Milton le presiona para jubilarse, pero el hombre no quiere dejar la heladería. Supongo que, cuando estás acostumbrado a algo, cuesta desligarte.

Al dejar el teléfono encima de la mesa, veo que tengo más de diez notificaciones.

No me asusto, porque no me parece raro, incluso me parecen pocas.

Echo una ojeada por encima y veo que la mayoría son de Jack, de otros compañeros del equipo y un mensaje de Asher.

Asher:

¿Estás con mi hermana?

Henry:

Sí. Estamos en una heladería y luego la llevo a casa.

Todo bien.

Es a la única persona que contesto, porque, de cierta manera, siento que tengo esa responsabilidad de hacerlo.

Cuando escucho sus tacones, bloqueo el móvil y elevo la cabeza. La veo con una tarrina mediana y, si no me falla la vista, ha ido directa

al chocolate. Pero no uno normal, sino el que lleva flores de cacao que estallan en el paladar. Está buenísimo.

—Buena elección.

—Gracias. —Sonríe de manera falsa, a propósito—. He encontrado esto también.

Estaba tan embobado mirándola, que no me había percatado de que en la otra mano llevaba unas revistas. Las deja encima de la mesa y no me hace falta mucho para analizar que son sobre mí.

Veo varias fotografías mías y algunos titulares sin sentido. Y no, no tienen sentido porque no saben casi nada sobre mi vida. La mayoría se lo inventan a base de rumores. Un claro ejemplo de ello fue cuando pusieron que había roto la relación con mi madre. Me reí con ella al teléfono por lo ridículo que era. ¿Tan raro es que una persona que no ha elegido ser famosa quiera pasar desapercibida?

—Aquí, al menos salgo guapo —digo, señalando la parte inferior de la revista.

Amber se sienta y, tras mi comentario, alza una de sus cejas.

—A mí solo me nombran para esto. —Mueve una de las revistas que estaba debajo y la pone arriba.

La fotografía es del día que fuimos al campus de niños y niñas. Arriba de nuestras cabezas está el siguiente titular: «Harrington y su nueva ilusión. ¡Pillados!».

—No tienen ni idea —gruño, mientras coloco la revista de las últimas. Pero no me conformo con eso, porque solo de verlas ahí encima, me molestan. Así que, me levanto y las tiro directamente a la basura—. No sé por qué Milton tiene esto aquí.

—La gente lo lee, Henry. —«Cierto», pienso—. Parezco…

—Ni se te ocurra decirlo. —Puedo intuir lo que piensa—. Eres futbolista, como yo. Eres de las mejores jugadoras, Amber. Ganasteis la puñetera liga el año pasado.

Ella resopla y, a pesar de que acabo de decir lo que pienso, sé que ella no ha creído del todo en mis palabras.

—¿Opinas que toda esta farsa hubiera funcionado sin mí?

—¿Qué?

—Tú eres el famoso… ¿No lo ves? Creo que… con otra chica les hubiera valido igual. Yo solo soy… ¿Un títere?

El helado, ante el calor, empieza a perder su forma y Amber ni siquiera lo ha probado. Cojo su cuchara y, sin ningún pudor, me tomo una cucharada.

—¿Me has pedido permiso…? —cuestiona, aun teniendo su cuchara en mi boca.

—Es que has pedido uno de los mejores helados —intento bromear.

Ella sonríe.

No suelo coger comida de los demás. Soy el típico que, aunque el plato de mi compañero tenga mejor pinta, no le pregunto si puedo probarlo, porque me conformo con lo que he pedido. En caso de volver al mismo sitio, probablemente me pida *ese* plato y ya está. En cambio, con Amber es diferente. Quiero decir, hemos intercambiado salivas, y no sé, siempre puedo ir a por otra cuchara. O sea, solo tengo que levantarme y listo.

—¿Quieres otra? —pregunto, por si acaso.

Amber niega con la cabeza y yo, como un estúpido, sonrío.

—¿Está bueno?

—Ya te he dicho que te has pedido uno de los mejores.

Me quito la chaqueta del traje y la dejo en la silla. Luego, me arremango.

Amber se lleva la cuchara a la boca y, por fin, prueba el helado. Sus labios terracota se deslizan por la cuchara que hace un rato tenía en mi boca.

—Al final no nos hemos besado —suelto.

—Cierto. No ha hecho falta, ¿no?

Tiene toda la razón. No ha hecho falta porque yo estaba ahí arriba, ella abajo, al lado de su hermano y, luego, yo he ido a sentarme en el asiento que me habían asignado. Supongo que la gente se habrá creído que nos hemos besado en el reservado. Quizás, hasta en el momento en el que hemos desaparecido los dos.

—Lo que has dicho antes…

—¿Me vas a soltar un discurso desde tu postura privilegiada?

En otra ocasión, si fuera otra persona, quizás me lo tomaría de otra manera. Sin embargo, después de decir eso, Amber esboza una pequeña sonrisa y sé que esa frase tiene parte de verdad y de mentira.

—Yo les he dado esa imagen, Amber. Esos cotilleos no van contra ti, sino que yo mismo me he creado esa popularidad.

—¿Tú? —Carcajea con falsedad—. Si casi ni has tenido tiempo en tu carrera como para…

—Lo hice para que hablaran de *eso* y no de otras cosas. Prefiero que hablen de mis ligues, de cualquier chorrada, antes que, por ejemplo, de mi familia.

—Y ellas…

—Están de acuerdo. Si van a tener algo conmigo, saben que hay una gran probabilidad de que salgan en la tele, revistas, TikTok o lo que sea. Muchas de ellas es justo lo que buscan. —Trago saliva—. Cuando llegué a los Galácticos, era el pequeño, la futura estrella… No tenía, todavía, esa fama. Pero, por motivos de la vida, a tu hermano fue al que se le ocurrió venderme así. Es una de las consecuencias que tengo asumidas.

—¿Asher?

—Tu hermano tiene contactos. Sabe que… Bueno, le debo mucho, porque prefiero que mi imagen sea esa mierda de la que hablan, a otra que podría acarrearme problemas como futbolista. Tú tienes esa suerte de no salir en esas portadas, de que no hablen de cosas que desconocen.

—La mayor parte del tiempo, somos invisibles, pero, cuando alguna de nosotras empieza a asomar la cabeza…, se nos echan encima. No has visto todo lo que dicen de mí, ¿no? —Frunzo el ceño. ¿En las revistas? Llevo años sin leer nada de lo que proviene de ahí—. En las redes sociales soy como esa garrapata que se pega a la nueva promesa. —Tengo ganas de dar un puñetazo encima de la mesa. No, de escribir un puto hilo en esa red social para que se enteren de quién es Amber Prescott—. No sé lo que estás pensando, pero deja de apretar la mandíbula.

—No estoy apretándola —miento, intentando controlar la rabia—. Es que, ¡llevas años jugando, Amber! Debería darles vergüenza opinar así de una jugadora que…

—Estamos acostumbradas, Henry.

—¡No debería de ser así, joder!

—Harrington —al llamarme por mi apellido, me callo—. ¿Lo

recuerdas? Están hablando de mí y soy yo quien decide qué hacer.

—No sé cómo puedes callarte tanto, en serio.

—Creo que, si les contesto, no gano nada, ¿sabes? En cambio, si lo demuestro en el campo, es una manera de callarles la boca.

—Que se preparen para la siguiente temporada, pues.

Capítulo 46

DESMARQUE: EL ARTE DE ALEJARSE DEL CAOS PARA CREAR ESPACIO PROPIO.

Henry

Hay mil maneras de empezar mal una mañana. Esto me recuerda bastante al programa ese que hacían, de mil maneras de morir, pero espero que mi final no sea hoy. Aunque, por la cara de Asher, tengo bastantes papeletas.

—No deberías haberlo hecho —me dice, tras cruzar la puerta de mi casa.

—¿Abrirte la puerta? Ya veo.

—¿Por qué te fuiste ayer con ella?

—Porque quería tomarse un helado. En el reservado no había y, bueno, se dio la coincidencia de que conozco una de las mejores heladerías.

—Amber quería un helado y te lo pide a ti, ¿no?

Acabo de comprobar que, como hermanos, se conocen demasiado bien, sí. Porque, conociendo a Amber, no hay quien se crea lo que acabo de decir.

—¿Quieres beber algo? —pregunto, dirigiéndome hacia la cocina y obligando a Asher a seguirme.

—Ey, ¿qué pasa? —saluda Mark desde el sofá.

Lleva en mi casa un par de horas, porque, según él, llevábamos demasiados días sin estar juntos. Literalmente.

—Bueno, ¿queréis que avise a alguien más del equipo y entrenamos, o qué? —refunfuño—. Flipo.

—Yo sí que flipo de que te llevaras a Amber.

—¿Sobro?

—No.

—Sí.

Mark se queda de pie, sin saber si sentarse de nuevo o irse del comedor.

—Estás en mi casa. Así que, quédate donde estabas.

Asiente.

—Pues mira, me viene genial que estemos aquí, los que sabemos la verdad, porque creo que esta farsa ya no está siéndolo tanto.

—¿Qué dices? —Me pongo un poco de agua fría y, con un gesto, le pregunto si quiere.

Asher niega.

—Adelanta tus vacaciones.

—¿Se ha vuelto loco? —pregunta Mark, interrumpiéndonos.

—Pese a ser mentira o no, quiero que te quede una cosa clara: nunca haría daño a tu hermana. ¡Ni tampoco a ti, joder! —Bebo enseguida del vaso.

—No es que no me fíe de ti, Henry…

—Lo sé. Es mi familia, ¿no?

—Es solo que no quiero que mi hermana se vea en algún lío mediático…

—Con mi padre, sí. Asher, lo entendí el primer puto día. Al igual que comprenda que te joda que nos besemos —añado enseguida—, de manera falsa delante de la prensa.

—Es solo que… —Suspira, y, por un momento, veo la debilidad en sus ojos—. No puedo más, Henry. Estoy todo el rato en alerta por si le ocurre algo. Estoy hasta los cojones de leer comentarios sobre que mi hermana es… —No lo verbaliza, pero me puedo imaginar qué insultos recibe—… en redes sociales. No sabes lo mucho que tardé en que me viera como su hermano, y no como un futbolista capullo, para que ahora vaya y tenga que fingir con un futbolista. —Resopla —. Aunque se dedique a esto, ella no nos odia. Odia la imagen que damos, de todo lo que estamos rodeados.

—Creo que odia la desigualdad que existe, pero no somos culpables de ello, Asher. Ella lo sabe.

—Pero sí que sois favorecedores de ello —indica Mark.

Asher y yo nos quedamos mirándolo, como si acabara de decir la mayor estupidez del mundo. Pero este, en vez de callarse, añade:

—¿Qué? Estamos en un sitio privilegiado y no hacemos nada para ayudarlas.

—¿Me vas a decir que no hago nada por mi hermana?

—¿Podemos pensar un momento con la cabeza, por favor? —pregunta de manera irónica—. Me refiero a que no hacemos nada por las jugadoras. El entrenador nos muestra cómo juegan para que aprendamos, pero eso no lo decimos en rueda de prensa, ni en

ningún sitio. Solo lo sabemos nosotros. Tampoco hablamos de ellas en las redes. O acaso, ¿el año pasado felicitasteis al Estrella Negra por ganar la Liga? Tú no contestes. —Señala a Asher—. Ellas sí que lo han hecho, aunque sea en redes.

—Supongo que…

—No supongamos nada, porque nunca hemos estado donde ellas están. ¿No lo veis?

Asher y yo nos miramos, para luego establecer contacto visual con Mark, otra vez. En ese breve segundo, en el que nos hemos mirado, creo que los dos hemos comprendido lo que quiere decir nuestro amigo.

—Somos idiotas.

—Damos asco.

—Oye, que no se trata de echaros mierda —sonríe—, pero un poco tontos sí que somos.

—Tu hermana flipó cuando vio mi casa, ¿sabes? Y eso que daba por hecho que estaría acostumbrada a estar en la tuya, pero…

—No quiere entrar. Me hizo alquilar una casa más pequeña y todo…

—Su casa es…

—Tan normal, sí. Y eso que le he dicho de dejarle dinero, para ya sabes… Permitirle algo más grande, más…

—Como lo que se merece.

—Exacto. Se lo merecen igual que nosotros, pero no lo tienen, chicos.

Haré todo lo que esté en mi mano para que la gente vea que juegan a lo mismo, para que tengan lo que se merecen. Sin embargo, sé que la vida no es justa, y que, aun haciendo algo, no serviría de mucho.

—Creo que necesitamos hablar con el entrenador antes de que empiece la temporada. Tengo una idea.

—Vale, está genial, pero antes necesito que lo digas en voz alta para comprobar que no sea una idiotez —responde Mark, sonriendo.

Cuando lo comento en voz alta, por la sonrisa de ambos, sé que no es una idiotez, y que es algo que está en nuestras manos poder hacer. Estoy casi seguro de que, en caso de que el entrenador se negara, haríamos piña para llevarlo a cabo. Así que se podría decir

que es un plan perfecto.

—Ahora necesito hablar de tus vacaciones.

—Asher, ¿qué cojones te pasa con mis vacaciones? —recalco el «mis».

—Necesito que las adelantes.

—Mis vacaciones están programadas para cuando acabe el contrato con Football For All.

—Sabes que me lo debes.

Solo me ha hecho falta esa frase, para recapacitar.

Porque por supuesto que se lo debo.

Asher nunca me ha pedido nada, y esta es la primera vez que parece que necesite algo con urgencia.

—Veré qué puedo hacer, ¿vale?

Capítulo 47

DORSAL: NÚMERO QUE TE OBLIGA A DAR LO MEJOR DE TI.

Amber

Caminamos hacia el vestuario y, aunque intento mantener la calma, la emoción me revolotea en el pecho. Mis compañeras no paran de hablar sobre cómo será la nueva equipación. Nadie ha visto ni un adelanto, ya que lo han querido mantener todo en secreto. Supongo que será por temor a una posible filtración.

La puerta del vestuario se abre y el olor a nuevo lo llena todo. Ahí están, colgadas en perchas, una por una, con nuestros nombres bordados en la parte trasera.

Me acerco al mío, sintiendo un nudo en el estómago, cuando veo mi nombre en la camiseta. La combinación de colores es perfecta y el diseño parece salido de una revista. No es solo una camiseta; es lo que somos.

—Esto es demasiado PEC —grita Mia, centrocampista.

—Son brutales —respondo, pasando los dedos por el escudo, que reluce como nunca.

El tejido es ligero, suave, pero tiene esa sensación de que podría resistir cualquier jugada, cualquier caída. Es extraño cómo una prenda puede hacerte sentir tan poderosa, tan lista para lo que venga.

Alrededor, mis compañeras empiezan a moverse con más rapidez. Se prueban la equipación y se miran unas a otras, girando frente al espejo, haciendo bromas sobre quién se ve mejor o quién necesitará un retoque para las fotos oficiales. El vestuario está lleno de risas y energía. Siento el ambiente cargado de esa emoción que solo se tiene antes de una gran batalla, antes de algo grande. Porque eso es lo que somos: guerreras. Y este uniforme es nuestra armadura.

Me quedo unos segundos más observando la camiseta colgada frente a mí. La miro, como si fuera algo más que una simple prenda, como si llevarla significara algo mucho más grande.

Finalmente, me decido. Cojo la camiseta con cuidado, como si fuera frágil, aunque sé que no lo es. La paso por encima de mi cabeza y siento cómo se desliza por mi cuerpo, ajustándose a la perfección.

Me miro en el espejo y, por un segundo, veo algo diferente en mí misma. No soy solo Amber. Soy parte de algo más grande, algo que va más allá de un simple equipo.

La camiseta es impresionante. El color principal es un azul oscuro intenso, casi negro, que contrasta perfectamente con las finas rayas blancas que recorren los laterales, dándole un aire elegante y moderno. Las mangas tienen un ribete sutil en color plata, lo justo para destacar sin ser llamativo. En el centro del pecho, el escudo del equipo brilla con orgullo, bordado con precisión. Cada hilo refleja la luz con un leve brillo metálico. Justo debajo del escudo, el patrocinador está estampado en blanco, un color que resalta sin robarle protagonismo a la camiseta en sí.

El cuello es redondo, sencillo, pero con un pequeño detalle en la parte trasera: una franja vertical de color plateado que baja justo hasta los omóplatos. Es discreta, pero lo suficientemente llamativa para darle un toque único.

—¡Amber! —grita Sam desde el otro lado del vestuario, ya con la equipación completa puesta. Incluidas las medias y los pantalones. Está sonriendo de oreja a oreja—. ¿Nos hacemos una foto todas juntas?

Me giro hacia ella, viendo cómo el conjunto entero le queda perfecto. Los pantalones cortos son del mismo azul oscuro que la parte de arriba, con una ligera línea blanca en los laterales, que conecta visualmente con las rayas de la camiseta.

Camino descalza hasta donde está el resto del grupo, para colocarnos para una foto.

—¡Venga, chicas! —dice Sam, ajustando las mangas de su camiseta —. Esto tiene que quedar bien, que es la primera foto con la nueva equipación.

Justo cuando Alison deja el teléfono apoyado con temporizador, llaman a la puerta.

—¿Chicas?

—Entrenador, puedes pasar —grita Sam para que lo escuche desde fuera.

Por normativa, al ser un hombre, el míster está obligado a llamar y quedarse fuera hasta que le demos la señal de entrar.

—¿Nos haces una foto, míster? —le pregunta Alison, nada más ver que entra.

—Por supuesto —responde, acercándose a nosotras y cogiendo el móvil—. Decid: ¡ganadoras!

—¡Ganadoras! —gritamos al unísono, con una mezcla de euforia y risas.

No importa si será de la Europa League, de la Champions o de la Liga, porque, en este momento, ya no es un sueño lejano en la televisión; con este escudo en el pecho, se siente como una cita pendiente. Y esa sensación, la de estar juntas y ser invencibles, es lo que nos define.

El *flash* se apaga, inmortalizando el momento. Nos quedamos sonriendo. Algunas saltan por la emoción, mientras el entrenador revisa la foto en el teléfono.

—Chicas, estáis perfectas —dice con una sonrisa llena de orgullo—. Acabaos de vestir —me mira los pies—, y así os hacéis las fotos del equipo fuera.

Asiento, observando mis pies descalzos. No soy la única. A varias de nosotras nos faltan las botas o las medias bien colocadas.

Voy con rapidez a mi taquilla y cojo las botas. El sonido de las cremalleras y risas llena el vestuario, mientras cada una termina de prepararse.

—¿Preparadas? —pregunta Mia desde la puerta, ya totalmente lista —. ¡Vamos a romperla!

Sabemos que las fotos son importantes, pero hay algo en nosotras que no deja de pensar en lo que viene después: los partidos, las jugadas y las victorias. Salimos del vestuario en fila, las botas golpeando el suelo con ese sonido fuerte y familiar, como un eco que resuena de lo que está por venir.

Al salir, el estadio nos recibe con su inmensidad. El césped verde bajo nuestros pies, las gradas vacías y el cielo despejado. Es aquí donde nos prepararemos para dejarlo todo en cada partido.

—¿Todo listo, chicas? —pregunta el fotógrafo con una sonrisa amable, porque ve que todas estamos dispersas por el campo.

Nos miramos unas a otras y nos acercamos al círculo central con las gradas de fondo. El fotógrafo nos va dirigiendo para que

formemos una fila perfecta.

—¿Preparadas? —pregunta el fotógrafo mientras se agacha un poco para encontrar el ángulo perfecto—. ¡A la de tres, equipo! ¡Una, dos, tres…!

El sonido del obturador se escucha varias veces, capturando el momento desde diferentes ángulos.

Hoy, con esta camiseta nueva, siento que estamos más unidas que nunca. Somos más fuertes. Y, aunque no sé qué nos espera en la temporada que viene, una cosa es segura: lo enfrentaremos juntas, como lo hemos hecho siempre.

Capítulo 48

Cambio de ritmo: Alterar la velocidad para descolocar al rival.

Amber

Toco el timbre por tercera vez, porque sé que está en casa. Por mucho que lo intente disimular, no lo va a conseguir.

—Ahora te abro. —Escucho su voz por el micrófono que tiene instalado. Si no recuerdo mal, tiene toda la casa domotizada.

Espero paciente. O, al menos, eso intento.

Cuando escucho que la puerta se abre, empujo para entrar.

—¿Asher?

—Ya bajo —grita desde el piso de arriba.

Ando hasta el comedor para sentarme en el sofá. La casa de mi hermano es enorme. Cuando se la compró, siempre me pareció excesiva. Quiero decir…, solo vive él, ¿para qué quiere tantas habitaciones?

La realidad es que llevaba bastante tiempo sin pisar este suelo, sin ver esta televisión o sin sentarme en este sofá. De hecho, cuando él y yo quedamos, solemos vernos en otra casa que alquiló. Casa que solo utiliza por mí. Así que, por eso, he venido directamente a esta.

—¡Qué sorpresa verte por aquí! —dice, mientras se pasa la toalla por la cabeza.

—Con tu hermana te puedes poner una camiseta, que esos abdominales no funcionan.

Asher se ríe. Se seca algunas gotas de agua de su pecho y se sienta a mi lado.

—John está cabreado y no sé por qué, pero tienes algo que ver.

—¿Yo?

—Es por Henry. —No le quito la mirada, para ver cualquier movimiento facial—. Cuando firmamos, el trato era irse de vacaciones, después de acabar la farsa. No mientras tanto. Y, adivina, lleva un par de días de vacaciones ya.

—No sé qué tengo que ver yo en todo esto. Quizás necesitaba un descanso ahora.

—Asher Smith, no me mientas, que soy tu hermana y puedo ver cómo mueves esa ceja.

—Vale, quizás sí que tengo algo que ver. Pero nada. Solo le comenté la posibilidad de adelantar sus vacaciones.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —Vuelve a tocarse el pelo—. ¿Para qué, Asher? ¿Por qué querías que se fuera antes? —Me levanto, nerviosa.

—Te voy a hacer una pregunta. Solo una. Y te recuerdo, Amber Prescott, que yo también sé cuándo mientes. —Eleva el dedo índice —. ¿Sientes algo por Henry?

—¿Otra vez igual? ¡Es todo mentira!

—No te he preguntado eso. Quiero saber si, tras esto, sientes algo por él.

Trago saliva. No puedo afirmar algo que ni siquiera mi cabeza desconoce. Intento que en mi mente la imagen de Henry sea siempre la que tenía antes de conocerlo. Trato de alejarme de él. Intento no sentir nada por él y ceñirme a la mentira. Pero, joder, no lo pone fácil.

—Me atrae, sí.

—Eso ya se veía, hermanita. Veo que los dos os atraéis. Tengo ojos. —Me observa—. Mira, no quiero ser más pesado con este tema. Sé que eres adulta y que, elijas lo que elijas, es tu decisión. Solo quiero que… No sé, me pareció buena idea que se fuera para que ambos os aclararais.

—¿Aclararnos? A él se le da de lujo fingir.

—Fingir, ya… —ironiza—. Como quieras verlo, hermanita. ¿Cuánto os queda para seguir «fingiendo»? —Entrecomilla con los dedos.

—Cuando vuelva, tenemos un evento de cierre de proyecto, y luego ya supongo que la reunión típica para dar por finalizado el contrato.

—Genial.

Una vez que el ambiente vuelve a estar calmado, me siento a su lado. Asher me coloca el brazo por el cuello y noto su piel fría.

—Nunca creí que… No sé, Henry es futbolista.

—No me gusta, Asher —intento sonar convincente—. O sea, físicamente, sí, pero ya está.

—A pesar de todo lo que te he dicho de él, es un buen chico, Amber. Lo da todo por su familia, aunque él mismo tenga que caer.

—¿Te refieres a su madre?

—Sí, bueno… —Carraspea su garganta—. Sabes que su padre

también está aquí, ¿no?

Intento hacer memoria, pero no me suena que Henry haya mencionado a su padre nunca. De hecho, cuando hablamos sobre cuándo vino a España, solo mencionó a su madre y a él. ¿Por qué no me dijo nada?

Asher suelta una pequeña risa.

—Te lo contará, hermanita. A su debido tiempo.

Me quedo callada, mirando un punto fijo de la pared. Las palabras de Asher resuenan en mi cabeza, y no puedo evitar sentir una punzada de incomodidad. ¿A su debido tiempo? ¿Qué significa eso? Es extraño, pero también me da rabia. No entiendo por qué me molesta tanto que Henry no me haya hablado de su padre. No debería importarme, ¿verdad? No es como si tuviéramos una relación real donde compartimos todo. Pero, de alguna forma, siento que me ha ocultado algo importante, como si esa parte de su vida completara un puzle que aún no termino de entender.

—Amber —la voz de Asher me saca de mis pensamientos. Me mira con una ceja arqueada—, ¿qué estás pensando ahora?

—Nada. —Intento sonar indiferente, pero sé que mi hermano me conoce demasiado bien.

—Por favor, hermanita. Sé que esa cabecita tuya está dando vueltas, por lo que te acabo de decir.

Suelto un resoplido y me dejo caer de espaldas contra el sofá.

—No sé, Asher. Es raro, ¿vale? Es como si todo lo que creía saber sobre Henry estuviera lleno de huecos. Cada vez que pienso que entiendo algo de él, aparece otra cosa que me hace cuestionarme todo.

—Eso es porque te importa más de lo que quieres admitir.

—No sé qué siento, ¿vale? Es complicado.

—No te preocupes tanto, Amber. A veces, lo complicado no necesita solución inmediata. Solo tienes que vivirlo.

Lo miro de reojo y, aunque suene sencillo, sé que no lo es. Vivir algo implica aceptar lo que sea que esté pasando entre Henry y yo, y eso es lo que me aterra. Porque, si lo acepto, entonces tengo que enfrentar todo lo que he estado evitando: que me importa más de lo que debería, que no quiero que todo esto termine cuando finalice el

contrato y que lo que siento no tiene nada que ver con el acuerdo que firmamos.

—Eres un pesado, ¿lo sabías? —le digo, intentando romper la tensión con una sonrisa.

—Sí, lo sé. Pero también soy el mejor hermano que podrías tener.

Ruedo los ojos mientras él se ríe.

Me recuesto, mirando el techo, y dejo que mi mente divague durante un momento. Pienso en Henry, en las cosas que me ha contado y en las que no; en cómo me siento cuando estoy con él y en lo difícil que se me hace definir lo que estamos viviendo.

Lo que más me asusta no es lo que pueda pasar entre nosotros, sino lo que ya está pasando. Porque, aunque no quiera admitirlo, Henry ya ocupa un espacio en mi vida.

Capítulo 49

Tarjeta roja: El límite ha sido cruzado. La acción tiene consecuencias y, aunque la expulsión sea inmediata, las repercusiones pueden durar mucho más allá del campo.

Amber

Diez días han tardado en saltar todas las alarmas, desde que Henry se fue de vacaciones. Diez días han sido lo que han durado, este verano, sus días de descanso, porque no sabemos cómo ni qué ha ocurrido, como para que todo se haya torcido tanto.

—¿Y decir la verdad? —propongo.

—Ni se te ocurra decir eso delante de Football For All. Tenemos que ofrecerles propuestas válidas y que nos cubra a todos las espaldas —me dice mi representante, que mira al de Henry con firmeza.

—Opino igual.

—Podemos decir que hemos roto —indica con voz ruda—. Sé que, por contrato, no corresponde ahora, pero tampoco esperábamos que la gente de repente empezara a cuestionar esto.

No debería dolerme, pero lo hace. He estado días sin saber nada de él y lo primero que acaba de soltar por su boca es que cortemos. Que sí, que sé que no hay nada que cortar porque es mentira, pero durante estos días… lo he echado de menos. Quizás me había acostumbrado a estar con él, a que me preguntara qué prefiero, o a que me escuchara despotricar. Al fin y al cabo, habíamos creado una especie de amistad.

—Es bueno que hablen. El problema es que están acusando a Football For All y a vosotros de mentirosos. ¿Cómo vas a explicar esas noticias que han salido de esa chica que afirma haberse acostado contigo estando con Amber, Henry?

—Lo que dice esa chica es mentira.

Su mirada se queda fija en la mía. Cuando ha entrado por la puerta con su representante, solo nos hemos saludado de manera cordial. Ni siquiera me ha dado tiempo a preguntarle por lo que ha visto y dónde ha estado.

—¡Es que me da igual que lo sea! La situación es que la gente ya se lo ha creído —responde Tony.

—Vale, vais a decir que… ¿Cuándo dice la chica esa que os

acostasteis?

—No lo sé, porque no ha pasado, John —vuelve a afirmar.

—Mírate las fechas que dice, ¿estamos? Y vamos a decir, aprovechando que tú has estado de vacaciones, que habíais roto antes. Y que, por eso, te fuiste, para despejar tu mente. Porque estabas dolido.

—¿Cómo lo comunicamos?

—Primero se lo diremos a Football For All y, en caso de que estén de acuerdo, emitiréis un comunicado en vuestras redes sociales. Supongo que ellos, por el bien del proyecto, harán lo mismo.

—Así da gusto volver de las vacaciones —ironiza.

—Si hubieras…

—¡No he hecho nada, Tony! —eleva la voz mientras le mira—. ¿Y sabes qué? Que ahora sí que me importa todo una mierda, porque pronto ya no habrá contrato en vigor. Así que empiezo a desempolvar la Ducati.

Su representante resopla. Enseguida me percato de las pocas ganas que tiene de responderle. Henry se pasa la mano por encima de sus vaqueros negros.

—Bueno, pues, ya está todo, ¿no? —intento dar por finalizada la reunión.

—Recibiréis indicaciones por nuestra parte —responde John, mirándome y asiento.

Tony se levanta a la vez que lo hace Henry.

Mi representante y yo también nos incorporamos. Él lo hace para acompañarlos a la puerta y yo, en cambio, por intentar tener un mínimo de contacto con Henry.

—Por favor, estad atentos al teléfono —suplica Tony.

Él y mi representante se quedan conversando un poco más. Parece una despedida extensa. Pienso en acercarme a Henry, pero su postura corporal, no me invita a ello. Tiene los ojos mirando el teléfono y parece no estar prestando atención a nada más.

Al final, ambos se marchan por la puerta y yo todavía sigo con ese dolor punzante de no haberle dicho nada.

⚽

Si me preguntaran cuál es la tarea del hogar que menos me gusta, diría que fregar los azulejos. Odio cuando cada cierto tiempo hay que limpiar esas baldosas de la cocina. O sea, ¿por qué parece que adquieran toda la suciedad?

Mi teléfono suena y tardo entre poco y nada en quitarme el guante derecho para que me detecte la huella, por si es un mensaje de John. Han pasado tres horas desde la reunión, y lo cierto es que creía que íbamos a tener una respuesta mucho más rápida. Vamos, que hoy mismo se solucionaría el problema o, al menos, tendríamos el visto bueno para comunicar el fin de nuestra relación farsa en redes.

Justo cuando estoy a punto de volver a colocarme el guante, llaman a la puerta. Resoplo y voy hasta ahí. Cuando la abro, mi cerebro es incapaz de reaccionar.

—¿Qué haces con un guante solo?

—Estaba… Da igual. Henry, ¿qué haces aquí?

Va vestido todo de negro. Los mismos vaqueros que antes, pero con una camiseta que solo tiene unas letras de colores en la parte superior.

—¿Quieres dar una vuelta? —me pregunta, elevando el casco rojo que tiene en su mano derecha.

Me miro de arriba abajo, porque sé que me tengo que cambiar. Me he puesto lo más cómodo posible, a pesar de que no combinaba, para limpiar.

—¿Me dejas cinco minutos para cambiarme? —Asiente.

Dejo la puerta abierta, por si quiere quedarse ahí o entrar, y voy directa a mi habitación. Me pongo un *body* y unos vaqueros rotos, cortos. Cuando vuelvo al comedor, veo cómo Henry solo ha avanzado un poco y, en este instante, parece analizar todo mi *outfit*.

—¿Has subido alguna vez en moto? —me pregunta.

—Mmm… Una vez, cuando Asher y yo éramos pequeños. Teníamos…

—Una moto de juguete no cuenta, Amber. —Sonríe, y algo en mi interior parece liberarse—. Es solo que… Ten cuidado con el tubo de escape, ¿vale? Pégate a mí y ya está.

Lo acaba de decir como si fuera fácil. Como si el hecho de pegarme

a él no me alterase; como si rodear su cuerpo con mis manos no hiciera que mi corazón temblase. Intento no darle más importancia. Al final, es un ser humano en moto.

Cuando Henry sale de mi casa, lo sigo y cierro la puerta tras de mí. Aprovecha ese momento y acerca el casco a mi rostro.

—El mío está abajo —dice, mientras el casco entra en mi cabeza. Luego, parece que cierre un enganche por la parte de mi mandíbula.

—Es todo cerrado por…

—¿Seguridad? —pregunto.

—Iba a decir privacidad, pero sí, también por seguridad. —Sonríe.

Capítulo 50

El toque de primera: Tomar la decisión sin pensar demasiado, confiando en el instinto.

Henry

Me subo a la moto y muevo la cabeza, indicándole que es su turno. Lo primero que he hecho al salir de la calle ha sido ponerme el casco. No quiero que nos reconozcan, y menos después de la reunión que hemos tenido.

Ante el peso de ambos, noto cómo la moto baja de manera sutil.

—Cógete a mí y recuerda el tubo de escape.

Amber apoya sus manos en mis hombros. Frunzo el ceño y me giro, mirándola.

—¿Qué haces?

—Cogerme.

Apoyo el pie en el suelo para no caernos y coloco de una en una sus manos en mi cintura. No sé cómo lo hace, pero parece que su tacto sea capaz de transmitir corriente.

Estos días que he estado fuera me han sentado genial. Un poco cortos, para lo que suelen durar mis vacaciones, pero es cierto que también tenía ganas de volver. Y uno de los motivos era ella.

Cuando acaba de ajustarse las manos y noto que ejerce presión en mi cuerpo, arranco la moto.

El trayecto hasta el embarcadero se me hace corto y sé que gran parte de culpa la tiene Amber. Estoy cómodo con su cuerpo tan encima de mí, porque necesitaba volver a estar así.

—No me vuelvo a subir en eso —dice nada más quitarse el casco.

Sonrío y yo también me lo quito.

—Pues hay que volver. ¿Tan mal ha sido estar tan cerca de mí?

Veo cómo mueve sus labios, dudando si contestar o no. Al final, su boca no emite ninguna palabra.

—Es este de aquí. Ven.

Pongo el candado a la moto y caminamos por el muelle hasta el yate de Mark. Sin duda, la relación más larga que ha tenido ha sido con este medio de transporte.

—Antes de que digas algo, no es mío, y tampoco he avisado a nadie porque, como sabes, Mark tiene llaves de mi casa, y yo de las

de él. Bueno, pues también tengo de su yate, que es este. —Le ofrezco la mano para que suba, y luego quito todo lo necesario para que el barco sea libre—. Aquí nadie nos molestará.

Miro el panel del yate, intentando recordar las indicaciones que Mark me ha dicho en millones de ocasiones. Por suerte, me acuerdo de que me envió varias fotografías, por si me ocurría exactamente esto.

Cuando escucho el motor, sé que estoy siguiendo bien las instrucciones.

—¿Qué tal las vacaciones? —Me giro y la veo acomodada en uno de los asientos.

—Cortas. —Sonrío, cogiendo todavía el timón—. Fui a Tailandia.

A pesar de que no me pregunte, le cuento qué vi, el hotel en el que estuve y la comida. Sobre todo, la comida, porque adoré cada uno de sus platos.

—¿Qué te pasaba, antes?

Sé que se refiere a la reunión, porque he intentado evitar el contacto visual en todas las ocasiones.

—Solo me tengo que acostumbrar a estar aquí de nuevo.

No soy una persona mentirosa por naturaleza, pero sí, le acabo de mentir. La verdad es que no sabía cómo íbamos a reaccionar ninguno de los dos después de estas semanas sin saber nada el uno del otro. Bueno, yo ahí también he hecho un poco de trampas, porque le he preguntado a Asher por ella.

Cuando consigo alcanzar la distancia adecuada, paro el yate y tiro el ancla.

Al girarme, veo que está con las piernas encima del asiento —Mark tardaría dos segundos en matarla—, y mirando hacia la infinidad del mar.

Me apoyo contra el timón y me cruzo de brazos.

—Y tú, ¿qué has hecho?

—Descansar, tareas de persona adulta, ir al gimnasio, quedar con amigas y… No lo sabes. ¡Es verdad! —exclama, y me mira—. Hemos visto la nueva equipación y es ¡preciosa!

—¿Voy a tener que esperar a verla en redes o en la tele, o tienes por ahí alguna foto?

Amber parece refunfuñar, pero saca el teléfono y empieza a buscar en su galería. Luego, lo gira y veo la foto que el equipo se ha hecho dentro del vestuario.

—Creo que este año nos ganáis. El diseño es… Es preciosa, sí. —No lo digo solo por la equipación.

De pronto, el silencio se adueña de ambos. Mis oídos solo perciben el poco aire y el movimiento de las olas, junto con alguna que otra gaviota.

—¿Has recibido el mensaje de John?

—No tengo nada todavía. Supongo que ya no tendremos que fingir, ¿no? Quiero decir…, por fin se acaba. —Sonríe.

Ando hasta donde está ella y me siento a su lado.

—Nunca he fingido, Amber.

—Sé que lo estás diciendo por…

—Porque es la verdad. Esa que a ti tanto te cuesta decir —replico —. Nunca he tenido la necesidad de fingir, porque siempre me has parecido una chica atractiva. Y ahora no me vengas a decir que no lo sabías.

—Lo sabía —eleva el dedo índice para que me calle—, como que también sé que te ponen la mayoría de las mujeres.

Me río.

—Eso no es nada cierto.

—Paso de discutir qué chica te pone y cuál no, la verdad.

—Quizás la lista es más corta de lo que piensas.

La conversación se interrumpe porque ambos escuchamos la notificación de nuestros móviles y, con solo una mirada, sabemos lo que es. Cada uno mira su mensaje y luego comparamos que sea igual. Y sí, abajo aparece el nombre de ambos.

Comunicado Oficial

Después de un tiempo compartido, hemos decidido finalizar nuestra relación de manera amistosa. Ha sido una etapa importante para ambos, llena de momentos de crecimiento y aprendizaje, y nos quedamos con el cariño y respeto mutuo que siempre nos ha unido.

Aunque seguimos caminos separados, queremos desearnos lo mejor en el futuro y seguir apoyándonos en nuestras respectivas trayectorias profesionales.

Agradecemos el cariño recibido durante todo este tiempo y pedimos respeto a nuestra privacidad en esta nueva etapa.

Gracias por vuestro apoyo siempre.

Atentamente,

Amber y Harrington.

—Parece que ya volvemos a la normalidad.

—*¿Esto* te parece normalidad? —pregunto, señalándonos a ambos, y luego el mar.

—Digo que después de *esto*, pues cada uno volverá a su vida. A su rutina.

El pensamiento de que todo *esto*, lo que sea que tenemos ahora, pueda desvanecerse en la rutina, me deja un extraño nudo en el pecho.

—¿Te puedo hacer una pregunta? Eso sí, dime la verdad, Prescott.

—Dispara.

—¿Creías que íbamos a tener que besarnos más?

No sé por qué lo digo. Tal vez, porque el silencio entre nosotros se siente demasiado cargado, o tal vez porque llevo demasiado tiempo evitando esa pregunta. Incluso en mi propia cabeza.

Amber me mira, y juro que el tiempo se ralentiza. Juro que intento no mirarle los labios. Hago un esfuerzo consciente por mantener mi mirada en sus ojos, pero estar tan cerca de ella y no hacerlo me parece una falta de respeto.

—Supongo. No sé. Es lo que hacen las parejas.

Me mira tan fijamente, que no puedo controlar que mi mano no empiece a deslizarse por su mandíbula. Por un instante, la veo cerrar los ojos, quedando sus labios entreabiertos.

—Dime qué quieres, Prescott.

—No deberíamos…

«¿Besarnos?».

«¿Mirarnos así?».

—Tenemos que publicar el fin de la relación, Henry.

—El fin de algo que nunca ha existido.

—Así es. —Aparto mis dedos de su rostro y ella se gira.

Siento la tensión apoderarse de mí, mientras cojo el móvil con rabia

y copio el mensaje, tal cual me lo ha enviado Tony. Cada palabra me parece una mentira dolorosa, pero lo publico en todas las redes sociales, como si fuera solo un trámite más.

—Hecho.

—Yo también lo he puesto —afirma con seriedad, pero hay algo en su voz que me hace apretar los dientes.

—¿Cuándo vas a decir una puñetera verdad, Amber?

—Lo he publicado. ¿Quieres verlo o qué?

Resoplo con frustración.

—Mírame, joder. —Lo hace y me asombra. Parte de mí pensaba que me ignoraría, pero aquí está, frente a mí, con los ojos fijos en los míos, vulnerables y desafiantes a la vez—. No deberíamos, claro que no. Porque te aseguro que en mi cabeza tengo a tu hermano cada dos por tres. No soy tan tonto como para saber que esto, justo era lo que no quería. Y ahora, si eres capaz, me niegas que querías besarme hace unos segundos.

—Sabes que, si nos besamos, contradecimos lo que acabamos de publicar, ¿no?

—Mírame y niégalo. —Mi voz baja casi en un susurro. La urgencia en mi tono crece—. Si lo niegas, no vuelvo a sacar el tema y admitiré que todo han sido imaginaciones mías.

Mi mirada viaja de sus ojos a sus labios y ella hace lo mismo.

Un silencio denso nos envuelve, cargado de lo que ninguno de los dos se atreve a decir en voz alta. Ya nos hemos besado antes, pero este momento… Esto es distinto. Hay más en juego. Más deseo y más miedo.

—A la mierda todo —suelta.

Sus manos suben hasta mi nuca y, antes de que pueda procesarlo, nuestros labios se encuentran.

El primer contacto es como una explosión. Algo contenido durante demasiado tiempo, que finalmente se libera. Su boca es suave y firme a la vez, y cada segundo que pasa parece borrar el mundo a nuestro alrededor. Mi mano se desliza por su espalda, acercándola más a mí, mientras sus dedos se enredan en mi cabello, con esa mezcla de urgencia y necesidad que no podemos seguir ignorando.

Y entonces, el beso se vuelve más intenso. Nos movemos al

unísono, con una pasión que no necesita ser contenida.

Mis manos, casi por instinto, empiezan a deslizarse por su cuerpo. Primero por su cintura, sintiendo el calor de su piel a través de la tela, y luego más abajo, apretando ligeramente sus caderas, como si necesitara confirmarle —y confirmarme— que está aquí, conmigo, y que esto es real.

La necesidad de sentirla más cerca me abruma. La atraigo hacia mí, pegando su cuerpo contra el mío, y, en ese momento, no hay nada más que ella. El tacto de su piel bajo mis dedos, su respiración agitada entre beso y beso, el latido acelerado que siento cuando mis manos suben por su espalda y la acaricio con la misma desesperación con la que la estoy besando.

Capítulo 51

El pase en profundidad: Un envío hacia delante que desafía la distancia.

Amber

—¿Qué prefieres…? —dice a mitad del beso.

—¿No puedes besarme y ya?

—Necesito hacerte esta pregunta. —Siento sus manos frías en mi espalda. Al final, el *body* no sé si ha sido tan buena elección como creía—. ¿Qué prefieres, lento o duro? Elige bien, porque en uno me vas a rogar y en otro puede que te duela hasta el alma.

Otra, en esta circunstancia, le hubiera contestado o quizás hasta idolatrado. En cambio, empiezo a reírme.

—Henry… —pronuncio su nombre, presionando mi abdomen para no seguir con la risa.

Él me mira, confundido, y aunque trato de mantenerme seria, es imposible.

—Te juro que no sé qué he dicho que sea tan gracioso. —Eleva su ceja izquierda, y nuestros cuerpos toman distancia.

Intento controlar la risa que aún amenaza con salir, pero el recuerdo de cómo lo ha dicho me provoca otra carcajada.

—Has sonado muy modo *fuckboy*.

Henry frunce el ceño, pero, al instante, una sonrisa divertida asoma en sus labios.

—¿Tengo más modos de esos?

—Solo sé Henry, ¿vale?

—No, ahora necesito que me digas qué modos tengo. O bueno, cuál de ellos quieres elegir. —Se queda mirándome.

Siento cómo mi risa se apaga poco a poco, porque, de alguna manera, lo que hace con esa mirada es retarme. Es como si estuviera jugando a ver hasta dónde puede llevarme, desafiándome a seguirle el juego.

—Creo que, como sigas así, me voy a arrepentir hasta del beso que acabamos de darnos.

Henry frunce el ceño y se ríe. Sí, acaba de salir una risa sonora de su boca.

—Entonces, prefieres que lo dejemos aquí, ¿no? —pregunta,

mirándome como si esperara mi reacción. Es como si realmente quisiera saber hasta qué punto me atrevo a seguir.

Su mirada se vuelve más intensa, penetrante, de esas que te atraviesan sin que puedas escapar. Puedo sentir cómo sus ojos se clavan en los míos. Intento desviar mi mirada, pero no puedo. Estoy atrapada y, cuanto más tiempo pasa, más difícil me resulta controlarme. Él es consciente. Sabe perfectamente el efecto que tiene sobre mí y lo está aprovechando.

—¿Ahora mismo estás en modo «Henry, cállate» o «Henry, fóllame»?

—Vamos a tener un problema, ¿sabes? —Me levanto—. Porque uno de los dos deberá tener la boca ocupada para que esto salga bien.

—No te preocupes, yo me encargo. —Me giro y lo veo esbozar una sonrisa ladina—. Pero yo veo otro pequeño problema.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál?

—Este yate no tiene nada cubierto y, como no quieras que la primera persona que pase por el agua te vea desnuda, tenemos que irnos.

—No me importaría lo más mínimo que alguien nos fotografiara. —Estoy de coña, pero, al verlo tragar saliva, creo que no sabe que realmente estoy bromeando, así que, añado—: Vamos a tu casa, ¿no?

⚽

Conforme ha cerrado la puerta, Henry me empuja contra ella, con un deseo que no puedo ignorar. No de manera brusca, pero lo suficiente como para que mi espalda choque con la madera y su boca esté sobre la mía, antes de que pueda respirar. El beso es intenso, urgente, y siento su cuerpo presionando el mío, como si no pudiera esperar más. Mis manos suben instintivamente hacia su cuello.

Sus labios se mueven sobre los míos, con una mezcla de necesidad y desafío, y me besa como si quisiera devorarme. Siento sus manos recorrerme con firmeza. Creo que incluso la vuelta en moto nos ha parecido hasta más corta por las ganas de ambos.

Por un momento, Henry para de mover sus labios y deja una

separación entre nuestros cuerpos y, con un movimiento rápido, se quita la camiseta de un tirón, dejándola caer al suelo.

—Si sigues así, vas a desnudarte antes de entrar a la habitación —bromeo, intentando mantener el control, aunque mi voz sale entrecortada.

Henry me mira con una sonrisa descarada. Su torso desnudo está apenas a centímetros del mío y sus ojos brillan con una intensidad que me hace estremecer.

—¿Quién ha dicho que vayamos a la cama? —responde, con esa maldita seguridad que siempre lo rodea.

Antes de que pueda contestar, me toma de la mano y me guía hacia las escaleras que llevan al piso de arriba. Subimos con rapidez, casi tropezando en el proceso.

Al llegar arriba, Henry se detiene frente a mí, sin dejar de mirarme con esa mirada que me tiene atrapada.

—Has dicho que querías venir a mi casa —dice, con voz baja y provocativa—. Así que yo pongo las normas aquí.

Su mano toma la mía y, antes de darme cuenta, me lleva al baño. Una vez dentro, abre la puerta de la ducha y me empuja hacia dentro, todavía con la ropa puesta. Mi respiración se acelera mientras lo veo girar el grifo.

—Henry, ¿qué haces? —le pregunto entre risas nerviosas—. No voy a mojar mi ropa. No tiene sentido.

Me quedo mirándolo, sintiendo cómo mi cuerpo se debate entre el impulso de reír y la incredulidad de la situación. Está de pie frente a mí, y, entonces, sin apartar los ojos de los míos, abre el grifo.

—No tienes otra opción, si quieres esto —dice, señalándose a sí mismo. Su cuerpo está mojado bajo la ducha.

Mis ojos se clavan en los de él. No puedo evitar morderme el labio. Por una parte, mi cabeza me grita que esto es una locura y que no tiene sentido entrar con ropa, si luego nos la vamos a quitar. Pero entonces está él. Su mirada penetrante, su cuerpo bajo el agua… Hay algo en él que me atrae como un imán; algo que me dice que, si no hago esto, voy a arrepentirme.

«A la mierda el sentido común», pienso.

Respiro hondo y, antes de darme cuenta, ya he dado el paso.

Me meto bajo la ducha, dejando que el agua me empape de inmediato. La ropa se pega a mi piel, el frío inicial me sacude, pero es solo un momento. Lo miro, desafiándolo, y es ahí cuando sigo su mirada. Y sé que ahora mismo, está agradeciendo que lleve una pieza de ropa que no necesita sujetador, porque mis pezones están evidenciando el frío que he sentido.

Henry mueve la posición del grifo, apartando la vista de mí, por un instante.

—Creo que así ya no tendrás frío. Aunque te aseguro que, dentro de poco, esta temperatura te va a molestar.

—¿Y si lo cierras? Sería mejor que…

—Después de la playa, ¿tú no te duchas o qué? —responde, acercándose a mí. Sus labios empiezan a deslizarse por mi cuello.

—Es que me parece que el agua…

Noto cómo frena sus movimientos.

—La apago, ¿vale? Y como sé lo que estás pensando, no soy de los que malgastan el agua. No soy como *esos* a los que seguramente odias. Y ahora, ¿podemos volver a lo que estábamos?

Capítulo 52

Estado de gracia: El momento en el que todo parece ir a tu favor.

Henry

No me importa su manera de pensar. De hecho, es una de las cualidades que me gustan de ella. Lo que sí me molesta es que quiera estar metiéndome todo el rato en un saco de personas que no soy yo. Quizás ella no se da cuenta, pero suele hacerlo.

—Y bien, ¿quién va a mantener la boca ocupada?

Juro que no era una propuesta para nada. Aunque no voy a negar que ya me estoy imaginando mi polla en su boca. Al igual que creo que llevo mucho rato con casi toda la sangre de mi cuerpo *ahí*.

Amber se desabrocha el pantalón y apoya su mano en mi pecho para quitarse los vaqueros. Me quedo embobado por la manera en la que el *body* presiona su cuerpo. Me había imaginado cómo sería desnuda, pero creo que me he quedado corto. Muy corto.

Después de eso, empieza a besar mi cuello. Su lengua va lamiendo mi cuerpo, hasta llegar a la altura de mis pantalones. No aguanto más. No sé qué he hecho en otra vida para tener que soportar esta penitencia, porque ahora mismo mi único pensamiento es estar dentro de ella.

Cuando me muerde justo en la tira del calzoncillo, mis dedos se deslizan por su pelo y llevo su cabeza hacia atrás. Aprovecho esa distancia para quitarme el vaquero, lanzándolo directamente al suelo. Con un movimiento rápido, elevo el cuerpo de Amber, colocándola a horcajadas.

La ropa que llevamos es demasiado fina. Tanto que enseguida veo en el rostro de Amber que acaba de notar lo hinchada que la tengo. Llevo su cuerpo hasta el estante de mármol que no utilizo para absolutamente nada, pero que ahora le veo una utilidad magnífica. Sonrío al imaginarme las veces que podríamos hacerlo así.

—¿Cuántos culos has apoyado aquí? —pregunta, nada más su cuerpo toca el mármol.

La voy a silenciar a besos, sí. Será la mejor opción, si no quiero que siga pensando en estereotipos o en cualquier cosa que la pueda alejar de mí. Ella parece que nota un cambio en mi expresión,

porque enseguida añade:

—Vale, prefiero que no me lo digas, o si eso luego, porque si no vamos a acabar discutiendo.

—De todas formas, diga lo que diga, no me ibas a creer, ¿verdad? —Asiente—. Mejor discutimos sobre quién va a correrse primero.

Presiono mi cintura contra la de ella, y oigo cómo gime. Mis dedos se deslizan con suavidad por sus muslos, para luego desabrochar los pequeños botones de su *body*. Elevo la vista para mirarla, y la beso. Mientras lo hago, mi mano empieza a jugar con su cuerpo. Enseguida noto lo mojada que está, y no, no es por el agua de la ducha. Mis dedos juegan con su clítoris, mientras ella gime a pocos centímetros de mi boca.

—Lo estabas deseando —susurro.

Ella arquea su espalda. Lo primero que pienso es que lo hace porque quizás así está más cómoda y siente más placer. Sin embargo, cuando alarga su mano hasta mi pene, sé que mi pensamiento ha sido erróneo. Con su mano y por encima de la ropa interior, presiona mi polla.

—Necesito que estés…

—Lo sé —me dice al oído, murmurando.

Estoy diciendo obviedades, porque ya ha podido intuir lo que hay debajo y lo grande que es. No lo estoy diciendo porque tenga el ego muy alto —que adoro mi ego—, es porque no sería la primera vez que veo cómo una chica, tras bajarme los pantalones, abre los ojos de par en par. Por no hablar de que, en los vestuarios, muchas veces vamos desnudos, por lo que, bueno, sabemos lo que cada uno tiene. Este mismo año, tras ganar la Liga, mientras Jack grababa un vídeo, apareció el culo de Ramírez de gratis.

Cuando me quito el calzoncillo, su mirada va directa hacia mi pene. Luego, no sé si, de manera consciente o no, se muerde el labio. Ese gesto me acaba de poner demasiado. Rodeo mi miembro con mi mano, y la muevo de arriba abajo.

—También podías pedírmelo.

—Es toda tuya.

A partir de ese momento, jugamos con nuestros cuerpos. Más bien, ella juega con el mío y yo con el suyo. Hasta que llegamos al límite,

porque, si seguimos así, al menos yo, voy a correrme antes de entrar.

—Amber —jadeo su nombre—, ¿y si me lo pongo?

Ella sonríe, divertida. Al separarme de su cuerpo, ella cierra las piernas. Salgo de la ducha y abro un cajón de almacenaje. Entre las cosas que guardo, hay preservativos. Abro el envoltorio y me lo pongo.

—Prefiero no preguntar por qué tienes condones ahí.

—Yo tampoco voy a discutir sobre cómo follarte, porque va a ser tal cual estás.

Entro de nuevo en la ducha, y me acerco hasta el estante, colocando las piernas de Amber alrededor de mi cintura. Mientras beso su cuello, pongo la mano en la pared en la que su cabeza está apoyada.

—Espera —dice, mientras coge el *body* por la parte inferior para quitárselo.

Me muerdo el labio, notando cómo a mi pene le gusta contemplar la escena. Mi lengua vuelve a su piel, pero esta vez, pudiendo recorrer mucho más su cuerpo. Sin embargo, en vez de deleitarme en el mismo punto, voy directo a sus pechos. Joder, son perfectos. ¿Se puede tener el tamaño perfecto? Porque creo que los he encontrado. Lamo cada parte de su puñetero pezón, para luego, antes de irme, morderlo.

Amber se acerca un poco más a mí y pega sus tetas a mi pecho. Noto el calor que emite su piel. Estoy tan pendiente de su cuerpo y de su boca, que me cuesta sentir sus dedos alrededor de mi pene. Creo que con ella tengo tantos estímulos, que soy incapaz de prestar atención a todos ellos. Y eso me duele.

Nuestras caderas se juntan y ella empieza a moverse, pidiendo más. Gruño, porque yo también lo necesito. Con su mano, a su ritmo, va introduciendo mi pene dentro de ella.

Me gustaría describir lo que siento, en este momento exacto, pero es que el placer tiene nublado mi cerebro. Noto la presión de su vagina alrededor de mi polla. Y su cara. Esa cara que pone de placer y que todavía me excita más.

Apoyo la mano detrás de su cuerpo, mientras ella se sujeta al mío,

clavándome las uñas en la nuca. Muevo mis caderas de manera lenta, sintiendo el auténtico placer. Ella gime y ese sonido hace que en mi cabeza se encienda un interruptor para aumentar la velocidad de mis movimientos.

—Cuando te corras —susurro en su oído, notando su aliento en mi oreja—, quiero que grites mi nombre.

—¿Y si no me corro?

Me detengo, a propósito. Le miro a la cara y sonrío.

—Amber, sigues mintiendo fatal. —Deslizo de manera lenta mi pene dentro de ella, sabiendo que me va a pedir más—. ¿Vas a negarme que quieres que vaya más rápido o prefieres que siga torturándote?

Enseguida noto cómo sus dientes se clavan en mi hombro. Como respuesta, vuelvo a esos movimientos rápidos y ella gime.

No deseo acabar ya. Quiero que ella se corra antes que yo y, si es necesario, que lo haga más de una vez.

Enredo su pelo en mi mano y tiro de su cabello con delicadeza, provocando que su rostro se incline hacia atrás. Aprovecho para pasar mis labios por su cuello y jugar con mis dientes y lengua.

—Henry…

Es de las pocas veces que, mientras tengo sexo, la otra persona menciona mi nombre, y no mi apellido. Y, joder, ahora dudo de que pueda aguantarme.

Mis manos se desvían a su culo, presionando su cuerpo contra el mío y escuchando el ruido del choque de ambos por el movimiento ejercido.

—Adoro esa puta cara que pones —le digo y ella sonríe. Por supuesto que sabe de lo que le estoy hablando—. Di mi nombre, otra vez.

—Dios, me voy a correr.

Sonrío, porque me encanta escucharlo de su boca. Es precioso y, a la vez, excitante. Segundos después, percibo los espasmos de su cuerpo que van acompañados de un gemido. Verla así es… adictivo.

—Joder, ¿cómo me puedes poner tanto?

Después de darle una breve pausa, ejerce presión sobre mi espalda para que vuelva a moverme.

—¿Qué quieres un 2-0?

—Córrete conmigo, Henry.

Tres palabras ha necesitado para que pierda la poca cordura que me quedaba.

Entro y salgo de una manera más férrea, porque quiero que sienta tanto placer como yo ahora mismo.

Amber vuelve a gemir y, por ese tono y su rostro, sé que ha vuelto a correrse. Yo tampoco tardo en hacerlo. Siento cómo mi cuerpo se libera.

Me quedo un rato más dentro de ella, porque no quiero que este momento se evapore. Joder, creo que tengo un problema, porque aún no la he sacado y ya quiero repetir.

Capítulo 53

El segundo palo: Ese punto casi olvidado que puede cambiar el desenlace del partido.

Amber

Henry:

Dentro de dos semanas tenemos el primer partido de pretemporada.

¿Y vosotras?

Al mirar la pantalla y tener el reconocimiento facial activado, el teléfono se desbloquea. Decido responderle.

Amber:

Dentro de una semana.

El sonido de risas y quejas llena el vestuario mientras las chicas se desploman en los bancos. Algunas sueltan comentarios sobre el calor o el cansancio, y otras buscan una toalla para secarse el sudor. Yo me dejo caer en uno de los bancos, todavía respirando con dificultad por el entrenamiento y con la mente distraída en otra cosa: Henry.

Apoyo el teléfono a mi lado y, aunque intento enfocarme en los chistes de mis compañeras y en el alivio de haber terminado otro entrenamiento, mi mente vuelve, casi sin querer, a lo que pasó con él.

No sé en qué punto estamos. No sé si eso fue solo un error o si, en el fondo, ambos estábamos esperando que eso sucediera. Por una parte, quiero pensar que no significó nada, que fue un momento de debilidad en medio de la confusión. Pero otra parte, una que no puedo ignorar, me dice que fue real, que lo que sentí no fue algo que simplemente se pueda dejar atrás.

—¡Amber, vuelve a la Tierra! —me dice Jessica desde el otro lado del vestuario, tirándome una toalla.

Me río entre dientes y la atrapo, antes de que me dé en la cara.

—Parece que alguien está pensando en… —dice Alison, intentando enlazar una broma que no continúa.

—Chicas, un poco de empatía, ¿no? —interviene Mia, con tono protector—. Que Amber acaba de cortar con Harrington. ¿Qué tal si dejáis de hacer bromas?

El silencio dura solo un segundo, pero siento que el estómago me da un vuelco. Todas se miran entre sí. Yo bajo la cabeza, fingiendo revisar el teléfono, intentando que no noten el desorden que me han causado esas palabras. La realidad es que nadie sabe lo que realmente pasó, ni el lío que tengo dentro. Pensé en contárselo a Sam y a Alex, ya que, al final, ellas saben que todo esto era mentira, pero no me sale. No puedo decirlo, porque es que no sé ni cómo. ¿Cómo les explico que me he acostado con él y que estamos bien? ¡Cuando no sé ni cómo estamos! Por no hablar de que emitimos el comunicado de la ruptura, estando juntos. ¡Estando juntos!

Respiro hondo, intentando contener el torbellino de emociones que me consume. Me limito a sonreír débilmente, a hacerme la fuerte, y decido no decir nada.

—¿Estás bien? —me pregunta Sam, sentándose a mi lado.

—Sí, sí. Solo me falta… volver a la rutina de los entrenamientos, ya sabes.

—No me refiero a eso, Amber.

—Te vale como respuesta un… ¿No lo sé? —inquiero, con mi cabeza hecha un lío.

En vez de seguir preguntándome, Sam pasa el brazo sobre mis hombros, para rodear parte de mi tronco superior.

—Vamos a darlo todo esta temporada, ¿sí?

—No lo sabes bien, amiga.

Sé que, pase lo que pase fuera del campo, aquí tengo a mis compañeras, a mi equipo.

⚽

Estar a una semana del primer partido real de la pretemporada solo puede significar una cosa: es el momento del auténtico desmadre. El vestuario se acabó convirtiendo en lanzar pelotas al aire, gritos, toallas en el suelo, grabar vídeos tontos… Antes de la intensidad de esta temporada —que sabemos que vendrá—, aprovechamos estos momentos de libertad. Estos momentos de despedida, o de bienvenida, según se mire.

Si le preguntara a Sam, sería de despedida, pero, si me preguntan a mí, de bienvenida. ¿El motivo? Porque empezamos la dieta

estricta, la rutina real y una temporada para demostrar lo bien que se nos da lo que hacemos. Aunque es cierto que se acaban las *pizzas*, las sesiones de series hasta la madrugada o, simplemente, beber alguna que otra copa. Y, por eso mismo, antes de que empiece todo esto y podamos hacer ese *break* mental de que «esto empieza», solemos salir una última noche. Una noche en la que estamos el equipo al completo.

—¿No vas a beber más? —me pregunta Sam, acercándome su copa a la cara.

—Déjala y vente a bailar. —Alex le hace pucheros con la mirada.

—¡Cómo subas eso, te mato! —Escucho a Alison de fondo.

—Id, yo me quedaré por aquí —digo, haciendo un gesto con la cabeza para que vayan al centro de la discoteca.

Miro alrededor para, simplemente, observar a mis compañeras. Alison y Mia están juntas y, al parecer, Mia sigue bromeando con ella, diciéndole que va a subir el *reel* donde Alison se ha echado toda la bebida por encima del vestido. Luego, hay otro grupo que está con los *vapers* en la boca. Otras compañeras, no sé ni dónde están. Y es que esto, ahora mismo, es un puzle donde faltan piezas.

Le había dicho a Alex de reservar un sitio concreto, solo para nosotras, pero no ha sido así. Al parecer, este año querían estar rodeadas de más personas. Eso sí, al menos han elegido un sitio más VIP, en el sentido de que aquí solo entran personas famosas, relevantes o importantes. Supongo que siempre viene bien sentirse, de vez en cuando así, ¿no? Ya que, en la mayoría de las ocasiones, nos sentimos invisibles.

De pronto, veo correr a Alex y a Sam hacia mí, y temo que esta última se tropiece y caiga en cualquier momento. Ambas me cogen de la muñeca, y, al pensar que me van a sacar a bailar, niego con la cabeza. Estoy bien donde estoy. Sin embargo, sus miradas se dirigen hacia un grupo de chicos.

Mierda.

Mierda.

Y más mierda.

De todos los sitios VIP a los que pueden ir, a todos los clubes nocturnos a los que tienen acceso, han elegido el mismo que

nosotras. Enseguida localizo a Mark y, cómo no, a su lado está Henry. Ambos están riendo, cuando Mark le da un golpe en el hombro a su amigo.

—Podemos irnos fuera —me indica Alex.

Niego con la cabeza.

No hemos planeado esto. No sé si debemos saludarnos, mirarnos, darnos dos besos… ¿Qué coño hacemos? Veo que mi hermano me saluda con la mano y yo imito su gesto.

El resto del equipo no tarda en darse cuenta, ya que siento mil miradas pendientes de mí, pero me importa una mierda. Lo que no me importa tan poco es que se ponga a ligar con alguna delante de mí. A menos de cuarenta y ocho horas de haber cortado —y de haber hecho otras cosas, claro.

Dudo de si se pondrá a ligar con alguien, por mí, por lo que hemos hecho, y es ahí cuando mi parte más racional se ríe, porque por supuesto que va a hacer algo. Es Henry.

Sin embargo, lo que no voy a hacer es quedarme aquí quieta, mirándolo, como si fuera la novia cadáver. Más bien, exnovia cadáver.

Capítulo 54

El despeje: Cuando la única opción es alejar el peligro lo más lejos posible.

Henry

Se le ha ido la cabeza. Es lo primero que pienso cuando veo que Jack lleva su mano a la cintura de Amber. Sin embargo, el hecho de que ella no le aparte y le sonría, hace que no entienda nada. ¿Me he perdido algo?

—Deja de presionar la mandíbula como un mandril.

—¿Qué dices, Asher? —intento desviar su comentario, pero sigo sin apartar la mirada de ellos—. ¿No lo dejé claro en aquella barbacoa o qué? —resoplo. Mi tono de voz es completamente de enfado.

Recuerdo a la perfección que dije que tenían prohibido tener lo que sea con Amber, aunque cortásemos.

—Te lo avisé y voy a ser sincero: preferiría que mi hermana estuviera bailando contigo, antes que con él.

—¿Ya no me odias por eso?

«Lo haría, si supiera que te has acostado con su hermana, Henry».

—¿Se te ha subido el poco alcohol que has bebido o qué? —Ladea sus labios—. Lo que deberías hacer es ser sincero contigo mismo, ¿sabes?

—En Tailandia…

—¿Por qué crees que necesitaba que te fueras? Quería que tomarais distancia los dos, para veros, Henry. Ahí fue cuando me di cuenta de que estabas pillado por mi hermana y que yo… era un incordio.

No me atrevo a negarle nada, porque… ¿Estoy pillado por Amber?

En este instante, lo único que tengo ganas es de que exista espacio personal entre ella y Jack.

—Parece que la cosa está calentita —dice Mark, al acercarse a ambos.

—Cállate —decimos al unísono, Asher y yo.

—¿Igual es mejor que me vaya?

—Igual es mejor que te quedes para sujetarme, porque tengo unas ganas enormes de partirle la cara.

—Es Jack —intenta justificarse.

—Como si es el Papa.

—Creo que ahora me entiendes un poco, ¿no? —Asher sonríe de manera irónica.

—Un poco.

La mano de Jack desaparece entre el pelo suelto de Amber. Puedo sentir hasta cómo estará deslizando los dedos por su nuca y cómo intentará llevar su boca hasta…

—Tengo que pararlo.

—¡No, no! —grita Mark.

—¡Es que no puedo, Mark! ¡No puedo! —Me giro hacia él, alzando las manos.

—Te acompaño. Encárgate de Amber, porque no quiero peleas en mi puto equipo. —Asher golpea mi hombro.

Tan cerca como estamos de ellos, Asher pone una mano entre los dos, haciendo que Amber vuelva a la realidad y se separe un poco.

Aprovecho ese espacio para cogerla del brazo e indicarle con un gesto que venga conmigo.

En ese momento, Jack abre la boca.

—¡Venga ya! Nos lo estábamos pasando bien.

Es ahí cuando me vuelvo hacia él. No debería haber venido a separarlos. No debería comportarme como un tóxico subnormal. No debería haberme girado.

—¿No recuerdas lo que dije en la puta barbacoa o qué? ¡Está prohibido, Jack!

—Tú por un lado, y tú conmigo —eleva la voz Asher—. Qué panda de gilipollas tengo —refunfuña.

Cojo a Amber de la mano y me la llevo hasta la barra. Hablo con el camarero, que nos conoce por las veces que mi equipo ha estado en este local, y me hace el favor de darnos una sala para estar solo nosotros.

Durante todo este *show*, Amber no ha hecho intento de nada. Simplemente, se ha dejado llevar por mí.

—¿Qué ha sido lo de ahí fuera? —No sé ni cómo etiquetarlo.

Se cruza de brazos y se sienta en el sofá que hay en la habitación.

—¿Por qué tengo la sensación de que te estás pareciendo a Asher?

—¿Me estás comparando con tu hermano, Amber? ¿En serio?

—¡Estaba bailando, Henry!

—Estabas a cinco centímetros de la boca de Jack, después de…

—¿Después de qué? ¡Dilo! —me exige.

Camino por la sala, mientras me llevo las manos a la cara, desesperado.

—De haber follado, Amber.

—Has entrado y ni siquiera me has mirado. ¡Ni siquiera nos hemos saludado!

—No sabía cómo actuar, joder. ¿O tú sí?

Su silencio me confirma que ella tampoco.

—Se nos está yendo de las manos. Yo… —me siento a su lado—, no soy así. No me comporto como un *onvre* o *señoro*. —Escucho su risa—. ¿Qué pasa?

—Nada, es solo que me ha hecho gracia cómo has dicho *onvre*.

Sonrío.

—Creo que la farsa, lo del otro día, y vernos hoy… ha sido todo tan caótico. O sea, no estábamos preparados para tanto, ¿no?

—No, no lo estábamos —se sincera—. ¿Qué es eso que le has dicho a Jack, antes? No sé a qué te referías con una barbacoa o no sé qué.

—Mencioné algo que no debería decir, porque me volví a comportar como un celoso, y que Jack no ha cumplido.

—¿Qué dijiste exactamente?

—Que cualquier jugador del equipo tenía prohibido acercarse a ti, incluso si cortábamos —lo suelto todo de seguido porque, si tuve huevos de decir eso, también los tengo para repetírselo a ella.

—¿Qué soy? ¿Tuya o qué? —Me mira fijamente.

—No… No lo tenía que haber dicho, Amber. Y me disculpo, en serio. Porque creo que eres tú quien se merece esa disculpa. —Resoplo—. Por supuesto que puedes hacer lo que quieras y con quien quieras. Yo no soy nada ni nadie.

—Todo esto nos ha venido demasiado grande —afirma, mientras posa la mano en mi pierna. Ese gesto es como un soplo de aire— y creo que ha sacado lo peor de nosotros mismos. Yo tampoco soy de… ¿Bailar con futbolistas? Joder, es que no quiero nada con ninguno. —Se ríe, y pienso si eso me incluye a mí también—. Me he

comportado como una niña de quince años bailando con Jack.

—Bueno, si querías solo bailar, podrías habérmelo dicho. —Le guiño un ojo y sonríe.

—¿Quedaba mal que, después de anunciar que «hemos cortado», nos saludemos con dos besos?

—Creo que habríamos actuado como dos personas adultas. El problema es que no «hemos cortado», porque nunca hemos salido, Amber.

—Pero sí que nos hemos acostado.

—No se lo recuerdes a mi polla, por favor, que necesito toda la sangre en mi cerebro ahora mismo.

Se ríe y me entran unas ganas enormes de besarla.

—Tengo un problema, Henry —dice, susurrando.

—Dime, Prescott.

—Respecto a que prohibiste…

—Ya estoy lo suficientemente arrepentido —la interrumpo.

—En una cosa sí tenías razón —frunzo el ceño, mirándola— y es que esta noche sí quiero ser tuya.

«¿Acaba de decir lo que creo que acaba de decir?».

A mi cerebro no le da tiempo de elaborar una respuesta, porque las piernas de Amber ya rodean mi cintura. Coge mis manos y las lleva a su culo. Ahora mismo, estoy agradeciendo que lleve un vestido tan corto y que se pueda levantar con tanta facilidad.

—Joder, Amber —gruño, palpando sus nalgas.

—Eso sí, como vuelvas a decir algo… —indica, con su dedo índice apoyado en mis labios.

—Te prometo que no me voy a portar como un capullo.

—Bien, porque yo tampoco lo haré.

Se inclina y me besa. El contraste entre sus labios tiernos y su lengua traviesa es adictivo. Mientras mantengo una de mis manos en su nalga, con la otra presiono su nuca para atraerla más hacia mí. Es como si el poco espacio que queda entre ambos se me hiciera un abismo.

Capítulo 55

PARTIDO SUSPENDIDO: CUANDO POR MOTIVOS AJENOS O PROPIOS, EL JUEGO SE SUSPENDE.

Amber

—Id cogiendo asiento, sí —dice el representante de Football For All, indicándonos con un gesto que ocupemos los lugares que nos ha asignado.

El panorama es el siguiente: estoy sentada junto a mi representante y a escasos metros, está Henry con el suyo. Casi podría resultar una reunión normal, si no fuera por el hecho de que ninguno de los presentes tiene la menor idea de que anoche estuvimos juntos. Y no solo eso. Fui yo quien tuvo que recordarle esta reunión a Henry, porque ni siquiera la tenía apuntada. La suerte que hemos tenido es que no dormí en su casa, por lo que cada uno ha venido por su lado.

La reunión comienza sin preámbulos, el representante de Football For All y los suyos ya han preparado un análisis detallado de nuestra campaña. Aunque trato de mantener la compostura, siento mis nervios alerta, y me descubro consciente de cada mínimo gesto de Henry. Para quienes nos rodean, esto es solo el final de una campaña. Para nosotros… es mucho más complicado de lo que nadie imagina.

—Queremos agradecer la participación de los dos —señala el representante—. La repercusión ha sido excelente, y tenemos claro que ha sido por la química entre ambos. Aunque no fuera una relación real, el público se ha enganchado. Así que, de verdad, gracias por vuestra dedicación.

Asiento con una sonrisa profesional, una que practiqué tantas veces frente al espejo, que ya sale de manera automática. Lanzo un vistazo rápido a Henry. Tiene la expresión seria, pero noto cómo se le escapa una pequeña sonrisa, mientras desvía la mirada de inmediato.

—Nos alegra que la campaña haya tenido el impacto deseado —respondo, tratando de sonar neutra, aunque siento mi voz algo tensa.

La reunión avanza, mientras nos muestran estadísticas, informes de

redes, proyecciones para futuras colaboraciones… Todo es perfectamente profesional, pero la dinámica entre Henry y yo está lejos de serlo. Cada tanto, mi mirada se cruza con la de él, y es como si algo en el aire que hay entre nosotros se tensara. Es como si ambos estuviéramos sosteniendo un hilo invisible, que amenaza con romperse al más mínimo movimiento en falso.

—Como veis —continúa el representante—, el proyecto ha superado nuestras expectativas. Las interacciones, las menciones en redes sociales, el crecimiento de la visibilidad… Todo indica que esta ha sido una de nuestras campañas más exitosas.

Me limito a asentir, mientras paso las páginas de los informes que han distribuido. Las cifras son impresionantes, realmente lo son, y estoy orgullosa de lo que hemos logrado. Pero mi mente no deja de volver a lo que significa esto.

—¿Qué opináis del resultado? —pregunta mi representante, girándose hacia Henry y hacia mí.

—Ha sido una experiencia interesante —responde Henry, con una sonrisa serena que, solo yo sé, lo que le ha costado ocultar.

Miro la forma en que sus labios se curvan y tengo que obligarme a concentrarme en mi respuesta, antes de que el silencio se alargue.

—Coincido —añado con rapidez, recobrando la compostura.

La reunión prosigue con más detalles sobre futuros proyectos; propuestas que nuestros representantes discuten con entusiasmo. Hablan de nuestras próximas oportunidades de colaboración, posibles asociaciones y nuevas campañas.

De repente, Henry se aclara la garganta y levanta una mano con una sonrisa sutil, llamando la atención de todos los presentes.

—Antes de irnos —anuncia mirando a los presentes—, quería agradecer la oportunidad de haber participado en esto y vuestro apoyo. —Mira al agente de Football For All—. Así como la dedicación de todos. —Sus palabras son formales, su tono es profesional, pero la forma en que sus ojos se detienen en el equipo de Football For All, y luego en mí, me mantiene atenta, esperando el giro que puede dar a lo que dice—. Gracias a ti también, Amber.

Mi respiración se congela un instante, sorprendida de que me mencione directamente, aquí, delante de todos. No sé si lo que

siento es orgullo, nervios o simplemente tengo ganas de irme de esta sala ya, de ya.

—Fue un placer trabajar con alguien tan profesional y apasionada… —agrega. Su voz es algo carrasposa. Un tono que me hace dudar de si está hablando de fútbol o de algo más. Hace una pequeña pausa y luego, mirando hacia la mesa, se corrige—… del fútbol. —Su voz se recupera al instante y sus ojos se vuelven a alzar hacia mí, como si buscara asegurarse de que lo he entendido.

Tengo que reprimir una sonrisa.

Henry vuelve la vista al frente y termina su agradecimiento. Esta vez, hacia su representante.

Las palabras de Henry cuelgan en el aire y, aunque parece una simple despedida, no puedo evitar sentir que son algo más, como si se tratara de una promesa disfrazada de formalidad.

La reunión finalmente llega a su fin.

Los representantes de Football For All se incorporan, despidiéndose con sonrisas satisfechas y apretones de manos.

Mi representante me lanza una mirada aprobatoria, asintiendo con una sonrisa, mientras recoge algunos papeles y se prepara para salir.

Yo me levanto también, manteniendo la compostura, aunque el corazón me late rápido. Miro hacia Henry una vez más, antes de que los representantes nos rodeen y el momento desaparezca.

Mientras todos se mueven hacia la puerta, Henry se adelanta un poco y, al pasar por mi lado, susurra lo justo para que solo yo lo oiga:

—A ver si la próxima vez recuerdas las reuniones tú, en lugar de dejarlo en mis manos.

No puedo evitar una sonrisa y sacudir con la cabeza, porque, si no fuera por mí, él ni siquiera estaría aquí.

Cuando Tony empieza a despedirse de mi representante, Henry eleva su mano, solicitando un apretón. Me parece que es un gesto algo escaso, después de que le haya visto lo que tiene entre las piernas, pero me parece algo acorde a dónde y con quién estamos.

Después de despedirse, solo quedamos John y yo.

—John… —empiezo y cuando él me mira, bajo un poco la voz, sintiéndome algo avergonzada—, hay algo que quería preguntarte,

sobre las cláusulas que firmamos para la campaña.

Él asiente, con el interés de quien ha tratado cada detalle de esos contratos.

—Claro, Amber, dime.

—¿Existe alguna cláusula…? —trato de ordenar mis palabras, eligiendo el tono correcto—. Es decir, en caso de que, en un futuro, Henry y yo… tengamos algo. Ya sabes, fuera de lo profesional.

John me observa un segundo, como procesando lo que acabo de decir, antes de sonreír de manera comprensiva.

—Ah, entiendo. Quieres saber si existe alguna cláusula de restricción personal. —Asiento, sin saber muy bien si debería sentirme avergonzada o aliviada—. No te preocupes, Amber —dice, con un tono que intenta tranquilizarme—. No hay ninguna cláusula en contra de eso. La relación que mantengáis después de esta campaña es completamente asunto vuestro.

Capítulo 56

COBERTURA: PROTEGER A UN COMPAÑERO QUE ESTÁ EXPUESTO.

Henry

La equipación del Estrella Negra ha sido un éxito. Desde que esta mañana han presentado ese vídeo en sus redes sociales, las personas han empezado a preguntar si ya estaba disponible en la tienda.

Sé que nuestra equipación no va a tener tanta expectación. Más que nada, porque vuelve a ser la misma de todos los años, pero con el patrocinador un poco más grande. Vamos, lo que les gusta a los aficionados —nótese la ironía.

Sin embargo, estoy alegre por ellas, porque una atención así les viene genial para conseguir patrocinadores, campañas, o lo que sea.

Desde el sofá de mi casa, he entrado varias veces a su página web para simplemente mirar. He añadido una de las camisetas al carrito, para comprobar que el sitio funcionaba bien y luego, cuando la he pedido serigrafiada, me ha dado error.

—¿Te deja pedir camiseta serigrafiada?

—¿El qué?

Giro el teléfono hacia Mark, para que vea de qué le hablo.

—Ahora te digo. —Lo veo teclear y mover sus dedos—. Intuyo que quieres…

—¿De quién cojones la voy a querer, Mark?

Se ríe.

—No hay *stock*.

—Acaban de salir hace cuatro horas.

—Pero no hay.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —Asiente—. Joder, es la mejor.

—Voy a pedir la mía, que si no…

—¿A quién has elegido?

—A Sam, es defensa como yo. —Me guiña un ojo.

Necesitamos estas camisetas para mi idea. Sí, aquella que tuve y que verbalicé delante de Mark y Asher, y que el entrenador aprobó, luego.

—Me va a tocar robarle una puñetera camiseta a Amber.

—O esperar a que repongan.

—Esa opción es más sencilla. No me gusta. —Le doy una colleja suave.

—¡Eh!

No presto atención a su queja porque mis dedos están ocupados escribiendo a Amber.

Henry:

Son imaginaciones mías o… ¿Se ha agotado la camiseta con TU nombre?

Debe de tener el teléfono entre las manos, porque enseguida veo tres puntos, que me indican que está escribiendo.

Amber:

¡SE HA ACABADO, HENRY!

No me lo creo, te lo juro.

Dime que no has pedido tú todas.

Henry:

¿Yo? Creía que me ibas a dar una.

¿No te doy pena?

Es broma.

Se han acabado porque eres increíblemente buena.

En vez de responderme con un mensaje de texto, me envía un *sticker* de una niña que levanta su mano y empieza a chasquear los dedos.

Me río porque es que podía haber sido ella de pequeña a la perfección.

—Y bueno, ¿qué se supone que… tenéis?

—¿Quién?

—¿Me tomas por tonto? ¡Si estás hablando con ella, Henry! —Sonríe, mientras hace un gesto con sus dedos señalándose la cabeza.

—Nos hemos acostado.

Veo cómo su garganta tarda en tragar saliva.

—Eres el único que lo sabe, Mark. Así que, boca cerrada.

—Entiendo que…

—No, Asher tampoco. Y si me estás preguntando qué somos, pues… no lo sé. —Resoplo—. Se nos desvió un poco el asunto…

—¿A qué te refieres? —Se gira hacia mí—. Espera, ¿tengo que ir a por palomitas o algo?

—Como no te tomes esto en serio, te retiro la llave de mi casa.

—Vaya, vaya… Pues sí que es seria la cosa.

—El día que cogí tu yate era para ir con ella.

—¡Lo sabía, lo sabía!

—Bueno, pues si sabes todo, ¡no me preguntes!

—Me callo. —Hace un movimiento con sus dedos, como si se cosiera la boca.

—Ese día lo hicimos, y no. —Elevo la mano para que no hable—. No fue en tu yate, tranquilo. —Lo oigo resoplar—. Fuimos a mi casa, y eso. Y luego el otro día en la discoteca esa…

—A ver, fue bastante sospechoso que los dos os fuerais… Aunque admito que poca gente iba sobria, por lo que no se enteraron de casi nada.

—Hicimos *cosas* allí.

—¡¿Allí?!

—Ahora no me vengas diciendo que eres un santo y que lo haces todo en la cama.

—Obvio que no.

—Estábamos en una sala solos y el camarero me dio la llave, por lo que cerré la puerta por dentro y tal.

—Mucho mejor, claro —ironiza—. O sea que, justo cuando tenéis que acabar el contrato de noviazgo falso, vais y folláis. Magnífico.

—Lo sé. —Suspiro, sin saber hacia dónde va esta conversación—. Por cierto, un segundo, que voy a llamar.

Busco entre los contactos a mi asistente, que me coge el teléfono enseguida. Habitualmente, le pido cosas normales, así que, no sé cómo se las va a apañar para esto, pero bueno, sé que lo va a lograr.

—Necesito, antes de que se pongan otra vez a la venta, una camiseta de Amber Prescott.

—¿De la nueva equipación? —pregunta desde el otro lado de la

línea.

—Sí, se han agotado hoy.

—Hecho.

No me pregunta nada, pese al comunicado en el que anunciamos que habíamos cortado; y es que es justo por eso, que sé que es de fiar. Se limita al trabajo, sin averiguar, ni preguntar en exceso nada.

—No has hecho eso —me dice Mark, dejando el teléfono a su lado.

—Sí, ¿no lo has oído o qué? He estado a centímetros de ti. —Escucho su risa.

—¿Y cuándo dices que es la boda?

—Eres muuuuuy tonto, ¿eh? —Cojo el cojín del sofá.

—Un respeto, que soy más mayor que tú —bromea y, antes de que pueda lanzarle el cojín que tengo en la mano, se me adelanta, tirándome otro al pecho.

—¡Tienes toda la casa para empezar a correr! —le grito, riéndome, al ver cómo intenta mantener el equilibrio mientras sube las escaleras. En cuestión de segundos, desaparece de mi vista.

Todo lo que ha pasado entre Amber y yo, esa mezcla de intensidad y complicidad, me tiene en un punto que ni siquiera entiendo del todo. La mayoría de las personas que he tenido cerca no han llegado a significar tanto como ella. Ni por asomo.

He intentado convencerme siempre de que era parte del juego, pero sé que no es así. Hemos cruzado la línea que no debíamos tantas veces, que me resulta difícil no pensar en el sonido de su risa, las bromas o cuando me echa las cosas en cara. Es que, hasta en ese justo momento, me entran ganas de besarla.

Sin embargo, no sé cómo decirle todo sin arruinar lo poco que tenemos. Y es que, a veces, cuando una persona te importa tanto, es complicado buscar las palabras correctas.

Capítulo 57

Contragolpe letal: Cuando el ataque es tan fuerte que no hay opción de defensa.

Amber

El pitido inicial suena y de inmediato me lanzo al juego, sintiendo cómo la energía del campo se contagia en cada paso. Estoy en el centro, controlando el balón, leyendo los movimientos de mis compañeras y anticipando los ataques del rival. La pretemporada es un desafío, un ensayo general, antes de los verdaderos enfrentamientos, y quiero demostrar que estoy lista para lo que venga.

El balón rueda con rapidez, y el juego se vuelve intenso en cuestión de minutos. Sam y yo conectamos bien desde el inicio, creando oportunidades y desviando la defensa contraria con pases rápidos y precisos. Me muevo por el centro del campo, distribuyendo el juego y buscando cualquier hueco por donde lanzar el ataque. Veo a una de las delanteras desmarcada y, en un segundo, lanzo un pase preciso, justo a sus pies. Las gradas estallan en gritos y aplausos, mientras ella avanza con el balón, acercándose peligrosamente al área.

El equipo contrario recupera la posesión y, en un instante, cambiamos a defensa.

Sam y yo retrocedemos con rapidez, cada una cubriendo su espacio, pero no podemos evitar el contraataque y el rival consigue un gol.

Resoplo, intentando que la frustración no me nuble. Nos reagrupamos rápido y reanudamos el juego con más determinación. Paso la mano por mi rostro, para secar el sudor, centrada en el balón y en mis compañeras.

A lo largo de la segunda mitad, el partido se vuelve más físico, y el marcador sigue en nuestra contra. Sin embargo, siento cómo el equipo se niega a darse por vencido. Es ahí cuando empezamos a crear jugadas más rápidas, provocando el empate en el marcador. El estadio retumba, y las voces de las gradas nos empujan a seguir, a luchar por ese último gol que puede darnos la victoria.

En los últimos minutos, siento el agotamiento en cada músculo, y,

por mucho que nuestro equipo lo intente, el pitido final suena con el empate en el marcador.

Me detengo en medio del campo, las manos en las rodillas, respirando hondo, mientras intento calmar mi pulso acelerado. No hemos conseguido ganar, pero nos hemos dejado el alma en el campo y eso es lo único que importa en este momento.

Las chicas a mi alrededor se agrupan; algunas suspirando y otras lamentando las jugadas que no salieron como esperábamos.

—Buen trabajo, Amber —dice Sam.

—Buen gol, compañera.

Empiezo a caminar hacia el vestuario, sintiendo cómo la adrenalina poco a poco se va disipando. Cuando llegamos a la entrada, Sam me mira con una sonrisa misteriosa en los labios.

—Hay alguien esperándote.

—¿A mí? —pregunto, levantando una ceja.

—Será mejor que entres ahí —responde, señalando con la cabeza hacia una de las puertas donde almacenamos material y equipo vario.

Mis pensamientos se aceleran mientras avanzo hacia la puerta. Empujo la puerta con una mezcla de nervios y curiosidad, sintiendo cómo cada paso hace latir mi corazón un poco más rápido.

Al abrir, me encuentro con una silueta que conozco bastante bien.

Es Henry y está apoyado contra una de las estanterías y con las manos en los bolsillos.

—¿Henry? —Mi voz apenas es un susurro y la sorpresa debe reflejarse en mi rostro, porque este sonríe levemente.

—Tenía que verte.

Me quedo en el umbral, mirándolo, intentando procesar lo que está pasando. Parte de mí quiere preguntarle qué hace aquí y si ha pasado algo. Pero, al mismo tiempo, algo en mí se relaja, como si estuviera deseando verlo.

—No hemos ganado.

—Es el primer partido de la pretemporada.

—Y bueno, ¿qué haces aquí?

—Te lo he dicho.

—Mmm… ¿Me he perdido parte de esa conversación?

Él resopla y se acerca a mí, poniéndome una mano en la cintura.

—Estoy sudada. No he podido…

—Dúchate en mi casa.

—¿Eso es una invitación formal a compartir el agua caliente o solo quieres ahorrar en la factura?—Me he duchado esta mañana, pero, por ti, me ducho las veces que haga falta —bromea.

—Cojo mis cosas y nos vamos. —Lo beso de manera fugaz, dejándole con ganas de más—. Y ahora, al salir, ponte el casco, anda.

—Tu entrenador sabe que estoy aquí. De hecho, me ha dejado pasar él.

—Genial. —Suspiro.

⚽

—Te llamo luego, ¿vale, mamá? Ahora me pillas en mal momento —dice, mirándome con una sonrisa.

En ese segundo de tiempo, quita la vista del vaso de naranja que había dejado al lado de la nevera y, sin darse cuenta, lo apoya justo encima de un trapo. El vaso cae al mismo tiempo que él finaliza la llamada.

—Mierda —suelta, observando el suelo—. No queda más zumo.

Sé que lo dice por mí. Desde que mi hermano le informó de que era casi adicta al zumo de naranja, ha tenido provisiones, por si acaso. Supongo que eso me indica que piensa en mí.

—No pasa nada. —Sonrío—. Creo que puedo sobrevivir a un día sin zumo.

Henry me eleva del suelo de la cocina, sin un mínimo de esfuerzo, y me apoya en la otra parte de la encimera.

—Sabes que puedo… ¿Esquivar los cristales, por ejemplo? ¿Llevar zapatillas? No hace falta que…

—No podría perdonarme que esos pies tan famosos tuvieran un corte, por mi culpa. —Sonríe mientras sale a la terraza para coger los productos de limpieza.

No tarda en volver a entrar.

—¿Qué tal tu madre?

—Bien. Bueno… —Levanta la cabeza y apoya su hombro en el palo

de la fregona—. El otro día le tuve que explicar un poco en qué punto estábamos. O sea, quiero decir —rectifica—, sabía que todo era una farsa, pero, aun así, el comunicado le asustó un poco. Al final, le tuve que decir que estábamos bien. Que tú y yo…

—¡¿Le dijiste que follamos?!

—No con esas palabras exactas. —Carcajea—. No suelo contarle las intimidades a mi madre, la verdad.

Me parece extraño que Henry siga sin mencionar a su padre. Quiero decir, sé que existe gracias a Asher, si no, no sabría nada. Y, por mucho que parezca que le importo, no sé si es lo suficiente como para abrir esa herida.

—¿Amber?

—Estaba pensando en otra cosa, perdón. ¿Qué decías?

Me doy cuenta de que el suelo vuelve a estar limpio.

Él deja las cosas de limpieza y, cuando vuelve a la cocina, se queda sujeto entre mis piernas. Apoya las manos justo al lado de las mías.

—Me estoy haciendo adicto a ti —susurra, mirándome.

Aprieto las piernas sobre su cuerpo, atrayéndolo un poco más.

—¿En qué pensabas, Prescott?

—Es una cosa familiar… No tiene importancia, en serio.

—Si le estabas dando vueltas, sí la tiene. —Me retira un mechón del rostro—. Pregúntame.

—Me has hablado mucho de tu madre, y, bueno, es una mujer encantadora, que ha criado un hijo…

—¿Perfecto?

Golpeo su hombro, y sonríe.

—Pero no sé si… ¿Tienes algún familiar más?

Es ahí cuando veo cómo presiona la mandíbula y cómo a su nuez le cuesta tragar saliva.

Capítulo 58

El árbitro asistente: A menudo en la sombra, pero esencial para mantener el equilibrio.

Henry

—¿Te apetece ir fuera? Creo que será mejor hablarlo si…

—Claro —dice antes de que acabe la frase.

Me molesta hablar de mi padre. El principal motivo es porque me avergüenzo de que no sea un referente para mí, ya que, en todo lo que hago, intento huir de cómo era y es él.

Amber se sienta en una de las hamacas, pero, con un gesto de la mano y poniendo ojitos, le suplico que venga a la que estoy yo. Al principio, expresa pesadez con su rostro, pero enseguida se mueve y apoya la cabeza en mi pecho. Enredo las piernas con las suyas.

—¿Asher te ha dicho algo?

—No, ¿por qué?

«Porque le debo mucho a tu hermano».

—Todo lo que te dije de cuando vine a España, esos momentos en Cuba… Todo era verdad. Solo es que no añadí a una persona. Mi padre también vino con nosotros.

—¿Tu padre está aquí?

—Sí, lleva el mismo tiempo que nosotros aquí. —Miro el oscuro cielo—. A los pocos años, mis padres se divorciaron y no fue nada agradable. O sea, sé que tú viviste lo mismo, pero fue diferente. En mi caso, la situación de mis padres llegó a ser insostenible. Discutían casi las veinticuatro horas, y luego, en el proceso de divorcio, mi padre solicitó quedarse con mi custodia.

—Siento que hayas tenido que vivir *esa* situación. —Sé que se refiere al divorcio conflictivo.

—Al final, estuve un par de años con mi padre. En plena adolescencia, ¿sabes? —Una risa ahogada sale de mí—. Lo bueno es que él me exigía mucho en el fútbol. Por supuesto que me llevaba y me recogía de los entrenamientos. No tenía nada que reprocharle, porque, ¿qué adolescente no sueña con ser futbolista? Sin embargo, en casa era… diferente.

—Henry, sabes que puedes no contármelo, ¿verdad? Quiero que lo hagas, solo si lo deseas.

Inclino la cabeza y observo sus ojos azules.

—Quiero, Amber —digo con firmeza—. Mi padre en casa era bastante dejado. Vamos, que no hacía nada de las tareas del hogar y me tocaba encargarme de todo. Al principio, se lo reprochaba. Luego, ya pasaba. El problema no era ese, ¿sabes? Porque, bueno, hacía todo y se callaba. El problema era que siempre hablaba mal de mi madre. Me taladraba la cabeza a casi todas horas. Me metió tanta presión, que hasta llegué a creer algunas cosas que decía, e incluso… se las dije a mi madre. —Trago saliva—. No sabes cuánto me arrepiento de eso.

—Deberías perdonarte, Henry. No tienes la culpa de eso.

—Ahora lo sé. —Suspiro, mientras empiezo a jugar con su pelo—. Al final, le conté la situación a mi madre, y esta solicitó la modificación de la custodia. Total, me quedaban cuatro años para ser mayor de edad.

—¿Se la dieron?

—Sí, por suerte. Cuando tenía dieciocho, entré en un equipo importante y, al poco tiempo, ya me pude independizar. Luego, pasé por otro equipo, y el resto ya lo sabes, ¿no? —Sonrío.

—Algo me suena, sí —bromea, y lo agradezco.

—Uno de los errores que cometí, por no tener experiencia, ni idea de nada, fue convertir a mi padre en mi representante. Por lo que, aunque estuviera fuera de casa, debía tener relación con él, sí o sí. Cuando vine a los Galácticos… Casi no firmo ni el contrato, Amber.

—¿Cómo?

—Resulta que mi padre llevaba años desviando el dinero de contratos y patrocinios míos para sus propios gastos. Vamos, que me dejaba con cero euros. No quiero saber ni si desvió a otros asuntos, porque, la verdad, es que me da igual. No quiero saber nada de ese tema ya. Me enteré de ello porque mi padre se vio envuelto en un escándalo mediático, y fue justo antes de firmar con los Galácticos. Como sabrás, el equipo no quería comprometerse con alguien joven, y que encima su representante llevara *esos* problemas no ayudaba.

—No me puedo creer que tu padre…

—Pues sí, y es que no le he pedido explicaciones, porque, en serio, prefiero que se ahorre el decirme que invirtió en cosas ilegales, que

se lo gastó en prostitución o a saber en qué.

—Haces bien. A veces es mejor el desconocimiento.

—Al final, acabé firmando con los Galácticos por tu hermano.

—Aquí es cuando Asher entra en juego, ¿no?

—Así es. —Sonrío de forma inconsciente—. Él me consiguió mi actual representante. Se encargó de limpiar mi imagen para que los Galácticos no se echaran para atrás. Además, evitó que esta movida mediática saliera a la luz. Cuando se enteró de todo, enseguida me escribió para presentarse en mi casa, y luego empezó a mover contactos para que eliminaran cualquier rastro. O, al menos, que no lo relacionaran conmigo.

—¿Os conocíais de antes?

—Nos llevábamos bien, sí. Habíamos tenido varios encuentros en eventos, fiestas… Se podría decir que es como esos amigos que tienes en la distancia, con los que no hablas, pero que, a pesar de que pase el tiempo y que no estéis en el mismo lugar, cuando os encontráis, todo es como si nada. Cuando en el mercado se rumoreaba de que podría ir a los Galácticos, enseguida me habló, ¿sabes?

—Vaya… Yo no sabía…

—Es algo de lo que no hablamos, por razones obvias, Amber. Estoy seguro de que, en otra circunstancia, tu hermano te lo habría contado.

—Lo dudo. A ver, al final cada uno toma su camino, y llega un momento en el que ya no conozco a todos los amigos de mi hermano. Supongo que a él le pasará igual. Además, en su mundo, su círculo es todo mucho más grande. Sabes a lo que me refiero, ¿no? —Asiento.

—Por eso me daba rollo empezar todo esto contigo. Con la oportunidad que me dio Asher, no quería que pensara que yo…

—No lo hace, Henry. Te tiene aprecio.

Soy consciente de ello, porque, pese a todo, ha estado a mi lado. Además de que, durante las vacaciones, me permitió preguntar por Amber y me informaba siempre que podía. Es por lo que sé que, aunque le ha costado asimilarlo, está de acuerdo con lo que siento.

—En parte pienso que mi madre toma distancia de todo mi mundo

justo por esto. Por mi padre y todo lo que hizo este.

—Tu madre es una mujer lista. Así que estoy segura de que sabe lo que hace.

—Al que parece que le cuesta entender las cosas es mi padre. Tiene prohibido estar cerca de mí. Después de todo lo sucedido, rompí contacto con él, y lo veo muy de vez en cuando. Vamos, cuando se acerca a mí. Pero tanto el equipo, mi representante, como personas como Asher, tienen indicaciones concretas por si ven cerca a mi padre. Eso fue lo que pasó cuando gané el premio al mejor jugador joven de la temporada.

—¿Por eso me echasteis?

—Sí, mi padre había venido a verme y lo dejaron en esa sala.

—Me siento ahora mismo…

—¿Con el corazón en un puño? —Asiente—. Yo también, pero supongo que, dentro de lo que cabe, podría ser peor. ¿Te puedo pedir una cosa?

—Por supuesto. —La veo sonreír.

—Quédate a dormir. —Pongo un brazo detrás de la nuca—. Y no me pongas la excusa de que no llevas pijama, porque tienes todo mi armario disponible.

—Está bien. —Me mira—. Me quedaré.

—¿En mi cama? —Elevo una ceja.

—Has dicho quedarse, pero no dónde.

—Amber Prescott —le advierto—, como no compartas cama conmigo esta noche, me voy a presentar en cada uno de tus partidos. —Se empieza a reír.

Cambia de postura y apoya los hombros en mi pecho, lo que permite que su cara esté delante de la mía.

—¿Cómo si fueras mi novio? —susurra a pocos centímetros de mi boca.

—Como lo que tú quieras, Prescott, pero de mi cama no te mueves hoy.

Capítulo 59

RECUPERACIÓN: VOLVER A ESTAR DE PIE TRAS PERDER EL BALÓN.

Amber

—Mira a ver quién es —dice Henry desde la cocina.

Me acerco a la pantalla y compruebo que es un repartidor. Le abro, suponiendo que Henry está esperando algún pedido.

—¿Amber Prescott? —me pregunta, sosteniendo una bolsa de cartón, y asiento.

Después de cogerlo, el repartidor se marcha.

Miro dentro de la bolsa y, por el nombre, puedo intuir lo que es. Después, veo unos vasos de cartón rellenos de un líquido naranja.

—¿Has pedido el desayuno?

—Sí. —Me dirijo a la cocina—. Me parece buena idea empezar la mañana así. —Me guiña un ojo—. Además, como ayer se acabó el zumo de naranja…

—¿Has pedido este desayuno por mí?

No sé por qué a mi cabeza le cuesta creerlo.

—Yo también tengo que desayunar, ¿no? —Saca el zumo y lo eleva, fingiendo un brindis—. Además, esto me vendrá de lujo para reponer fuerzas después de lo de anoche.

Me río, porque anoche no pasó absolutamente nada. Dormimos juntos, sí, pero cualquiera que escuche esa entonación que ha utilizado, podría pensar que habla de un tema sexual.

—Eres un fantasma, ¿eh?

Sonríe, y luego me coge de las muñecas para acercarme a él. Posa sus dedos en mi mandíbula y yo trago saliva, porque no se imagina lo que me excita ese gesto.

—Nunca pensé que diría esto, pero me da igual que no te hayas lavado los dientes porque tengo unas ganas enormes de… —Acerca la boca a la mía.

—¡No, no! —Carcajeo, mientras agito mi cuerpo para escapar de sus manos—. La boca me tiene que oler fatal.

—Sabes que me importa entre cero y nada, ¿verdad?

Sus brazos firmes siguen reteniéndome. Estoy cara a cara con él, con una sonrisa enorme.

—Henry Harrington ni se te ocurra. —Pongo un dedo entre ambos labios.

—Lo siento, pero nada me gustaría más que eso, Amber Prescott.

Acerca su boca y me muerde el dedo. Luego, me da un cachete en el culo.

—Me debes un beso.

—Después de desayunar, trato hecho.

La caja que ha pedido Henry viene completa: hay cereales, un bizcocho pequeño de chocolate, dónuts y un par de galletas.

—Te recuerdo que estamos a dieta.

—Son sin azúcar. —Ladea la cabeza—. En temporada de competición cuido completamente mi cuerpo.

—¿Eso implica menos sexo? —pregunto y me llevo una galleta a la boca.

—Eso implica que mis ganas de follar aumentan después de cada partido, entrenamiento…

—Vamos, a todas horas —le interrumpo, bromeando.

—Si se trata de ti, por supuesto.

Me guiña un ojo, y yo sonrío de lo estúpido que es. No pretendo engañar a nadie, porque a la vista está que *esa* estupidez, por mucho que me desquicie, me atrae.

Cojo el teléfono y decido enviar una foto del desayuno por el grupo que tengo con Alex y Sam.

Amber:

Desayuno de campeonas.

Añado también el emoticono de pintarse las uñas.

El desayuno es tranquilo.

Ambos nos tomamos el tiempo que necesitamos para comer con calma, disfrutando del momento. Él me habla sobre los cambios en su equipo, como fichajes y otros jugadores que se han ido. También conversamos sobre la situación del mercado actual, tanto en el femenino como en el masculino.

—Te está brillando la pantalla —me dice, señalando mi móvil con los ojos.

Al cogerlo, es cuando veo la locura de mis amigas.

Sam:

¡NO ME LO PUEDO CREER!

No entiendo la alarma al ver el desayuno. Continúo leyendo.

Alex:

Ahora se pensará que somos tontas.

Sam:

Tenemos PRUEBAS.

Me llevo un trozo de bizcocho a la boca y luego escribo:

Amber:

¿Qué decís?

¿Pruebas de qué?

Es ahí cuando Sam me pasa una captura de una historia de Henry en su Instagram. La misma caja. La misma encimera. El mismo todo.

Giro el teléfono y se la muestro.

—No sabía que…

—Tranquilo. Creo que es hora de que los ponga al día.

Supongo que después de que Sam viera cómo Henry venía a por mí, tras el entrenamiento, tendría la mosca detrás de la oreja. Sin embargo, aun así, me habría gustado hablarlo con ellas en persona, con tranquilidad. Para que sepan que no les he ocultado nada, que nunca ha sido esa mi intención y que, al final, las cosas entre Henry y yo han sido algo caóticas.

Amber:

Estamos…

No sé en qué punto estamos, la verdad.

Pero sí, estoy con él ahora mismo.

Y si queréis, podemos quedar y os lo explico todo bien.

Alex:

¿Quedada?

Sam:

Disfruta que ya habrá tiempo para hablar.

Añade un emoticono con la lengua fuera.

Vuelvo a mirar a Henry, quien sigue absorto en su café, y me siento

un poco perdida en la situación. Ellas están reaccionando con tanta expectación, pero sé que, en el fondo, no estoy preparada para darles una explicación de todo lo que está pasando. Porque no lo sé ni yo.

—¿Todo bien? —pregunta, notando la forma en que dejo el teléfono sobre la mesa y no puedo evitar mirarlo.

—Sí, todo genial. —Trato de sonar convincente, aunque sé que la tensión no ha desaparecido.

Lo que no les he dicho, lo que no sé cómo decirles, es que, entre Henry y yo, todo está complicado. Cada gesto, cada sonrisa, cada momento juntos está impregnado de algo más profundo que las palabras no pueden capturar. A veces parece que nos estamos acercando más, pero luego hay momentos en los que no sé qué estamos construyendo. O si siquiera estamos construyendo algo.

Henry, como siempre, parece no ser consciente del caos que me embarga. Su presencia a mi lado es reconfortante y confusa, al mismo tiempo. Él sigue aquí, esperándome, para darme una respuesta a una pregunta que no sé si quiero formular. O tal vez no sé si puedo.

Capítulo 60

FALTA ESTRATÉGICA: CUANDO DETENER EL AVANCE DEL RIVAL ES MÁS IMPORTANTE QUE SEGUIR LAS REGLAS AL PIE DE LA LETRA.

Henry

—¿Sensaciones? —pregunta Mark, a mi lado, aún con la lengua fuera.

—Horribles.

Los entrenamientos de después de vacaciones son los peores. Más que nada, porque, aunque no abandonamos nunca el ejercicio, no tenemos el mismo nivel de exigencia, y volver a la rutina se nota.

—¿Os pesan los huevos o qué? —La voz de Asher se cuela entre ambos.

—Me pesa el alma —le corrige Mark—, aunque los huevos también —bromea.

Los tres nos reímos.

Después de un buen rato de esprints y ejercicios que parecen diseñados por mi peor enemigo, el entrenador nos ha dado un minidescanso. Mark se sienta en el suelo, a mi lado, apoyando las manos detrás de él.

—Espero que la próxima vez chutéis más fuerte —se queja, mirándome más concretamente a mí—. ¿O has perdido fuerza estos meses?

—¿Quieres que chute más fuerte, Asher? —lo desafío de broma.

—Si yo estuviera en tu lugar, te reventaría —asegura, poniéndose los guantes de portero—, y más teniendo en cuenta que te estás tirando a mi hermana.

—Vale… ¿Eso ha sido una verdad en mitad de una broma? —Mark se nos queda mirando a ambos.

De pronto, Asher sonríe y vuelve el clima de comodidad.

—¿Ahora no puedo bromear con nada o qué? —Resopla—. Lo tengo más que asumido, chicos. De hecho, hasta me alegra.

Frunzo el ceño, mirando hacia los lados, para ver si hay alguna cámara oculta. Luego, observo a Mark, desconcertado.

«¿Está contento de que tenga lo que sea con su hermana?».

—¿Perdón?

—Perdonado, ya lo sabes. —Se ríe—. Estoy contento porque, de todos estos bobos, creo que eres perfecto para ella.

—Pues sí que parece que nos ha afectado el entrenamiento, sí —añade Mark, riéndose.

El equipo está disperso, por lo que el entrenador tiene que llamarnos con el silbato para retomar el entrenamiento.

Mark se levanta del suelo y presiona mi hombro para que baje mi cuerpo, mientras él da un salto. Después, como si lo hubieran pactado, Mark y Asher colocan sus brazos sobre mis hombros.

—¿Vais a juntar manitas o qué? —digo, intentando mirar la espalda y sus manos.

—Para tocarte el culo, si quieres —contesta Mark.

Conforme nos acercamos, vemos que el resto del equipo también nos observa. Entre ellos, Jack. Desde la situación con Amber, no he vuelto a hablar con él. Sé que no es mala persona, pero prefiero alejarme ahora mismo y dejar distancia.

Cuando llegamos, mis dos amigos deciden soltarme, al fin.

—Por cierto, no quiero que me cuentes nada sobre ella, ¿entendido?

Asiento con la cabeza y Asher da un par de palmadas con los guantes, para irse hacia la portería, a continuación.

No he vuelto a hablar de Amber con él desde… Para empezar, nunca lo he hecho. Durante las vacaciones le preguntaba, es cierto, pero no le hablaba de nada nuestro. El único momento fue en la discoteca, por el tema de Jack. De todas formas, supongo que habrá hablado con Mark y que, bueno, quizás Amber también le haya dicho cómo está la situación entre ambos. Al final, es bastante evidente.

—Coge aire con los pulmones por mí, colega, que lo necesito —guasea Mark.

⚽

Me seco un poco el pelo con la toalla, y luego me pongo la primera camiseta de deporte que he encontrado en mi armario esta mañana.

—Bonitos calzoncillos —bromea Ramírez, pasando por mi lado.

Yo sonrío, y le envío un beso con la mano.

El vestuario es *así* siempre. De hecho, con solo echar un vistazo, se

nota que cada uno está en sus movidas, y a sus tiempos, porque sí, hay jugadores que todavía están desnudos y sin ducharse.

Me pongo el chándal y cojo la bolsa de deporte.

—¿Vas a casa? —me pregunta Mark, cuando me ve.

—¿A la tuya o a la mía? —Le guiño un ojo.

—A la tuya, imbécil.

—No, voy a hacer una parada antes.

—ASHER —grita en mitad del vestuario. Por suerte, entre tanto jaleo, a nadie le extraña. Intento callarle la boca, pero es demasiado tarde—. ¿Has escuchado eso? Dice que tiene que hacer una parada antes de ir a casa —enfatiza la última palabra.

—Recuérdame que te quite la puta llave de mi casa.

—¡NO QUIERO SABER NADA! —vocifera el hermano de Amber, desde el otro lado.

Mensaje recibido. Alto y claro.

La verdad es que ni siquiera sé si Amber está en casa. Al igual que tampoco veo normal las ganas que tengo de verla. Joder, ¿qué ha pasado? ¿Veinticuatro horas? ¿Menos? Nunca he tenido esta necesidad de… no separarme de alguien. Y es que es justo eso. Quiero estar con ella desde que me levanto hasta que me acuesto.

Joder, creo que este entrenamiento nos ha sentado fatal a todos.

«Mejor mentir que afrontar la verdad, ¿no?».

Dejo la bolsa con la ropa en la parte de atrás del coche. Por raro que suene, hoy no me he traído la Ducati.

Cuando entro al coche, lo primero que hago después de arrancar es llamarla.

—¿Amber?

—Sí, dime. —Oigo unos ruidos de fondo—. Me pillas un poco liada, pero dime.

—¿Estás en casa?

—Sí, ¿por?

—Estoy de camino.

No dice nada y siento que la he cagado. ¿Por qué mi mente creía que ir después de mi entrenamiento a su casa era buena idea? ¿Por qué iba a querer pasar ella más tiempo conmigo? ¿Acaso somos algo como para eso?

—Te espero.
Esas dos palabras hacen que mi cuerpo y mi mente se relajen.

Capítulo 61

La volea: Golpear sin dejar que el balón toque el suelo. Decisiones rápidas que no permiten dudas, solo acción inmediata.

Amber

—¿En serio?

—No iba a pagar el montaje.

Elevo los hombros para evidenciar mi firmeza, a pesar de que el hecho de que esté en pijama no ofrezca mucha seriedad. La imagen de estar en casa, con el pelo desordenado, el pijama viejo y unas zapatillas que ya ni recuerdo de dónde salieron, contrasta un poco con lo que quiero transmitir. Pero, en fin, siempre he sido más de ser directa que de preocuparme por la apariencia.

—Claro, mucho mejor eso que casi a las nueve de la noche estar sin sofá.

—Creía que iba a ser más fácil.

No estaba planeado que alguien viera el sofá sin montar. Más que nada, porque yo sola he amueblado todo el piso sin problemas. Es solo que… necesito días para ello. No contaba con que alguien viniera el mismo día que me han traído el sofá.

Sigo mirando cómo se agacha para leer las instrucciones, o al menos eso parece, porque no estoy muy segura de que las esté entendiendo. La situación, que al principio me parecía un desastre, empieza a tomar un giro más… confortable.

—Quizás hasta me vengas bien. —Toco su hombro derecho, mientras Henry está de cuclillas leyendo las instrucciones. O al menos, mirándolas.

—¿Estás queriendo usar mi cuerpo para esto?

—Mmm… ¿Sí?

—Estoy reventado. —Resopla, sentándose en el suelo.

—El entrenamiento, ¿eh? —Me siento a su lado y balanceo mi cuerpo contra el de él.

—¿Sabes lo que sí podemos hacer? —Le miro, expectante—. Empezar a hacer la cena.

No es que estemos en una relación. No exactamente. Pero estos momentos de compartir el mismo espacio, sin palabras, sin

explicaciones, me hacen pensar en lo que está pasando entre nosotros. No es simple. No es claro, pero es real. Es raro, pero me gusta. La tensión que a veces siento en el aire se disuelve cuando estoy cerca de él.

—Veo que te has autoinvitado.

—No sabía que necesitara invitación —bromea. Se levanta del suelo y se limpia la parte trasera del pantalón—. Dime qué empresa es. —Lo miro sin entender a qué se refiere, y señala el sofá—. Lo pagaré yo.

—No vas a pagarme nada. —La respuesta sale de mi boca más brusca de lo que pretendía, pero me da igual. El tema del dinero siempre ha sido un punto sensible. Siempre he sido independiente, y siempre he manejado todo por mi cuenta.

—¿Cuánto es, Amber?

—Si hace falta, me voy a quedar despierta toda la noche para montarlo. —Mi tono sigue firme, aunque, por dentro, una parte de mí sabe que, si lo hiciera, acabaría agotada, y probablemente al borde de un colapso emocional. Pero no puedo evitarlo. No puedo permitir que alguien pague por algo que debería ser solo mío.

—Amber…

—Tengo dinero. Soy futbolista también, ¿recuerdas? Tengo un piso, unas plantas que se me mueren porque…

—Amber… —repite—. No es caridad, te lo aseguro. Si lo fuera, extendería un maldito cheque. Yo dormí en ese sofá. —Señala el nuevo, pero sé a lo que se refiere—. Considéralo una inversión. Voy a pasar muchas horas aquí, y mi espalda vale millones, ¿sabes?

Sus palabras son ligeras, pero hay algo en ellas que me hace sentir que no todo se reduce a un simple favor. No está aquí solo para ayudar con el sofá. No es solo un gesto amable o un favor por algo que hizo en el pasado. Hay algo más entre nosotros. Algo que ya no se puede ignorar, aunque aún no tengamos claro qué es. Algo que sigue creciendo entre ambos.

—¿Qué has hecho, una planificación semanal o qué? —Me río.

—Si te soy sincero, no me importa tanto el sofá. Lo que realmente me importa es… —Hace una pausa, como si pensara en cómo decirlo. Y, aunque no termina la frase, sé que se refiere a nosotros

—. En serio, Amber. Déjame ayudar.

Miro el sofá, que sigue sin montar, y me doy cuenta de que, al final, no se trata solo del sofá. Se trata de nosotros, de cómo todo lo que no entendemos sigue siendo parte de esta extraña conexión. De cómo Henry está aquí, sin preguntar nada más, solo para ser parte de mi vida en este momento en que más lo necesito.

—Solo esta vez.

Henry asiente, con una sonrisa amplia y se dirige a la cocina, listo para preparar la cena.

Es raro tenerlo aquí, en este contexto. No como el chico con quien firmé un contrato; no como alguien con quien debía fingir una relación para los demás. Ahora es simplemente Henry, en mi casa, moviéndose con una facilidad que me desconcierta y, al mismo tiempo, me reconforta.

Mientras lo observo, entiendo que, por más enredado que sea todo esto, no siempre hace falta descifrarlo. A veces basta con compartir el mismo espacio, aunque sea solo por esta noche..

Capítulo 62

El bloqueo: Interponerse entre el balón y el objetivo.

Henry

Acabo de perder a piedra, papel y tijera, y todavía no me lo creo.

Ahora, gracias a eso, soy el que tiene que enfrentarse a los cuatro periodistas que están esperando en la zona de prensa. Mis compañeros, que se han librado de esta, se ríen a carcajadas, y algunos incluso me lanzan sonrisas de apoyo falso, como si realmente lo sintieran. Puedo escuchar un «¡Suerte, campeón!», entre risas, mientras me alejo.

—Cabrones —murmuro, lanzándoles una mirada, antes de salir del vestuario y dirigirme hacia la sala de prensa.

Al entrar, los periodistas ya tienen sus grabadoras listas.

Ajusto el cuello de mi camiseta y dejo escapar un suspiro.

«Vamos allá».

—Henry, ¿cómo ves la nueva temporada? ¿Cómo se siente el equipo con la preparación y el estado físico? —pregunta la primera periodista, con una sonrisa que trata de hacerme sentir cómodo.

Me enderezo, buscando sonar motivado, aunque no esté para discursos motivacionales.

—Bien, estamos con ganas de empezar fuerte. Creo que todos hemos trabajado duro en la pretemporada, así que vamos con energía para los partidos que se vienen. —Mi tono suena lo suficientemente convincente, o eso espero.

—¿Y en qué aspecto crees que necesitas mejorar para esta temporada? —se interesa otro periodista, observándome con atención.

—Siempre hay cosas que mejorar. El equipo es fuerte, pero, personalmente, creo que debo seguir puliendo la precisión en los pases y mejorar la velocidad en la recuperación. Ya sabes, todo suma.

Mientras suelto una respuesta de manual, trato de no poner los ojos en blanco. Solo quiero salir de aquí, acabar con esto e irme al vestuario. El trabajo en equipo, los desafíos, las expectativas… Todo eso lo he dicho mil veces, y dudo que alguien esté realmente

escuchando algo nuevo.

—Henry, hablando de la temporada… Queríamos saber cómo está la relación con Amber. ¿Creéis que os afectará en algo a lo largo de la temporada?

La pregunta me toma por sorpresa, como un puñetazo inesperado. Miro al periodista, y noto una expresión traviesa en su rostro, como si tuviera información de primera mano. Mi mente intenta procesar la pregunta, mientras un silencio incómodo se instala en la sala. Me doy cuenta de que todos los demás están atentos a mi reacción.

Respiro hondo y le miro con neutralidad, intentando recuperar el control.

—Creo que te has perdido la última noticia —indico, con voz tranquila, aunque mis pensamientos van a mil—. Amber y yo comunicamos hace poco que… ya no estamos juntos. Fue una decisión mutua, y ambos seguimos nuestros caminos.

Espero que esta respuesta sea suficiente para él, pero el periodista no parece convencido. Me lanza una sonrisa ladina, como si supiera algo que no estoy dispuesto a admitir en público.

—Eso no es lo que nos ha llegado —señala, cruzando los brazos—. Según nuestras fuentes, parece que sigue habiendo algo entre vosotros. Algo más allá de lo que el comunicado oficial dice.

Me congelo por un segundo. La incomodidad es tan fuerte que siento cómo se me tensa la mandíbula. ¿Nuestras fuentes? ¿Qué significa eso? Termino de responder con una sonrisa tensa y palabras que, honestamente, ni siquiera recuerdo, porque mi cabeza sigue girando alrededor de esa última insinuación.

El resto de la rueda de prensa pasa en un borrón, en el que apenas presto atención a las preguntas sobre la temporada y el equipo. Mis pensamientos están en Amber y en la idea de que alguien haya filtrado algo.

En cuanto los periodistas terminan y me dan el visto bueno para irme, prácticamente salgo disparado de la sala y vuelvo al vestuario. Mi mirada busca a Jack, que está bromeando con algunos de los chicos, aparentemente sin una sola preocupación. Camino directo hacia él, tratando de contener la molestia que va en aumento.

—Jack —le llamo, y mi tono debe sonar serio, porque se gira y me

observa con una ceja levantada.

—¿Qué pasa?

—No me chupo el dedo —suelto, y noto cómo todo el vestuario vuelve la cabeza en nuestra dirección, atentos a cada palabra—. Lo has filtrado tú, ¿verdad? Niégamelo en la puta cara.

Jack se cruza de brazos, observándome con esa media sonrisa arrogante.

—Vaya, parece que al pollito le han salido alas.

—Llámame como quieras. Has sido tú, ¿verdad?

—Habría que hacerlo oficial, ¿no crees?

Antes de que la cosa suba de tono, Asher y Mark se meten entre nosotros.

—Ey, ey… ¿Qué está pasando aquí? —pregunta Asher, mirando primero a Jack y luego a mí, tratando de entender de qué va la discusión.

—Sí, en serio, ¿qué pasa? —insiste Mark, colocándose en medio, para evitar que la situación se descontrole.

—Jack ha decidido que sería divertido contarle a la prensa lo que pasa entre Amber y yo.

—Oh, por favor, Henry, relájate —suelta, dando un paso hacia atrás, pero sin perder el contacto visual conmigo—. Solo he dicho lo que todos sospechaban. Nadie se cree el comunicado que sacasteis, y tú lo sabes. A veces hay que darle al público lo que quiere.

—No tienes derecho a decidir eso —le espeto, sintiendo cómo el enfado me hierve bajo la piel—. Y mucho menos a meterte en algo que no te incumbe.

Asher y Mark intercambian una mirada rápida y vuelven a intervenir, tratando de calmar las cosas.

—Vamos, chicos, no merece la pena —dice Asher, poniéndose de lado, entre Jack y yo, y alzando las manos en un gesto de paz—. Jack, si has hablado con la prensa, es una putada, pero ya está hecho. No vale la pena discutir por esto ahora.

La tensión en el vestuario es evidente. Todos los demás han dejado lo que estaban haciendo y ahora nos miran, atentos a cada palabra. El aire se siente espeso, y el murmullo bajo de algunos compañeros añade aún más presión al momento.

Jack, con los brazos cruzados y esa media sonrisa que ya no puedo soportar, sigue sin apartar la mirada.

—Quieres jugar, ¿no? —le digo en un tono que resuena en el silencio del vestuario, y veo cómo algunos de los chicos intercambian miradas curiosas—. Perfecto, pues que sepáis todos que sí —admito, girándome hacia los compañeros—. Tengo algo con Amber. ¿Satisfecho, Jack? ¿Ya tienes tu «primicia»?

Un murmullo recorre el vestuario, y puedo ver cómo algunos chicos abren los ojos con sorpresa o intercambian miradas incrédulas, pero ninguno se atreve a comentar nada.

—Aún no te has dado cuenta, ¿no? —rumio entre dientes, con el enfado quemándome por dentro. Mark me toca el hombro, en un gesto que trato de recibir como apoyo para no perder el control completamente—. Ellas juegan en otra liga y no solo lo digo literalmente.

—Yo no creía que…

—Cállate, Jack —le ordena Asher—. No eres quién, para decidir sobre nadie.

Jack cierra la boca y su expresión se endurece, pero, por primera vez, parece entender que se ha pasado de la raya. No tengo ganas de quedarme aquí ni un segundo más y, sin mirar atrás, salgo del vestuario, dejando la tensión y el murmullo de los chicos detrás de mí.

Mientras camino por los pasillos, mi cabeza se llena de pensamientos sobre Amber. Me preocupa que todo esto pueda alcanzarla, que la presión mediática comience a caer sobre ella y no tenga forma de esquivarla. Sé cómo funciona este mundo, y lo fácil que es que los rumores, los comentarios y las «filtraciones» se descontrolen. La diferencia es que, aunque no sea fácil, yo estoy acostumbrado a lidiar con esa atención, pero Amber está en una posición completamente distinta.

A diferencia de mí, su mundo no tiene el mismo margen de error; cualquier comentario o suposición sobre nuestra relación puede usarse en su contra. Incluso si no hay nada de cierto en lo que dicen. La presión mediática sobre ella sería injusta y desmedida, y lo peor es que no tengo manera de protegerla de todo esto.

Capítulo 63

Despeje de emergencia: Cuando todo se complica, a veces lo único que puedes hacer es alejar el peligro.

Amber

Por mi salud mental, he tenido que dejar de leer. Juro que nunca leo este tipo de comentarios, pero, tras recibir un mensaje de Henry, otro de Asher y varios de Sam y Alex, he abierto las redes y ha sido como una avalancha de información.

Firmé el contrato de la farsa, porque prácticamente no tenía ni voz ni voto. En ese momento, a mucha gente la relación con Henry les pareció tierna, e incluso crearon ese hashtag para continuar *shippeándonos*. Algunas personas, desde el primer momento, ya empezaron a criticarme, porque sí, suelen hacerlo hacia el género femenino, pero eran muy pocas. Sin embargo, en cuanto comenzaron a circular los rumores, las especulaciones y las «pruebas», todo se volvió un caos.

Y ahora… todo se ha desbaratado. Todo ha pasado de ser una broma ligera a convertirse en una pesadilla sin salida.

He leído muchísima información, más de la que debería, y lo que todavía no sé, es cómo hay gente que tiene tanta imaginación. No me doy cuenta de cuándo comencé a engullirlos, uno tras otro, como si, al hacerlo, pudiera encontrar alguna respuesta, alguna pista que me dijera qué hacer con todo esto.

Lo peor de todo, lo que más me jode, es que me he convertido en algo que jamás quise ser. Me he convertido en Amber Prescott, la novia de Harrington. No soy la centrocampista que juega en el Estrella Negra. No soy la jugadora que se gana el respeto en el campo, sino la pieza de un contrato mediático que ahora se ha vuelto más real de lo que debería.

Lo odio.

Y a la vez, me entristece.

La idea de ser reducida a ese rol, de ser vista solo como un accesorio de la imagen pública de Henry, me consume. De repente, todo lo que he hecho, todo lo que soy como persona, queda opacado por la etiqueta de «novia de». Y la ironía de todo esto es

que no era un amor real, no era algo que haya crecido de manera natural. Para la gente, todo lo que importa es lo que ven en las fotos, lo que sale en las redes. ¿Y yo? Yo soy solo un personaje más en esa narrativa.

El peso de la frustración es tan grande que se apodera de mi pecho. No me importa lo que la gente diga sobre Henry o sobre nosotros. Lo que me está matando por dentro es cómo me estoy viendo a mí misma. ¿Dónde quedó la Amber que comenzó a jugar al fútbol por amor al deporte? ¿Dónde quedó la Amber que podía mirar hacia el futuro sin tener miedo de ser encasillada o reducida a algo que no es? Todo eso está desapareciendo, y ni siquiera sé cómo detenerlo.

¿Es imposible querer estampar el maldito cojín nuevo contra el suelo y a la vez llorar? Joder, es que hasta el sofá me recuerda a Henry. Incluso cuando no está aquí, su sombra se cierne sobre mí, sobre mi vida.

Hago un ruido fuerte para intentar cerrar mis fosas nasales y que las lágrimas dejen de mezclarse con mi mucosidad, cuando mi teléfono empieza a sonar.

Mi primera reacción es quedarme quieta y no cogerlo. En cambio, cuando veo «Papá» en la pantalla… Tengo que hacerlo.

—Hola, cielo.

Al escuchar su voz, siento una puñalada en mi corazón. No sé cómo explicarlo, pero es como si, al sentirme en terreno seguro, mis barreras se hubieran desplomado. Ya no soy fuerte, ya no tengo control de todo esto. El peso de mis emociones se desborda cuando escucho su tono suave y protector.

—Estás llorando, ¿verdad? —Resoplo y, sin querer, el ruido de mi nariz se cuela por la llamada. Solo espero que no lo haya escuchado —. He hablado con mamá, cariño. Y ahora mismo, estamos preocupados por ti.

—Estoy bien, papá.

—Me lo creeré cuando me lo digas sin llorar. —Escucho una pequeña risa de burla—. Sabes que llorar es sano, y que puedes hacerlo si lo necesitas, pero no queremos que te machaques. —Me alegra escuchar ese plural, porque sé que también está mi madre

implicada.

—La gente…

—La gente es cruel. Y todos los que te conocemos o te vemos, sabemos que tú eres Amber Prescott, una jugadora increíble, y no necesitas a nadie para brillar. ¿Me escuchas? —Asiento, aunque no sirve de nada porque no me puede ver—. No puedes ir de puntillas por tu vida personal para evitar esto. Porque, a veces, es inevitable, cariño.

—Era todo mentira, papá. —Me levanto para coger una servilleta y sonarme. Me quedo apoyada en la encimera—. Henry y yo… Era todo por contrato. Y ahora… —No sé cómo continuar.

Henry y yo no somos pareja. No hemos hablado de nada de eso. Ni siquiera sé en qué punto estábamos. Lo único que sé es que he descubierto al verdadero Henry, y que me encanta. Desearía que no lo hiciera, y seguir teniendo ese estereotipo suyo en mi cabeza, pero… es imposible.

—Sois mayorcitos como para no tener que dar explicaciones, cielo. ¡Como si solo queréis acostaros! —La risa que suelta esta vez es más real—. Tómate el tiempo que necesites, pero quiero que tengas presente que tu familia está aquí, ¿vale? Que sabemos quién y cómo eres.

—Te quiero, papá.

—Y nosotros, cielo.

Al quitar el teléfono de mi oreja, me quedo unos segundos analizando sus palabras. Luego, cuelgo. Mi padre es de esas personas que, si no cuelga la otra persona, se quedaría toda la tarde en llamada. En definitiva, que nunca cuelga él.

Me acerco al sofá, de nuevo, y cojo el cojín que había lanzado antes. Al tumbarme, me pongo el pañuelo justo en la parte de la sien, para que absorba todas las lágrimas que van cayendo.

Me quedo así, intentando tomarme mi tiempo, como ha dicho mi padre, y tratando de reducir la presión que me oprime el pecho y la cabeza.

Este espacio vacío, esta sensación de estar atrapada entre lo que la gente espera de mí y lo que realmente soy, no desaparecerá de inmediato. Y, aunque mis padres me han dado algo de consuelo, el

dolor no se va con palabras. Solo el tiempo podrá ayudarme a encontrar algo de paz, o, al menos, la suficiente para poder seguir adelante sin ahogarme en lo que otros piensan de mí.

Cuando abro los ojos, no sé qué está sonando, pero es tan molesto que ha hecho que mi cuerpo reaccione. Después de que mi cerebro vaya despertándose, sé que es el timbre.

Me levanto por inercia y giro el pomo.

—Estás peor de lo que creía.

—Gracias —le espeto, abriendo la puerta y dejándole entrar. Es absurdo negarle la entrada a Asher.

Me dirijo hacia el sofá, tirando mi cuerpo sobre él, como si no pesara nada.

Escucho que la puerta principal de casa se cierra, y mi hermano se queda de pie, con los brazos cruzados.

—No tengo la cabeza para chapas. Además, he hablado con papá ya.

—Lo sé, me ha enviado un mensaje.

—Genial —ironizo con mi cara pegada al sofá.

—¿Qué vas a hacer? ¿Quedarte ahí tirada? ¿Machacándote por unos comentarios de gente que no sabe nada?

—Es mi reputación, Asher. Como tú nunca has tenido que…

—No —me corta—. Nunca he vivido eso. Pero sí recuerdo estar a tu lado. ¿Te acuerdas cuándo jugábamos en el parque? —Asiento, con la vibración de mi garganta—. ¿Cuántas veces venía alguien y se reía de ti? Porque decían que no sabías ni dar dos toques con la pelota. ¿Cuántas veces les callaste la boca, Amber? O no, mejor, ¿cuántas veces no te dejaban jugar al fútbol con ellos?

Sé que se refiere a sus amigos, porque, durante una época, mi hermano no se despegaba de su grupo de iguales.

En dos ocasiones, no me dejaron jugar con ellos, y me tuve que quedar en la grada… viéndolos. A la tercera, me planté. Y también fue gracias a que Asher presionó a sus amigos —no me lo ha confirmado nunca, pero lo sé—, y porque él mismo me motivó a hacerlo.

—No es lo mismo.

—Me da igual la edad, el contexto o lo que sea, porque la cuestión en sí es la misma. Y sabes que, si sales con Henry, o yo qué sé lo que hagáis, eso no te define como jugadora, hermanita. Eso solo dice que podrías tener mejor gusto, la verdad. —Sonríe y afloja sus brazos, dejándolos en una postura menos rígida y autoritaria.

—Has hablado con él, ¿no?

—Sí. —Se acerca para sentarse—. ¿Quieres mi respuesta como su compañero o que haga de hermano mayor?

—Compañero, por favor.

Entonces me cuenta lo del vestuario, la rueda de prensa y el enfrentamiento entre Jack y Henry.

—Lo ha hecho sin pensar, Amber —justifica a Jack. O a ambos. No lo sé.

—No sé si puedo…

—No quiero saber cómo continúa esa frase, porque sí que puedes. Eres Amber Prescott. Lo único que tienes que hacer es aclararte. ¿Qué quieres tú?

Lo miro, intentando descifrar a qué se refiere con esa pregunta, porque, por querer, quiero muchas cosas. Como, por ejemplo: que no exista esta desigualdad entre futbolistas de diferentes géneros, tener el mismo o la mitad del salario que tiene mi hermano, que las guerras del mun…

—Amber —vuelvo al presente—, ¿qué quieres tú? Tanto si quieres hacer caso omiso, como si quieres emitir un comunicado, es tu decisión. Al igual que si necesitas distanciarte de Henry, hablar con él o aclarar lo que sea que tengáis. Tú eres la que elige qué camino escoger. —Resoplo, porque en este momento mi cabeza no puede pensar más—. Y ahora, déjame un poco más de hueco —se queja, presionando su cuerpo contra el mío—, que quieres ocupar todo tú, joder.

—Es mi sofá.

—Es mi sofá. —Pone una voz estridente.

—¿Me estás intentando imitar? Porque no tengo esa voz ni de coña.

—No tienes huevos para imitarme.

—No, no los tengo —reprocho—. Porque tengo ovarios, gilipollas.

—¿Acabas de insultar a tu hermano en la cara? —Sonrío, mientras afirmo con la cabeza. Asher se ríe y agarra el mando—. Genial, ahora te voy a torturar viendo *Centurión*.

Para mucha gente, que alguien aparezca de pronto y te lo presenten como tu hermanastro —término que detesto y evito siempre que puedo— sería algo extraño. Incluso podría causarles inquietud. Pero yo no concibo mi vida sin Asher.

Capítulo 64

La línea de tres cuartos: Donde las defensas y los ataques se encuentran.

Henry

Es curioso cómo alguien puede volverse parte de tu rutina, de tus días, casi sin darte cuenta. Te adaptas a su presencia, a los momentos compartidos, como si siempre hubieran estado ahí. Pero, cuando ya no están, sientes que algo falta en cada rincón, como un espacio vacío que tarda en desvanecerse.

—¿Me puedo beber el zumo? —pregunta Mark, abriendo mi nevera.

—Sí —respondo, con voz débil.

Sé que es una tontería, pero es *su* zumo. Creo que estoy empezando a delirar, porque llevo más de tres días de silencio. Setenta y dos horas en las que el color naranja de un simple zumo se ha convertido en una tortura visual.

—Si lo quieres, me lo dices, ¿eh? —Eleva el vaso.

Niego con la cabeza. Total, si no se lo bebe él, se pondrá malo.

Me he silenciado el nombre de Amber Prescott en redes, también, porque, visto lo visto, era lo mejor que podía hacer. Era imposible leer todas esas barbaridades y no escribir, chillar o tener ganas de pegar a alguien. Al igual que también le he enviado mensajes. Siendo más específico…, le envié cuatro.

El primer día dos, y luego uno por día.

No quería agobiarla.

Y he evitado la tentación de preguntarle a Asher porque, aunque sean hermanos, creo que tengo que establecer un límite y no acudir a él siempre, cuando el origen sea Amber.

—Estás poniendo una cara extraña. Es como esa cuando te habló Jack.

Hablé con Jack hace un par de días. No sé cuántas veces se ha disculpado por WhatsApp y, luego, un par en persona. Ya le he dicho, en cada una de las ocasiones, que no pasa nada. A pesar de que mi primera reacción estaba llena de furia, sé que no fue consciente de lo que hizo. Jack lo ha tenido siempre fácil, independientemente de lo que hiciera.

—No estoy poniendo ninguna cara —digo, moviendo mi pierna de

manera ansiosa.

—O cuando ves todos esos mensajes.

—Cada cosa que dices lo está empeorando, Mark.

Tengo muchos MD por abrir. Mensajes de chicas que quieren consolarme, después de que se enterasen de que Amber y yo ya no estábamos juntos. Otros que nos acusan de que lo nuestro es falso o que se creen esas películas que se han montado en Internet. Sin embargo, con solo ver el número de notificaciones, me agobio. Además de que la única persona que quiero que me conteste, no lo hace.

«Le estás dando su espacio, Henry», me recuerdo.

—¿Has visto las jornadas? —pregunta, mirando el teléfono.

—¿Ha salido ya contra quién jugamos?

—Madre mía, estás fatal, ¿eh? —Gira su móvil para enseñármelo—. ¿En qué mundo vives?

El partido de pretemporada es la siguiente semana, y, por lo que estoy viendo en la pantalla de mi amigo, la Liga ha anunciado ya todos los partidos oficiales de la temporada. No es de extrañar, porque es algo que siempre se sabe con antelación.

—Lo vamos a tener chungo.

—Como siempre.

—Nos tocan Los Rayo y el Racing de Campoverde —verbaliza, como si mis ojos no hubieran leído los mismos equipos que él—. Oye, ¿seguro que estás bien?

—Sí, me bebo ese batido de proteínas y se me pasa —indico, levantándome, para sacar la bolsa de plástico de la proteína.

—¿Seguro?

—Mark, llevas desde ayer en mi casa e incluso has dormido en la otra habitación —le advierto, aunque sé que lo ha hecho porque está preocupado—. Estoy bien, en serio.

—Si tú lo dices…

Echo la proteína en el vaso y luego la mezclo. Cuando cierro el paquete, ejerzo una presión en exceso y ahí sé que le acabo de mentir a mi amigo. Pero es que, no sé ni cómo gestionar esta situación.

En cuanto le doy el primer sorbo al batido, me doy cuenta de que

ni siquiera tengo hambre. Es como si mi cuerpo estuviera en modo automático, funcionando por inercia, sin realmente estar presente. La verdad es que todo esto me está empezando a superar. He pasado de la furia a la apatía, de la preocupación a la incertidumbre… ¿Qué hago con todo esto? ¿Cómo puedo seguir en el mismo lugar, mientras la vida sigue moviéndose alrededor de mí, cuando lo único que quiero es saber de Amber, saber si está bien, si está pensándome siquiera?

Mark no me deja pensar mucho en todo esto. Se echa hacia atrás, se tumba en el sofá y pone la televisión sin decir mucho más. Probablemente, también se ha dado cuenta de que ya no soy el mismo. Él sabe que me duele, pero no sabe cómo preguntarme. Nadie sabe cómo preguntarme.

Miro el teléfono de nuevo y veo el número de mensajes no leídos. Casi los siento como una carga que me presiona el pecho, pero, en lugar de abrirlos, me quedo mirando la pantalla vacía, deseando que todo fuera más sencillo. Que todo fuera diferente.

—No sé cómo gestionar todo esto, Mark —confieso en apenas un susurro, sin querer que suene como una queja, pero es lo que siento. La frustración acumulada, la impotencia de no poder cambiar nada.

—¿Qué? —pregunta, claramente sorprendido por la sinceridad en mi voz.

—Esto. Todo. Amber, los mensajes, lo que dicen de nosotros, la presión… —Me paso la mano por la cara, sintiéndome agotado.

—Es normal que te sientas así —responde con tono bajo, como si entendiera lo que está pasando por mi cabeza, aunque nunca lo haya vivido.

—Lo que no comprendo es por qué no puedo dejar de pensar en todo esto —digo, casi para mí mismo, pero sé que Mark me escucha.

—Porque te importa, ¿no?

Me quedo callado un momento, procesando sus palabras.

No quiero que me importe, no quiero estar tan involucrado. No quiero necesitar a Amber de esta manera. Pero lo hago. La necesidad de saber que está bien, la necesidad de escuchar su voz, incluso en medio del caos de las redes sociales, es algo que no

puedo ignorar.

—Sí, me importa. —Al final, respiro hondo y dejo escapar una risa amarga—. Pero no sé cómo solucionarlo.

—No lo tienes que solucionar todo ahora, Henry. A veces, lo único que puedes hacer es esperar. —Me siento en el sofá con él—. No te voy a decir que todo se va a resolver solo, pero no tienes que cargar con todo el peso de la culpa.

—Es solo que no puedo dejar de preguntarme si estoy haciendo lo correcto, ¿sabes?

—No siempre se sabe si lo que estás haciendo es lo correcto. A veces, solo tienes que confiar en lo que sientes en ese momento. Y, si Amber te importa, si te hace sentir como nadie más lo ha hecho, entonces eso cuenta más que cualquier duda o error.

Me quedo callado, mirando las paredes de mi apartamento, como si pudieran darme alguna solución. Pero no hay respuestas fáciles. No las hay, y eso es lo que más me molesta. Quizás Mark tiene razón en algo: no tengo que solucionarlo todo ahora. Pero la duda, la preocupación y la necesidad de que Amber esté bien son cosas que no puedo dejar de llevar conmigo.

Capítulo 65

DIAGONAL: CAMBIAR DE DIRECCIÓN DE MANERA INESPERADA.

Amber

—¡No vais a llegar, chicas! —grita Alison desde el comedor.

Mi cabeza le ha dado muchas vueltas a la idea de ir, para ver el primer partido de pretemporada oficial de los Galácticos, pero, como habían planeado quedar en casa de Sam todo el equipo, no iba a ser la única que no estuviera.

—Deberías de comprar esas verdes —afirma Alex, mientras coge el bol con las zanahorias que hemos cortado a trocitos—. ¿Cuáles prefieres tú?

Supongo que ahora tengo que dar una respuesta clara, como: las verdes o las azules, porque básicamente son las dos botas de fútbol que nos ha enseñado Sam. Pero sigo intentando procesar que voy a ver a Henry por televisión. El mismo con el que llevo días sin hablar, por mi culpa.

Me hubiera gustado responderle, en serio. Pero, a veces, la presión externa es tan intensa que necesitamos coger distancia para aclarar nuestras ideas. Puedo afirmar que, en esta situación, me he priorizado. No es que Henry no sepa nada de mí. De hecho, me escribió casi todos los días y, al final, lo respondí con un «Estoy bien. Necesito tiempo».

—¡Chicas! —vuelve a gritar Alison, provocando que mi respuesta por lo de las botas ya sea innecesaria.

—Será mejor que vayamos para allá —afirma Sam, mirándome—. ¿Seguro que estás bien?

Abro la boca para responder. Juro que estoy a punto de hacerlo, cuando Mia es la que interrumpe ahora:

—Vale, ¡TENÉIS QUE VER ESTO! —Escuchamos cómo eleva la voz a propósito.

Nos miramos extrañadas y, conforme nos acercamos, cada frase que dicen es más extraña.

—¡Lleva mi NOMBRE! —exclama la portera.

—¡ESTOY FLIPANDO!

—¿Esto está pasando realmente?

Son tantas las voces que se intercalan que es casi imposible distinguir qué dice cada una. Me acerco a la esquina derecha del sofá, sin intención de sentarme, pero sí de ver la televisión.

—¡No te creo! —grita Alex, a mi lado.

Los Galácticos van saliendo de su típico pasillo de vestuarios hacia el campo. La cámara graba cómo se mueven sus cuerpos, intentando enfocar a todos los jugadores. Cuando llegan al terreno de juego, se ponen en fila y se giran. Es ahí cuando me doy cuenta de todo el alboroto anterior. Cada jugador se ha puesto una de nuestras camisetas. De NUESTRO EQUIPO. Con los nombres de las jugadoras y sus números en el dorsal.

—¿Sabías algo? —me pregunta Sam, sentándose de manera leve en el sofá, como si estuviera analizando la situación.

Niego con la cabeza.

—No te creo, tía —dice Alison—. ¡Lleva tu dorsal, Amber! ¡Lleva tu puto nombre en la espalda ante millones de personas!

Lo primero que pienso es que se refiere a mi hermano. Sin embargo, la televisión ahora mismo está centrada en Henry y, a su espalda, puedo leer con claridad mi nombre.

Ahora mismo me quiero desmayar de felicidad.

«¿Puede ser este el gesto más bonito que he recibido? Sí, con rotundidad».

Henry gira su cuerpo y señala con sus manos mi nombre.

Mi nombre.

Es él haciendo lo que nunca pensé que haría. Porque Henry no suele hacer este tipo de gestos, mucho menos en público, y eso lo hace aún más especial. Este detalle es más que una sorpresa; es una confirmación de que, en el fondo, siempre hemos sido más que un acuerdo.

—Qué guapa les queda la equipación, ¿eh? —afirma Sam.

La cámara se desvía hacia otros jugadores y yo muevo la cabeza como si pudiera ordenar a ese aparato que se centrase en Henry. Sin embargo, el cambio de perspectiva es motivado porque acaban de sacar… ¿Una pancarta? ¿Estos jugadores han hecho eso?

Enfocan el letrero, donde no solo está el nombre del Estrella Negra, sino el de todos los equipos femeninos nacionales. Debajo de estos

han escrito:

NUESTRAS REFERENTES.

Si antes ya estaba al borde del desmayo, creo que ahora no me falta nada.

—No doy crédito —comenta Sam, levantándose del sofá, motivada.

—¡Tengo ganas de saltar! ¡Os lo juro! —exclama Alison.

Por un segundo, me quedo quieta, intentando procesar lo que sucede. No solo estoy viendo un gesto de apoyo profesional, sino algo mucho más profundo. Es algo que va directo a lo que soy y a lo que representamos. Es un mensaje de respeto, de visibilidad, y siento que, por primera vez, alguien ha decidido reconocer de manera real todo lo que implica ser parte de este equipo.

Este gesto, más que cualquier palabra, me hace sentir que realmente le importo, que entiende y respeta no solo lo que somos, sino también lo que hacemos en el campo. Es como si, a través de esta simple acción, Henry hubiera logrado conectar con una parte de mí, que ni siquiera sabía que necesitaba ser vista. Y es, en este instante, observándolo con mi nombre en su espalda, cuando mi corazón se desborda.

—Como no vayas a abrazar a Harrington, ¡voy yo! —exclama Sam —. De hecho, ¿quién llevaba la mía? —pregunta, acercándose al televisor.

A mi alrededor, las chicas se ríen, mirándose unas a otras, celebrando esta muestra de apoyo de una manera que me resulta entrañable y poderosa.

Pero, para mí, este momento es aún más profundo.

Necesito procesarlo y, más aún, necesito verlo a él. No puedo quedarme aquí solo mirando. Así que, antes de que alguien me detenga o empiece a hacerme preguntas, cojo mis cosas, agarrando la chaqueta y el bolso, sin perder el tiempo.

—Chicas, tengo que irme —anuncio con un tono que no admite réplicas.

Salgo de la casa sin mirar atrás, con el corazón latiendo rápido y con una mezcla de nervios y emoción a cada paso. Necesito verlo, decirle cuánto ha significado para mí todo lo que ha hecho.

Capítulo 66

La táctica sorpresa: El movimiento inesperado que descoloca al rival y cambia el juego.

Henry

Apago el motor y suelto un suspiro, dejando que el silencio del vehículo me envuelva un momento.

El partido de hoy ha sido increíble y el gesto con las camisetas… Bueno, realmente espero que haya significado algo para ellas.

Bajo del coche y cierro la puerta con suavidad, mirando hacia la entrada de la casa, y ahí está. Amber.

Se apoya en la puerta, con una sonrisa que ilumina toda la noche. Está preciosa. Su cabello cae con libertad sobre los hombros y su mirada me sostiene con una intensidad que me deja sin palabras.

Me acerco, sintiendo cómo el pulso me late más fuerte a cada paso, y trato de decir algo; cualquier cosa que no suene estúpida, ahora que la tengo aquí, frente a mí.

—Amber, yo…

Antes de que pueda terminar, ella da un paso hacia mí y, sin previo aviso, sus labios encuentran los míos en un beso que me toma por completo. Siento la suavidad de su boca y cierro los ojos, dejándome llevar. La bolsa de deporte se me cae de la mano, mientras la rodeo con mis brazos.

He pensado mucho en cómo sería volvernos a encontrar, en cómo reaccionaría al verme con su nombre o si vería el partido. Porque, conociéndola, podría haberse negado. No obstante, de todas las veces que he recreado las diferentes escenas, todas se han quedado cortas.

—¿Entramos? —pregunto, elevando mi ceja izquierda.

Amber sonríe y siento que no puedo ser más feliz. Mi cuerpo reacciona antes que mi cerebro; tenerla de nuevo a centímetros es como recibir una descarga eléctrica que solo se calma en un lugar.

Cojo la bolsa de deporte y abro la puerta, cediéndole el paso. No pierdo la oportunidad de memorizar el *short* marrón de seda, con el lazo en la cintura, y el top corto, palabra de honor blanco.

Una vez dentro, dejo en el suelo la bolsa y veo cómo Amber se queda de pie, quieta.

En un primer momento, tengo miedo de que se arrepienta de lo que acabamos de hacer. Al fin y al cabo, le he dejado su tiempo y su espacio, y desconozco lo que siente o piensa.

—Gracias por lo de hoy —dice con voz dulce—. Habéis ganado y todo. —Me pongo enfrente de ella, pero dejando distancia—. Y gracias por dejarme estos días.

—Por cosas así, no se dan las gracias.

No es un momento incómodo. Más bien, creo que estamos evaluando la situación. Tratamos de hacerlo bien, de ser precavidos.

—¿Puedo…? —le pregunto, elevando mi mano, para intentar acariciarle el rostro. Ella asiente—. ¿Estás ya mejor después de…?

—Sí. —Cierra los ojos.

—¿Has pensado…?

«En nosotros».

—Sí.

Trago saliva, porque no sé cómo sacar la conversación.

—¿Qué prefieres? ¿Repetir lo que ha pasado en la puerta, o sentarnos en el sofá y hablar?

—Vamos a tener que hablar, Henry —lo entiendo—, pero, antes, prefiero que me beses.

Una sonrisa enorme se dibuja en mi rostro.

Mis manos pasan a su cadera y, con un movimiento fuerte, pero delicado, elevo su cuerpo, poniéndolo a horcajadas.

—Veo que me has echado de menos. —Acerca su boca a la mía y luego lleva sus ojos hacia abajo.

Suelto una pequeña carcajada, sin darme cuenta. Sin embargo, no puedo negar lo que es evidente, y es que mi pene la ha echado de menos.

—Espero que no sea lo único.

—Dentro de minutos vas a ver que no.

Mi autocontrol llega a su límite y la beso. En esta ocasión, es un beso más de anhelo. Más para expresar cuánto nos hemos echado de menos.

Sin embargo, ella cambia el ritmo, pidiendo más. Y a mí eso me encanta.

Camino con ella a horcajadas hasta el sofá. A pesar de que mi casa

sea grande, y me la conozca de memoria, durante unos segundos, tengo que despegar mi boca de la de Amber, para evitar caerme.

Apoyo su cuerpo en el sofá y me pongo encima de ella. Siento la presión de sus piernas en mi lumbago. No quiere que exista una mínima distancia entre ambos. Y, la verdad, es que yo tampoco. Froto mi entrepierna contra su cuerpo, sabiendo que su ropa fina y mi chándal juegan a mi favor. Amber gime y rodea con sus manos mi nuca, atrayendo mi rostro hacia el de ella. Sé que quiere que la vuelva a besar, pero, esta vez, decido besar su cuello. Mi lengua se desvía por su piel hasta llegar a su clavícula. Al mismo tiempo, llevo mi mano por dentro del top.

—Podría… —dice, inclinando su espalda y haciendo que ambos cuerpos se toquen más. Hace un simple gesto y enseguida veo su mano en el sujetador—. Ya está.

Mis dedos se cuelan, de nuevo, por su top, notando la calidez de su piel.

—¿Vas a gritar mi nombre esta vez? —le pregunto a mitad del beso.

—Quítate la ropa y lo vemos.

Acato sus órdenes y me pongo de pie.

Me deshago de la camiseta, lanzándola por ahí, y luego me quito el chándal.

—¿Así o quieres más?

Amber lleva su mirada hasta el bulto de mi entrepierna, que es más que notorio.

—Quítatelos.

Obedezco.

Amber clava sus rodillas en el sofá y, con un gesto, me pide que me acerque.

Cuando estoy delante de ella, empieza a besar mi cuerpo. Con una mano, coge mi pene y lo mueve de arriba a abajo. Cuando llega a la zona de mi cintura, mueve sus piernas para sentarse, quedando mi pene a la altura de su rostro. No quiero ni imaginarme su boca alrededor de mi polla, porque, de solo pensarlo, se me pone aún más dura.

Sin más dilación, la coge con la mano y se la lleva a la boca. Siento

el movimiento que ejerce alrededor del glande. Gimo como si nunca hubiera experimentado esta sensación. Es como si con ella el nivel de placer siempre fuera a más.

Justo entonces para.

Abro los ojos y la veo sonreír. Esto no pinta bien, y es cuando comprendo que ha querido jugar conmigo, como cuando le realizaba los lentos movimientos de la primera vez. Esos que la torturaban de placer.

—Voy a por los condones. —La cojo de la mandíbula y la beso.

—¿Tienes que subir?

—Por mucho que te extrañe, sí. Los tengo siempre en el baño.

Y, después de aclarar eso, me tapo la entrepierna —sé que es un gesto ridículo, porque, joder, me la acaba de chupar—, pero no voy a correr por toda la casa desnudo.

—Disfruta de las vistas —le digo, mientras me doy un cachete en el culo.

Ella se ríe y yo empiezo a andar con rapidez hasta las escaleras, para luego subir al primer piso e ir al servicio. Una vez dentro, tomo la caja de preservativos y bajo al comedor.

Esperaba verla sentada en el sofá, todavía. Sin embargo, tras bajar las escaleras, me la encuentro de frente y solo lleva un tanga negro. Mi mente empieza a barajar las opciones de quitárselo, pero mis manos son más rápidas y se deslizan por su pecho.

Tiene un cuerpo tan perfecto, que es imposible no admirar cada curva, peca o estría.

La mano de Amber golpea contra mi pecho, para luego coger mi mano y llevarla hasta su vagina. Cuando mis dedos se deslizan por su ropa interior, noto lo húmeda que está.

Sé que no quiere aguantar más y yo tampoco, así que saco la mano y, con un solo gesto, elevo su cuerpo a horcajadas. La llevo de nuevo hasta el sofá, y aprovecho que ella se quita el tanga para ponerme el preservativo.

Después de dejar el envoltorio en la mesa, me giro y Amber se incorpora para besarme. Dejamos que nuestros cuerpos se amolden, conforme nuestros labios siguen jugando.

—Quiero correrme ya —susurra frenando el beso.

—Dudo que vayas a tardar.

Ella sonríe, mientras me golpea de manera suave la mejilla, haciendo que mi rostro se desplace hacia la derecha.

Acerco lo suficiente mi cadera para que mi pene entre con más facilidad y enseguida noto la presión de sus paredes. Desvío mi mano izquierda hacia su boca, dejando que su lengua y sus dientes jueguen con mi dedo. El nivel de excitación que tengo ahora mismo es imposible de soportar.

Mi boca suelta un gruñido incontrolable, mientras muevo mis caderas. Empujo, con alguna fuerza excesiva, fruto de las ganas incontrolables que tengo. El gemido de Amber no me lo pone fácil para controlar mi fuerza.

—Sigue, Henry. —Vuelvo a oír un pequeño gimoteo.

Continúo moviéndome de esa manera, intentando que note el mayor placer posible, pero, por desgracia, y como me conozco, sé que esto no va a durar mucho.

Observo cómo pone los ojos en blanco y cómo sus piernas presionan mi cuerpo.

No reduzco el ritmo de mis movimientos porque sé que está a punto.

La oigo gemir con fuerza y luego me mira con ojos brillantes, como si estuviera deseando más. Modifico mi postura. Sobre todo, el apoyo de mis manos para seguir y no cansarme.

Amber rodea las manos en mi cuello, para acercar mi rostro. Quedamos tan cerca, el uno del otro, que sus labios acarician mi oreja.

—Me pones demasiado, Henry —susurra.

Esa voz. Ese tono. Esa manera de presionar mi cuerpo contra el suyo.

—Te gusta, ¿eh?

Ni siquiera lo hago en tono de pregunta, porque lo sé. Porque, joder, se acaba de correr y todavía sigue gimiendo del placer que siente.

Veo cómo sus tetas suben y bajan por nuestros movimientos, y esa cara de… querer absolutamente todo. ¿Es posible eso? La verdad es que no sé si lo que estoy diciendo tiene sentido.

Cuando noto la presión en mi polla, sé que estoy a punto de estallar. Ese sentimiento de liberación, pero de seguir queriendo más, llega cuando ambos nos mantenemos la mirada. Un gemido se escapa de mi boca y Amber me besa enseguida.

Después, recuesto la cabeza sobre su pecho, y es inevitable que mis labios jueguen con su pezón.

—Henry.

—¿Mmm? —logro articular.

—Si quieres continuar, me parece perfecto. Además, creo que mi pezón en tu boca es la solución para que alguno de los dos esté callado —noto cómo se ríe—, pero primero hay que hacer pipí.

—¿Pipí? —Elevo la cara para mirarla—. ¿Qué edad tenemos para decirlo así?

—¿Perdón? La palabra pipí me parece increíble.

—Increíble, eres tú —suelto y ella se ríe.

—Ves cómo era mejor que tuvieras mi pezón en la boca.

Sonrío, mientras me aparto de su cuerpo, dejándole el suficiente espacio para ir al servicio.

Conforme se levanta, en vez de coger su ropa, toma mi camiseta y se la pone. Es lo suficientemente larga para taparle hasta la parte inferior de su culo. Eso sí, si eleva un poco la mano, hola, cachete.

Me quedo ahí, viéndola desaparecer por el pasillo con mi camiseta puesta, y por fin lo entiendo: Amber Prescott no es un contrato. Es mi puta vida.

Capítulo 67

El remate: El último toque que decide todo.

Amber

Al bajar las escaleras, veo a Henry en calzoncillos andando por el comedor. Es como si el hecho de que ayer nos volviéramos a acostar, y de que hayamos dormido juntos, sea… ¿Tan normal? Me da igual el número de veces que pase, porque en mi cabeza sigue sonando raro.

—Ya creía que te iba a tener que despertar —dice, cuando bajo las escaleras—, y, para ser sincero, no se me da muy bien. A Mark le eché un cubo de agua en la cara, directamente.

—¿Un cubo de agua? —Carcajeo.

—Tendrías que ver el sueño profundo que tiene.

Al pasar por delante de mí, mis ojos van enseguida a su culo.

«Amber, te acabas de levantar».

—Voy a darme un chapuzón para despejarme. —Lo veo salir por la puerta de cristal, para meterse de una en la piscina.

Se sumerge varias veces en el agua, y luego sale para secarse con una toalla que hay encima de la tumbona.

—Tendríamos que… —Percibo que un par de gotas de su pelo caen al suelo.

—¿Lo de ayer? Fue increíble. —Se queda pensativo—. Espera, dime que no te estás arrepintiendo. Dime que esa cabeza tuya no ha barajado miles de teorías estúpidas.

Se sacude el pelo y continúo fijándome en las gotas.

—Mi cabeza está bien. —Me sorprende hasta a mí que mi cabeza esté tan silenciada—. Y no me arrepiento. O sea, somos dos personas adultas, ¿cierto?

—¿Me lo estás preguntando?

—Olvídalo, no sé ni por qué ha sonado como pregunta.

—Amber, ¿qué pasa?

—No quiero ser una WAG.

Conforme esa palabra sale por mi boca, me arrepiento de inmediato. Dios, ¿por qué tengo que ser tan brusca en estos momentos?

Henry me mira y frunce el ceño. Veo cómo el cabreo se va adueñando de su rostro.

—¿Una WAG? —Mira hacia el suelo—. Voy a serte lo más claro que pueda, para intentar hacer *esto* bien, porque, como te dije —me observa—, no voy a comportarme como un capullo. No quiero que seas WAG de nadie y, como alguien se atreva alguna vez a llamarte así, no sé si podré controlarme. —Cierra la mano derecha con fuerza —. Y, a sabiendas de que puedas irte por esa puerta, tengo que decirte que no puedo tener solo *esto* contigo.

No esperaba ni este nivel de sinceridad, ni esa última frase.

—¿No quieres nada conmigo?

—No he dicho eso, Amber. —Resopla, llevándose la mano a la nuca —. Me he puesto tu nombre a mi espalda delante de miles de personas, aun sabiendo que las redes arderán por ello. De cara al público, parecemos dos títeres. Estamos juntos, cortamos… Un sinsentido. Así que, por primera vez, quiero que tomemos las riendas de esto.

—Yo tampoco he mirado las redes.

—Mejor —indica—. Lo que estoy intentando decir es que… Joder, Amber, me he acostumbrado demasiado a ti. Se me hace raro que no estés aquí, no escuchar tu risa o tus contestaciones. Al igual que no tener ese zumo de naranja en mi nevera y que el motivo no seas tú. Si hasta veo el color de tu pelo en las puñeteras luces. —Señala las de la entrada—. Necesito que cruces la línea conmigo, Amber. Y eso implica decir verdades. —Me mira, esperando una respuesta.

Siento que el suelo se tambalea bajo mis pies y, al mismo tiempo, una parte de mí se llena de una calma que no había sentido antes. Es como si, después de tantas idas y venidas, estuviéramos intentando hacer las cosas bien.

Que me diga que hay cosas que le recuerdan a mí es algo que jamás pensé escuchar de alguien como él. En alguna parte de mi cabeza, todavía está ese Henry ligón y que no se compromete con nadie. Una parte que he intentado que persistiera en mi cabeza, solo para alejarme.

Lo miro a los ojos y veo la sinceridad en su expresión. Quiero estar con él, de verdad, sin el miedo a lo que otros digan o piensen.

—Si todo fuera diferente…

—Podemos hacerlo diferente. Solo somos dos personas tratando de hacer que algo funcione, ya está.

—¿Y qué vamos a decir?

—Por primera vez, la verdad. De hecho, es que no tenemos ni por qué dar explicaciones.

Me siento en el taburete de la cocina y se acomoda a mi lado.

En cierta manera, tiene razón. La gente ya cree que hemos vuelto, por lo que, ¿para qué hacer algo más? Sé que la que se llevará la peor parte, siempre, seré yo. Tal y como está ocurriendo ahora.

—Lo único que hay que aclarar es lo que queremos entre nosotros —nos señala a ambos—, y después de eso, te invito a pasar toda la mañana sin teléfono en la piscina. —Me guiña un ojo, y sonrío—. No quiero presionarte, en serio. Si quieres que esto sea sexo, genial.

No estoy dispuesta a que moldes mentales, opiniones o creencias decidan mi vida. Siempre he demostrado lo válida que era. Siempre me he esforzado más para estar al mismo nivel que otras personas.

Me merezco elegir lo que *yo* quiera.

—No quiero solo sexo.

—Estaba deseando escuchar eso —admite—. Aunque hubiera sido mejor: «Henry, quiero ser tu novia».

—Oh, perdón por decepcionarte, Harrington. —Mi tono es de burla —. Espero no escuchar a ninguna chica en televisión, redes o…

—Te soy fiel, Amber Prescott. —Gira mi silla y acerca su rostro—. Quiero absolutamente todo contigo. —Pensaba que nunca diría esto, pero confío en él—. ¿Piscina?

Asiento con la cabeza.

Henry me coge de la mano, hasta que llegamos a la terraza.

—El bikini —menciono, recordando que no llevo nada.

—No había planteado la opción de bañarnos desnudos, pero ya que lo propones… —Veo cómo sus dedos van hacia el calzoncillo.

—No he dicho eso.

—Lo has insinuado, que es lo mismo.

Sonrío, porque *esto* va a ser ahora nuestra rutina.

Le miro, mientras mi mano eleva la camiseta larga, para empezar a bajarme el pantalón de chándal. Uno que él mismo me dejó, de uno

de sus anteriores equipos.

Ambos nos mantenemos la mirada, desafiándonos.

El contacto visual se rompe cuando me quito la camiseta.

—Las damas, primero —me dice, quitándose los calzoncillos.

—¿Para verme el culo? —Elevo la ceja—. Prefiero ver el tuyo.

—Hacemos una cosa. —Se acerca y coloca la mano en mi nuca. Siento que mi cuerpo se excita de inmediato. Ni siquiera soy capaz de bajar la mirada a su pene—. Yo primero. Luego te voy a demostrar que el sofá y esta piscina solo tienen sentido si tú estás en ellos.

—Me parece un buen trato. —Pellizco su culo con mis uñas.

Henry sonríe, y luego se da la vuelta, yendo directo al agua. Eso sí, lo hace con un andar lento, porque es que hasta él mismo adora su puto cuerpo. Y no me extraña.

Aprovecho que su figura está hundida en el agua para lanzarme.

Cuando mi cabeza emerge, lo primero que noto es la mano de Henry en mi teta.

—Esto no estaba en el trato.

—Vaya, creo que no has leído la letra pequeña.

Me río, llevando la cabeza hacia atrás.

Henry me agarra de la cintura para acercar ambos cuerpos. Con su fuerza y el movimiento del agua, acabo rodeándolo con mis piernas.

—Esta postura es una muy mala idea, Prescott.

—Como acerques eso a…

—¿Acabas de llamar *eso* a mi polla? —Rueda los ojos—. Si me hubiera puesto un condón, probablemente sí que hubiese entrado ya dentro de ti. —Sonríe, mientras mueve la mano a mi vagina—. Ahora, prefiero esto.

Capítulo 68

Pitido final: El momento en el que todo termina y solo queda aceptar el resultado.

Amber

No podemos esperar que todo se resuelva por arte de magia. No existe una lámpara de Aladino que nos conceda tres deseos y, de repente, el mundo cambie. A veces, me gustaría que fuera así; que, con solo pedirlo, las cosas se alinearan como queremos.

Pero la verdad es que, aunque pueda soñar con eso, sé que lo único que puedo hacer es lo que está en mis manos.

El campo de fútbol, por ejemplo, es donde tengo el control. Puedo correr, luchar por cada balón, dar lo mejor de mí para mi equipo y para nosotras. Pero fuera de ahí, fuera del vestuario, fuera del juego, las diferencias siguen existiendo. Las que nos dicen que no podemos, las que nos miran con prejuicio, las que nos ponen barreras, y esas no se pueden cambiar solo porque yo lo desee.

Lo que está en mis manos es hacer ruido, dar ejemplo, demostrar que somos fuertes, que merecemos estar aquí, pero nunca voy a tener el poder de cambiar el mundo de un día para otro. No soy genio, ni mágica, pero soy jugadora y eso, aunque pequeño, es algo que puede dejar huella. Con cada paso, con cada pase, estoy creando un camino que, tal vez, otras seguirán. Y eso también cuenta.

—He hablado con tu hermano esta mañana —comenta, arrancando el vehículo—. Me ha vuelto a advertir sobre lo nuestro.

La voz de Henry provoca que sea consciente de que estoy en su coche y que acabamos de subir mi maleta en su maletero. Mi maleta, sí. Después de pasar unos días juntos, decidimos trasladar algunas de mis cosas a su casa. Más que nada, porque es donde estoy pasando más tiempo, y porque su casa es mucho más grande.

—¿Y qué le has dicho?

Veo cómo mueve la comisura de sus labios, y luego desvía, durante unos segundos, la mirada hacia mí. No estoy preocupada por Asher, porque el otro día volví a presentarme en su casa. Le conté lo que había pasado con Henry y bueno… Aunque lo vi tragar saliva, se alegró por ambos.

—Que todo esto es culpa tuya.

—Culpa mía, ¿eh?

—Si no fueras la única mujer con la que quiero estar, no habría problema.

—Hay otro problema.

—De uno en uno, por favor. —Resopla y luego sonríe.

—Yo tampoco quiero estar con otra persona. De hecho, es que juraría que el que está conduciendo es mi novio —bromeo, y se escucha la risa de ambos.

Estos días han ido mucho mejor de lo que creía, y parece que mi cabeza empieza a entender que él no es responsable de las diferencias que existen en nuestro mundo laboral. Al final, Henry también juega bajo las mismas reglas, aunque sus logros suenen diferentes a los míos. Pero eso, por muy injusto que sea, no lo puedo cambiar. Solo puedo seguir luchando para que un día, él y yo, jugador y jugadora, estemos en un mundo donde, al menos en el fútbol, no haya tanta distancia entre nuestros pasos.

Sin embargo, de vez en cuando, todavía sigo picándole y reclamándole algunas cosas. Me gusta verle cómo desvía la comisura de su labio hacia un lado, o ese tono que utiliza para decirme que estoy equivocada. Y tanto, que lo estaba —nunca se lo voy a reconocer.

—Esto no significa que vayamos a vivir juntos.

—No lo vamos a hacer —resume lo que acabo de decir.

—¿Estás poniendo en duda mis palabras?

—Nunca se me ocurriría eso.

—Henry.

—Prescott, ¿estás intentando negar que te quieres ir a vivir conmigo? Y, antes de lo que quieras decir: sí, tienes un piso maravilloso, que te puedes permitir perfectamente. —Sonrío, porque en parte sí que iba a utilizar mi piso como respuesta—. Vamos a ir a nuestro ritmo, Amber. —Me mira unos segundos—. Si quieres venirte mañana a vivir, te vienes. Que quieres hacerlo dentro de tres meses, perfecto. Dentro de tres años, ahí ya hablaríamos.

—¿Qué pasa dentro de tres años?

—Que ahí ya te lo habré pedido más de quinientas veces. —Sonríe

de manera pícara—. Me sorprende que me hayas preguntado por eso, y no algo como, «¿Estás diciendo que vamos a durar tanto?».

Me hace gracia que sepa leerme tan fácil. Aunque, en esta ocasión, no hubiera hecho esa pregunta. Más que nada, porque tres años a su lado, no me parece tanto, sino poco. No sé si, en esos tres años, seré capaz de haber eliminado todas las barreras mentales que tengo; si me acostumbraré a despertarme en su cama o si volveremos a hacerlo en ese borde de la ducha… Un momento. ¿Por qué estoy pensando en todas esas situaciones? Dios, Henry, ¿en qué me estás convirtiendo?

Cuando me doy cuenta, está aparcando su coche dentro de su garaje.

Antes de bajarse, me da una palmada en la pierna y yo le sonrío.

—Quizás sea la hora de quitarle la llave a Mark —dice, cerrando el maletero.

Salgo del vehículo para coger la maleta y ambos entramos en su casa.

—Me va a odiar, por eso.

—Lo dudo. De todas formas, lo hablaré con él, ¿vale? —Asiento.

Mientras Henry camina por la casa, me quedo de pie, con la maleta en la mano, mirando todo con perspectiva. Hay algo en la manera en que se mueve, tan natural, tan segura, que me hace sentir tranquila, como si este fuera el único lugar en el mundo donde puedo soltar todo.

Lo observo mientras pasa junto al sofá, ajusta un cojín, sin siquiera darse cuenta, y sigue hacia la cocina, probablemente buscando algo que hacer, mientras yo me quedo inmóvil, atrapada en mis pensamientos.

Es en estos pequeños gestos, los que seguramente ni siquiera nota, donde veo todo lo que me gusta de él. La forma en que este lugar ya no se siente ajeno, sino como algo compartido, algo nuestro, me hace pensar en cuánto hemos avanzado sin darnos cuenta.

Es sencillo, sí, pero esa sencillez es lo que más me conmueve.

Y, en este instante, lo entiendo.

«Sí, esto es justo lo que quiero».

Epílogo

Dos años después

Henry

La casa está en completo silencio, excepto por el débil sonido de los cubiertos que coloco sobre la mesa. El sol de la tarde entra por las ventanas, iluminando los marcos de fotos que hemos ido llenando con recuerdos de estos últimos dos años.

Termino de preparar la mesa para la cena, pero mi cabeza está en otro lugar. En ella. En lo que acaba de pasar.

Amber está en el estudio, hablando por teléfono, aunque no necesito escuchar la conversación para saber de qué se trata. Es imposible olvidar su expresión cuando recibió el correo esta mañana. El brillo en sus ojos y el temblor en sus manos, mientras me lo mostraba. Me dijo que no quería adelantarse, que todavía no era oficial, pero sé que ese gesto de pura emoción no se lo habría provocado algo insignificante.

El Premio al Talento Deportivo no es cualquier cosa.

Es un reconocimiento que no solo celebra a quienes brillan en el campo, sino también a quienes lo hacen fuera de él.

Amber no solo ha marcado goles y asistencias, sino que ha cambiado vidas. Su trabajo con jóvenes deportistas, su forma de utilizar su posición para inspirar a otras mujeres y su manera de enfrentarse a la prensa sin perder la autenticidad… Todo eso es lo que la hace tan especial. Y, aunque nunca lo diga en voz alta, sé que algo así significa el mundo para ella.

Mientras espero a que termine la llamada, me dejo caer en el sofá, apoyando la cabeza contra el respaldo. Me cuesta creer que hayan pasado dos años desde que decidimos dejar atrás los rumores y vivir nuestra historia como queríamos.

Al principio, fue complicado: la prensa, los comentarios y las dudas.

Pero aquí estamos.

Más fuertes de lo que jamás pensé que seríamos.

Escucho la puerta del estudio abrirse y luego el sonido de sus zapatillas de ir por casa bajando las escaleras.

Amber entra al salón con el teléfono todavía en la mano, aunque su

expresión me dice que la llamada ya ha acabado. Tiene los ojos brillantes y, aunque intenta mantener una apariencia tranquila, no puede ocultar la emoción que brota de cada poro de su cuerpo.

—¿Y bien? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Es oficial —responde, y su voz tiembla un poco—. Me van a dar el premio.

No puedo evitar sonreír, mientras me levanto y cruzo el comedor para abrazarla. La envuelvo entre mis brazos, sosteniéndola como si pudiera transmitirle todo el orgullo que siento.

—Te lo mereces, Prescott. Cada maldito segundo de esto, lo has trabajado y ganado.

Ella se ríe, aunque siento que su respiración se acelera, como si todavía estuviera procesando la noticia.

—Es que… No sé, Henry. Es demasiado.

—No, no lo es. Es justo lo que te mereces.

Amber me mira y, durante un segundo, parece dudar, pero luego suelta una risa suave y se recuesta contra mi pecho.

—Gracias por aguantarme durante todo este tiempo. —Su voz es baja, casi un susurro.

—¿Aguantarte? —Me río, fingiendo incredulidad—. Amber, soy yo quien tiene que agradecerte. Tú eres la razón por la que todo tiene sentido.

Se queda en silencio por un momento y cuando alza la vista, sus ojos están llenos de algo que no necesita palabras.

—Tengo que dar un discurso —dice finalmente, con una mueca—. ¿Puedes creerlo? Un discurso delante de toda esa gente.

—Bueno, siempre puedes improvisar. ¿No es lo que haces mejor?

Suelta una carcajada y el sonido llena toda la casa. Es en estos momentos cuando me doy cuenta de lo afortunado que soy y de lo mucho que ha cambiado mi vida desde que ella llegó.

—No voy a improvisar, Henry. Este premio no es solo mío. Es de todas las personas que me han apoyado, que han creído en mí… —Hace una pausa y me mira con una intensidad que me deja sin aliento—. Incluido tú.

Intento responder, pero se pone de puntillas y me besa, impidiéndolo. Es un gesto suave, pero lleno de significado.

Cuando nos separamos, Amber se sienta en el sofá y hace un movimiento para que me una a ella.

—¿Qué te parece si me ayudas con el discurso?

—¿Yo? —pregunto, arqueando una ceja—. No soy precisamente el mejor para esas cosas.

—Bueno, entonces solo quédate conmigo mientras lo escribo.

Me acomodo a su lado, dejando que el suave roce de nuestras piernas me ancle al momento.

Amber comienza a teclear en su teléfono.

—¿A quién le escribes? —pregunto con una sonrisa.

—A mi hermano.

No puedo evitar ampliar la sonrisa. La relación entre Amber y su hermano es algo que siempre me ha llamado la atención. Pueden pasarse meses sin verse, pero la conexión entre ellos sigue intacta, como si hablaran cada día. Veo cómo pulsa «enviar» y deja el teléfono a un lado, solo para que unos segundos después comience a sonar.

—Asher —indica, mirando la pantalla.

—Vamos, contesta.

Ella se levanta y veo cómo la conversación fluye, mientras me recuesto un poco, observándola.

Asher debe estar diciendo algo gracioso, porque Amber se ríe con ganas, y esa risa hace que todo a mi alrededor parezca más brillante siempre.

Mientras la escucho reír con su hermano, no puedo evitar sentir una ola de orgullo. Yo sé lo que es luchar por un sueño, lo que significa sacrificar todo por lo que amas, y verla alcanzar esto me llena de una felicidad que no sé si podría expresar con palabras.

Amber se despide de Asher y cuelga, girándose hacia mí, con esa mirada que siempre me deja sin aire.

—Creo que me siento más orgulloso de ti de lo que jamás podría estar de mí mismo —respondo sin pensarlo, porque es la verdad.

Amber se queda en silencio por un momento y luego se acerca para besarme en la mejilla.

—Gracias —dice, con una suavidad que me desarma—. No quiero meter presión, pero ahora vamos empate, ¿no? Tú tienes tus

premios, yo tengo este…

La miro, intentando no reír, aunque sé exactamente hacia dónde va esto.

—¿Empate? —repito, alzando una ceja—. Prescott, no es por presumir, pero llevo unos cuantos trofeos más que tú.

Ella sonríe, mientras sigue escribiendo algo en su teléfono. Probablemente, una respuesta rápida o alguna nota sobre el discurso. Sin apartar la vista de la pantalla, responde:

—Claro, pero eso fue antes de que yo llegara. ¿Qué tal si hacemos una pequeña competición? —Levanta la mirada, y sus ojos brillan con ese aire de desafío que siempre logra engancharme—. Por ver quién consigue el próximo premio.

—¿En serio? —Cruzo los brazos para fingir seriedad—. ¿Y qué pasa si te gano?

Deja el móvil en la mesa y se cruza de brazos, como si estuviéramos en plena negociación.

—Entonces, puedes elegir el premio. Pero prepárate, porque si gano yo, va a ser épico.

—¿Épico? —Suelto una risa y niego con la cabeza—. Deberías preocuparte más por cómo vas a manejar la derrota.

Ella sonríe, inclinándose un poco hacia mí, con una mirada que deja claro que no piensa perder.

—Ya veremos, Harrington. Ya veremos.

No me importa en absoluto quién gane esta competición. Lo que importa es que seguimos construyendo algo que ningún premio puede igualar: un equipo, una vida juntos y un futuro que estoy deseando vivir a su lado.

AGRADECIMIENTOS

He crecido rodeada de fútbol europeo. No descarto que, en otra vida, mis padres me hubieran apuntado a este deporte. Pero sí, he sido de las que acudían a su estadio con la bufanda, la camiseta de esa temporada, y de las que iba a los entrenamientos de los futbolistas, para que me firmasen. Y este fanatismo por el fútbol es gracias a mis padres y mi abuelo.

Me ha resultado bastante sencillo, respecto a la normativa —como digo, me la sé bastante bien—, pero nunca me había metido en la cabeza de un jugador o jugadora de fútbol.

Conforme he ido creciendo, he visto las diferencias de género que existen dentro de este deporte. Al igual que yo misma, he recibido comentarios como que no sé de fútbol por ser mujer o que no sé ni siquiera cuándo es un fuera de juego. Siento que, poco a poco, estamos avanzando —no solo en los deportes, sino como sociedad —, pero que aún queda muchísimo. Es por eso, que quería aportar mi granito de arena con este libro. Con su mensaje.

Espero, de todo corazón, que el personaje de Amber se entienda, y también aclarar que mi idea era que tuviera esa postura tan dura frente a las desigualdades. Desigualdades que las jugadoras de fútbol siguen acarreando en la vida real y que, en muchas ocasiones, han verbalizado. Yo misma, en parte, me siento culpable de ello. Porque siendo un deporte que me gusta tanto, lo he visto muchísimo menos que el masculino —estoy desaprendiendo porque, al final, el motivo son diferentes factores.

Quiero agradecer a quienes me han acompañado en este libro y es que, como siempre, escribirlo ha sido toda una experiencia.

Gracias a mis padres por haberme hecho del Valencia C.F. —pese a todo el sufrimiento—, y por educarme de la mejor forma que han sabido.

Gracias a mi familia por acompañarme en cada una de mis historias. No sabéis lo feliz que me hace pertenecer a una familia tan unida y que siempre está —Familia Bueno y Cabo—. Mención especial a la persona que me regaló la pluma con la que escribo mis dedicatorias.

Gracias a mis amigas y amigos —Sheila, Nerea, Anita, Cris, María, Nuria, Pablo, Ali, Irene, Ana, Isma, María, Andrea, Marta, Paula…—, por creer en mí cuando ni yo misma lo hago.

Gracias a mi compañero de vida, por no permitir que me caiga y ser ese pilar en este camino tan duro. Gracias también a su familia, que es ya como la mía.

Y gracias a ti, por tener este libro entre las manos. Por haber leído *Fuera de contrato*. Si es la primera vez que me lees, bienvenida. Y, si no lo es, gracias por confiar en mis historias.

Deseo de todo corazón que nos veamos en las siguientes.



